

"Mejor novela de misterio"
Premios Óscar de Mayo

2019

4
volúmenes

El secreto de Gibola

JANE ORRIZOLA CIA



Óscar de Mayo

El secreto de Gibola

Ane Odriozola Cia



Primera edición: septiembre 2018

Segunda edición: noviembre 2018

Tercera edición: diciembre 2018

Cuarta edición: abril 2019

ISBN: 978-84-1350-838-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ane Odriozola Cia

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: www.bakartxoaniz.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mi padre, entre otras muchas cosas, por haberme enseñado a apreciar el lugar donde nacimos, vivimos y algún día moriremos.

Prólogo

Legazpi. Noche de San Juan de 1929

Subió las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Todavía le temblaban las rodillas. Entró en la habitación, se quitó la ropa manchada de tierra y sangre, y se metió en una cama que no era la suya. Temió que le estallara el corazón en cualquier momento. Sabía que sería totalmente imposible conciliar el sueño, por lo que ni siquiera lo intentó. Se acurrucó hacia un lado y se dispuso a esperar. Esperar a que amaneciera, a que comenzara ese día con el que había soñado tantas veces, el día que le permitiría marcharse de aquel lugar que había sido un infierno. Tenía frente a él la oportunidad de dejarlo todo atrás, y lo haría para siempre.

Capítulo 1

Donostia-San Sebastián. Junio 2010

Nerea Fabbi Isasmendi era una joven donostiarra de veintisiete años a la que la vida había tratado bien, o esa sensación tenía al menos ella. Era alegre, inteligente, tenía don de gentes y unos bonitos ojos negros que resaltaban junto a su larga melena de color chocolate. La mayor desgracia que había sufrido en su vida, por llamarlo de alguna manera, era la separación de sus padres, algo que no le había supuesto ningún trauma, ya que sucedió cuando apenas contaba cuatro años. Desde que tenía uso de razón, sus padres habían vivido cada uno por su lado, por lo que no sentía ninguna añoranza por los tiempos en los que los tres formaban una misma familia. Simplemente, no recordaba aquella época. Era cierto que le hubiera gustado no ser hija única, pero era algo que también tenía sus ventajas, así que tampoco se lamentaba por ello.

De padre italiano y madre euskaldun, Nerea siempre supo que al terminar sus estudios se emplearía en la empresa inmobiliaria familiar que fundara su abuelo muchos años atrás y en la que su madre trabajaba. Desde bien pequeñita había pasado infinidad de tardes en la oficina, observando cómo su madre conversaba con los clientes, y era un trabajo que le gustaba. Su abuelo Bittor, al que ella siempre había admirado, había luchado durante toda su vida por sacar adelante la empresa y lo había hecho realmente bien. Había conseguido que su inmobiliaria fuera una de las más importantes y con mayor volumen de compraventa tanto de Donostia como de alrededores. Sus servicios incluso traspasaban la muga, llegando hasta Hendaya, Biarritz o Baiona.

Su abuelo, que ya tenía noventa y cinco años, había sido el típico hombre incapaz de alejarse del trabajo y disfrutar de su jubilación. Todo el que lo conocía sabía que no era hombre de paseos por la playa de la Concha, tardes jugando al mus o *txikiteo* por la parte Vieja. Él era un hombre de negocios, y así era como disfrutaba, haciendo negocios. Había gozado durante largo tiempo de una salud de hierro, y siguió participando en muchas de las compraventas que se gestionaban a través de su inmobiliaria hasta que cumplió los noventa años. Se consideraba a sí mismo una persona trabajadora y perseverante; quizás algo intransigente en según qué cosas, y siempre había sido consciente de cuál era su mayor debilidad: su nieta Nerea. Sentía predilección por aquella joven cariñosa, despierta, resuelta y con ganas de aprender. Se había encargado personalmente de su formación y la consideraba su relevo para el futuro de la empresa, por lo que en cuanto cumplió los dieciséis años, decidió llevarla con él a todas las reuniones con clientes a las que ella pudiera acudir sin que faltara a ninguna clase, por supuesto. Daba lo mismo si la reunión era con un cliente que quería vender un piso, comprar un garaje o incluso asesoramiento para el alquiler de una nave

industrial. Ella lo acompañaba siempre que podía y, tras la reunión, acudían a tomar un chocolate caliente en invierno o un helado en verano para «comentar la jugada», como su abuelo solía decir.

—*Aitona*, ¿cómo le has podido decir que había otros dos compradores interesados y que tenía diez minutos para decidirse o perdería la compra? ¿No me habías dicho que era el único interesado en el piso? —le preguntó la joven a su abuelo.

Bittor cogió un churro, lo mojó en su chocolate y le dio un mordisco.

—Y así es. No se ha interesado nadie más por ese piso en los últimos cinco meses.

—Entonces, ¿qué ha sido eso, un órdago?

—Exactamente —dijo él y continuó con la explicación antes de que su nieta pudiera decir nada más—. Si te has fijado en la expresión del hombre en la visita a la casa, habrás notado que le ha gustado. Él sabe que no es un piso en Miracóncha, pero que es de lo mejorcito que se puede permitir. El problema de este tipo de clientes es que su propio criterio no es suficiente para ellos. Dudan de si estarán haciendo bien en comprar o no, y necesitan saber que hay más personas interesadas. Les parece que, si lo quieren también otros, será porque es una buena compra, y es entonces cuando deciden ir a por ello. Al final, quedan satisfechos pensando que han sido más rápidos e inteligentes que los demás.

—Pues no sé con los otros, pero con este, ¡has acertado de pleno! De los diez minutos que le has dado, ¡no ha tardado ni cinco en querer cerrar el trato!

—Ahora ya lo sabes. Cuando encuentres a un cliente así, ¡le lanzas un órdago! —le contestó él guiñándole un ojo.

—Pues ya puedes decirme dónde has aprendido a interpretar así, ¡porque hasta yo me lo he creído!

Bittor rio con ganas ante la ocurrencia de su nieta, pero no pudo evitar que los recuerdos vinieran a él. Hubiera querido contestarle que había sido la vida misma la que le había obligado a interpretar; hablarle de los secretos que nunca le había confesado y de los remordimientos que sentía cuando echaba la vista atrás. Pero, en lugar de eso, decidió coger el último churro que quedaba en el plato e introducirlo en el poco chocolate caliente que quedaba en su taza. Había pasado mucho tiempo de todo aquello y prefería no recordar.

El teléfono sonó mientras ella se estaba duchando. Se aclaró el pelo lo más rápido que pudo y salió a toda prisa, pero para entonces había dejado de sonar. Decidió meterse nuevamente en la ducha cuando en su móvil empezó a sonar una canción de Chayanne a todo volumen. «Tengo que cambiar el tono del móvil. Este no es serio», pensó. Contestó la llamada; era su madre la que llamaba con tanta insistencia.

—Nere, ¿dónde estás? Te he telefoneado a casa, pero no contestas —le dijo Lourdes a su hija.

—Estoy en casa, *amá*, pero es que estaba en la ducha. ¡Tienes el don de la oportunidad! —contestó ella.

—¡Vaya por Dios! Te llamaba para decirte que hoy no puedo subir a ver al abuelo. Me sabe mal porque no lo he visto en toda la semana, pero me reúno con el presidente de una comunidad que quiere que llevemos la administración del edificio y hemos quedado esta tarde. ¿Irás tú a verlo, por favor? Además, la última vez me comentó que quería hablar contigo de algo importante.

—Claro, no hay problema. No hace mucho que lo visité, pero iré hoy nuevamente. Esta tarde a última hora, Jon y yo nos marchamos a pasar el fin de semana a los Pirineos, pero para entonces ya habré bajado de la residencia. —Cogió una toalla y escurrió su pelo—. A ver qué tal lo veo hoy. En mi anterior visita estaba bastante apagado, como sin muchas ganas de nada.

—¿Y qué quieres? ¡Son noventa y cinco años! Su cuerpo está cansado, su cabeza está cansada...

Mentalízate de que no va a ir a mejor —dijo Lourdes, intentando preparar a su hija para lo que era inevitable.

Tras pasar por la oficina y cerrar un par de temas que tenía pendientes, Nerea cogió su moto y recorrió la distancia que había entre la oficina y la residencia de ancianos en la que vivía su abuelo, en el barrio de Aiete. Habían estrenado el verano y el tiempo era cálido, lo que hizo que disfrutara especialmente del paseo. Pasó cerca del parque de Aiete, situado en una de las colinas que rodean la ciudad. Su majestuoso palacio había sido escogido como residencia veraniega por distintos aristócratas, como la reina Isabel II, la reina María Cristina o Alfonso XIII, y desde que su abuelo vivía en una residencia cercana, se había convertido en el lugar preferido para sus tardes de paseo.

Aparcó cerca de la puerta principal y llamó al timbre. Realmente aquel edificio no daba la sensación de ser un hogar para ancianos. De hecho, en la puerta principal se podía leer sobre un cartel dorado y con una caligrafía señorial: «Villa residencial de la 3ª edad. 5 estrellas». Siempre le había dado la impresión de que más bien parecía un hotel. El trato del personal había sido siempre excepcional, las instalaciones estaban muy cuidadas, las habitaciones eran individuales y, lo más importante, su abuelo estaba contento allí.

Saludó a la recepcionista, que le indicó que el anciano se encontraba en su habitación. Subió las escaleras de dos en dos, llamó a la puerta y entró.

Bittor Isasmendi había sido un hombre activo, con iniciativa y energía para llevar a cabo multitud de proyectos. Las veinticuatro horas del día no eran suficientes para todas las ideas que tenía en mente, pero, a esas alturas de su vida, se encontraba muy cansado, tanto física como mentalmente. Ni siquiera había sido consciente de los años que tenía a sus espaldas hasta que cumplió los noventa. Y no fue el hecho de ser nonagenario lo que le provocó tal debilitamiento, sino la muerte de su esposa, su adorada Leonor. Con nombre de reina y doce años menos que él, ella había sido la pieza fundamental e imprescindible de su vida. Era una mujer dulce, atenta, leal y poseedora de una paciencia infinita gracias a la cual él pudo dedicar gran parte de su tiempo a sus proyectos empresariales. Ella sabía cómo calmarlo, cómo animarlo o cómo consolarlo, según la ocasión, y, aunque siempre había permanecido a la sombra de su marido, él le atribuía a ella gran parte de su éxito. Hasta que un día cualquiera, de pronto, ella falleció, sin previo aviso. Se encontraba en la terraza de su casa regando las plantas cuando cayó al suelo repentinamente. Un derrame cerebral le arrebató a la mujer de su vida en cuestión de segundos, el tiempo que él tardó en ser consciente de que el declive de su vida también era inminente.

Su hija y su nieta hicieron todo lo posible para que Bittor se repusiera de aquel duro golpe. Lo visitaban a diario y contrataron a una persona para que lo atendiera y acompañara de forma permanente. Pero no funcionó. No podía soportar ver a otra mujer trabajando en la cocina de su esposa, ni regando sus plantas, ni sentada en el sillón donde ella solía leer las revistas de papel cuché que tanto le gustaban. Empezó a sentirse un extraño en su propia casa, ya no estaba cómodo allí y por eso, decidió visitar varias residencias de ancianos. Cuando se decantó por una de ellas dio la noticia a su familia. A partir de aquel día, podían visitarlo en su nuevo hogar.

—*Aitona*, ¿qué tal estás? —lo saludó Nerea desde la puerta. Se acercó hasta él, le dio un beso en la mejilla y un abrazo con cuidado de no moverle la sonda que llevaba para el oxígeno. Hacía unos meses que el médico se lo había recomendado y él notaba sus beneficios.

—¡*Kaixo maittia!* Me alegro de verte. Pensaba que hoy vendría tu madre. —Él también le dio un beso.

—Quería venir, pero tiene trabajo, así que he venido yo.

—Me parece perfecto. Me gusta que venga ella, pero me gusta más que vengas tú —dijo sonriendo a su nieta.

—¿Cuánto tiempo te queda enchufado a esta máquina? ¿Le digo a la enfermera que te la quite y nos vamos a pasear al parque? Hoy hace un día precioso para uno de nuestros paseos —dijo Nerea con ganas de animar a su abuelo.

—No, hoy estoy bastante fatigado. Perdóname, pero no estoy para paseos. Además, quiero hablar contigo de algo importante. Tengo algo que pedirte, algo que quiero que hagas. Si no te importa, hoy nos quedamos aquí.

—Claro *aitona*, como prefieras —contestó Nerea—. ¿Y qué es eso que quiere que haga por usted, caballero? —Nerea hizo una reverencia extendiendo el brazo hacia su abuelo, un gesto totalmente exagerado que hizo que los dos rieran. El anciano continuó:

—Pues verás... Ya sé que no te gusta que te hable de lo que sucederá cuando yo fallezca, pero, antes de que me cortes, escúchame un momento. —Parecía estar muy decidido a seguir la conversación, así que esta vez su nieta no le detuvo con frases como «tú por eso no te preocupes» o «ya se hará cuando llegue el momento». El anciano no se anduvo con rodeos—. He pensado mucho sobre esto y quiero que te quedes con mi casa. Yo no la voy a necesitar porque pienso terminar mis días aquí, por lo que no veo el motivo para que no te mudes cuando quieras. Tu piso es muy bonito, pero no me puedes negar que se te ha quedado pequeño. Mi casa tiene más de cien metros cuadrados, garaje para dos coches y está en pleno Boulevard. Con lo que te he enseñado en todos estos años, ¡espero que no me rechaces un caramelito así! —Bittor guiñó uno de sus cansados ojos a su nieta.

—*Aitona*, tu casa es tuya y mudándome allí me parecería que estoy invadiendo tu espacio, aunque no tengas intención de volver. De momento, Jon y yo nos arreglamos, así que puedes estar tranquilo —contestó ella.

—¡Terca como una mula! Sabía que dirías eso. Vamos a ver, no pretendo que te mudes a mi casa sin más, lo que deseo es que mi casa pase a ser tuya, escriturarla a tu nombre, sin tener que esperar a que la heredes cuando yo muera. Me gustaría ver cómo la reformas y la pones a tu gusto. Pronto formarás una familia y tendrás niños, y difícilmente podréis estar cómodos en un piso tan pequeño.

—¿No estás corriendo demasiado? —dijo ella riendo—. ¡Todavía no tengo intención de quedarme embarazada! Además, ¿has hablado sobre esto con mi madre? —preguntó.

—Sí. Ella sabe que mi casa la heredarás tú, igual que sabe que el negocio pasará a sus manos. En su día tuvimos nuestros más y nuestros menos, pero no puedo negar que su trabajo en la inmobiliaria ha sido impecable durante todos estos años. Por eso creo que es justo que la agencia la herede ella. Con el tiempo terminará en tus manos, pero, de momento, pienso que tiene que ser así.

—No sé, *aitona*, me sabe mal quedarme con tu casa. Es como si te estuviera quitando algo que es tuyo —protestó.

—Yo ya no la necesito, y me haría muy feliz que fuese para ti. Prométeme que hoy mismo llamarás a mi gestor y te pondrás en marcha con este tema.

La joven no tuvo más remedio que aceptar. Cuando su abuelo se empecinaba en algo, no había réplica posible. Continuaron conversando sobre temas triviales hasta que la máquina de oxígeno se detuvo. Entonces, Bittor se sentó en una silla de ruedas de la que solía echar mano los días en los que más agotado se sentía y, empujado por Nerea, dieron una vuelta por la residencia. Salieron al jardín, merendaron, charlaron y tras disfrutar un ratito más de la buena temperatura de aquella

maravillosa tarde de verano, Nerea lo llevó de vuelta a su dormitorio. Le dio un beso en la frente, un abrazo y se despidió de su abuelo.

—Acuérdate de lo que hemos hablado. Habla con mi gestor. *Agur, maittaa*.

—¿Señorita Fabbi? Puede pasar, adelante. —La secretaria del gestor de su abuelo le indicó cuál era el despacho en el que la estaban esperando.

Al salir de la residencia, viendo que todavía tenía un par de horas hasta reunirse con Jon, había hecho la llamada que le había pedido su abuelo. El gestor le pidió que pasara por la oficina, alegando que aquellos no eran temas para tratar por teléfono. En quince minutos había aparcado su moto y estaba frente a la gestoría.

—Supongo que está al tanto del deseo de su abuelo de hacerle una donación en vida y que por eso me ha llamado. ¿No es así? —le dijo él con una actitud muy profesional.

—Así es. Vengo de visitarlo y me ha insistido en que debía hablar con usted. Sé que quiere poner su piso a mi nombre.

—Está en lo cierto. De hecho, los papeles están preparados; el siguiente paso es acudir al notario para tramitar los documentos de transmisión.

—Bien, pero hay algo que quiero preguntarle antes de firmar documento alguno. —Nerea no estaba del todo convencida de lo que su abuelo se proponía—. ¿Está usted seguro de que él tiene claro el asunto de la donación? A mí me ha insistido en el tema, pero ya está muy mayor y no quisiera hacer nada que le pudiera perjudicar.

—Puede usted estar tranquila por eso. Hace años que su abuelo me hizo partícipe de su intención. Cuando tomó la decisión de ingresar en la residencia, también decidió el destino que le daría a su hogar. Él quiere que pase a sus manos y yo lo tengo todo preparado.

Nerea conocía la gran amistad que había entre su abuelo y aquel hombre. Bittor había realizado un sinfín de gestiones a lo largo de muchos años con el padre del hombre que se encontraba frente a ella. Siempre que hablaba de él decía que era «un hombre en el que se puede confiar». Una vez jubilado, la gestoría había pasado a manos del hijo y, a pesar del cambio, su abuelo había depositado toda su confianza también en él, tal y como lo había hecho con su padre.

—Si no tiene inconveniente, necesitó una fotocopia de su carné de identidad para gestionar la cita con el notario.

Ella sacó su cartera del bolso y le dio el documento. El gestor salió de la oficina dejándola sola. En la mesa había sendas carpetas con un sinfín de documentos en su interior; en la portada de una de ellas se podía leer: «Expediente Bittor Isasmendi». Deseó abrirla para ver qué era lo que había dentro, pero no se atrevió. El gestor tenía que llegar de un momento a otro con la fotocopia de su DNI. La puerta se abrió, el hombre se asomó y con cara de disculpa dijo:

—Lo siento mucho, pero la fotocopidora no funciona. Vamos a cambiar el tóner, a ver si así solucionamos el problema. Enseguida estoy de vuelta con usted.

No cerró del todo la puerta, pero casi. Ella no lo dudó. Curiosa por naturaleza, le dio la vuelta a la carpeta que llevaba el nombre de su abuelo y la abrió. Dentro se encontró con infinidad de documentos, entre los que había copias de escrituras, documentos bancarios... Pero lo que más le llamó la atención fue un papel que contenía lo que parecía un listado. El título que presentaba el encabezado del documento era: «Relación de bienes de Bittor Isasmendi» y le seguían una lista de propiedades, como el piso que quería donarle, la agencia inmobiliaria, acciones bancarias... y, por último, un apunte que a Nerea le pareció muy extraño:

«Caserío Gibola, Legazpi. Pendiente de regularización».

Justo en aquel momento el gestor entró en la habitación con la fotocopia en la mano. Al ver lo

que Nerea estaba haciendo, se abalanzó sobre la mesa y cerró el expediente rápidamente.

—¡Estos documentos son confidenciales!

El hombre se mostró enfadado con ella y también consigo mismo por haber cometido el error de marcharse dejando los documentos a su alcance. En realidad, no había nada que la nieta de Bittor Isasmendi no pudiera ver, pero en todos aquellos años había aprendido que la confidencialidad hacia sus clientes era algo inquebrantable. Nerea se sintió como si le acabaran de pillar copiando en un examen. Con las mejillas coloradas por la vergüenza, pidió disculpas y continuaron la reunión. Él quedó en llamarla cuando tuvieran cita con el notario, y, sin más dilación, dieron por finalizado el encuentro. Antes de salir del despacho, ella se giró y dijo:

—Sé que no debería de haber mirado sus papeles y de nuevo le pido disculpas, pero hay algo que me ha llamado la atención. Entre los bienes de mi abuelo figura un caserío del que nunca había oído hablar. ¿Qué sabe usted de eso?

—Pues no mucho, la verdad. Debe de ser el caserío de algún familiar de su abuelo. El último propietario falleció y parece ser que él es el pariente más cercano, por lo que ahora le pertenece, pero los papeles están sin regularizar. Su abuelo no está muy interesado en él —le explicó el gestor.

Nerea sacó el móvil de su bolsillo nada más salir de la gestoría y le mandó un mensaje a su novio:

«Cambio de planes, los Pirineos pueden esperar. Pasaremos el *finde* más cerquita, luego te cuento. Ven a buscarme con la furgoneta en media hora. ¿Ok?».

A Jon no le extrañó que su novia de pronto le hubiera cambiado todos los planes; era muy aficionada a hacerlo. En el último momento se le ocurría que sería buena idea cambiar de rumbo, y dicho y hecho. Pensó en rebatirle el cambio, pero sabía que ella le esperaría con un discurso lleno de argumentos para justificar ese fantástico plan de última hora, por lo que pensó que le sería más rentable aceptarlo directamente. Escribió en su móvil: «OK, churri», y le dio a enviar. Sonrió al pensar la cara que pondría ella al leer el mensaje. Era una broma de pareja. Él le llamaba churri y ella fingía que se enfadaba por utilizar con ella un apelativo tan barriobajero.

Nerea vio llegar la furgoneta y le hizo una seña a Jon para que él viera dónde lo estaba esperando. Jon se bajó del coche, besó a su novia y subió los trastos al maletero. Estaban obstaculizando la calzada y no había tiempo para más. Se subieron los dos al vehículo, se ataron los cinturones de seguridad y se pusieron en marcha.

—A ver, señorita. ¿Qué es ese cambio de planes? ¡Si lo tenemos todo preparado para ir a los Pirineos!

—Tranquilo, la siguiente vez que vayamos seguirán ahí, en el mismo sitio. Te propongo un plan alternativo, mucho más cerquita. Nos vamos a pasar el fin de semana a Legazpi. Quiero echar un vistazo a la zona y si hay suerte, encontraremos lo que estoy buscando. Hay algunas cosas que he hablado con mi *aitona* y con su gestor esta tarde que tengo que contarte.

Le relató a su novio con todo tipo de detalle la conversación que había tenido con su abuelo y la visita a la gestoría. Jon la escuchó en silencio, y cuando terminó, dijo:

—Vamos a ver. Así que tu *aitona* te regala uno de los mejores pisos que te puedas imaginar en pleno Boulevard donostiarra y tú te preocupas por un caserío del que puede que tu *aitona* solo sepa el nombre. A lo mejor está en ruinas o simplemente ya no queda nada de él, pero, aun así, has decidido que es el plan perfecto para pasar el fin de semana: ¡a la caza del caserío perdido! —Jon intentó sonar sarcástico, pero no lo consiguió.

—¡Venga, Jon! Está cerca y puede que encontremos lo que busco o puede que no, pero sin irnos

muy lejos seguro que veremos lugares que merecen la pena.

—Vale, vale, me rindo. Eres capaz de pasarte todo el camino justificando el viaje. Al final voy a terminar preguntándome: ¿cómo no se nos habría ocurrido antes? —Jon sonrió.

Cogieron la A1 y dejaron a un lado localidades como Lasarte, Tolosa, Ordizia, Beasain... En menos de una hora estaban en Zumárraga, cogiendo el desvío hacia Legazpi. Pasaron por delante del parque de bomberos y llegaron a lo que parecía la entrada del pueblo, una recta con diversas fábricas a ambos lados. Una vez en el centro, aparcaron en el parking subterráneo que había junto al ayuntamiento. Salieron del aparcamiento por las escaleras centrales y lo primero que hicieron fue buscar a alguien a quién preguntar por el caserío en cuestión. Un matrimonio mayor se encontraba sentado en uno de los bancos situados en los pórticos de la iglesia, mirando hacia un parque lleno de niños que corrían de un lado a otro. El hombre debía tener dificultades de movilidad porque tenía dos bastones apoyados en el banco, uno a cada lado. A su derecha se encontraba la que creían sería su mujer, una señora de pelo blanco que sin duda en su juventud habría sido muy guapa y elegante, puesto que todavía lo seguía siendo. Se acercaron y Nerea les preguntó si conocían el caserío Gibola.

—Gibola... —El hombre dudó un momento—. Ninguno de los dos hemos nacido aquí. Yo soy de Ordizia y mi mujer es gallega, pero llevamos muchos años viviendo en Legazpi, y yo juraría que el caserío Gibola está en Brinkola, un barrio que está a unos diez minutos en coche de aquí. Deberíais preguntar a alguien de allí.

Tras dar un pequeño paseo por el centro del pueblo, volvieron al parking y programaron el GPS dirección Brinkola. En aproximadamente diez minutos y después de atravesar otro barrio llamado Telleriarte, pasaron por debajo de un puente de siete arcos realmente alto donde el GPS les indicó que habían llegado a su destino. Enfrente de un estanque lleno de patos, gansos, ocas y hasta un pavo real, vieron a un hombre vestido con pantalones de mahón, una camisa de cuadros y calcetines de artilla con albarcas de goma en los pies, el calzado típico de los caseros. Detrás del hombre había un cartel que indicaba el nombre del caserío y la venta de pan casero: «Igaralde. *Baserriko ogia*». Pararon la furgoneta y se acercaron a él.

—*Arratsalde on*, ¿Vendes pan? —le preguntó Jon al hombre antes de que Nerea tuviera tiempo de decir nada.

—*Berdin* —contestó el casero—. Sí, tengo pan casero, leche, huevos... productos de caserío. Me dedico a ello.

—Pues un pan casero y un par de litros de leche ya nos llevaríamos —contestó Jon. Le encantaba la leche de caserío. No tenía nada que ver con la leche que se compraba en el supermercado, tenía muchísimo más sabor. Y con el pan le pasaba lo mismo—. ¿Podría ser?

—Sí, claro. Leche tengo toda la que queráis y el pan es de hoy mismo. Los viernes hay mercado en el pueblo y suelo hacer más cantidad. Si me acompañáis os lo doy enseguida.

Aparcaron a un lado la furgoneta y lo acompañaron unos metros hasta la entrada del caserío. El casero se hizo con la leche y el pan, y mientras lo ponía todo en una bolsa, Nerea aprovechó para preguntarle por el caserío Gibola.

—Estamos buscando un caserío y nos han dicho que está por aquí. Su nombre es Gibola. ¿Lo conoces?

El casero puso cara de sorpresa. Nerea y Jon no supieron cómo interpretar aquella expresión.

—Sí que lo conozco. No queda lejos de aquí, pero no encontraréis a nadie allí. Está deshabitado. ¿Por qué lo buscáis?

—Mi abuelo es pariente de los últimos dueños que por lo visto fallecieron, y nos ha pedido que

vengamos a echar un vistazo.

Nerea le guiñó un ojo a Jon aprovechando que el hombre se había agachado para dejar la bolsa en el suelo. Jon sonrió por la mentira que acababa de lanzar ella.

—Pues hoy ya poco vistazo vais a poder echar. Está oscuro ya, y en esa parte no hay luz. Tenéis que seguir este camino un par de kilómetros. Atravesáis el barrio Guriditegi y un poco más adelante veréis las vías del tren paralelas a la carretera. Al final de esa recta está el caserío que buscáis, con un pequeño puente como entrada al par de un paso canadiense. No tiene pérdida.

Le pagaron al casero el pan y la leche, le agradecieron las indicaciones y siguieron su camino. En pocos minutos encontraron la recta junto a las vías del tren, pero efectivamente no se veía casi nada. En medio de la recta, hacia la derecha, Jon observó un poco de terreno donde se podía aparcar la furgoneta.

—Me parece a mí que el día de hoy se acaba aquí. No se ve nada, pero por lo que ha dicho el hombre, el caserío tiene que estar a unos pocos metros. Dormimos aquí y mañana por la mañana a plena luz del día nos acercamos a ver qué se ve. ¿Te parece bien, churri?

—¿Quieres hacer el favor de no llamarme churri? ¡Qué manía! —Nerea puso los ojos en blanco—. Por lo demás, sí, me parece bien.

Eran las siete de la mañana y ya había amanecido. El sol se filtraba por las esquinas de las ventanas que las cortinas de la furgoneta no podían tapar. Tras desayunar unas rebanadas de pan casero que habían comprado la noche anterior con mantequilla y mermelada, se pusieron en marcha. No tuvieron que andar mucho. Unos trescientos metros separaban la entrada del caserío de donde habían pasado la noche. Justo al par del túnel, a la derecha, se encontraba el pequeño puente. Por debajo pasaba un río que en esos momentos no llevaba demasiada agua. Lo cruzaron y se encontraron frente a un caserío rodeado de frondosos árboles que hacían que desde la carretera fuera casi imposible distinguirlo.

Con dos plantas y una bajo cubierta, el caserío era bastante grande. En la parte delantera se podía ver la puerta principal, hecha de madera y de doble hoja. Encima de la puerta, tallado sobre una tabla de madera, se hallaba el nombre del caserío. Por el paso del tiempo la madera estaba gastada y vieja, pero aún era legible la inscripción: «Gibola, 1920». Tras intentar abrir la puerta y encontrarla cerrada, se dispusieron a rodear el caserío. En la parte izquierda comenzaba la ladera de un prado de varias hectáreas. En la parte derecha, los restos de lo que habría sido probablemente un huerto y junto a él, el río. Probaron suerte también con la puerta lateral por la que se salía directamente al huerto, pero también estaba cerrada.

El estado general del caserío no era malo, aunque se notaba que llevaba muchos años cerrado y sin ningún mantenimiento.

—¿Qué te parece? —preguntó Nerea.

—¿El sitio o el caserío?

—Ambos.

—Al caserío no le vendrían mal unos arreglos, pero podría haber estado peor —contestó Jon—. Y en cuanto al sitio... ¡Me encanta! Este sitio es una maravilla, rodeado de montes y prados, al lado del río... Por mí, ¡nos venimos a vivir aquí cuando quieras!

—¿Tanto te gusta? —preguntó Nerea sorprendida.

—Sí, sí. Aquí en verano a la fresca se tiene que estar genial. Aunque en invierno... ¡es verdad que tiene que ser helador!

—¡Nada que un buen fuego bajo no pueda solucionar! —contestó.

Jon sonrió porque esa era la respuesta que solía dar ella si el cliente se quejaba de lo fría que le

parecía la casa que le estaba intentando vender.

—Qué pena me da no poder verlo por dentro —se lamentó ella—. ¿Intentamos abrir la puerta de nuevo? —No quería darse por vencida, aunque sabía de sobra que no conseguirían abrirla.

—Nere, ya has visto que están todas las puertas cerradas. Lo que podíamos ver aquí ya está visto. El caserío existe y no está en ruinas. ¡Es bastante más de lo que sabías esta mañana! —contestó él haciendo un gesto exagerado con los brazos.

—¡Ya lo creo! —dijo ella riendo a la vez que sacaba su móvil con intención de sacar unas fotos al caserío—. No sé si mi *aitona* conocerá el sitio. Le voy a sacar unas cuantas fotos por si la quiere ver alguna vez.

Sacó fotos al puente, al río, al huerto, a la fachada principal, a los prados que rodeaban el lado izquierdo del caserío... Se situó en la parte posterior para fotografiarla también y cuando se disponía a pulsar el botón de su móvil, se dio cuenta de que una de las ventanas del primer piso tenía el cristal roto, y la ventana parecía no estar totalmente cerrada.

—¡Jon! ¡Ven, ven! Hay una ventana abierta. —Nerea estaba feliz con su descubrimiento. Quizá después de llegar hasta allí no se tuvieran que marchar sin ver el caserío por dentro.

—¿De verdad quieres que me suba ahí? ¡A ver si me voy a caer!

—¡Ah, muy bien! Para hacer *trekking*, escalada y no sé qué cosas más no hay ningún problema, y ahora resulta que el señorito no se quiere subir a un primer piso —antes de terminar de decir la frase, ella ya estaba buscando algo a lo que Jon se pudiera subir para poder alcanzar el borde de la ventana más fácilmente.

Encontró un bidón viejo con poca pinta de aguantar el peso de nadie, pero aun así su novio se subió a él. Poniendo los pies en los bordes del bidón para no caerse, consiguió llegar hasta la ventana y acceder al interior. En poco menos de un minuto, Jon abrió la puerta principal y Nerea entraba en el caserío.

La planta baja albergaba tres estancias: la entrada, una amplia cocina con una gran chimenea y el establo, que ocupaba más de la mitad de la planta. En el piso de arriba se encontraban tres habitaciones, el retrete y lo que parecía ser el desván, que contenía una trampilla con acceso directo al establo. Las habitaciones eran muy austeras: la cama, una mesilla pequeña y un armario. Nada de adornos ni ningún otro tipo de ornamento, lo justo para dormir. Si por fuera la sensación que daba el caserío era de abandono, por dentro esa sensación se hacía más fuerte aún. Muchísimo polvo y suciedad se acumulaban por todas partes. Abrieron las ventanas para ventilar el lugar y poder verlo mejor. Nerea registró todos los cajones y armarios, pero no había ni ropas ni objetos personales en ellos. La sensación de decepción crecía con cada cajón que encontraba vacío.

—¿Qué esperabas encontrar? —le gritó Jon desde lo que parecía ser el desván.

—No lo sé, pero algo más. Alguien habrá vivido aquí, ¿no? ¿Dónde están sus cosas? —dijo ella apenada.

—Ven a ver esto, aquí puede que encontremos algo —volvió a gritar Jon.

En una esquina del desván, tapados con una sábana se distinguían dos objetos. Descubrieron el que parecía más voluminoso y se encontraron con una *kutxa* o caja de madera tallada a mano. La madera estaba oscurecida por el paso del tiempo, pero la *kutxa* seguía llamando la atención por la perfección de sus formas y dibujos. Jon levantó la sábana que cubría el otro objeto y se encontraron con algo más sorprendente todavía: una preciosa cuna de madera con el símbolo del sol tallado tanto en el cabecero como a los pies de la cuna, y las iniciales M.I. Al ver aquellos dos

objetos en aquel descuidado desván, daba la impresión de que estuvieran allí por error, como si no encajasen en aquel lugar. Nerea no tardó en imaginarse a los antiguos habitantes de la casa.

—Bueno, sabemos que un niño al menos hubo, o varios. Probablemente esta cunita serviría para todos los que nacieran aquí. M.I., serán las iniciales del primer bebé y la siguieron usando hasta que ya todos fueron mayores y decidieron dejarla aquí. Podría ser, ¿no?

—O puede que la hicieran para esta niña —contestó Jon.

Nerea ni siquiera se había percatado de que su novio había abierto la *kutxa* y tenía en la mano lo que parecía ser un dibujo. Prácticamente se lo quitó de las manos para verlo. Tenía delante el retrato de una niña de unos dos añitos hecho a carboncillo. Era la niña más bonita y perfecta que había visto nunca. Tenía la cara redondita, unos enormes ojos claros que quitaban la respiración y una sonrisa preciosa. Unas pequeñas pequitas terminaban de adornar aquella cara tan hermosa. Abajo en la parte izquierda se podía leer el nombre «Miren 1922».

—¡Madre mía, este retrato tiene más de ochenta años! El nombre coincide con la inicial grabada en la cuna, posiblemente sería suya. ¡Es la niña más bonita que he visto nunca!

—¡Pues seguro que hoy en día no lo es tanto! —a Jon le hizo gracia su propia ocurrencia—. Según mis cálculos tiene que tener nada más y nada menos que unos noventa años, eso si vive, claro.

—¿Y por qué dejaría esto aquí? ¿Por qué no se lo llevó cuando se marchó?

—Quizá lo dejó olvidado dentro de la *kutxa*, o simplemente no le dio importancia y no se lo quiso llevar. ¡Quién sabe!

Nerea no podía dejar de mirar el retrato. Algo en su interior le decía que aquella era una niña especial. ¿Quién sería? ¿Qué relación podía tener con su *aitona* Bittor?

—¿Y qué tal si la busco? Me encantaría conocerla y así poder entregárselo. —Jon la miró con una media sonrisa dibujada en su cara y Nerea intuyó lo que le iba a decir—. Bueno vale, eso si todavía está viva, ya lo sé.

A primera hora del lunes, Nerea se bajaba de la furgoneta frente al ayuntamiento de Legazpi. Pensó que sería buena idea acercarse al registro civil a preguntar por los antiguos habitantes del caserío Gibola. Si resultaba que la niña del retrato estaba viva y vivía en Legazpi, iría a visitarla y le daría el retrato. Si, por el contrario, había fallecido o sencillamente no conseguía ninguna información sobre ella, cogería el tren a Donostia y listo, se olvidaría del tema.

El ayuntamiento de Legazpi se encontraba justo al lado de la parroquia del pueblo. Con un pórtico de tres soportales, un amplio balcón y el escudo del pueblo en la fachada, daba la sensación de ser un edificio construido hacía muchos años, pero muy bien conservado. Al entrar al interior comprobó que recientemente había sido renovado. Preguntó por el registro civil y le indicaron dónde se encontraba. Una vez allí, una funcionaria la invitó a tomar asiento y Nerea le expuso el motivo de su visita:

—Recientemente he conocido la existencia del caserío de unos familiares de mi abuelo. Está en el barrio de Brinkola y se llama Gibola. Me gustaría saber quién o quiénes vivieron en ese caserío, si es posible. —Nerea creía que la funcionaria tendría cosas más importantes que hacer que jugar a los detectives con ella, y que probablemente le diría que no le hiciera perder el tiempo con algo tan banal, pero, para su sorpresa, no fue así.

—Bien, veamos. Lo primero que haremos será buscar en el padrón. Los datos del padrón de habitantes se informatizaron en el año 1981. Si posterior a esa fecha alguien ha vivido en ese lugar, tiene que estar registrado.

Mirando a la pantalla del ordenador abrió un programa de tipo MSDos y se puso a teclear con

rapidez. Al cabo de muy poco tiempo se dio por vencida.

—Nada, en los últimos treinta años no ha vivido nadie allí.

—¿Y hay algún otro sitio donde se pueda mirar?

—Pues se me ocurre que podríamos buscar por titular de la vivienda. Dame un segundo.

La funcionaria descolgó el teléfono que tenía en su mesa y marcó lo que parecía ser una extensión. Alguien contestó al otro lado del teléfono y ella dijo:

—*Kaixo Kepa*, te llamo del registro. Mírame, por favor, el último titular del caserío Gibola de Brinkola. *Eskerrik asko*. —La funcionaria tapó con la mano el teléfono y se dirigió de nuevo a Nerea—. Es que esta información no la tengo yo. Estoy preguntando en el departamento de intervención.

La mujer agradeció la información a su interlocutor y se despidió de él.

—Por lo visto el titular es un tal Sabino Isasmendi. ¿Te dice algo el nombre?

—Sí, mi abuelo y él coinciden en el apellido. Mi abuelo se llama Bittor Isasmendi, toda su vida ha vivido en Donostia y es hijo único, por lo que supongo que Sabino Isasmendi será su primo o hijo de algún primo.

—Bien, vamos a ver qué más podemos saber de esta persona. —La funcionaria realmente estaba disfrutando con aquello—. Al no aparecer en el padrón, vamos a tener que buscarlo en los libros de registro antiguos, pero no hay problema porque esos documentos están escaneados, a menos que sean documentos muy antiguos y no los tengamos ya aquí.

Volvió a cambiar de programa informático y realizó una nueva búsqueda.

—Aquí está el parte de defunción de Sabino. Resumiendo: nacido en Legazpi, hijo de Andrés y Mikaela, fallecido en el año 1955 a los cuarenta y un años en el caserío Gibola de esta villa. No tenía hijos y no estaba casado. Este documento no nos dice mucho, la verdad.

—¿Y podríamos saber con quién vivía? Parece ser que en el caserío también hubo una niña.

—A ver cómo lo hacemos... —Cerró los ojos un momento para concentrarse—. Bueno, tenemos el nombre de sus padres, Andrés y Mikaela, así que podríamos buscar su certificado de defunción y comprobar si aparecen los hijos, por si es su hermana.

—¡Perfecto! —exclamó Nerea entusiasmada mientras la funcionaria seguía con la búsqueda.

—Nada. El padre debió fallecer hace mucho tiempo. No aparece en nuestra base de datos y los documentos antiguos no los guardamos en el ayuntamiento. Están en el Archivo Diocesano de Donostia, junto con los documentos del resto de municipios de la provincia. Podrías consultarlo allí si quisieras. De todas maneras, vamos a ver si tenemos más suerte con el de la madre, que se llamaba... Mikaela Tellería. —Tecléo el nombre de la madre y la búsqueda dio como resultado un registro que la funcionaria se apresuró en imprimir—. ¡Bingo! —dijo complacida con lo encontrado.

Nerea se rio por la efusividad de aquella mujer. Probablemente el resto de las tareas que tenía pendientes debían de ser más aburridas que «la búsqueda del antepasado perdido» que ella le había propuesto. La mujer cogió el papel de la impresora, le echó un vistazo y de pronto su cara cambió.

—¿Cómo has dicho que se llama tu abuelo?

—Bittor Isasmendi, ¿por qué?

—Porque creo que deberías ver el parte de defunción de Mikaela.

Nerea cogió el papel y empezó a leerlo:

«En Legazpia, provincia de Guipúzcoa, a las 15 horas y 15 minutos del día 10 de abril de 1938, se procede a inscribir la defunción de Dña. Mikaela Tellería Legorburu, nacida en Legazpia

provincia de Guipúzcoa, el día 10 de mayo de 1890, hija de D. Roque Tellería y de Dña. Josefa Legorburu. De profesión sus labores y de estado viuda de Andrés Isasmendi Uranga. Falleció en su domicilio a día de hoy a consecuencia de una insuficiencia respiratoria a los cuarenta y siete años de edad, dejando la siguiente descendencia: Sabino, Isidro, Bittor y Miren (†). Su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de Legazpia. Se practica el asiento en virtud de la manifestación de Ángel Emparanza en calidad de secretario y el doctor Saturnino Tellería».

La funcionaria se atrevió a decir en alto lo que ella misma acababa de deducir:

—Tu abuelo no ha vivido siempre en Donostia, nació aquí en Legazpi. Y tampoco es hijo único. Con él, eran nada más y nada menos que cuatro hermanos.

Capítulo 2

Brinkola, Legazpi. 1910-1920

Andrés Isasmendi era conocido por el nombre del caserío al que pertenecía, igual que sucedía con el resto de sus vecinos. No era habitual conocer los apellidos de los demás, y creían que conocerlo tampoco les iba a ser de gran utilidad. Martín, del caserío Uarkalde, era conocido como Martín Uarkalde. Justo, del caserío Etxeaundi, sería toda la vida Justo Etxeaundi, y él siempre había sido y sería Gibola, Andrés Gibola.

Ubicado en el barrio Brinkola de Legazpi, el caserío Gibola era de los pocos caseríos de la zona que pertenecía a la familia que lo habitaba, eran propietarios. Muchos de los caseríos vecinos eran arrendados por sus dueños a distintas familias a cambio de una renta, que podía variar enormemente en función del tipo de caserío, del dueño e incluso de la familia que habitaba en ella. Aunque una pequeña parte de la renta fuera en metálico, la mayor parte solía ser en especie: pollos, gallinas y huevos en agosto, trigo y maíz en invierno, y cordero y capones por Navidad. En el caserío Gibola, afortunadamente, no se tenían que preocupar de pagar ninguna renta, pero a cambio tenían que abonar la contribución directa sobre la propiedad, y por supuesto la pecuaria, de la que no se libraba nadie. Unos años antes, habían recibido una cuantiosa herencia de un tío por parte de madre que había fallecido en las Américas. Delante de su madre, ni Andrés ni sus hermanos solían manifestar alegría alguna por aquel fallecimiento, pero la verdad era que se alegraban, y mucho. Con aquella herencia habían podido comprar el caserío en propiedad, y además hacerle algunos arreglos. El tío, al que llamaban «el indiano», había emigrado siendo muy joven, por lo que ni siquiera lo habían llegado a conocer. Aunque su madre calificase aquella muerte como una desgracia para la familia, ellos coincidían en que más que una desgracia había sido un gran golpe de suerte.

Hasta unos años atrás, había existido muy cerca de allí otro caserío Gibola. Para diferenciarlos, los llamaban *Gibola de arriba* o *Gibolagarakoa* y *Gibola de abajo* o *Gibolaazpikoa*, pero el de abajo fue derribado junto con otros dos caseríos más para la construcción del Ferrocarril del Norte, la primera línea de tren entre Madrid e Irún. Una obra de tal calibre tuvo en Brinkola y en sus gentes un gran impacto. De la noche a la mañana y durante los seis años que duraron los trabajos, el barrio se llenó de trabajadores cualificados para tales tareas procedentes de otros lugares. Sobre todo, hubo trabajadores franceses, pero también hubo bastantes italianos, a los que se les atribuía la introducción de la *trikitixa* en Euskadi, un tipo de acordeón diatónico al que la iglesia no tardó en llamar «el fuelle del infierno» porque incitaba a bailar demasiado pegados. A pesar de las reticencias iniciales de la gente del lugar, finalmente los forasteros acabaron siendo

bien acogidos. Aquellos trabajadores requerían alimentarse, vestirse, divertirse... lo que económicamente fue muy ventajoso para todos. Finalmente, el 15 de agosto de 1864 se inauguró el ferrocarril.

Andrés no había vivido nada de aquella época. Él nació casi veinte años después de que finalizara la obra, pero no eran pocas las veces que había oído contar a sus mayores historias de entonces. Una en concreto le había llamado mucho la atención desde que la oyó por primera vez. De los catorce túneles que habían construido entre Brinkola y Alsasua, el más largo de todos ellos era el siguiente al pequeño túnel cuya entrada estaba justamente delante de su caserío. Al gran túnel le pusieron de nombre *Tunel Haundi* por sus más de tres kilómetros de longitud, siendo en su día el más largo de todo el Estado. Fue una obra impresionante, en la que participaron muchas personas y en la que casi todo se tuvo que hacer a mano, ya que por aquel entonces no disponían de dinamita. Contaba la leyenda, que el ingeniero que diseñó el túnel, al ver que por más que cavaban por los dos lados las bocas no se encontraban, se suicidó creyendo que había fracasado en sus cálculos. Al día siguiente a su muerte, siguieron trabajando y ambos lados casaron a la perfección. Andrés no sabía si la leyenda era cierta o no, pero cada vez que tenía una tarea o un reto difícil por delante, antes de abandonar se solía acordar de aquel ingeniero y se decía a sí mismo: «Vamos Andrés, un poco más. Un poco más y lo logras».

La familia Isasmendi era una familia de hombres. Andrés tenía tres hermanos más, todos chicos, igual que había tenido su padre. Era la segunda generación en la que se repetía lo mismo, cuatro hijos y todos varones. Su madre, Anttoni, lo había aceptado con resignación, como había hecho con todo lo demás. Era una mujer incansable, que trabajaba de sol a sol, y a la que todos los miembros de la familia respetaban y admiraban por igual. Nacida en un caserío del barrio vecino de Telleriarte, salió del mismo para casarse a Gibola. El mismo día en el que entró en su nuevo hogar se puso a trabajar, y no lo había dejado de hacer ni un solo día desde entonces. Se ocupaba de la cocina, hacía la colada, cuidaba de los hijos, limpiaba el hogar, fabricaba el pan, se encargaba de la huerta, de las gallinas, alimentaba al cerdo... y además, acudía al mercado semanal a vender los productos del caserío y repartía la leche entre sus clientes. Al quedarse viuda unos pocos años antes, a sus tareas diarias se sumaron unas cuantas más, propias de los hombres de la casa. Sus hijos ya habían dejado la niñez atrás y se encargaban solos del caserío, pero ella pensaba que algo de ayuda no les vendría nunca mal.

—¡Si al menos hubiera tenido una hija para ayudarme en las labores del hogar y hacerme compañía...!

Aquella frase era lo más parecido a una queja que le habían oído nunca a la mujer. Conformista por naturaleza, cuando el resto de la familia se había acostado ya, ella todavía revisaba el fuego, echaba ceniza sobre las brasas y daba fin a un día que se asemejaría al siguiente.

Su marido había sido pastor. Con tanto hombre en casa, a sabiendas que dejaba el caserío en buenas manos, se solía marchar con el rebaño a otros lares durante varios días. Un día en el que había llevado a las ovejas a un monte cercano, al ver que al anochecer todavía no había vuelto, sus cuatro hijos salieron a buscarlo. Lo encontraron no muy lejos del caserío, muerto. Por lo visto, según volvía a casa, un ataque al corazón lo dejó fulminado en ese mismo lugar. La verdad fue que, aunque lamentaron su pérdida, la vida en el caserío no cambió demasiado después de la muerte del hombre de la casa o *etxekojauna*, ya que estaban más que acostumbrados a llevar todo el peso del caserío entre los demás.

Solía ser común que otros pastores provenientes de Araya, Alzania y Zegama con destino Vizcaya, hicieran un alto en el camino y tocaran la puerta de Gibola buscando un lugar donde

resguardarse del frío de la noche. Quizá por el hecho de que el padre de familia hubiera sido pastor, nunca a ninguno se le negó la entrada, y pronto se corrió la voz en el pueblo bautizando al caserío como el «hotel de pastores». Algunos agradecían la estancia con unas pocas monedas, otros con algún queso o algo de lana, y los que menos tenían, daban las gracias y se marchaban sin más.

Andrés tenía la suerte de ser el primogénito. Las leyes de mayorazgo que existían en Euskadi y Navarra, hacían que el caserío y todas sus tierras fueran heredados por un único individuo, generalmente el primogénito de la familia. Siempre se habían conocido excepciones como que los heredase una mujer o algún varón que no fuese el hijo mayor, pero no era lo habitual. Sus tres hermanos habían sabido siempre que su lugar no estaba en Gibola, y que tarde o temprano tendrían que marcharse. El menor de todos, Sebastián, viendo el poco interés que tenía por las mujeres y sin ninguna intención de quedarse soltero en el caserío, decidió ingresar en el seminario de San Sebastián para entrar en el sacerdocio, una decisión que todos vieron con buenos ojos. Los otros dos hermanos, Ignacio y Joaquín, a los que tampoco les agradaba la idea de la soltería, tendrían que buscar una futura esposa. No tendrían que marcharse hasta que su hermano Andrés se casara, y con lo sumamente tímido y retraído que era en cuestiones de amor, los dos coincidían en una cosa: no había prisa.

La vida en el centro de Legazpi o lo que llamaban «la calle» era muy distinta a la de los caseríos. En la primera década del siglo XX y con casi 1300 personas inscritas en el censo, eran cada vez más los trabajadores que se dedicaban a la industria, cerca de sesenta. Aproximadamente la mitad lo hacían en la tejería de Pedro Segura, algunos más en la cementera de Gracián Alberdi, y el resto se repartían entre la papelera de Patricio Elorza, la recién creada «Segura-Echeverría y Cía.» y la «Real Compañía asturiana de minas». La principal ventaja con la que contaban estos trabajadores frente a los caseros era la jornada laboral. Mientras que en los caseríos se trabajaba de sol a sol, la jornada laboral en las fábricas era de diez horas. Una vez cumplidas, los trabajadores podían dedicar el resto de su tiempo al ocio o a descansar, algo que no se podían permitir los caseros o *baserritarras*. Además, el sueldo tampoco estaba mal: dos pesetas y media diarias, menos para los menores de dieciséis años, que solamente cobraban dos pesetas.

Además de caseríos y empresas industriales, Legazpi contaba también con cesterías, panaderías, zapateros, barberos, tabernas, tiendas de tejidos... En el centro del pueblo se encontraban situadas una al lado de la otra, la iglesia parroquial y la casa consistorial, y de ahí bajaba la única calle del casco: la calle Santa María, una calle llena de vida donde las casas situadas a ambos lados habían sido bautizadas con nombres propios: Oiarbidenea, Damata, Etxaluze, Medikunea, Atxaparrokoa, Santxoneaundi, Santxoneatxiki, Mantxolanea...

Mikaela y Xexili Tellería eran dos hermanas que vivían en la casa Etxaluze de la calle Santa María. Podían decir con orgullo que su padre formaba parte del ayuntamiento, ya que era un empleado municipal. Oyéndolas, sobre todo a Xexili, cualquiera hubiera pensado que como mínimo ostentaría el cargo de alcalde, o al menos de concejal, pero lo cierto era que su puesto era bastante más modesto: era el tamborilero o *txistulari* del pueblo. Roque Tellería, el padre de las chicas, tenía fijados los días de actuación como *txistulari* oficial del pueblo y entre las obligaciones de su empleo se encontraban el contratar a un segundo *txistulari* y un tamborrero para las fiestas patronales de mayo. Tristemente, el sueldo que percibía por su trabajo no era suficiente para sacar la vida adelante. Las 175 pesetas anuales que cobraba por sus actuaciones no eran nada comparado con las 365 pesetas que cobraba el alguacil, las 575 pesetas que recibía el

médico o las 990 que se llevaba el secretario. Por eso, aparte de *txistulari*, tenía también otro oficio: el de alpargatero.

Con una esposa algo delicada de salud, Roque estaba viviendo en aquellos momentos la mejor etapa de su vida. Sus hijas se acercaban a la veintena y eran de gran ayuda, tanto en casa como en el negocio de las alpargatas. Al nacer Xexili, la hija menor, su mujer estuvo al borde de la muerte. Tuvo un parto horrible, perdió mucha sangre y tras una serie de complicaciones, había quedado imposibilitada de volver a quedarse embarazada otra vez. Mientras las niñas eran pequeñas, él se tuvo que encargar del negocio, de sus hijas, de la casa y muchas veces incluso de su mujer, que nunca se terminó de reponer del todo. Ahora que las niñas habían crecido y ya no iban a la escuela, eran ellas las que se ocupaban de las tareas del hogar, colaboraban en la producción de alpargatas e incluso atendían a los clientes en el mostrador.

Las dos jóvenes eran muy conocidas y apreciadas en el pueblo. Acostumbradas a trabajar cara al público desde pequeñas, eran extrovertidas y sociables, y mantenían entretenidas conversaciones con cualquiera que pasase por la alpargatería con intención de hacerse con un par de alpargatas. Mikaela, la hija mayor, era algo más seria que su hermana, más responsable y trabajadora, y prefería estar fabricando alpargatas en la trastienda. En cambio, Xexili, la hija menor, adoraba el mostrador, labor que se le daba estupendamente. Le gustaba charlar, reír, divertirse... A ojos de la gente, ella era la más divertida y simpática de las dos, pero los que la conocían bien sabían que tenía un gran defecto: la envidia. Era envidiosa por naturaleza y siempre tenía que ser la mejor. Mikaela la conocía muy bien, y después de tantos años juntas, había aprendido que lo mejor era no entrar al trapo con su hermana. Si ella quería pensar que era la mejor en todo, que lo pensara.

En abril de 1912, con las fiestas patronales de mayo a la vuelta de la esquina, estaban de trabajo hasta arriba. No daban abasto. Roque y Mikaela trabajaban en la trastienda sin parar para poder terminar todos los pedidos a tiempo mientras la madre, Joxepa, envolvía en paquetes los pares de alpargatas que ya estaban acabados. Xexili entró en la tienda apresuradamente.

—¿A que no sabéis lo que me acaban de contar en el mercado? —y continuó sin esperar a que nadie le contestara—. Pues que por lo visto hace unos días, un barco inglés que iba a las Américas con muchísima gente dentro, se hundió, y han muerto más de 1500 personas. Debía ser un barco muy lujoso, pero no sería muy resistente porque en su primer viaje, se ha chocado contra un iceberg y... adiós barco.

—¿Contra un qué? —preguntó Mikaela sin levantar la vista de su trabajo.

—¡No me digas que no sabes lo que es un iceberg! —dijo Xexili con arrogancia.

Mikaela hubiera apostado su asignación semanal a que su hermana tampoco lo sabía hasta que se lo habían contado en el mercado aquella mañana.

—Pues es un trozo grande de hielo.

—¡Santo Dios! Es una desgracia terrible, tanta gente ahogada... —Joxepa se santiguaba una y otra vez—. Esta tarde rezaremos por todos ellos.

—¿Por todos? —A Xexili le pareció muchísimo trabajo rezar por tanta gente.

—Con un par de Avemarías, yo creo que valdrá. —Roque guiñó un ojo a su hija. A él le gustaba rezar tan poco como a ella.

Xexili siguió con sus chismes.

—Pues eso no es lo único que me han contado. Parece ser que este año las fiestas patronales van a ser diferentes.

—¿Y eso? —Esta vez Mikaela sí que dejó un momento de trabajar para mirar a su hermana. Lo

que tuviera que decir de las fiestas del pueblo le interesaba más que el asunto del barco hundido.

—Pues eso, que Pedro el del bar del Concejo, aburrido de que todos los años haya lo mismo en fiestas, ha propuesto al ayuntamiento que este año se organicen cosas nuevas como carreras de cintas, peleas de gallos... y no sé qué cosas más.

—¿Y el ayuntamiento qué le ha contestado? —Quiso saber Roque.

—¡Pues que sí! ¿No es maravilloso? Este año vamos a tener unas fiestas como Dios manda.

—Las peleas de gallos no creo que tengan mucho que ver con Dios, pero bueno, si lo ha dicho el alcalde... —Joxepa era más partidaria de lo tradicional. ¿Para qué cambiar algo que estaba bien?

Xexili estaba en lo cierto. Pedro, el encargado del bar del Concejo situado en los bajos de la casa consistorial, había cursado al ayuntamiento una petición para que aquel año las fiestas fueran distintas, mejores. Hasta el momento, todos los años se solían repetir los mismos actos: el baile *ezpatadantza* de los *dantzaris*, cohetes, globos aerostáticos y el baile amenizado por *txistularis* hasta el toque de oración. Él, como buen hombre de bar que era, tenía muchos contactos aquí y allá, y estaba bien informado de cómo se celebraban las fiestas en otros pueblos. En su solicitud propuso una lista de actividades novedosas: carrera de cintas, peleas de gallos, sesión de cine en la escuela de niños, *bertsolaris*, *aizkolaris* o cortadores de troncos, y hasta la actuación de los dulzaineros de Azkoitia. Para su sorpresa, la contestación del ayuntamiento fue afirmativa.

La noticia corrió por el pueblo como la pólvora. De boca en boca, las novedades no tardaron en llegar a todos los rincones de Legazpi, incluido el caserío Guriditegi de Brinkola. Víctor y su mujer Saturnina, habiendo sido él entre los doce hermanos el que se había casado a casa, habían montado en los bajos del caserío una especie de taberna en la que también vendían vino al por mayor. Era habitual ver cómo los domingos por la tarde mucha gente de los alrededores se acercaba a Guriditegi a probar el besugo que Saturnina preparaba a la parrilla, o incluso el bacalao con tomate que solía hacer para merendar. El hijo pequeño de Guriditegi, Benito, nada más enterarse en la taberna de las últimas novedades sobre las próximas fiestas, salió corriendo tan rápido como su cojera le permitía hacia Gibola, a darle las buenas nuevas a su amigo Andrés.

Lo encontró limpiando el establo, trabajando en silencio junto a su perro Dei, que descansaba a su lado. Estuviera donde estuviera Andrés, Dei estaba siempre con él. Casi sin poder coger aliento, Benito le contó a su amigo lo que sabía de las fiestas patronales que estaban al caer, y terminó diciendo:

—¡Tenemos que ir, eh!

—Claro que iremos. Nunca he visto ninguna pelea de gallos. Y ver a los *aizkolaris* también me gusta mucho, cómo se dejan la piel tratando de cortar el tronco antes que su contrincante.

—¿Y si te presentas tú? Con esos brazos que tienes, seguro que ganas.

—Si me hubiera presentado cada vez que me lo has propuesto, ¡ya sería *aizkolari* profesional!

—Bueno pues esta vez sí, te vas a presentar. Yo me encargo de inscribirte. ¡Ya verás cómo las chicas se te acercan como las moscas a la miel! ¡En estas fiestas nos ennoviamos seguro!

—¿Tú también vas a empezar? Mi madre me está insistiendo en que el caserío necesita otra mujer, erre que erre. Ya le he dicho que yo no tengo ni la facilidad de palabra, ni la gracia que tienen mis hermanos, y que lo tengo muy difícil. ¡Me quedo en blanco delante de una mujer sin saber qué hacer!

—¿Y qué te contesta ella?

—Pues que con lo guapo que soy no voy a tener ningún problema. Ya sabes, es mi madre, a todas las madres les parecen guapos sus hijos.

—Sí, claro, a todas menos a la mía. Mi madre dice que además de pequeño y feo, encima soy

cojo. Y que de lo poco agraciado que soy a lo mejor ella tiene parte de culpa, pero que de la cojera no, que si soy cojo... ¡es porque también soy idiota!

Algo de razón tenía Saturnina. Hacía diez años, el 22 de junio de 1902, en el monte Gorostiaga, se construyó una cruz de metal a la que llamaron «La cruz de Korosti». El papa León XIII había emitido un edicto donde pedía construir cruces monumentales en las cumbres de todos los montes. Y así lo hicieron los legazpiarras. Tras asistir a misa de ocho en la iglesia parroquial, el clero, el ayuntamiento y un numeroso grupo de habitantes, ascendieron a la cima del monte para asistir a la bendición e inauguración de la cruz. Andrés, Benito y el resto de los chavales tuvieron ocasión de divertirse como nunca en la romería que hubo después. Bailaron, comieron y bebieron, sobre todo, bebieron. Ya con catorce años se sentían mayores, y aunque no estaban acostumbrados a beber alcohol, aquel día bebieron todo lo que no habían bebido hasta la fecha. Les daba lo mismo que fuera sidra, vino o pacharán. A última hora del día, con una borrachera importante, comenzaron a bajar del monte. Andrés, sus hermanos Ignacio y Joaquín, Benito y algún otro joven de Brinkola, pensaron que lo mejor sería bajar por el camino corto, ya que una vez abajo todavía les quedaba la caminata hasta Brinkola. Bajaron cantando, riendo, tirándose piedras unos a otros... Los atajos que iban tomando tenían el inconveniente de ser muy empinados. Cuando bajaban por un atajo al que todo el mundo llamaba «mata burros» por su extremada inclinación, Ignacio le arrojó una piedra a Benito. Este, aun sabiendo que era imposible alcanzarla, dio un salto e hizo con el brazo un gesto de *pelotari* que hizo que todos se echaran a reír. Cuando volvió a poner los dos pies en el inclinado terreno, una piedra hizo que perdiera el equilibrio y cayera rodando hasta abajo, donde frenó la caída con su rodilla izquierda. A partir de aquel día, a Benito Guriditegi lo empezaron a llamar «El cojo de Guriditegi».

Llegó el mes de mayo y con él las tan esperadas fiestas patronales de aquel año. El 3 de mayo, Santa Cruz, se celebraba el día grande de Legazpi, rememorando los acontecimientos ocurridos en la Ferrería de Mirandaola en el año 1580. Ese día, a pesar de considerarse pecado trabajar en domingo, los ferrones se pusieron a ello después de oír misa. Trabajaron hasta media noche, quemaron más de catorce cajas de carbón de leña, y prepararon cantidad de leña suficiente para obtener unos 300 kilos de hierro, pero finalmente, solo obtuvieron un residuo de metal con forma de cruz de unos seis kilos nada más. Convencidos de que aquello era un castigo divino por haber trabajado en día festivo, intentaron ocultar lo ocurrido a toda costa. Años más tarde, en 1633 el arzobispo de Pamplona declaró este suceso como milagro.

Preparados para celebrar el día de Santa Cruz, Andrés Gibola y Benito Guriditegi habían salido de Brinkola con tiempo suficiente de llegar a la plaza a la hora en la que comenzaría el deporte rural. Los demás chicos y chicas del barrio saldrían más tarde en la misma dirección, y teniendo en cuenta lo que tardarían ellos a un paso normal, y lo que tardarían Benito y Andrés al paso de Benito y su cojera, calculaban que llegarían a la plaza todos al mismo tiempo. Por fin, Benito había convencido a su amigo para que participara en la exhibición de *aizkolaris*. A Anttoni no le había gustado la idea:

—Ay, hijo, ¿sin ninguna necesidad te vas a poner a cortar troncos delante de todo el pueblo? Mira que si te das algún golpe o te cortas el pie...

—*Amá*, en el caserío ya lo hago y nunca me ha pasado nada. ¡Sería mucha casualidad!

A Andrés le daba más vergüenza que miedo salir a cortar troncos a la plaza. En el caserío, solo o con sus hermanos de público, los cortaba rápido y fácil, sin tener que hacer ningún sobreesfuerzo. Pero delante de todo el pueblo la cosa cambiaba, y mucho. Se había arrepentido de haberle dicho a su amigo que sí, pero ya era tarde para echarse atrás.

La plaza estaba a rebosar. Prácticamente todo el pueblo se encontraba allí presente, dispuesto a disfrutar de una buena exhibición del típico deporte rural vasco. Andrés estaba preparado. Se había quitado la camisa, pero se había dejado el fajín para proteger su cintura. Subido al tronco de haya que se disponía a cortar, intentaba no pensar en la multitud de gente que tenía alrededor, pero con sus hermanos y medio Brinkola gritando su nombre, le era prácticamente imposible. Sonó el silbido que daba comienzo a la prueba y Andrés comenzó a darle hachazos al tronco doblándose por la cintura. Uno por la derecha, el siguiente por la izquierda. Los trozos de madera iban cayendo al suelo uno tras otro y cuando los cortes habían alcanzado el punto central del tronco, Andrés se dio la vuelta y empezó a cortar por el otro lado. Por el rabillo del ojo podía ver que le sacaba bastante ventaja a su contrincante. Para cuando su rival empezó a cortar la mitad posterior del tronco, él ya casi había acabado. Calculó que le quedaban tres hachazos para que el tronco se partiera en dos. Levantó el hacha por encima de su cabeza con los brazos bien extendidos y los bajó con todas sus fuerzas. El golpe contra la madera fue tan sumamente fuerte que varias astillas salieron disparadas en distintas direcciones, con tan mala suerte que una de ellas fue a parar a la frente de la hija menor del *txistulari* del pueblo. Consciente de lo sucedido, Andrés tiró el hacha al suelo, se bajó del tronco y fue corriendo hacia donde se encontraba la joven que había resultado herida. Xexili se había llevado las manos a la cabeza después de pegar un grito, y no dejaba que las personas situadas a su alrededor vieran el alcance del impacto.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? ¿Estás bien? —Andrés intentaba que Xexili bajara los brazos para poder ver el corte, pero ella no cedía.

—Tranquilo, no creo que sea nada. Ahora mismo la llevo a casa a limpiar la herida. Ya verás cómo es menos de lo que parece. —Mikaela mantenía la calma de una manera asombrosa.

Las dos chicas se alejaron del corro de gente que se había formado en torno a ellas. Roque el *txistulari* se unió a sus hijas preocupado y los tres desaparecieron dirección a la calle Santa María.

La tarde no había ido como ellos esperaban. Nada se sabía de la joven herida y habían perdido la competición. Andrés felicitó a su contrincante, que en ningún momento había dejado de mover el hacha hasta que finalmente su tronco se partió.

—Bueno, tranquilo amigo. Seguro que la chica no tiene nada y está claro que, de no haber parado, ¡hubieras podido ganar hasta con una sola mano! —Benito seguía alterado por los momentos de emoción que había vivido durante el desafío.

—Pues te vas a tener que conformar con lo de hoy, porque no pienso volver a dejar que me lées en otra igual. ¡Una y no más! Y esperemos que haya sido solo un susto. Ya veremos. —No estaba nada tranquilo.

—Pues claro que sí, ahí tienes la prueba. —Benito señaló en dirección a los arcos de la iglesia.

Las dos hermanas aparecieron agarradas del brazo. A lo lejos casi no se distinguía la hinchazón que tenía Xexili encima de los ojos. Una vez se pusieron frente a ellas, comprobaron que efectivamente un corte de un centímetro de ancho se hallaba en medio de la frente.

—Lo siento de veras —se disculpó Andrés—. ¿Te duele mucho?

—No, no. Ha sido más la impresión que me ha dado ver cómo el trozo de madera venía volando hacia mí. De verdad que no ha sido para tanto.

—Al menos me gustaría poder invitarte a algo, si no te importa. —Era la primera vez que Andrés se atrevía a lanzar una invitación así.

—Claro que sí, ¡faltaría más! —Xexili estaba encantada con toda la atención centrada en su persona. Le encantaba ser la protagonista. Además, Andrés Gibola le parecía un chico atractivo.

Era alto, guapo y tenía unos brazos muy fuertes, a juzgar por la exhibición que habían podido presenciar aquella misma tarde.

Mikaela y Benito se sumaron a la invitación. Andrés compró cacahuets para todos y pasaron el resto de la tarde juntos. Asistieron a la pelea de gallos que tanta expectación había generado en el pueblo, bailaron al son de la música de los dulzaineros de Azkoitia, hablaron, rieron, se divirtieron, y a la hora del Ángelus, los chicos acompañaron a casa a las dos jóvenes con la promesa de volver a verse.

Los días posteriores a las fiestas, Xexili estuvo más exaltada que nunca. No tardó en contar a todas sus amigas el incidente del trozo de madera y cómo Andrés Gibola había sido muy gentil parando la competición y dirigiéndose hacia ella para ver si estaba herida.

—Muy fuerte no sería el golpe cuando ya ni siquiera se te nota.

Margari, la mejor amiga de Mikaela, colocaba la ropa sucia en la tabla de piedra del primero de los siete lavaderos municipales, que habían sido creados unos años antes nada más. Se realizaron obras en la cara este de la parroquia para concluir el cierre total del pórtico y en los bajos, se habían construido los lavaderos públicos. Se podía acceder a ellos mediante unas escalinatas situadas a ambos lados, y solían estar muy solicitados. Las jóvenes que vivían en «la calle» solían reunirse por las mañanas para lavar la ropa sucia y pasar así un rato juntas, charlando de sus cosas.

—Pues sí que me dolió, pero al rato ya no me acordaba.

—¡Cómo te ibas a acordar, con tanta atención por parte de cierto joven...! —Otra de las amigas hablaba desde las escalinatas, había llegado la última y estaba esperando a que se librara alguno de los lavaderos.

—La verdad es que sí. Un joven muy guapo y muy simpático, y lo más importante: ¡con caserío propio! Ya os hubiera gustado a vosotras...

—¿Pero te ha hecho alguna proposición? —Quisieron saber ellas.

—No, pero lo hará.

—¡Muy segura estás tú! Además, no te veo yo a ti en un caserío. ¡A los dos días estarías de vuelta en casa! —dijo Mikaela convencida.

—A ti lo que te pasa es que tienes envidia porque la cosa no fue contigo. Mala suerte, hermanita. Pero bueno, te puedes quedar con el cojo si quieres, ¡te lo regalo! —Xexili rio con ganas.

—El cojo tiene nombre y no es menos que tú por ser cojo. Además, no sé cómo puedes ser tan lerda. No has recibido ninguna petición formal por parte de ninguno de los dos, ¿no? Pues deja de presumir tanto y sigue lavando la ropa, que como termines en Gibola, esto no será nada comparado con lo que tendrás que trabajar allí.

—¡Haya paz! —Margari estaba más que acostumbrada a poner paz entre las dos hermanas—. Pero dicho sea de paso... ¡No te veo yo a ti recogiendo estiércol!

Esta vez las risas fueron generales y Xexili se enfadó. Nadie se reía de ella. Se levantó, y aun sabiendo que si dejaba el lavadero solo perdería su turno, las miró a todas por encima del hombro y se marchó.

El mes de mayo estaba llegando a su fin y los días empezaban a ser cada vez más cálidos. En Gibola nunca faltaba trabajo que hacer, pero los meses de mayo y junio se tornaban especialmente agotadores por la labor de cortar la hierba, algo que exigía un enorme esfuerzo físico. El corte debía de hacerse rápidamente, al igual que la recogida, para evitar que la hierba se estropease por alguna inesperada tormenta. Los tres hermanos Isasmendi terminaban totalmente agotados al final del día. Anttoni se encargaba, como todos los días, de tener preparada una buena cena para que

sus hijos repusieran fuerzas, pero en aquella época del año lo hacía si cabe con más dedicación. Llevaba varios días viendo a su hijo mayor algo ausente en el trabajo. No lo veía concentrado. Había dejado un par de veces la puerta del establo abierta y habían tenido que ir después detrás de los animales, que habían aprovechado el descuido para salir corriendo. Incluso una mañana vio cómo su hijo ordeñaba una de las vacas sin haber puesto el cubo debajo. Algo le pasaba a Andrés y ella tenía intención de averiguarlo.

Una noche de primeros de junio, esperó a que sus otros dos hijos se hubieran retirado a dormir y aprovechó que Andrés se encontraba sentado con Dei en el banco de madera que tenían junto a la puerta principal.

—Hijo, algo te pasa y me gustaría saber qué es.

—Nada, *amá*. No te preocupes. No pasa nada.

—No me digas que no es nada cuando en la vida te he visto tan descentrado como ahora. Algo te preocupa, ¿por qué no me lo cuentas? —Anttoni estaba dispuesta a insistir lo que hiciera falta.

—No vas a parar hasta que te lo cuente, ¿verdad? —Andrés sonrió a su madre.

Desde que había muerto su padre, él había tenido que meterse de lleno en el papel de *etxejojauna*, y su madre había encontrado en él un gran apoyo. Las circunstancias habían hecho que entre ellos se hubiera forjado una relación muy especial.

—Está bien. Sí hay algo que me preocupa... Se trata de una chica. —Nada más decir la última frase, las mejillas del joven se sonrojaron.

—Bueno, al menos es lo que me imaginaba, pero por tu cara supongo que te ha dado calabazas, ¿no es así?

—No, no, ni siquiera le he dicho todavía nada.

—Y entonces, ¿por qué tienes esa cara de pena? —Anttoni no entendía la tristeza de su hijo.

—Porque no me atrevo —reconoció él—. Por eso.

—Pues al que algo quiere, algo le cuesta, y no tienes nada que perder. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que te diga que no, e incluso en ese caso saldrías ganando porque al menos tendrías la certeza de que la respuesta es un no. —Anttoni era bastante práctica en cuestiones de amor—. Tu padre no se lo pensó tanto. Se presentó un día con su rebaño en Telleriarte, habló cuatro palabras con mi padre y a los dos días estábamos ennoviados. De romántico tenía bastante poco el hombre, pero no me puedo quejar, siempre me trató bien. Si aquel día no se hubiera decidido a venir al caserío, ahora tú y yo no estaríamos aquí, charlando. Así que ya sabes, no te lo pienses demasiado y ánimo. Y si te dice que no, pues ya aparecerá otra, que con lo buen mozo que eres, ¡pretendientes no te van a faltar!

Andrés sonrió al ver cómo su madre sacaba a relucir aquel amor de madre incondicional que tanto echaba de menos su amigo Benito. Aunque sabía que la mujer exageraba, aquellos comentarios le hacían sentir bien. Se dieron un abrazo, Anttoni lo besó en la frente y se retiró a la cocina a apagar el fuego, tal y como hacía todos los días.

Todavía no había amanecido cuando Roque Tellería abrió los ojos, se desperezó en la cama y se levantó de un salto para empezar el día. Generalmente era su mujer la que le preparaba el desayuno por las mañanas, pero aquel día era todavía muy pronto y no quiso despertarla. Se vistió, comió algo rápido y bajó a la trastienda. Quería adelantar todo el trabajo posible porque aquella tarde no iba a trabajar en la alpargatería, tenía actuación. Era el día de la Octava del Corpus y como todos los años, en Legazpi se celebraba «El juego del gallo» o como ellos lo llamaban en euskera «*Oilarraren jokoa*».

Se trataba de un juego con más de doscientos años de tradición, que, aunque en algunos pueblos

se estaba perdiendo, en Legazpi todavía perduraba. Los participantes, llamados *ehiztari* (cazador), con los ojos tapados por una venda y una espada en la mano, tenían que encontrar por toda la plaza al gallo, que se encontraba dentro de una caja con la cabeza fuera de ella. Una vez encontrado, si conseguían cortarle el cuello, se harían con el premio, que no era otra cosa que el mismo gallo. El juego se acompañaba además de por los gritos del público, por los *txistularis* y el tamborilero, que tocaban una pieza llamada «tranka-tranka», una canción muy pegadiza que solamente se tocaba ese día. Al *ehiztari* ganador, la noche de San Juan se le bailarían un *aurreku*, y tendría el honor de encender la hoguera.

Roque tenía su propio ritual de la Octava del Corpus. Por la mañana trabajaba, después de comer dormía la siesta, echaba un par de partidas al mus con los amigos en el bar del concejo y después, a tocar el *txistu* en el «*Oilarraren joko*». Aquel día, para cuando llegó al bar de Pedro en los bajos de la casa consistorial, sus amigos le estaban esperando con la baraja de cartas sobre la mesa. Él iba de pareja con el tamborilero, y Pedro el tabernero iba de pareja con Pattarra, el mejor cliente de la taberna. Su apodo venía de la afición que tenía al pacharán, y pasaba las horas muertas en el bar haciendo compañía a Pedro. Roque y el tamborilero se conocían bien. Aparte de compañeros eran muy amigos y hacían muy buena pareja de mus. El problema estaba en que Pedro y Pattarra se conocían aún mejor, no en balde pasaban el día juntos, y eran prácticamente imbatibles.

—Este año el gallo ha costado tres pesetas —dijo Pedro—. Me lo ha dicho el secretario. Lo han traído esta mañana del caserío *Kortaazpikoa*.

—¡Pues ya puede ser grande! Igual me animo y salgo. Seguro que me lo llevo. —Pattarra agarraba las cartas con una mano mientras con la otra sujetaba la copa de pacharán.

—¿Tú? Con tanto pacharán, para cuando terminemos la partida no vas a distinguir si lo que tienes delante es un gallo o tu mujer.

—Eso es fácil —contestó Pattarra—. Si lleva una escoba en la mano y tiene pinta de echar a volar, ¡entonces es mi mujer!

Las risas del bar se oyeron desde fuera. Cada vez eran más los hombres que se encontraban allí tomando un *txikito* de vino haciendo tiempo a que empezara el juego. La plaza también empezó a llenarse y el alguacil comenzó a apuntar en una libreta los nombres de los participantes. Roque y su compañero, tras haber perdido una vez más la partida de mus, prepararon sus instrumentos y se colocaron justo delante del ayuntamiento, desde donde se les podría escuchar bien en toda la plaza. El juego comenzó y el primer joven salió con los ojos vendados y la espada en la mano. Entre la multitud, en una esquina de la plaza se encontraba Andrés Gibola, vestido con sus mejores ropas y extremadamente nervioso. Era el único de los presentes que no prestaba atención al espectáculo, sino que se centraba en encontrar con la mirada a las hijas del *txistulari*. Estaba decidido a declararse y no se marcharía de allí sin hacerlo. Por fin las vio. Estaban junto a tres amigas más a unos veinte metros de donde estaba él. A Xexili se la veía radiante con un vestido verde y unas alpargatas del mismo color. Mikaela también estaba muy guapa, con el pelo recogido en dos trenzas y un traje de falda y camisa de color granate, algo más discreto que el de su hermana. Una de las amigas lo vio acercarse y le dio un codazo a Xexili.

—¡Mira quién viene por ahí!

—¡Os dije que vendría! ¿Os lo dije o no? —Xexili se sentía triunfadora. Cuando ella quería algo, simplemente lo conseguía y aquella tarde iba a conseguir que aquel joven cayera rendido a sus pies. Sus amigas tendrían que tragarse sus palabras.

—Sí que lo dijiste, sí. —Mikaela tenía que reconocer que su hermana había acertado.

—Está interesado en mí, esas cosas se notan.

Mikaela sintió un pequeño pinchazo en el estómago al oír a su hermana. Tuvo que admitir que eran celos. Por una vez, le hubiera gustado ser ella la protagonista de aquella historia. Hubiera querido ser ella la que resultó herida por aquel trozo de madera, ser ella a la que hubieran tenido que pedir disculpas, y ser ella el centro de atención de aquel joven que se acercaba con paso firme hacia donde estaban ellas.

—*Arratsalde on*, buenas tardes. —Andrés se quitó la boina y la estrujó con fuerza entre las dos manos, intentando que todo su nerviosismo se disipara con aquel gesto.

—*Arratsalde on* —contestaron ellas al unísono. Xexili le dedicó la mejor de sus sonrisas y atusándose el pelo se acercó a él—. ¿Qué tal, Andrés? ¿Has venido a participar?

—No, la verdad es que no. He venido por otros motivos. —Volvió a estrujar la boina entre sus manos. Le empezaban a sudar y no quería que se le notara. Xexili le volvió a sonreír.

—¿Y qué motivos son esos?

Andrés se quedó mudo. Las cinco jóvenes tenían la mirada clavada en él. Todas estaban esperando a que él contestara, y por un momento pensó que no sería capaz de articular palabra. Estaba totalmente paralizado. En ese momento, el joven que participaba en el juego del gallo bajó la espada y rozó con ella la cabeza del animal. Eso hizo que el pueblo entero se pusiera a aplaudir y a ovacionarlo, y aquel ruido hizo que Andrés reaccionara.

—La verdad es que hoy estoy aquí porque tengo algo importante que decir, aunque me gustaría si pudiera ser que fuese a solas —lo dijo con la mirada clavada en sus manos, que seguían retorciendo la boina. Xexili le sonrió una vez más, pero Andrés no la miró. Se giró hacia su hermana y por fin continuó—: Mikaela, si no te importa me gustaría que vinieras conmigo a dar un pequeño paseo. Hay algo que me gustaría hablar contigo. ¿Me harías el favor de acompañarme?

—Claro que sí.

Después de aquel día, Xexili Tellería jamás volvió a mirar con buenos ojos a Andrés, el mozo de Gibola que terminaría poco tiempo después convirtiéndose en su cuñado.

La relación entre Andrés y Mikaela fue muy bien desde el principio. Se divertían, hablaban mucho, y el tiempo que estaban juntos pasaba más rápido que ningún otro. Solo se veían los domingos y festivos. Andrés cambiaba sus albarcas por los zapatos de ir a misa y se presentaba delante de Etxaluze como un reloj, sin faltar a ni una sola cita. Nunca iban cogidos del brazo ni tenían excesivo contacto físico, había que guardar las formas. Él veía en ella a una joven hermosa, inteligente e ingeniosa, y sobre todo muy divertida. Y ella fue descubriendo en aquel joven extremadamente tímido a una persona amable, cariñosa y muy atenta. Unos meses nada más tuvieron que transcurrir para que ambos empezaran a hablar de boda en sus casas, pero la noticia no fue tan bien acogida como a ellos les hubiera gustado. Ambas familias coincidían en que aquel matrimonio no debía celebrarse.

—Andrés, no tengo nada en contra de la chica. Probablemente sea muy buena persona, yo no digo que no, pero ha nacido en la calle, ¡es *kaletarra*! —Anttoni intentaba que su hijo entrara en razón—. El casero debe casarse con otro casero, de toda la vida de Dios. El caserío exige unas cualidades a las que difícilmente podría acostumbrarse un *kaletarra*. Ella no conoce lo que es vivir y trabajar aquí, y no creo que llegue a adaptarse. Créeme.

—No la conoces, *amá*. Es muy trabajadora y no le asusta lo que pueda encontrarse aquí. Al principio no será fácil, pero entre todos le enseñaremos. ¡Yo trabajaré por los dos si hace falta! Pocas veces te he pedido algo, pero esta vez pienso hacerlo. Ayúdame con esto, *amá*, ¡por favor!

Anttoni seguía sin verlo. Aquella muchacha no tardaría en marcharse cuando comprobara que

coser alpargatas poco tenía que ver con todo lo que le esperaba si se quedaba en Gibola. Hubiera sido tan fácil como que su hijo se hubiera casado con alguna joven de algún caserío cercano, bien de Telleriarte o bien de Brinkola, pero a veces las cosas no salían como uno quería. Ella deseaba lo mejor para su hijo y aunque pensaba que se estaba equivocando, admiraba la perseverancia y la tenacidad con la que el joven defendía a la chica.

En Etxaluze las cosas no iban mejor. Roque y Joxepa no querían que su hija mayor se marchara a Brinkola. Andrés Gibola era un buen pretendiente para cualquier joven, buen mozo, trabajador y con caserío propio, pero tenían el mismo miedo que Anttoni: no creían que Mikaela fuera a habituarse a su nueva vida. No fueron pocas las veces que le pidieron que dejara de ver a Andrés, pero ella no les hizo caso. La situación llegó a tal extremo que Roque decidió prohibir tajantemente a su hija que volviera a encontrarse con el joven. Además, Xexili aportaba siempre que podía su granito de arena.

—Haces muy bien en impedirle que lo vea, *aitá*. Ese paleta lo único que la quiere es para ponerla a trabajar como a una burra. Seguro que le hace trabajar para todos ellos, mientras él y su madre se dedican a estar tumbados todo el día.

—Hombre, tampoco es eso... —contestó Roque dubitativo.

—¡Uy que no! Con la pinta de zángano que tiene, te lo puedes imaginar.

—¡Tú mejor te estás callada porque no tienes ni idea de nada! —Mikaela la había escuchado desde la trastienda y en aquellos momentos tenía ganas de estrangular a su hermana—. No te parecía que fuera un paleta ni un zángano cuando pensabas que eras tú la que le interesaba. Mejor métete en tus asuntos y déjame a mí con los míos.

Fueron inútiles los intentos por ambas partes de hacerles cambiar de opinión. Ellos lo tenían muy claro, y nada ni nadie les haría romper su relación. En casa de los Tellería, cansada de aquella situación y por una vez en la vida, Joxepa cogió las riendas de la familia y tras convencer a su marido de que su hija debía ser dueña de sus propias decisiones, reunió a todos en la cocina y dijo:

—Mikaela, si has decidido casarte con Andrés, no somos quién para impedirte. Sabes que lo que te espera si lo haces no será fácil, pero si es lo que quieres, que así sea. Es hora de que empecemos a preparar tu arreo. —La joven la abrazó y se pusieron manos a la obra.

El 2 de febrero de 1913 se celebró en la parroquia Nuestra Señora de la Asunción de Legazpi el casamiento de la pareja. La celebración eclesial tuvo lugar a las diez de la mañana. Después, tras las felicitaciones de familiares, amigos y vecinos celebraron el banquete en el caserío Gibola. Para ello tuvieron que acondicionar el desván, el único sitio de la casa donde se podía reunir a todos los invitados. Comieron sopas de ajo, carne cocida, frita y guisada procedente de una ternera que habían engordado para la ocasión, y de postre arroz con leche y queso viejo, todo ello regado con abundante sidra y vino. No faltaron los *bertsos* ni el baile, amenizado con el sonido de la *trikitixa*. Hacía muchos años que no había semejante ambiente festivo en Gibola y todos los presentes lo disfrutaron gustosamente.

Xexili acudió a la boda de su hermana junto con sus padres y otros familiares. Seguía sin digerir totalmente que a su hermana le fueran las cosas tan bien. En los últimos meses no había habido en casa ningún otro tema de conversación que no fuera Mikaela y su inminente boda, y ella había sido relegada a un segundo plano, cosa que no había llevado nada bien. Pero por fin el día había llegado y ella esperaba volver a tener su sitio en la familia. Aquella boda no había estado mal, pero la suya sería mucho mejor y si las cosas salían como ella esperaba, no tardaría en llegar.

Decepcionada por el desplante de Andrés, se había prometido a sí misma que encontraría un

prometido que realmente estuviera a su altura, y para entonces ya tenía en mente al candidato perfecto. Su nombre era Nicolás Larrea, era de Legazpi y tenía su misma edad. Era un chico alto, delgado, serio y guapo. Tercer hijo de una familia de carpinteros, al dejar el colegio, se había puesto a trabajar con su padre y sus hermanos en la carpintería. De haber seguido allí, probablemente Xexili nunca se hubiera fijado en él, pero el chico había prosperado. Llevaba ya tres años que había dejado la empresa familiar para adentrarse en el mundo de la industria y las cosas le iban bien. El giro que había dado su vida se lo debía a un hombre llamado Patricio Echeverría, un nombre que con el tiempo sería de vital importancia en la historia de Legazpi.

Patricio Echeverría era el séptimo hijo de una familia de ocho hermanos, aunque a dos de ellos no los conoció porque fallecieron de manera prematura antes de que él naciera. Su padre, Miguel Ignacio Echeverría, contrajo matrimonio en 1870, año en el que alquiló la papelera y la casa de Azpikoetxe, donde se instaló la pareja para iniciar una nueva vida. Realizaron las reparaciones necesarias de la fábrica de papel y la pusieron en marcha. Años después, al estar arreglando una rueda hidráulica y debido a un malentendido con su ayudante, el padre de Patricio sufrió un accidente. La falta de coordinación entre ellos hizo que la rueda girase sin control, y Miguel Ignacio quedó aprisionado a la altura del pecho produciéndole de inmediato un vómito de sangre. Como consecuencia de esa lesión contrajo tuberculosis, enfermedad que además de al padre de Patricio, se llevó también a su madre y a dos de sus hermanos. Por aquel entonces la fortuna no acompañaba a los Echeverría.

Ya de muy joven, Patricio decidió encaminar su futuro laboral en otra dirección, demostrando un gran interés por el mundo de la herrería. Tras aprender el oficio en Zegama, se especializó en trabajos de forja de hierro en Zumárraga y en 1908, a la edad de veintiséis años, decidió fundar su propia empresa junto con otros tres socios: el dueño de la tejería Pedro Segura, Romualdo Echeverría y Prudencio Guereta, alcaldes del pueblo en diferentes periodos ambos dos. La recién creada empresa, «Segura, Echeverría y Cía.» empezó su andadura con buen pie. Se dedicaban a la fabricación de herramientas, y gracias a la perseverancia y al trabajo de sus creadores, poco a poco fue creciendo. Se decía de Patricio que era un hombre discreto y muy perspicaz, conocedor de las personas. Sabía en quién se podía confiar y en quién no, y desde el principio sus socios delegaron en él la labor de contratar a los trabajadores. Muchas mañanas antes de ir a trabajar solía pasar por delante de la carpintería de la familia de Nicolás e intercambiaba un par de palabras con su padre.

—A tu hijo Nicolás me lo voy a llevar a trabajar conmigo. Necesito gente que tenga ganas de aprender y de trabajar, y tu hijo me gusta. Es un chico listo y tengo el puesto de trabajo perfecto para él.

—Aquí también es de gran ayuda, no te creas —contestaba Ginés, el padre de Nicolás. Había veces en las que el trabajo escaseaba, pero otras temporadas solían tener mucho ajeteo y en la carpintería hacían falta muchas manos.

—Mándamelo, Ginés. No te arrepentirás, ni él tampoco. Si no le gusta lo que le ofrezco, siempre puede volver a trabajar contigo.

El carpintero lo consultó con su hijo y el joven se mostró muy interesado desde el primer momento. La empresa llevaba dos años en funcionamiento y parecía que marchaba bien, así que aceptó la oferta con ganas e ilusión. Para su sorpresa, Patricio no le tenía reservado un puesto de trabajo concreto como le había dicho a su padre, sino que le hizo rotar por todos los puestos existentes hasta que finalmente aprendió todos y cada uno de los cometidos de la empresa.

—Tu puesto es de vital importancia, Nicolás. —Patricio tenía la costumbre de tratar de igual a

igual a todos sus trabajadores y le gustaba involucrarlos en los objetivos de la empresa. Quería trabajadores comprometidos y para ello les hacía partícipes de todo lo referente a ella—. Cuando falte algún trabajador, su puesto de trabajo no quedará vacío porque tú lo cubrirás. Cuando hagan falta más manos en alguna tarea, podrás ser de gran utilidad, sea cual sea ese trabajo, ya que has conseguido controlarlos todos. Y cuando contratemos a nuevos empleados, tú serás el encargado de enseñar a cada uno de ellos el funcionamiento de la empresa. Estoy muy contento contigo, aprendes muy rápido y juntos podremos hacer grandes cosas.

Nicolás había puesto todo su empeño en aprender todo lo que su jefe y sus compañeros le podían enseñar. Además del sueldo que cobraba religiosamente todos los meses, tenía la satisfacción de sentirse orgulloso con su trabajo y le gustaba cada vez que su jefe le reconocía el esfuerzo.

Xexili aprovechó un día en que la madre de Nicolás entró a la alpargatería para preguntarle por su hijo. La orgullosa madre le contó que había sido todo un acierto aceptar la oferta de trabajo. Estaba ganando un buen sueldo, y con el tiempo se había ganado la confianza de sus superiores, que estaban encantados con él.

—¡Incluso se ha dejado bigote! Y no veas lo guapo que está. No porque lo diga yo que soy su madre, sino porque es la verdad. —A la mujer le encantaba ensalzar las cualidades de cualquiera de sus hijos, pero en especial las de Nicolás.

A Xexili lo del bigote le gustó. Era algo que se estaba poniendo de moda y se había convertido en una especie de barrera entre lo rural y lo urbano. Los caseros siempre se afeitaban totalmente la barba, aunque fuera una vez a la semana, y lo mismo pasaba con el clero. Los urbanos en cambio empezaban a usar bigote, símbolo de que pertenecían a otro mundo cultural: el de la ciudad.

Una vez tomada la decisión de conseguir a Nicolás, solo tuvo que poner su plan en marcha. Controlaba sus horarios, sus idas y venidas y empezó a hacerse la encontradiza con él por la calle. El primer día hablaron un par de frases. El segundo día algunas más, y para el tercero Xexili le pidió que la acompañara al lavadero porque la pila de ropa que llevaba pesaba demasiado. En sus charlas, ella se mostraba siempre encantadora. Le escuchaba con mucha atención, le reía las gracias y siempre que podía le rozaba con alguna parte de su cuerpo, sin que se notara que lo hacía aposta. Pronto empezaron a salir a pasear los domingos. Ella lo esperaba en la puerta delantera de Etxaluze con sus mejores galas y la mejor de sus sonrisas, y poco más necesitó Nicolás para terminar perdidamente enamorado de ella. La joven tenía la capacidad de hacerle sentir la persona más afortunada de la tierra por poder pasar un rato con alguien como ella. El día que Xexili le habló de boda, Nicolás dijo que sí. A cualquier cosa que ella le hubiera pedido, él hubiera dicho que sí. Bebía los vientos por ella y si su Xexili quería casarse, se casarían.

La noticia cayó muy bien en las dos familias. Todos se conocían desde siempre y se alegraron mucho por los dos. Con el dinero que tenía Nicolás ahorrado y el que les dio el padre de la novia, compraron una pequeña casa llamada Santxoneatxiki en la misma calle Santa María. La casa se encontraba a cien metros de Etxaluze por lo que seguiría teniendo a sus padres muy cerca. Además, según decía Xexili, su nueva casa se encontraba en el mejor sitio del pueblo, no en vano tenía enfrente la casa del médico, algo que según ella, tenía un valor incalculable.

Justo un año después de la boda de Mikaela y Andrés, los vecinos de Legazpi vieron cómo esta vez la que celebraba su casamiento era la otra hija de Roque el *txistulari*, la pequeña. Fue una boda muy ostentosa en la que ninguna de las dos familias escatimó lo más mínimo, y no hubo prácticamente nadie en el pueblo que aquel día no acudiera a felicitar a los recién casados.

En segundo plano y dejando que Xexili fuera la total protagonista del día, Mikaela felicitó a su hermana de todo corazón. Se alegraba mucho por ella, aunque no tanto por su nuevo cuñado. No podía quitarse de encima la sensación de que aquel buen hombre se estaba casando con una mujer que realmente no existía. Los había visto juntos en más de una ocasión y no reconocía a la Xexili que había compartido su vida con ella. La verdadera Xexili no era ni tan amable, ni tan simpática, ni tan encantadora como le hacía ver a él. Pero al igual que en su día ella le dijo a su hermana que no se metiera en sus asuntos, tampoco ella pensaba meterse ahora en los suyos. Además, no tenía ni ganas ni tiempo de dedicarse a cualquier cosa que no fuera su casa y su familia, una familia que había crecido un mes antes nada más con el nacimiento de Sabín Isasmendi, su primogénito.

Los comienzos de Mikaela en el caserío fueron muy duros. Acabada la boda y los festejos hicieron un pequeño viaje de novios a la capital, Donostia, donde pasaron un par de días antes de volver al caserío y comenzar el día a día. Anttoni se encargó de su aprendizaje. Sabía que su nuera tenía muy buena voluntad, pero no quería que la situación terminara superándola, por lo que fue delegando en ella poco a poco las tareas más sencillas. Al principio le confió trabajos simples que ya conocía como hacer la colada, limpiar las habitaciones, ayudar en la cocina... y algunas nuevas como dar de comer a las gallinas y a los conejos. A Mikaela los animales grandes como los cerdos o las vacas le daban terror. Nunca comentó el pánico que le daban, pero tampoco hizo falta. Era habitual ver cómo la pobre salía del establo corriendo como alma que lleva el diablo mientras uno de los cerdos la iba persiguiendo. Anttoni solía ver las carreras que se pegaba desde la ventana de la cocina y solía echarse a reír. Cuando Mikaela conseguía librarse del cerdo, descansaba unos minutos y volvía a entrar en el establo, con decisión. Anttoni era consciente de que su nuera era *kaletarra*, pero tenía que admitir que era una *kaletarra* de lo más tozuda y valiente, cosa que admiraba.

Le fue enseñando los tipos de hortalizas que se plantaban en la huerta, cómo y cuándo se tenía que hacer, las hierbas medicinales que existían y el uso que se les podía dar, le enseñó a hacer pan, a esquila una oveja... y la llevó con ella a vender al mercado. De buena mañana las dos montaban en burro y por el camino entregaban la leche a sus clientes. Una vez llegaban a la plaza, vendían queso, frutas, hortalizas... y las monedas recaudadas las guardaban en una pequeña bolsa de tela que llevaban cosida a la parte interior de la falda, a la que llamaban *ixil poltsa*. Ese dinero lo usarían después para comprar en el pueblo el género que faltaba en el caserío: café, azúcar, chocolate, garbanzos, aceite, ropa, calzado...

La venta de productos en el mercado fue sin duda lo que mejor se le dio a Mikaela. Tan bien, que Anttoni reconoció que era muchísimo mejor vendedora que ella. La gente de la calle la conocía y le tenían mucho aprecio. Eran muchos los que pasaban a saludarla y de paso se hacían con unas manzanas, unos puerros o un buen trozo de queso, lo que hizo que las ventas subieran desde que Mikaela acompañaba a su suegra en esa labor. Había aprendido a tratar con los clientes desde bien pequeña y se notaba. Además, dominaba el castellano, cosa que Anttoni y muchos otros caseros no hacían, y eso era bueno para el negocio. Su madre no faltó a la plaza ni un solo día de mercado. Saludaba a su consuegra, abrazaba a su hija y se solía quedar un rato con ellas dos, para asegurarse de que la cosa marchaba bien y de que su hija estuviera contenta. Su padre y su hermana también solían visitarla. El primero para decirle que la echaba mucho de menos, y la segunda para contarle lo bien que le iban las cosas, el buen mozo que había conseguido por novio y lo estupendamente bien que pensaba vivir una vez se hubiera casado con él. Se solía despedir con un: «a ti se te ve cansada» o «no tienes buena cara», pero Mikaela solía hacer caso omiso a los comentarios de su hermana.

La relación entre suegra y nuera cada vez era más cercana. Al principio, Mikaela tuvo miedo de cómo la trataría la madre de Andrés. No eran pocas las veces que había escuchado la mala relación que tenían algunas mujeres con sus suegras. Eran dos autoridades jugando en una parcela reducida, el hogar, y las hasta ahora dueñas, no solían acoger con agrado que una extraña les fuera a robar su sitio. Sin embargo, no había sido ese su caso. Desde el primer momento fue tratada muy bien, con cariño y comprensión, y sobre todo con paciencia, mucha paciencia. Su suegra supo incluso antes que ella que estaba embarazada, solo con observarla, y durante todo el embarazo asumió las tareas que suponían mayor esfuerzo para que la joven no pusiera en peligro al bebé. Después de que Sabín naciera, al cariño que Mikaela sentía por Anttoni, hubo que añadirle una gran admiración. Admiraba lo trabajadora que era, incansable, nunca una mala palabra ni un reproche de nada. Se encargaba sola de todo para que ella pudiera dedicarse al bebé. Además, la joven admiraba su sabiduría: sabía lo que el niño necesitaba en cada momento, si tenía frío, hambre, sueño... Tenía remedio para los aires y las malas digestiones del bebé, para curar sus pechos hinchados y agrietados de tanto amamantar o incluso para la tristeza que se apoderó de su nuera nada más dar a luz.

A Andrés le gustaba observarlas juntas. Veía lo estrecha que se estaba volviendo la relación entre ambas y eso lo tranquilizaba y lo complacía por igual, ya que él no podía pasar todo el tiempo que le hubiera gustado con su mujer. Sus hermanos ya no vivían en el caserío y aunque fueran a ayudar en las labores del campo siempre que podían, él era el que cargaba con la mayor parte del trabajo.

—Pero ¿cómo lleváis al niño así de repeinado? Vais al mercado, ¿no a misa!

—Ay, Andrés, a mi madre le gusta verlo así y habrá que darle gusto a la otra abuela también. ¿No ves que se lo suele enseñar a todas las vecinas? Habrá que llevarlo curioso que si no, ¡ya sabes cómo hablan!

—Mucho me importa a mí lo que hablen las vecinas de tu madre, pero bueno, si es por darle gusto a ella, vale, ¡que parezca que le ha lamido la vaca! —Andrés cogió al niño en volandas y acercándose lo hizo como si él mismo le diera un lametón. Mikaela soltó una carcajada y el niño también se rio.

—¡Pero qué bobo eres! Poco contenta que va la abuela con su nieto de paseo mientras nosotras vendemos en el mercado. ¡Suele estar deseando que se lo llevemos! Y mi padre igual. Creo que le está preparando al niño un *txistu* de madera para enseñarle a tocar.

—¿Un *txistu*? ¡Lo que nos faltaba! Dile que se deje de flautas y que le prepare mejor una azada o una hoz. ¡Mucho más productivo!

—Hala, qué bruto. ¡No sabe andar y ya le quieres poner a trabajar!

—Claro que sí, más manos es lo que hace falta en esta casa, ¡manos!

Según terminó la frase, le plantó las dos manos a su mujer en todo el trasero. Mikaela se balanceó con el niño en brazos y terminaron cayendo los tres encima de la cama. Anttoni oía las carcajadas desde la planta baja y prefirió no meterles prisa. Esos pequeños momentos estaban para disfrutarlos.

No había pasado un año desde que naciera Sabín, cuando Mikaela quedó de nuevo en estado. A los trabajos del caserío y al cuidado del bebé se le sumaba ahora un cansancio extremo casi desde el primer día de embarazo. Se encontraba fatigada, agotada, sufría unas horribles náuseas y sentía a todas horas muchísimo sueño. Había días en los que solo el hecho de levantarse de la cama le suponía un esfuerzo enorme.

—Esta vez es una niña, Andrés. El embarazo está siendo totalmente distinto. No tiene nada que

ver con el anterior. Me siento diferente, más molesta.

—¡Ay, *maittia*! En mi familia nunca nacen niñas. Ojalá fuera como tú dices, pero mejor si no te haces muchas ilusiones, ¡la familia Isasmendi es una familia de hombres!

—Pues esa tradición la pienso romper yo, ¡hombre que sí! Yo quiero una niña y tu madre también. Y si esta vez también sale varón, ¡no pienso parar hasta tener a mi niña!

—¡Esa idea me gusta! —Guiñó un ojo a su mujer y se frotó las manos de manera exagerada.

—Te estoy hablando en serio, Andrés.

—Y yo también, *maittia*, yo también.

Según los cálculos de Anttoni, el bebé nacería aproximadamente a mediados de julio, pero Mikaela no creía que fuera a aguantar un mes más. Se untaba a diario en la tripa un unguento hecho por su suegra a base de plantas y aceites para evitar la tirantez de la piel y la aparición de estrías. Su cuerpo estaba cogiendo semejantes dimensiones que dudaba mucho que aquello pudiera hacerle nada, pero, aun así, ella seguía poniéndoselo.

—¡Anttoni, no puedo más! Ya casi ni me puedo agachar para coger a Sabín. —Mikaela estaba más quejosa que nunca.

Anttoni tenía en brazos a Sabín. Era el día de San Antonio, 13 de junio, y aquel año había caído en domingo. Hacía rato que habían terminado de comer y el niño se había quedado dormido en los brazos de su abuela, que lo acunaba gustosamente.

—La tripa se me pone durísima y me dan muchos calambres. Además, el sueño que tenía al principio se ha convertido en un insomnio horrible. Tengo que dormir incorporada porque si no, me ahogo. ¡No descanso!

—Cada embarazo es distinto y este está resultando bastante duro, pero ya queda poco, tranquila.

—Ya sé que no queda mucho y que es lo normal, pero de verdad que me siento fatal. Hoy estoy peor que ningún día.

Andrés entró en la cocina con semblante serio. Interrumpió la conversación de las dos mujeres, que se volvieron al unísono para mirarlo.

—El tiempo está cambiando. Se está poniendo muy feo, así que vamos a meter todos los animales en la cuadra y cerrar todas las ventanas del caserío.

—Pero ¿para tanto es? —Mikaela pensó que la preocupación de su marido era desmesurada.

—Esta mañana después de misa de siete, he estado en la taberna Joanmarinea de Brinkola, tomando un anís con galletas, y el viejo Patxi Piperra ha dicho que hoy se esperaba una tormenta de las buenas. Algunos se han echado a reír, pero parece que el viejo ha acertado, como hace siempre. Cada vez está cogiendo peor aspecto y como decía mi difunto padre: «es mejor prevenir que lamentar».

Las dos mujeres se pusieron en marcha. Mikaela cerró puertas y ventanas, mientras Andrés y su madre se encargaban de los animales. Cuando estaban terminando de meterlos a todos en la cuadra, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Se volvieron a reunir en la cocina y por la ventana pudieron ver cómo comenzaba una de las mayores tormentas que habían visto en su vida.

La lluvia era cada vez más abundante y el cielo se estaba volviendo negro por momentos. Se asomaron a la ventana y vieron cómo un enorme rayo se dibujaba en el cielo. A los pocos segundos, un terrible trueno sonó tan fuerte que hizo que Sabín se asustara y comenzara a llorar. Anttoni lo cogió en brazos y lo arropó con una mantita mientras le susurraba al oído palabras de consuelo. Mikaela también se asustó. Con los codos apoyados en la mesa, se tapaba los oídos con ambas manos y en su cara se podía ver una expresión de angustia.

—Tranquila —le dijo Andrés—. Enseguida pasará y todo volverá a la normalidad. Es cuestión

de tiempo.

—Me dan mucho miedo las tormentas, estoy asustada y encima, ¡no me siento bien! —En cualquier momento iba a empezar a llorar. Dei se acurrucaba entre sus piernas, asustado también.

—¿Quieres que te ayude a acostarte? Tumbada estarás mejor.

—O si prefieres —intervino Anttoni—, te preparo una tila para que te tranquilices un poco y ya después te metes en la cama.

—No, tranquila, ya me la preparo yo. Prefiero que sigas meciendo al niño.

Nada más levantarse de la silla para prepararse la tila, Mikaela sintió una especie de clic en su interior y notó cómo un líquido caliente comenzaba a bajar por la parte interna de sus muslos. Se levantó la falda y miró si lo que estaba notando entre sus piernas era real o solamente imaginaciones suyas. Al ver aquel líquido acuoso y transparente, se giró hacia Anttoni para que ella también lo pudiera ver.

—Has roto aguas. —Anttoni confirmó lo que ella imaginaba—. Vamos arriba y acuéstate. El niño está en camino.

—¿Cómo que el niño está en camino? ¿Pero no faltaba todavía un mes? —Andrés era presa de los nervios—. ¿Con la que está cayendo y justamente hoy te pones de parto? —su tono de voz era tan alto que inconscientemente estaba gritando.

—¿Pero tú te piensas que lo he hecho queriendo? —Mikaela empezó a gritar aún más—. ¡Pues no! Esto no se puede planificar. No me puedes decir: «oye *maittia*, ahora no te pongas de parto que no me viene bien, mejor otro día». ¡Así que ayúdame a subir las escaleras que bastante tengo ya!

—¡Tranquilizaos los dos! Todavía hay tiempo. No vas a dar a luz ni en diez ni en quince minutos, así que vamos a hacer las cosas bien. Vámonos arriba. Yo te ayudaré a cambiarte de ropa y tú Andrés, vas a tener que ir a por Maimiel. En cuanto amaine la tormenta, vas hasta el caserío Zubiaurre y la traes contigo, que falta nos va a hacer.

A María Mikaela Etxeberria todos la conocían como Maimiel. Era una de las dos parteras que vivían en Brinkola y a través de los años había adquirido innumerables conocimientos acerca de alumbramientos, cuidados, enfermedades... Era una mujer con un temperamento fuerte y no se asustaba por nada. Había un dicho en Brinkola que decía que para cuando el médico llegaba con su caballo, Maimiel ya tenía al niño en brazos, y la verdad era que en la mayoría de los casos sucedía así. No solo ayudaba en los partos, también cuidaba enfermos e incluso vestía a los muertos. Afortunadamente Maimiel vivía en el caserío Zubiaurre, a escasos seiscientos metros de Gibola.

Andrés quiso esperar a que la tormenta cesara, pero el tiempo pasaba y seguía lloviendo con fuerza. Había pasado un buen rato desde que su mujer se había acostado. Podía oír cómo cada poco tiempo se quejaba de dolor. Las contracciones habían comenzado y no le quedaba más opción que salir con aquel temporal e intentar traer a la partera en aquellas condiciones. Cogió un paraguas viejo que tenía en la entrada del caserío y tras cruzar el pequeño puente se marchó por el camino situado a la par de las vías del tren. En pocos minutos estaba tocando la puerta de Zubiaurre.

—¡Madre mía, Andrés! —El marido de Maimiel le había abierto la puerta—. ¿Cómo se te ocurre venir con este tiempo? ¡Pasa hombre, pasa!

—No tengo tiempo, gracias. Necesito a Maimiel. Mi mujer se ha puesto de parto y hace rato que ha roto aguas.

Nada más terminar de decir la frase, la partera salió decidida de la cocina desde donde había

escuchado lo que acababa de decir Andrés, y poniéndose unas botas de goma dijo:

—¡Vamos!

Nada de lo que había visto Maimiel en su vida había conseguido asustarla, así que tampoco lo iba a hacer aquella tormenta. Cogió a Andrés del brazo y los dos se fueron dirección Gibola. El viento les venía de cara y Maimiel era una persona bastante gruesa, lo que hizo que les costara llegar al caserío. Llegaron empapados. Subieron al piso de arriba y Anttoni les estaba esperando con ropa seca. Las contracciones eran cada vez menos espaciadas y Mikaela notaba que la cabeza del niño empezaba a presionarle la pelvis. Maimiel la exploró.

—Todavía no has dilatado del todo, pero no te queda mucho. Concéntrate en la respiración y todo saldrá bien. Intenta relajarte. Esperaremos un poco más y cuando yo te diga empezarás a empujar.

Andrés estaba nervioso, inquieto. Quería que todo pasara rápido y que el niño y la madre salieran bien parados de aquello, cosa que no siempre solía suceder. Daba vueltas por la habitación, por el pasillo, bajaba a la cocina y volvía a subir. No sabía cómo ayudar y con su nerviosismo no hacía más que empeorar la situación. Maimiel volvió a explorar a Mikaela.

—Ya estás preparada. Escúchame bien, cuando notes la siguiente contracción vas a empujar con todas tus fuerzas. No es la primera vez que haces esto, así que ya sabes de lo que te estoy hablando. Y no te olvides de respirar como te he enseñado. Te va a ayudar mucho.

Anttoni sujetaba a su nuera de la mano y le iba pasando un paño de agua fría por la frente. Mikaela agradecía enormemente la presencia de su suegra, le daba mucha seguridad que ella estuviera a su lado. Notó cómo aquel dolor en el vientre volvía a apoderarse de todo su cuerpo y empujó con todas sus fuerzas. Repitió lo mismo unas cuantas veces más, cada vez que sentía el dolor, pero el bebé no terminaba de salir.

—Ya veo la cabeza. ¡Vamos! Dos empujones y ya lo tienes.

Hizo tanta fuerza que tan solo un empujón más fue suficiente para que Maimiel pudiera sujetar al bebé entre sus manos. El recién nacido lloró con ganas cuando ella le dio una palmada en el culo y todos los presentes en la sala se sintieron aliviados.

—Es un niño —dijo la partera.

—¿Otro niño? —preguntó Mikaela con pena. Le hubiera gustado que Maimiel se hubiera confundido, pero tuvo que asumir que tampoco aquella vez tendría a su niña—. Al menos está bien.

Y según dijo la última frase, volvió a sentir un fuerte calambre en el vientre. Gritó y se llevó las manos a la tripa. Andrés se puso histérico, fuera de sí. Él también empezó a gritar.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? Maimiel, ¡hay que llamar al médico! Algo no va bien. —Se llevaba las manos a la cabeza—. Ahora mismo me marcho a por el médico. Ya sabía yo que podía pasar esto. ¡Algo le pasa a mi mujer!

—¡Fuera de aquí! —Maimiel le dio el recién nacido a Anttoni y tras examinar de nuevo a Mikaela, se puso delante de Andrés y con el brazo extendido señaló la puerta—. ¡Sal de la habitación si no quieres que te eche yo misma! A tu mujer no le ocurre nada malo. Lo que pasa es que en lugar de un bebé, vienen dos. ¡Así de simple! Baja al piso de abajo y ni se te ocurra subir hasta que yo te lo diga.

Andrés obedeció. Aquella mujer pequeña y regordeta imponía, y mucho. Bajó a la cocina y se puso a mirar por la ventana, aunque realmente no sabía ni lo que estaba viendo. Unos golpes se escucharon en la puerta. ¿Quién podía venir con la que estaba cayendo? Abrió y se encontró a un joven de unos veinte años completamente mojado por la lluvia. Sus ropas y su pelo estaban

chorreando, e incluso de la nariz le caían unas cuantas gotas de agua. Llevaba un palo en la mano y por sus ropas y la docena de ovejas que tenía detrás, Andrés supo que era pastor.

—Buenas tardes. Perdona que me presente así, pero me ha pillado la tormenta. Soy navarro y pastor. Vengo de Araya y me dirijo hacia Bizkaia, pero con este tiempo no puedo seguir. He preguntado en el barrio y me han dicho que en este caserío me podrían dar cobijo.

Andrés se le quedó mirando. Casi no sabía ni lo que le acababa de decir el muchacho. Tenía la cabeza en lo que estaba sucediendo en el piso de arriba y estaba preocupado. Tras unos segundos, reaccionó.

—Sí, perdona. No vienes en el mejor momento, pero aquí techo no te faltará.

—Gracias. ¿Podría poner a resguardo mis ovejas?

—Las meteremos en la cuadra. Sígueme.

El joven no quería ser portador de malas noticias, pero no le quedó más remedio.

—Siento decirte esto, pero parte del tejado del establo está caído. La tormenta está haciendo estragos por todas partes y al llegar he podido ver que aquí también.

—¿Cómo? ¡No me he dado ni cuenta! Ven, vamos a ver qué ha pasado.

Los dos hombres fueron al establo seguidos de Dei y comprobaron que parte del tejado había cedido. Los animales estaban apelotonados en la otra parte, la que no había sufrido desperfectos. Metieron las ovejas del navarro con el resto de los animales y con la ayuda de varios troncos de madera consiguieron reforzar lo que todavía seguía en su sitio. Mientras no dejara de llover poco más podían hacer allí, así que Andrés decidió dejar las cosas como estaban y rezar para que pronto mejorase la situación. Volvieron al caserío y según entraban, vio a su madre bajar por la escalera con dos bebés en brazos, uno a cada lado. La cara de Andrés se iluminó.

—Dos varones. Son pequeñitos, pero ya crecerán. Lo más importante es que están sanos y que la madre está bien, agotada, pero bien.

Andrés miró al navarro, sonrió y con gran alegría le dio un abrazo, como si lo conociera de toda la vida. Al joven le hizo gracia el impulso que había tenido el casero y le devolvió el abrazo junto con unas palmadas en la espalda.

—¡Enhorabuena! Ahora entiendo lo de que he llegado en mal momento. —Se giró, miró primero a un bebé, luego al otro y dijo sonriendo—. ¡Son muy *majicos*!

El día siguiente amaneció tranquilo. A última hora había dejado de llover y la noche había sido apacible. Un sol radiante brillaba en el cielo azul. Andrés y el navarro se levantaron pronto y fueron de nuevo a ver los desperfectos causados por la tormenta. El establo estaba como el día anterior. Una parte se encontraba bastante dañada, pero la otra seguía igual.

—No va a ser fácil arreglar esto. —Andrés se lamentaba—. Habrá que reparar esta parte y reforzar la otra.

—Sí, y cuanto antes se haga mejor. No creo que vaya a caer otra como la de ayer, pero por si acaso...

—Podría pedir ayuda a los vecinos para hacerlo, pero supongo que la mayoría estará en la misma situación que yo.

—¡Andrés! —Benito cruzaba el pequeño puente que daba entrada a Gibola—. ¿Estáis bien? ¡Menuda tormenta la de ayer! Tenemos varias ventanas rotas y todo el cercado de la parte trasera de nuestro caserío se ha venido abajo. Veo que por aquí también habéis tenido algún problema.

—Pues ya lo ves. Ahora estábamos comentando que supongo que tendré que arreglarlo yo solo porque los demás estaréis en una situación parecida.

—¡Está todo el mundo que trina! Hay más establos que no han soportado la tormenta, como el

vuestro, y varios puentes se han venido abajo. Según han dicho en la taberna, los puentes de Korta, Mirandaola, Elorregi y el de Urbitarte se han caído, pero seguro que hay alguno más. Y la peor parte se la ha debido llevar la papelería de Patricio Elorza. ¡Debe de estar hecha un asco!

—¡Pues sí que estamos buenos!

—Bueno, yo si quieres te puedo ayudar —el navarro intervino en la conversación de los dos amigos—. Puedo quedarme unos días hasta que terminemos de arreglarlo y después seguiré hacia Vizcaya. —Se giró hacia Benito y le dijo—: Yo soy...

—Es navarro y es pastor. —Andrés se le adelantó—. Llegó ayer, en medio de la tormenta y creo que me va a venir muy bien para arreglar este desaguisado. Por cierto, Benito, ayer Mikaela dio a luz.

—¿Te crees que no lo sé? Por eso vengo, a felicitarte. Maimiel se lo ha contado esta mañana a mi madre. Encima han sido dos, ¿no? ¡Enhorabuena, amigo!

—Gracias, Benito. Les hemos llamado Isidro y Bittor.

Anttoni salió de la puerta principal con el delantal puesto preparada para empezar la jornada. La noche había ido bastante bien. Los recién nacidos se habían despertado un par de veces para mamar, pero tanto Mikaela como ella habían podido descansar.

—¡*Egun on*, buenos días! Parece que hoy va a hacer mejor día que ayer, y menos mal. —Todos los presentes asintieron—. Andrés, el establo no es lo único que se ha estropeado. La huerta está destrozada. La cosecha se ha echado a perder.

—¡Ni me había fijado!

—Pues sí —Anttoni continuó—: Poco se puede hacer para arreglarlo, así que ya nos ocuparemos de ello más tarde. Lo más importante ahora es bautizar a los niños. Ayer no pudimos hacerlo así que tendremos que ir hoy a la parroquia, después de comer. He pensado que tú te querrás quedar aquí arreglando el establo y Mikaela tiene que quedarse en la cama a descansar, así que iré yo. —Se giró hacia donde estaba Benito—. Pregúntale a tu madre si no le importaría acompañarme. Iremos en la carreta y allí nos estarán esperando mis consuegros, en la iglesia.

—Veo que lo tienes todo controlado, *amá*.

—Me hubiera gustado bautizarlos nada más nacer, como se hace siempre, pero con esta tormenta... no ha podido ser, así que iremos hoy. Os voy a preparar un buen desayuno a todos y cocinaré también unas sopas de vino con azúcar para tu mujer, para que coja fuerzas, que con el esfuerzo que hizo ayer, ¡se lo ha ganado con creces!

El arreglo del establo les llevó más tiempo del que habían previsto. No podían dedicar a ello todo el día porque no podían descuidar el resto de las tareas del caserío. Mientras ellos trabajaban, familiares, vecinos y amigos llegaban al caserío a visitar a Mikaela y a los niños. Era costumbre llevar algún obsequio a la familia después de un alumbramiento, como por ejemplo alguna botella de jerez, galletas o incluso una gallina, algo que estaba considerado un lujo. Para agradecer dichos obsequios, era costumbre celebrar la tradicional merienda llamada *martopillak*, una reunión de mujeres en casa del recién nacido en la que merendaban natillas o arroz con leche, charlaban, reían y se divertían. Mikaela disfrutó y agradeció cada una de las visitas, ya que con tres niños tan pequeños, toda ayuda era poca.

El navarro resultó ser un buen compañero de faena. Hablaba más que Andrés, algo que no era difícil, pero a este no le molestaba su parloteo. Le contó que procedía de un pequeño pueblo del Valle del Yerri, Alloz, perteneciente a la comarca de Estella, en Navarra. Su familia se había dedicado desde siempre al campo y nunca habían vivido en abundancia. Él era el menor de ocho hermanos. Hubo un tiempo en el que fueron siete, ya que uno de sus hermanos falleció de una

pulmonía, pero cuando algo así sucedía, era costumbre traer de la inclusa a algún niño que hubiera sido abandonado para ocupar el sitio del fallecido. Así que, al poco tiempo, a pesar de la precariedad de su situación, volvían a ser ocho. Viendo que si se quedaba en el pueblo su futuro no sería demasiado prometedor, decidió acompañar a un viejo conocido de la familia que se dedicaba al pastoreo. Él le enseñó a hacer queso, a ordeñar a las ovejas, a esquilárselas... y lo acompañó en sus viajes. El invierno anterior, el buen hombre no pudo superar una larga enfermedad renal que venía acarreado desde hacía tiempo y falleció, dejándole a él parte del rebaño.

A Andrés desde el principio le cayó muy bien. Era un chico muy respetuoso, amable y buena persona, y lo más importante de todo: era increíblemente habilidoso con las manos. Juntos hacían un buen equipo. Andrés ponía la fuerza y el navarro ponía la maña. Una vez arreglado el establo, el joven le ayudó a adecentar la huerta. Después arreglaron la puerta trasera de la cuadra, que no cerraba del todo bien, y cuando acabaron, se dedicaron a sustituir las estacas del cercado de los animales porque las anteriores estaban en muy mal estado. Poco a poco la familia se fue acostumbrando a él y este se fue acostumbrando a la familia.

La marcha del caserío iba muy bien. Los dos hombres se dedicaban a los trabajos más duros y a vender el ganado en las distintas ferias de la comarca. Y las mujeres se encargaban de la casa, los niños, la huerta y la venta en el mercado. Andrés había llegado a una especie de trato con el navarro. Podía quedarse en Gibola el tiempo que quisiera. Su trabajo consistía en ayudar a Andrés en todo tipo de tareas, y a cambio, el techo y la comida los tendría asegurados. Además, Andrés le daba una asignación en metálico que podía variar dependiendo de las ganancias que obtenían con las distintas ventas de ganado. Los domingos solían ir juntos a la taberna de Joanmarinea y jugaban al mus. Fue conociendo uno a uno a los habitantes de la zona, y al poco tiempo estaba totalmente integrado en el pueblo. El trato que Andrés tenía con él era tan bueno y respetuoso que nadie lo consideró nunca un criado, al contrario, se ganó el respeto de la gente y a ojos de los demás, él era el socio y amigo de Andrés.

Los siguientes años fueron los más felices que vivieron los habitantes del caserío Gibola. Trabajaban duro, cada uno cumplía con su tarea y al finalizar la jornada, se sentaban alrededor del fuego bajo para descansar y conversar. Los tres niños se habían convertido en la alegría de la casa. Sabín crecía rápido y los gemelos Bittor e Isidro también. Aunque al principio comparándolos con otros niños de su edad se notaba que habían sido prematuros, una vez alcanzados los tres o cuatro años, ya no se apreciaba en absoluto. Los tres hermanos pronto empezaron a ser útiles en el caserío. Ayudaban trayendo ramas y leña para el fuego, alimentaban al cerdo, sacaban al burro... y su mayor quehacer diario era ir a la fuente a por agua. En Gibola tenían la suerte de tener el río delante del caserío y podían usar ese agua para cocinar y lavar la ropa. Por eso, los niños solamente tenían que traer agua dos veces al día, a la hora de comer y a la hora de cenar. La fuente más cercana y más conocida era la fuente de Liñapitxi y todos los niños de los caseríos cercanos solían ir allí, cada uno con su marmita. A Sabín le gustaban aquellas salidas. Reunía a sus hermanos y a los demás niños delante de Guriditegi y se marchaban juntos a la fuente. Él era el más inquieto de todos, el más revoltoso y el que llevaba la voz cantante. Le encantaban las apuestas y nunca dejaba pasar la oportunidad de proponer algún desafío para hacer más ameno el paseo. Solía proponer carreras, lanzamientos de piedras al río para ver quién llegaba más lejos, búsquedas de tesoros... El premio siempre solía ser el mismo: el que perdía, tendría que llevar también la marmita del ganador. De una manera o de otra, Sabín se las arreglaba para no tener que llevar nunca la suya, tanto al ir, como al venir. Tal era su afán de provocar

aquellos retos y apuestas que pronto se ganó el mote de Sabín Sesiente, un mote que lo acompañaría el resto de su vida.

El año que Sabín cumplió seis años, tuvo que cambiar los paseos a la fuente por ir al colegio, algo que no le hizo ninguna gracia. Los niños debían acudir al colegio a esa edad y lo hacían durante unos cinco o seis años, hasta que una vez aprendida la doctrina, hacían la comunión. La escuela oficial de Legazpi estaba situada en los bajos de la casa consistorial y estaba dividida en dos clases, una por cada sexo. En la de los niños impartía clase un maestro y en la de las niñas una maestra, que vivía en la misma casa consistorial. El problema era que para los niños de Brinkola y Telleriarte era inviable acudir a estudiar al centro del pueblo, ya que pasarían más tiempo yendo y viniendo que en clase, por lo que acudían a la escuela del barrio, una escuela que tenían que costear los padres de los alumnos puesto que no era una escuela pública; no estaba reconocida como tal. La escuela de Brinkola era mixta, aunque los niños se sentaban en una mesa y las niñas en otra, y estaba situada en el mismo edificio que la iglesia del barrio, San Agustín, una iglesia relativamente nueva que tenía poco más de treinta años.

Antes de que la iglesia de San Agustín de Brinkola fuera construida, los vecinos del barrio tenían que acudir a oír misa al barrio vecino de Telleriarte, a la iglesia de San Juan, enfrente del palacio Elorregi. La distancia que tenían que recorrer no llegaba a kilómetro y medio, pero aburridos de tanto paseo y obcecados con que ellos no podían ser menos que sus vecinos, los *brinkolatarras* decidieron que ya era hora de tener una iglesia propia. Hicieron una petición al obispado de Vitoria con el fin de obtener permiso para levantar la iglesia. No resultó nada fácil obtenerlo, pero después de mucho insistir, por fin lo consiguieron. Tal fue el empeño que tuvieron que poner para obtener el dichoso permiso que durante un tiempo la llamaron «La iglesia de Santa Tema».

—Yo pongo el terreno —dijo Juan Francisco del caserío Igeralde en una de las reuniones que hacían en el bar Guriditegi con el fin de construir de una vez por todas la dichosa iglesia—, y la levantaremos con nuestras propias manos, en *auzolan*.

—Pues por mucho que la hagamos nosotros, nos va a costar un buen dinero —dijo otro de los vecinos.

—Hemos calculado que unos treinta mil reales, a repartir entre veintiséis socios.

—¿Cómo? —protestó José Domingo de Uarkalde—, yo no tengo tanto dinero.

—Pues ya nos arreglaremos como sea —concluyó Pedro Munttei—, pero a estas alturas ya no nos vamos a echar atrás. Os dije que no volvería a pisar la iglesia de Telleriarte y no lo pienso hacer. Ya hasta que acabemos la nuestra, pienso ir a oír misa a Aztiri si hace falta.

Por fin, y después de aceptar una vaca como pago por parte del caserío Uarkalde, en 1886 se inauguró la iglesia de San Agustín y junto a ella, la casa del cura que albergaba en sus bajos la escuela de Brinkola.

Varios curas pasaron por Brinkola desde que la iglesia y la escuela se hubieran edificado, unos mejores y otros peores. De más de uno habían quedado muy buenos recuerdos, pero también había alguno que había tenido que salir corriendo por no haberse entendido con la gente del barrio. Además de las ocupaciones propias de un cura, el de Brinkola debía encargarse también de dar clase a los niños. La base primordial de la educación que se impartía en todas las escuelas era la doctrina. Había que aprenderla sí o sí. El que no hubiera puesto el empeño suficiente en sabérsela, no podría hacer la comunión y tendría que seguir acudiendo a clase. Además de la doctrina, solían aprender las cuatro reglas matemáticas básicas y a firmar, algo que les sería útil a lo largo de sus vidas. Los alumnos entraban por la mañana, salían a comer a sus casas y debían estar de vuelta

para pasar toda la tarde en la escuela, hasta oscurecer. El curso duraba todo el año, y solo se descansaba los domingos y en navidades. Para unos niños que habían vivido hasta los seis años prácticamente todo el día al aire libre, un cambio tan drástico resultaba durísimo. Aunque los curas y profesores insistieran en la importancia de la educación, la ausencia de los alumnos solía ser habitual. Sobre todo, en primavera y en otoño muchos niños solían faltar repetidamente para ayudar en las labores del campo, algo que hacían gustosamente.

Sabín empezó al colegio al mismo tiempo en el que el cura don Miguel llegaba a Brinkola. Era natural de Zegama, un pequeño pueblo situado a unos dieciocho kilómetros, y tras haber pasado por unas cuantas parroquias en su carrera como cura, había aterrizado en Brinkola apenas unas semanas antes. Era un hombre bajito, algo regordete y con unas gafas redondas que le daban un aspecto juvenil, aunque rondara ya los cincuenta años, y siempre vestía con sotana para que todos supieran que era cura y le mostraran el respeto que por ello merecía. Como profesor resultó ser muy estricto y bastante intransigente con el uso del idioma. Sus alumnos debían aprender castellano obligatoriamente y para ello, les prohibió el uso del euskera mientras estuvieran en clase. Desde el instante en el que entraban por la puerta hasta que salían a la calle, el único idioma que debían utilizar era el castellano. Pero aquella norma no funcionó como él esperaba. Al mes de establecer aquella prohibición, no tuvo más remedio que recular y levantarla. Los niños no entendían apenas nada de lo que el hombre les decía y así era imposible enseñarles nada. Tuvo que empezar por dar las explicaciones en los dos idiomas y después de un tiempo, predominó en sus clases el castellano por encima del euskera. Cuando vio que era posible mantener con ellos una conversación medianamente normal en castellano, comenzó a usar el anillo que en tantos otros lugares también se utilizaba. Cuando oía a alguien hablar en euskera, le daba un anillo que debía llevar puesto hasta pasárselo al siguiente que hablara también en euskera. Solía pasar de mano en mano a lo largo de la semana y el que lo llevase puesto el sábado, sería castigado con una o dos horas más en clase, y el lunes volverían a empezar. El método del anillo funcionó bastante bien hasta que de pronto un domingo, alguien lo robó.

A Sabín Sesiente no le costó mucho encontrar comprador para el anillo que acababa de robar y que tantas veces había tenido que llevar desde que empezara a la escuela. Los domingos por la tarde, el barrio se solía llenar de gente que provenía sobre todo de la zona de Tolosa. Llegaban en tren, se apeaban en Brinkola y cogían el autobús La Oñatiarra que los llevaría hasta el Santuario de Aránzazu, en Oñate. Los visitantes pasaban el rato mientras llegara el autobús en el baile que se organizaba fuera del bar Joanmarinea, amenizado con la música de la *trikitixa* y el pandero. Sabín vendió el anillo a uno de aquellos señores, cogió las cuatro perras que le habían dado por él y se fue a la tienda a comprar chocolate. «Muerto el perro, se acabó la rabia», pensó satisfecho mientras le hincaba el diente al chocolate.

Desde el primer día en el que acudió a la escuela supo que aquello no era para él. Se ahogaba tantas horas encerrado en aquel sitio y la doctrina lo aburría mortalmente. Solamente prestaba atención cuando el profesor les enseñaba a sumar, restar, multiplicar y dividir, algo que aprendió enseguida. Acudía a clase únicamente porque se lo había prometido a su padre, pero siempre se las arreglaba para pasar allí el menor tiempo posible.

—Sabín, ¿a dónde vas? ¿No tienes que ir a la escuela? —Una mujer muy mayor que pasaba la mayor parte del tiempo en la puerta de su casa, había visto al joven pasar de largo de la casa del cura.

—Sí señora, pero primero tengo que hacer algunos recados —mintió Sabín—. ¿Quiere que le haga alguno a usted?

—Pues sí que hay algo que necesito, pero tendrías que ir hasta la calle y te llevaría demasiado tiempo.

—No se preocupe, señora. Tengo que ir allí por otro recado —volvió a mentir—. Así que pídame lo que quiera.

—Pues mira hijo, me gustaría que me trajeras agua bendita de la pila que hay en la entrada de la parroquia —le dijo la mujer, que era enormemente religiosa—. Mi madre siempre me decía que cuanto más limpia sea el agua bendita, más puro es el rezo, y entre tú y yo —bajó la voz y se acercó a él—, este cura don Miguel, creo que no ha cambiado el agua de la iglesia de aquí... ¡desde que vino! Durante años he ido yo misma todos los días hasta la parroquia, pero mis piernas ya no están para esos paseos.

—No hay problema, yo se la traigo. ¿Y qué me va a dar usted a cambio?

—¡Ay, Sabín, Sabín! Me parece a mí que tú no vas a tener ningún problema para sacar la vida adelante. ¿Te parece bien este trozo de queso que he comprado en la tienda esta mañana?

—¿No tiene chocolate?

—Pues la verdad es que no, no suelo comer chocolate.

—Vale, que sea el queso entonces.

Sabín cogió en la mano el pequeño bote que le dio la mujer y se marchó. Hizo todo el camino corriendo. La vuelta le costó un poco más porque el camino era cuesta arriba, pero aun así no llegó fatigado.

—Aquí tiene, señora. Si quiere mañana vengo y voy a por más.

—Muchas gracias, Sabín, aquí tienes tu queso. Mañana te estaré esperando.

Se despidieron, Sabín cogió el trozo de queso y lo cambió en la tienda de Joanmarinea por un trozo de chocolate, mucho más apetitoso. Descansó un rato y se fue a la escuela. A la mañana siguiente, tal y como le había dicho, la mujer le estaba esperando con el bote vacío en la puerta de su casa. Sabín lo cogió y se marchó corriendo de nuevo, pero esta vez no hizo el mismo camino. Justo cuando pasaba por debajo del enorme puente de Brinkola, giró a la derecha y se fue hasta el río. Llenó el bote con agua del río y se sentó detrás de uno de los muros del puente. Era un sitio que quedaba bastante resguardado y era imposible que la mujer lo pudiera ver desde su casa. Se quedó allí un rato jugando, tranquilo, echando piedras al río, y cuando le pareció que había pasado el tiempo suficiente, echó a correr y se presentó en casa de la anciana como lo había hecho la mañana anterior. Ella le dio el trozo de queso y las gracias y Sabín se marchó a la tienda de Joanmarinea donde lo volvió a cambiar por otro trozo de chocolate. Repitieron lo mismo una y otra vez.

—¡Ay, Sabín! No sabes el bien que me hace el agua bendita.

—Claro, es el agua bendita más pura que hay. Hay veces en las que incluso espero a que llegue el párroco para que me eche un poco directamente al bote.

De esa manera fue cómo aquella mujer se pasó largo tiempo comprando una y otra vez el mismo trozo de queso y santiguándose con el agua que bajaba del río que pasaba por debajo de su ventana.

Los gemelos echaban de menos a Sabín. Siempre habían compartido su tiempo con él y lo seguían como dos perritos falderos a todas partes. Ahora que pasaba la mayor parte del día fuera de casa, lo añoraban. Además, aquel no era el único cambio que hubo en la familia. Mikaela estaba embarazada por tercera vez. Pronto tendrían la llegada de un bebé a la familia y ellos dejarían de ser los pequeños de la casa. Mientras que Bittor llevaba bastante bien aquellos cambios, en Isidro habían notado que no había sido así. Físicamente se podía decir que eran casi

idénticos, pero en cuestión de personalidad eran totalmente distintos. Isidro no era ni tan abierto ni tan independiente como Bittor, y una y otra vez corría a las faldas de su madre donde encontraba esa seguridad tan necesaria para él. Entre todos decidieron que lo más conveniente para ellos sería tenerlos ocupados la mayor parte del tiempo. Todavía quedaba más de un año para que empezaran en la escuela y en ese tiempo podían aprender muchas cosas y ser a la vez de gran utilidad. Poco a poco empezaron a acompañar al navarro y a Andrés en las labores del caserío. Aprendieron a ordeñar, recogían manzanas, castañas, cortaban la hierba... Los días que peor tiempo hacía, se solían quedar en casa ayudando en las labores del hogar. Aprendieron a hacer pan y queso, y en alguna ocasión Mikaela les enseñó a remendar una camisa o unos pantalones, aunque su padre se empeñara en que aquello era labor de mujeres y no tenían por qué aprenderlo.

Pronto llegó el invierno y se empezó a notar que las temperaturas iban descendiendo día a día. La nieve no tardaría en llegar y había que tomar precauciones. Las nevadas podían ser enormes en aquella época del año y hasta que la nieve desapareciera, la vida en Gibola y el resto de los caseríos se podía complicar enormemente. Andrés se levantó pronto aquella mañana y mientras estaba desayunando en la cocina entraron el navarro y Mikaela. Él se sirvió una taza de leche caliente y le sirvió otra a ella, que se había sentado al lado del fuego. Embarazada de siete meses como estaba ya, su movilidad era cada vez más reducida y había muchos días en los que ni siquiera salía del caserío.

—Navarro, vamos a tener que subir hasta el monte Larrosain y bajar el rebaño de ovejas antes de que empiece a nevar. Si esperamos unos días y llega la nieve, nos va a costar el doble.

—Estoy de acuerdo. Cuanto antes lo hagamos mejor y la colaboración de los gemelos nos vendría bien. Entre los cuatro y la ayuda de Dei, las guiaremos sin problemas hasta aquí abajo.

—Bittor no va a poder acompañaros —intervino Mikaela—. No está bien. Ayer tenía algo de fiebre y en mitad de la noche, Anttoni le ha tenido que preparar un té de laurel porque le empezaba a subir la temperatura de nuevo. Será mejor que hoy se quede en la cama, y mañana Dios dirá.

—Bien, nos llevaremos solo a Isidro entonces.

Después de desayunar, Mikaela ayudó a Sabín y a Isidro a abrigarse bien. El primero se marchó cruzando el pequeño puente hacia la escuela e Isidro, Andrés y el navarro lo hicieron hacia el monte Larrosain. Isidro hubiera preferido quedarse él también en el caserío, pero su padre le había dicho que su ayuda era totalmente necesaria y no tuvo más remedio que acompañarlos. El navarro le dio un palo para que, si alguna oveja se escapaba, le ayudara a devolverla a su lugar. Subieron al monte a buen ritmo, siguiendo los pasos de Dei. Los tres estaban acostumbrados a andar y no les costó mucho esfuerzo llegar. Encontraron las ovejas en la ladera del monte bastante desperdigadas. Cada uno de ellos se colocó en un lado y poco a poco guiándolas con el palo consiguieron apelotonarlas para después guiarlas hasta abajo. Isidro estaba nervioso. Intentaba que no se le notase, pero desde que empezaron a descender estaba en tensión. Quería demostrar que podía hacerlo, que podían confiar en él para aquel y para cualquier otro trabajo, y cuando por fin llegaron al caserío sin haber sufrido ningún contratiempo, respiró tranquilo.

—Isidro. —Andrés se agachó y sujetó a su hijo por los hombros—. Estoy muy orgulloso de ti. Has hecho un buen trabajo y nos has ayudado mucho.

La cara de Isidro irradiaba felicidad. No había mayor satisfacción que ver cómo su padre se enorgullecía de él. Andrés también sonrió consciente del efecto que estaban teniendo aquellas palabras en su hijo. Sabía que Isidro no era como Bittor y quería animarlo, ayudarlo a que él también estuviera orgulloso de sí mismo.

—Habrás más días como este en los que Bittor y tú nos tengáis que ayudar, y no quiero que tengas

miedo por nada. Hoy lo has hecho muy bien y quiero hacerte un regalo.

Andrés metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de él una pequeña navaja de color plateado.

—Esta navaja es para ti. Me la dio un pastor como agradecimiento por dejarle pasar aquí la noche, hace tiempo. Quiero que la tengas tú. Cuando estés solo, esta navaja te acompañará y será como si yo estuviera contigo. —Se la tendió a su hijo—. Si quieres, para que no la pierdas, podemos atarla con una cuerda por este extremo y la puedes llevar atada a los pantalones.

Isidro, feliz por las palabras de su padre, cogió la navaja y la ató tal y como le había dicho. Aquel era el regalo más importante que le habían hecho nunca. Tenía un valor incalculable, ya que simbolizaba el orgullo que sentía su padre por él y en aquel mismo momento decidió no separarse de ella nunca jamás.

Los días posteriores estuvo nevando en todo Gipuzkoa sin parar. No era la primera nevada del invierno, pero sí la más abundante. Las temperaturas eran muy bajas y las tormentas iban acompañadas de sonoros truenos. Las precipitaciones no habían cesado ni un momento, hasta tal punto que los caminos habían dejado de ser visibles. Andrés y el navarro habían intentado varias veces limpiar la zona delantera del caserío. Utilizando sendas palas, echaban la nieve hacia los lados para dejar al menos la explanada delantera limpia, pero sus esfuerzos fueron inútiles. A las pocas horas volvía a estar todo cubierto. Los animales llevaban un par de días sin salir del establo y estaban nerviosos. Vacas, ovejas, cerdos, gallinas... eran demasiados para el espacio del que disponían.

Andrés se levantó y lo primero que hizo fue mirar por la ventana. «Más de lo mismo», pensó al ver el paisaje cubierto por un manto de nieve. Bajó a la cocina, comió algo para desayunar y fue al establo a dar de comer a los animales. Los días de nieve solían entorpecer la dinámica habitual del caserío. Podría haberlos aprovechado para tomarse unos días de descanso, pero él no estaba acostumbrado a descansar. Tenía algunas herramientas para reparar y otras para afilar, y decidió que sería una buena manera de aprovechar el tiempo. Colocó las herramientas en el suelo: hoces, horcas, azadas... y él se sentó al lado de ellas en una pequeña banqueta de madera en la que se solían sentar para ordeñar las vacas. Mientras afilaba las azadas, pensó en lo afortunado que era. Tenía una bonita familia, tres hijos fuertes y sanos y uno más en camino. Seguía tan enamorado de su mujer como el primer día, cuando pasaron la tarde juntos en las fiestas de Legazpi, hacía ocho años ya. Tenía en propiedad un buen caserío y tenía por compañero de faena a un hombre trabajador, honrado, leal y buena persona, muy buena persona.

Sumido en sus pensamientos, notó que el ganado se empezaba a revolver. Una nueva tormenta se avecinaba y ellos tenían la capacidad de notarlo antes que nadie. Siguió a lo suyo, pero los animales no estaban tranquilos. Las vacas comenzaron a agitarse y las ovejas a moverse de un lado para otro. Andrés se levantó, quería tranquilizarlos. En el momento en el que se acercó a una de las vacas, la que parecía más inquieta, un ensordecedor trueno retumbó haciendo temblar hasta las paredes del establo. La vaca reaccionó abalanzándose sobre él mientras mugía con todas sus fuerzas.

Andrés cayó hacia atrás. Intentó agarrarse a cualquier cosa que lo hubiera ayudado a mantenerse de pie, pero no había nada a su alcance. Cuando por fin perdió totalmente el equilibrio, no fue el suelo lo primero que tocó su cuerpo. Cayó encima de una de las horcas que había estado afilando. Antes de que el sonido del trueno se disipara por completo, los cuatro dientes de la herramienta atravesaron por completo sus entrañas. Andrés Gibola murió en el acto.

Capítulo 3

Donostia-San Sebastián. Julio 2010

El tren procedente de Brinkola hizo su entrada por la vía número uno de la estación de Renfe de Donostia. Nerea se bajó del tren y atravesó el andén para salir de la estación. Según había salido del ayuntamiento de Legazpi esa misma mañana, le había enviado a su madre un mensaje:

—«*Amá*, ¿comemos juntas? Tengo algo que contarte. Quedamos en el Kaskazuri a las 13:30h. *Muxu*».

El Kaskazuri era un restaurante situado en el paseo Salamanca al que solían ir muy a menudo. Junto al río y con los cubos de Moneo del Kursaal donostiarra a un lado, las vistas y la estética del local eran muy agradables y además quedaba muy cerca de la inmobiliaria. Cruzó el puente de María Cristina y giró a la derecha para seguir por el paseo junto al río Urumea. Al llegar al restaurante vio que su madre ya estaba sentada en una mesa. Pasó junto a un numeroso grupo de gente que estaba esperando a que el maître les indicara que podían pasar y se sentó junto a Lourdes. Inmediatamente el camarero acudió a tomar nota de la comanda. Las dos conocían de sobra la carta, por lo que ni siquiera tuvieron que echarle un vistazo. El camarero se marchó y Nerea no demoró ni un segundo más la pregunta que le había rondado por la cabeza toda la mañana.

—*Amá*, ¿tú sabías que el *aitona* Bittor nació en Legazpi y que tenía tres hermanos más?

—Sí —contestó ella—. Bueno, sabía que había nacido en un caserío de Legazpi y también que tenía más hermanos, aunque no te hubiera sabido decir si dos, tres o cinco.

—¿Y cómo puede ser que nunca me lo hayáis contado? —dijo Nerea entre enfadada y sorprendida.

—¡Pues porque no creía que fuera importante, ni que te fuera a interesar! Además, tampoco creas que sé mucho —añadió Lourdes a modo de justificación—. A mí no me lo contó él, sino mi abuela, bueno que en realidad no era mi abuela, pero siempre me trató como si lo fuera.

—A ver, a ver... No te sigo. Empieza por el principio porque me he perdido.

—Vamos a ver... Cuando yo era pequeña, tendría unos doce o trece años, mi abuela Isabel me contó que ella y su marido nunca tuvieron hijos. Lo intentaron durante muchos años, pero no lo consiguieron. Su marido Carlos se dedicaba a la importación y exportación de diversos productos y por lo visto en un viaje de negocios que hicieron a Legazpi, conocieron a la familia de mi padre. Según me dijo, la familia estaba pasando por momentos difíciles y la situación no parecía que fuera a mejorar. Ellos muchas veces se habían planteado el tema de la adopción, pero nunca se habían terminado de decidir. Además, para entonces ya tenían una edad y a esas alturas ya no se

veían cuidando de un bebé. Por eso, decidieron acoger a mi padre y traerlo con ellos a Donostia. El abuelo Carlos le enseñó todo lo que sabía de negocios. Con el tiempo, mi padre fue metiéndose en el mundo inmobiliario, que era lo que realmente le gustaba, eso sí, siempre con el respaldo de su padre adoptivo, y cuando vieron que las cosas le iban bien y que le auguraba un buen futuro, abrieron la inmobiliaria.

—¡No tenía ni idea de todo esto! Siempre que hablabas de Isabel decías «mi abuela» y nunca pensé que no lo fuera.

—Para mí sí que lo fue. Y para mi padre también. Parece ser que desde el principio la relación entre ellos tres fue realmente buena. Mi padre se adaptó a su nueva vida estupendamente y nunca quiso volver a la anterior. ¿Pero tú por qué me preguntas por esto ahora? —De pronto la que tenía curiosidad era ella.

El camarero vino con los primeros platos. Mientras comían la ensalada de pato con piña, setas y frutos secos, Nerea le contó a su madre con todo tipo de detalle los acontecimientos del fin de semana pasado. Empezó por la conversación que había mantenido con su abuelo en la residencia, lo que después encontró entre los papeles del gestor, la visita al caserío de Legazpi y por último lo que había descubierto en el registro civil del ayuntamiento.

—¡Me dejas impresionada! Solo a ti se te ocurriría ponerte a buscar el caserío y encima ir a preguntar al ayuntamiento. ¡Eres de lo que no hay! —Lourdes se rio al imaginarse a su hija removiendo hasta el último rincón del caserío.

—Oye *amá*, y ¿cuál era esa situación tan mala en la que se encontraba la familia? —Nerea quería saber más.

—Pues no tengo ni idea. Yo era pequeña cuando mi abuela me lo contó y no lo sé.

—Todavía no me puedo creer que el *aitona* nunca me haya dicho nada. ¿Nunca se lo has preguntado directamente a él?

—¿A mi padre? No, no. —Lourdes negó con la cabeza—. Nuestra relación siempre ha sido lo bastante difícil como para empezar a preguntarle por cosas así. Además, de haberlo hecho, no creo que a mí me hubiera contado nada. Si no te lo ha contado a ti, a mí menos. Por una cosa o por otra, excepto en temas de trabajo, siempre hemos terminado discutiendo.

La relación entre Bittor y su hija había sido difícil desde que ella era pequeña. A los tres años de haber nacido Lourdes, Bittor y su mujer Leonor tuvieron un hijo varón al que llamaron Txomin. El niño padecía síndrome de Down y desde el principio sus padres se volcaron completamente en él. Lourdes no podía decir que a ella la hubieran dejado de lado, pero su hermano requería mucha atención y ella siempre tuvo la sensación de ser menos importante que él. Según iban pasando los años, la diferencia entre ellos dos se hizo cada vez más patente. Mientras ella empezaba a ser más independiente y a salir con sus amigos los fines de semana, Txomin seguía enteramente al amparo de sus padres. Bittor quería que el muchacho también tuviera amigos y disfrutara saliendo por ahí, pero Lourdes siempre se había negado a llevarlo con ella. Aunque lo adorase, para ella su hermano suponía una carga y eso su padre ni lo comprendía ni lo quería comprender. Lourdes recordaba su juventud llena de discusiones, reproches, enfados... y generalmente por la misma causa: Txomin. Bittor pretendía que ella se encargara de su hermano, y ella quería simplemente vivir su vida. Txomin falleció a los veintidós años por una cardiopatía congénita, pero para entonces existía ya una brecha entre padre e hija que ni siquiera el tiempo podría cerrar completamente.

Los años siguientes a la muerte de Txomin transcurrieron bastante tranquilos entre ellos dos. Para entonces ya trabajaban mano a mano en la inmobiliaria y Bittor nunca había tenido ninguna

queja de la labor de su hija. Era una persona competente, eficaz, muy responsable y enormemente trabajadora. Pero cuando la relación entre ambos pasaba por su mejor momento, surgió un nuevo problema: un problema con forma masculina y de origen italiano llamado Lucca Fabbi.

Lucca Fabbi era originario de un pequeño pueblo de la Toscana italiana. Su familia era poseedora de innumerables tierras de la región en cuyas viñas llevaban trabajando generaciones y generaciones. Producían ellos mismos el afamado vino Chianti, uno de los vinos tintos más prestigiosos y conocidos en el mundo. De haber querido, podría haber trabajado con el resto de su familia y ganarse la vida holgadamente en el negocio familiar, pero él se definía a sí mismo como una persona nómada. No aguantaba mucho tiempo en el mismo sitio. Necesitaba moverse, conocer mundo, relacionarse con personas de distintas razas y colores. Solía trabajar en la empresa familiar por temporadas. Cuando reunía el dinero suficiente, se marchaba de viaje por tiempo indefinido y no volvía hasta que se le hubiera terminado hasta el último céntimo. En 1982, con treinta y dos años, viajó junto a dos amigos a España con la excusa de la celebración de la Copa Mundial de Fútbol. Fue casualmente Italia quien se coronó como el equipo campeón el 11 de julio de aquel año. Lucca y sus amigos celebraron por todo lo alto la victoria de su selección en el estadio Santiago Bernabéu y siguieron celebrándolo los días siguientes en Pamplona, en plena semana de San Fermín. Allí fue, entre trago y trago de *kalimotxo*, donde conoció a Lourdes. Se gustaron, se divirtieron, se emborracharon y terminaron cantando abrazados en la plaza del ayuntamiento de Pamplona el «pobre de mí», la canción de despedida de las fiestas. Los días siguientes los pasaron en Donostia, unos días en los que Lourdes dejó de ser tan responsable y tan trabajadora. Por fin se despidieron y Lucca siguió el viaje junto a sus amigos con la promesa de que si volvía alguna vez por Donostia, se volverían a ver. Echando la vista atrás, Lourdes pensaba que aquellos habían sido los días más locos de su vida, en los que simplemente se había dejado llevar, sin pensar en las consecuencias. La primera de esas consecuencias fue que al mes supo que estaba embarazada, y la segunda, la enorme decepción que vio en los ojos de su padre cuando ella le dio la noticia.

En contra de lo que todos los que conocían a Lucca habían supuesto, él decidió hacerse cargo del bebé. Lourdes le dejó bien claro que le eximía de toda responsabilidad. Ella había decidido seguir adelante con el embarazo y si él quería desentenderse, no le exigiría ningún compromiso. Aun así, Lucca se trasladó a Donostia, se instaló en casa de Lourdes y los siguientes cuatro años jugaron a ser una familia, pero no funcionó. A pesar de la reticencia de Bittor, Lucca comenzó a trabajar en la inmobiliaria con ellos. Le enseñaron las claves de un negocio que desconocía por completo y él puso todo de su parte para no defraudarlos, pero el número de ventas conseguidas a fin de mes no reflejaba tal esfuerzo. Según Bittor, el problema estaba en que los vascos son gente muy seria, gente que desconfía ante la palabrería de un italiano zalamero, y más en temas de negocios. Lucca intentó contenerse en sus comentarios, ser menos adulator y más moderado en sus conversaciones con los clientes, pero él era italiano y esa forma de ser la llevaba en la sangre. Finalmente lo apartaron del departamento de ventas y lo reubicaron en administración, y ahí fue donde todo se terminó de estropear. Para él pasar ocho horas entre aquellas cuatro paredes era poco menos que estar preso. Se ahogaba. La situación se volvió insostenible, terminaron por separarse y Lucca volvió a su antigua vida de nómada. Con los ahorros conseguidos esos años y la ayuda de su familia, se hizo con un pequeño apartamento en el barrio de Gros de Donostia para poder ir a ver a su hija Nerea cuando quisiera.

Con los años, Lucca consiguió cierta estabilidad en su vida. Había encontrado un trabajo a la altura de sus expectativas. Trabajaba para el canal italiano de televisión Canale 5 de Mediaset en

un programa llamado «*L'ancolo nascosto*», algo así como «El rincón escondido», un programa de gastronomía que mostraba restaurantes escondidos por la geografía italiana con un toque especial, algo que los hiciera únicos. Su cometido era recorrerse todo el país en busca de este tipo de restaurantes. De esa manera, el contenido del programa se planificaba según sus hallazgos y recomendaciones.

Para Nerea, su padre era más un amigo que un padre, ya que casi nunca había ejercido como tal. Lo veía dos o tres veces al año y se lo pasaba en grande con él. Era una persona verdaderamente divertida y los días que pasaban juntos eran una fiesta continua. Por eso, Nerea siempre decía que ella tenía dos padres: uno para la diversión y el otro para todo lo demás, su abuelo Bittor.

Habían terminado de comer y estaban esperando a que les trajeran los cafés. Nerea sacó de su bolso el retrato encontrado en el desván del caserío y se lo mostró a su madre.

—No exagerabas cuando decías que era una niña muy bonita. ¡Es preciosa! ¿Y dices que es mi tía?

—Así es, la hermana pequeña del *aitona*, Miren. Según el certificado de defunción de su madre, para cuando murió ella en el año treinta y ocho, Miren había fallecido ya. Según mis cálculos la niña debió de nacer sobre el veinte o veintiuno así que tuvo que morir muy joven. ¿Qué crees que le pudo pasar?

—No lo sé. En aquella época muchos niños no conseguían sobrevivir. Las condiciones de vida eran bastante duras y era habitual que los niños pequeños no superaran los primeros años de vida. Quizá fue eso lo que le pasó.

—Se lo preguntaré al *aitona*. Tiene mucho que explicarme —dijo Nerea decidida, pero vio que su madre no ponía muy buena cara—. ¿Acaso no te parece bien que se lo pregunte?

—Hombre, pues pienso que, si no te ha contado nunca la historia de su niñez, por algo habrá sido, ¿no crees? Probablemente no guarde muy buenos recuerdos de aquella época. Además, son cosas de hace mil años. A estas alturas ya, ¿no será mejor que lo dejes tranquilo?

—Bueno, tú déjame que se lo pregunte. Te prometo no insistir si veo que el tema lo incomoda, ¿vale?

—No sé para qué me preguntas, ¡si lo vas a hacer de todos modos!

La siguiente visita a la residencia de ancianos no fue tan bien como Nerea había esperado. Según entró por la puerta principal, la enfermera que se encontraba en recepción le dijo a modo de saludo:

—Hola cielo, no vienes en muy buen momento. Tu abuelo no tiene su mejor día.

—¿Qué le pasa? ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

Nada más llegar a la habitación se encontró en la puerta al médico de la residencia, que salía de examinarlo.

—¿Qué ha pasado? —le dijo Nerea a modo de saludo.

—Ha tenido un ataque de asma, producido por una inflamación y obstrucción de los bronquios, lo que hace que las vías respiratorias se estrechen y dificulten la respiración. No es la primera vez que le sucede. Hay que tener en cuenta que la función pulmonar disminuye con la edad y los pulmones de tu abuelo tienen muchos años ya. Le hemos administrado la medicación necesaria y en unas horas mejorará, aunque seguiremos administrándole un tratamiento específico diario para intentar evitar más crisis de este tipo. Ahora lo que necesita es reposo.

—Gracias, doctor.

Nerea entró en la habitación y encontró a su abuelo tumbado en la cama con la mascarilla de

oxígeno puesta y medio adormilado. Una enfermera se encontraba junto a él.

—Ha pasado muy mala noche —dijo ella—. Puedes quedarte si quieres, aunque con el calmante que le he suministrado dormirá unas horas. Seguro que le viene bien descansar un poco. Tiene que estar agotado.

Nerea se quedó un rato más viendo cómo su abuelo se iba quedando dormido y después se marchó. La visita había durado bastante menos de lo que pensaba. Tenía todas las citas del día programadas para la tarde, así que le quedaba el resto de la mañana libre. Pensó que la mejor manera de aprovechar aquellas horas sería haciendo algo que le rondaba por la cabeza desde hacía varios días: visitar el Archivo Diocesano de San Sebastián. Según la trabajadora que le atendió en el Registro Civil de Legazpi, allí se encontraban los fondos de archivo de todos los municipios de la provincia y podría encontrar información sobre su familia. Arrancó su moto y se dirigió desde el barrio de Aiete al paseo de Heriz. En seis minutos se encontraba en la puerta del Seminario de San Sebastián, un edificio emblemático que además del archivo albergaba también otras instituciones diocesanas como La Parroquia de la Resurrección, el Secretariado Social o la Delegación Diocesana de Enseñanza.

El Archivo Diocesano no resultó ser lo que ella esperaba. En primer lugar, creía que sería un sitio oscuro, lúgubre y con olor a viejo, pero en lugar de eso se encontró con una sala agradable, con mucha luz, varias áreas de trabajo bien definidas y un mobiliario bastante más moderno que el que había en su propia oficina. La sala era cuadrada y en la parte superior se encontraban bien ordenados miles y miles de libros a los que se podía acceder mediante una escalera de caracol. La segunda sorpresa se la llevó cuando en la recepción le dijeron que era necesario tener cita previa para poder consultar el archivo. Por lo visto, aquellos documentos estaban muy solicitados y se habían visto obligados a limitar el acceso. Nerea se disculpó por haber acudido sin cita y quiso saber cuándo habría un hueco libre.

—Lo que queda de julio está completo. En agosto el archivo está cerrado así que tendría que ser en septiembre. —La mujer consultaba la agenda en el ordenador. Por su vestimenta dedujo que probablemente sería monja.

—¿Septiembre? Realmente no me llevará mucho tiempo lo que quiero mirar, pero si no puede ser antes, tendrá que ser en septiembre.

—También hay otra opción. De las personas que habían pedido cita para hoy, todas han llegado excepto una, que no viene hasta dentro de una hora. Si le parece que en ese tiempo puede encontrar lo que está buscando, por mi parte no hay ningún inconveniente. Eso sí, cuando llegue esa persona, tendrá que dejarle el sitio libre.

—No hay problema. Se lo agradezco. Estoy buscando el certificado de nacimiento y defunción de una persona de Legazpi entre aproximadamente los años 1920 y 1940.

Nerea volvió a sorprenderse por tercera vez aquella mañana cuando la monja le entregó un rollo de microfilm en lugar de uno de aquellos libros antiquísimos que se veían en el piso superior. Según la mujer, siendo muy conscientes del valor único de los documentos y de su masivo empleo y consulta, habían tenido que restringir al público el acceso directo a los documentos originales, para así evitar su deterioro. En lugar de eso, proporcionaban copias microfilmadas de todos los documentos para poder consultarlos en el área de lectura y consulta. Dicha área albergaba doce aparatos lectores de microfilm. Una vez colocado el rollo en el aparato, en la pantalla superior se podían ir viendo las páginas de los libros originales una a una. Quizá aquello no tenía el mismo encanto que tener el libro entre las manos, pero había que reconocer que el contenido de las imágenes se podía leer a la perfección. No tardó ni diez minutos en encontrar el primer documento

que estaba buscando. Tenía delante el certificado de nacimiento de Miren Isasmendi Tellería, nacida el 23 de abril de 1920. No se había equivocado al calcular el año de nacimiento de la niña. Antes de continuar buscando el certificado de defunción, hubo un dato que le llamó la atención: Andrés Isasmendi, el padre de Miren, había fallecido antes de que la niña naciera. Lo primero que pensó fue en lo duro que tuvo que ser para su abuelo quedarse sin padre siendo tan pequeño, aunque al menos él lo conoció, a diferencia de su hermana Miren.

Encontrar el siguiente documento le llevó algo más de tiempo, pero no mucho más. Revisó lo que quedaba del año 1920 y no encontró nada. Siguió con el año 1921 y tampoco hubo suerte, pero al revisar el año 1922, dio con él. La pantalla mostraba el certificado de defunción de Miren. Una mezcla de curiosidad y tristeza se apoderaron de ella. Quería saber cómo murió la niña, pero a la vez le producía un sentimiento de amargura saberlo. Lentamente leyó lo que decía el documento.

«En Legazpia, provincia de Guipúzcoa, a las 23 horas y 50 minutos del día 23 de abril de 1922, se procede a inscribir la defunción de Miren Isasmendi Tellería, nacida en Legazpia, provincia de Guipúzcoa, el día 23 de abril de 1920, hija de D. Andrés Isasmendi (†) y de Dña. Micaela Tellería. Falleció en su domicilio a día de hoy a consecuencia de quemaduras graves a los dos años de edad. Su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de Legazpia. Se practica el asiento en virtud de la manifestación de Ángel Emparanza en calidad de secretario y el doctor Saturnino Tellería».

Nerea se llevó las manos a la cabeza y con expresión de asombro murmuró para sí:

—¡Quemada! La niña del retrato murió quemada.

Capítulo 4

Brinkola, Legazpi. 1920

La muerte de Andrés Isasmendi dejó a su familia rota. De la noche a la mañana el caserío Gibola había quedado cojo, como una mesa a la que le falta una de sus cuatro patas. Habían perdido al cabeza de familia, hijo, marido, padre y amigo a la vez, y no fue fácil digerir una pérdida de tales dimensiones. Los miembros de la familia sobrellevaron el fallecimiento del *etxeko jauna* de maneras muy distintas. Aquel desafortunado suceso lo había trastornado todo. La vida en Gibola ya nunca sería lo mismo.

Anttoni se enfadó con Dios. No podía concebir cómo podía haberse llevado a su hijo en la flor de la vida, con una familia feliz, una vida plena y sin ni siquiera poder llegar a conocer al hijo que su mujer llevaba en las entrañas. No lo entendía. Hasta entonces había sido una mujer religiosa, nunca faltaba a misa y rezaba todos los días, pero desde la muerte de su hijo se veía incapaz. Los rezos no proporcionaban ningún consuelo al dolor que sentía en el pecho desde el día en el que vio en el establo el cuerpo de su hijo sin vida. Intentó perdonar a Dios por habérselo llevado, pensando que quizá el todopoderoso tenía otros planes mejores para él, pero siempre terminaba llegando a la misma conclusión: no era justo. No era justo que su mujer se hubiera quedado viuda con unos hijos tan pequeños. No era justo que el bebé que estaba por nacer no conociera a su padre y, sobre todo, no era justo que una madre tuviera que enterrar a su propio hijo, creía que era algo antinatural. Que ella siguiera con vida mientras su hijo de treinta y cuatro años yacía muerto en el cementerio, no podía ser ley de vida. Cada noche al acostarse, cada vez que cerraba los ojos para intentar dormir, le venía a la mente la imagen de su hijo sin vida. Ella misma con la ayuda de Maimiel había lavado su cuerpo, lo había vestido con el traje que vistió el día de su boda y lo había tumbado en la misma cama que lo había visto nacer. Aquella imagen de su hijo con los ojos cerrados y las manos entrelazadas no se le borraba de la mente. Sabía que ni el paso del tiempo podría eliminar el dolor que sentía en lo más profundo de su ser y decidió que si su Dios había sido capaz de permitir aquella muerte sin sentido, ella no quería a aquel Dios. Aquel fatídico día dejó de rezar y decidió no volver a pisar la iglesia en lo que le quedara de vida.

El navarro no solo había perdido a un compañero, él sentía que había perdido a un hermano. De buenas a primeras se había visto llevando solo el peso de un caserío y una familia que no era la suya, aunque la considerara como tal. Tuvo que afrontar lo sucedido haciendo lo que mejor sabía hacer: trabajar. Desde que salía el sol hasta que oscurecía, trabajaba sin parar. No alcanzaba a terminar todos los trabajos que solían realizar Andrés y él juntos, pero sí la mayoría de ellos. Al mediodía descansaba un rato para comer algo y se volvía a poner en marcha. Mantenerse ocupado

era su estrategia, ya que, si se paraba a pensar, terminaba sintiéndose peor. Todos los días se llevaba un rato a los gemelos Isidro y Bittor con él. La situación en casa no era buena y pensaba que al igual que a él, a ellos también les beneficiaría mantenerse ocupados. Por las noches, cuando su jornada laboral había terminado, dedicaba las últimas horas del día a una afición que había descubierto de la mano de uno de sus compañeros de mus: la talla de madera. Andrés había comentado en la taberna varias veces la habilidad que poseía su amigo con las manos. Solía explicar que era algo asombroso la destreza con la que realizaba cualquier trabajo manual y su compañero de mus quiso ponerle a prueba. Lo invitó varias tardes a su caserío y le fue enseñando las pautas básicas del proceso de la talla de madera. De esa manera el navarro se fue interesando cada vez más por aquella actividad y en poco tiempo, el aprendiz superó al maestro, cosa que este no tuvo reparo en admitir. Cuando supo que Mikaela estaba embarazada por tercera vez, se puso manos a la obra con la intención de crear una pequeña cuna de madera. A Andrés le había encantado la idea y le propuso no decirle nada a Mikaela para que fuera una sorpresa. Tras su muerte, todas las noches el navarro se metía en el desván y dedicaba un tiempo a ello. A falta de unos días para que el bebé llegara al mundo, la cuna estaba terminada. Era una cuna de formas redondeadas, y tanto en el cabecero como a los pies de la cuna, el navarro había tallado varias formas entre las que se encontraba el símbolo del sol. Había esperado el mejor momento para dársela a Mikaela, pero ninguno le parecía apropiado. Al final, un día en el que Mikaela se encontraba en compañía de sus padres y su hermana, se la entregó.

—Pasa, Navarro, adelante.

Roque y Joxepa hacían compañía a su hija que estaba acostada en la cama. Desde el día siguiente a la muerte de Andrés, ambos habían cogido lo imprescindible de su casa y se habían mudado temporalmente a Gibola. Por mucho que hubieran insistido a su hija, no habían conseguido que esta se levantara de la cama ni un solo día desde que enviudara. Xexili también se encontraba allí.

—¿Qué es lo que traes? —Quiso saber Roque.

—Es un regalo para Mikaela. —Se acercó a la cama y colocó la cuna de manera que Mikaela la pudiera ver bien.

—¡Madre mía! —exclamó Joxepa—. ¡Es preciosa! ¿La has visto, Mikaela?

Mikaela asintió con la cabeza, pero no dijo ni una sola palabra.

—Es muy bonita, preciosa. ¡Demasiado elegante para un sitio como este! —dijo Xexili—. ¿La has hecho tú?

—Sí. La empecé a hacer cuando supe que otro niño llegaría a la familia. —Se giró hacia Mikaela—. Cuando nazca y le pongas nombre, tallaré las iniciales aquí.

—Andrés. Se llamará Andrés —fue todo lo que acertó a decir Mikaela antes de echarse a llorar por enésima vez.

Desde que su marido hubiera fallecido, se había sumido en un agujero negro del que ni salía, ni quería salir. Tal fue el impacto que supuso en ella aquel duro golpe que todo lo demás había dejado de tener ningún valor. No atendía a sus otros hijos, ni tampoco se encargaba de sus labores en el caserío. No se levantaba en todo el día de la cama, apenas comía, no se lavaba y no dejaba de lamentarse. Había decidido abandonarse sin ser consciente de que sus hijos la necesitaban, tanto Sabín y los gemelos como el que estaba por nacer. Don Miguel, el cura, conocedor de la situación, pasaba casi todos los días por el caserío para hablar con ella y hacerla entrar en razón, pero ella no daba su brazo a torcer.

—¿Se va ya, padre?

Don Miguel había llegado al caserío a tiempo de ver el regalo que le había hecho el navarro a Mikaela. Alabó el trabajo del joven, conversó un rato con los presentes y tras disfrutar de una buena merienda preparada por Anttoni, se marchaba ya. A Xexili se le estaba haciendo tarde también.

—Sí, Xexili. Todavía me queda una visita por hacer y será mejor que me vaya.

—Yo también tengo que irme ya, es tarde.

Se despidieron de los demás, cruzaron el pequeño puente y giraron hacia la izquierda. Habían coincidido varias veces en el caserío y la relación de don Miguel con la familia de Mikaela empezaba a ser cada vez más cercana.

—Yo no sé qué va a ser de mi hermana, padre. Vale que se ha quedado viuda y que haya sido una desgracia, pero tampoco es para tanto, ¿no? ¿O acaso es la primera mujer en el mundo a la que se le muere el marido? ¡Pues va lista si piensa que se puede quedar todo el día en la cama zanganeando! Tan trabajadora que decían todos que era... ¡cualquiera lo diría!

—Dale tiempo, mujer. Es todo muy reciente y necesitará un tiempo para reponerse del duro golpe. Lo peor es que el embarazo está llegando a su fin y ella parece no querer darse cuenta. No tiene ganas de nada y la verdad es que me preocupa. Esperemos que la llegada del bebé le haga reaccionar y empiece a cambiar su conducta.

—¡Más le vale!

—Y cuéntame, ¿qué tal te va a ti? ¿Qué tal la familia? —Don Miguel tenía la costumbre de hacer a todo el mundo la misma pregunta, aunque muchas veces al oír la respuesta terminara arrepintiéndose de haberlo hecho.

—Pues qué quiere que le diga. Tengo dos hijos que dan más guerra que ochenta. A mi marido apenas lo veo. Se pasa el día trabajando en la fábrica de Patricio Echeverría y cuando llega a casa no tiene ganas de nada, ni de discutir. Y de mi suegra mejor ni le hablo, porque como empiece a hablar...

—No digas eso, mujer. Seguro que no es tan mala como la pintas.

—¿Que no es tan mala? Claro que lo es, ¡y peor! La muy bruja me está amargando la vida.

—¡Xexili! No hables así de ella, por Dios.

—¡No se merece otra cosa! He tenido que dejar a mis hijos con ella para poder venir hoy aquí, y ya verás, tendré que oír que soy capaz de hacer cualquier cosa por librarme un rato de ellos, que no es la primera vez que me lo dice. Siempre insistiendo en que se los deje, y cuando lo hago, me dice que vaya vida que me pego. Y su hijo, como es un calzonazos, pues ni siquiera es capaz de hacerle frente.

—¡Ay, Xexili...! —le contestó el cura en tono conciliador—. Lo que tienes que hacer es rezar, rezar mucho. Ya verás cómo lo llevas mejor.

—No, si eso ya lo hago, padre. Rezar, rezo todos los días, sin faltar uno, para que Dios la tenga en su gloria. Y cuanto antes se la lleve, ¡mejor!

El 23 de abril de 1920 Mikaela se puso de parto. Esta vez no rompió aguas. Por la mañana empezó a tener unas contracciones muy fuertes y unas horas más tarde, la intensidad de estas aumentó, siendo cada vez menos espaciosas entre ellas. Viendo que el momento había llegado, Anttoni mandó a Sabín al caserío Zubiaurre en busca de Maimiel. Cuando la partera llegó a Gibola se encontró con una situación que no había conocido en todos los años que había trabajado como comadrona: una parturienta que no tenía ningún interés en ver la carita de su bebé.

Examinó a Mikaela y cuando le pareció que había llegado el momento, Maimiel la preparó para el momento del expulsivo. La colocó en posición y tal como había hecho en anteriores ocasiones,

le explicó cómo debía respirar para poder soportar mejor el dolor, pero Mikaela parecía no prestar atención. Gemía de dolor con cada contracción, pero cuando tenía que empujar, no lo hacía. Maimiel volvió a insistir.

—Con la siguiente contracción, empuja con todas tus fuerzas.

La siguiente contracción llegó y Mikaela apenas hizo fuerza. Hubo varias contracciones más, pero su actitud fue la misma, hasta que la paciencia de la partera se agotó.

—Mikaela Tellería, como no hagas fuerza para que esta criatura pueda venir a este mundo como se merece, ¡te voy a abrir en canal y te la voy a arrancar con mis propias manos! Me has oído, ¿no? Pues empieza a empujar, ¡ya!

La reprimenda de Maimiel dio sus frutos. Mikaela comenzó a colaborar y unos minutos más tarde daba a luz a un bebé sonrosado, de cara redondita y muy poquito pelo.

—Es una niña —dijo Maimiel mientras se la mostraba a su madre.

—¡Una niña! —Mikaela estaba desconcertada. Había supuesto que esta vez también nacería un varón—. ¡Por fin una niña! —La cogió en sus brazos y la meció con suavidad—. Andrés se hubiera alegrado tanto... —Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a llorar, pero por primera vez en mucho tiempo, no lo hizo con amargura.

La llegada de Miren Isasmendi a Gibola trajo la alegría que tanta falta hacía en aquellos momentos. Desde el día de su nacimiento, la actitud de Mikaela fue cambiando paulatinamente. En un principio se centró por completo en el cuidado de la pequeña y aunque Anttoni se tenía que encargar tanto de los trabajos del caserío como de cuidar de sus otros tres nietos, no le importó, ya que al menos ahora, su nuera comenzaba a sonreír. Cada vez que la niña tomaba pecho, una vez se hubiera saciado, se quedaba dormida en brazos de su madre y ella disfrutaba enormemente de cada minuto que pasaba así, abrazando a su niña. Podía estar horas simplemente observando a la pequeña. Era un bebé precioso, con unas facciones perfectas, unos grandes ojos claros y unas pequeñas pecas que empezaban a asomar en las mejillas. Poco a poco el ánimo de Mikaela fue mejorando y recobró las ganas de hacer cosas, de colaborar, de ocuparse de sus otros hijos... En unos meses había recuperado las ganas de vivir.

Los gemelos fueron los que más apreciaron tal cambio, sobre todo Isidro, que era el que más apego le tenía a su madre de los dos. Habían visto cómo de la noche a la mañana se habían quedado sin padre, y su madre había dejado de ejercer como tal para pasarse el día en la cama lamentándose. Con solo cinco años fue muy duro asumir los cambios que se habían dado a su alrededor, pero tras unos meses de confusión y desconcierto, la situación empezaba a mejorar.

Pronto se corrió la voz en el pueblo de las buenas nuevas de Gibola. Todo el mundo supo que Mikaela empezaba a superar la muerte de su marido gracias a aquella niña que le había enviado Dios.

—Pero no te creas que es una niña cualquiera. —Una vecina de Joxepa se encontraba en la panadería Múgica, en la calle Santa María, dando todo tipo de explicaciones—. Es un ángel caído del cielo. Gracias a ella su madre ha vuelto a sonreír, con lo mal que estaba la pobre. Además, es la niña más bonita del pueblo, sin duda. La tienes que ver, ¡es preciosa!

—Bueno mujer —intervino otra vecina—. Tampoco será para tanto. Bien guapas que son mis nietas también. ¡No creo que tengan nada que envidiarle!

A las niñas del barrio les encantaba estar con Miren. Les gustaba jugar con ella, peinarla, hacerla reír... Había una niña en concreto que disfrutaba como nadie cuidándola, Rosarito. Tenía la misma edad que los gemelos Bittor e Isidro y era sobrina de Benito, el cojo de Guriditegi y mejor amigo del difunto Andrés. Siempre que podía se escapaba de su casa para pasar un rato en

Gibola con la niña. Guriditegi siempre estaba lleno de hermanos, primos, amigos... pero ella era la más pequeña de la familia y le encantaba poder cuidar de alguien más pequeño aún.

A Mikaela le gustaba aquella niña. Era muy movida y muy espabilada para su edad, probablemente fruto de ser la pequeña de una familia tan numerosa. Al principio no solía querer dejar a Miren sola con ella. Al fin y al cabo, era una niña cuidando de otra, pero con el tiempo, Rosarito demostró con creces que estaba preparada para ello. Mientras Sabín, Bittor e Isidro preferían ir a la fuente a por agua o tirar piedras al río antes que cuidar de su hermana, Rosarito disfrutaba de tareas como levantarla de la siesta, vestirla, darle la merienda, jugar con ella e incluso enseñarle cosas simples como a decir adiós con la mano, lanzar un beso al aire o a aplaudir cuando terminaban de cantar una canción. Se sentía enormemente orgullosa de cada nueva habilidad que adquiría la pequeña, como cuando comenzó a dar sus primeros pasos. No quedó nadie en todo Brinkola sin saber que había sido ella la que había enseñado a Miren a caminar, aunque no diera más de tres pasos seguidos.

—Con lo buena maestra que eres, ¡pronto la tendremos correteando por todo el caserío!

A Mikaela le gustaba alabar a la chica. Era de agradecer el empeño que ponía en cuidar a su hija. Con ella al cargo, se podía dedicar a sus labores diarias con la tranquilidad de saber que la niña estaba en buenas manos.

—Pues esto no es nada. Le voy a enseñar también a hablar. Hoy mismo vamos a empezar. Ya verás lo pronto que aprenderá a decir «RO-SA-RI-TO».

Una carcajada se oyó proveniente de la cocina. Anttoni pelaba patatas al lado de la ventana mientras escuchaba la conversación. Sus ocurrencias le hacían mucha gracia. Sin duda, aquella niña había sido un buen fichaje para la familia.

Al poco de cumplir seis años, los gemelos y también Rosarito se tuvieron que enfrentar a algo que habían temido desde hacía tiempo: ir a la escuela. Los tres conocían bien a don Miguel y le tenían aprecio, pero por lo que habían escuchado a los otros chicos del barrio, en la escuela era bastante más estricto de lo que solía serlo fuera de ella.

—No quiero ir. ¡No, no y mil veces no! —Isidro llevaba varios días que ni dormía ni comía pensando en la escuela.

—Mira, Isidro, puede que te parezca horrible tener que ir, pero te prometo que no será tan malo como tú crees —le dijo el navarro intentando tranquilizarlo—. Es muy importante que aprendas todo lo que te van a enseñar allí, para que en el día de mañana puedas sacarte las castañas del fuego tú solo. Te enseñarán a leer, a escribir, a sumar y a restar... Si tu padre y yo no hubiéramos ido a la escuela, seguro que en el mercado más de un tratante nos hubiera engañado. ¿O te crees que nosotros no estudiábamos cuando teníamos tu edad?

—¿Tú también fuiste a la escuela?

—Claro que sí.

—¿Todos los días?

—¡Pues claro! —mintió—. Absolutamente todos, sin faltar ni uno solo —volvió a mentir—. Yo también iba con mis hermanos, como irás tú. Sabín y Bittor estarán allí contigo, así que no te preocupes. Verás cómo no es algo tan terrible.

Isidro quiso contestarle que contaba con que Bittor estuviera con él, pero que sabía que Sabín no aparecería por la escuela ni la mitad de los días. Los chicos del barrio comentaban que solo acudía a clase de vez en cuando y que los días en los que sí lo hacía, solían ser los más divertidos. Sabín era el alma de la fiesta y cualquier situación le parecía buena para hacer un chiste o levantarse de su silla y lanzarse a cantar un *bertso* a pleno pulmón. Al principio don

Miguel lo reprendía, para posteriormente terminar castigándolo en un rincón, pero al final se había dado por vencido. Sabín era Sabín y poco podía hacer él por enderezar al chico. Al final optó por disfrutar él también de aquellos momentos en los que todos los alumnos reían y se divertían con las ocurrencias del muchacho. Los días en los que el chico no aparecía por la escuela, solía desaparecer durante horas. A veces se marchaba en tren, otras veces andando... y nadie sabía a dónde iba ni qué hacía, pero eso sí, lo que fuera en lo que Sabín Sesiente estuviera metido, le salía rentable: nunca le faltaba dinero en el bolsillo.

Una vez llegado el momento, tanto los gemelos como Rosarito asumieron su nueva obligación con resignación. Al fin y al cabo, el resto de sus amigos también iban a la escuela, así que, sin pensarlo demasiado, poco a poco se fueron acostumbrando a una rutina en la que el único día que les quedaba para disfrutar era el domingo. Ya el sábado, el ambiente que percibía don Miguel en sus clases era distinto. Los niños solían prestar menos atención, estaban más alborotados y mantenerlos callados solía ser una ardua tarea. En cuanto acababan la clase el sábado por la tarde, solían salir por la puerta como alma que lleva el diablo para olvidarse de las cuentas, la doctrina y cualquier otra cosa que el cura les hubiera enseñado hasta que llegase el lunes y tuvieran que volver a empezar.

A Rosarito de Guriditegi la semana se le solía hacer eterna. No veía el momento en el que llegase el domingo y pudiera disfrutarlo como solía hacer antes, cuando todavía sus quehaceres se basaban prácticamente en estar todo el día al aire libre. El domingo por la mañana solía quedarse en la cama un poco más. Le gustaba la sensación de despertarse y no tener prisa, así que aprovechaba cada minuto que pasaba entre las sábanas antes de tener que levantarse para vestirse, desayunar e ir a misa. A la salida y hasta la hora de comer, solía jugar con sus amigas al escondite, a la comba o a un juego al que llamaban «bote-bote», en el que había que lanzar un bote de hojalata y conseguir que le diera a otro bote que se había dejado previamente en el suelo. Más o menos sobre las dos del mediodía se juntaban en Guriditegi «un ciento y su madre» como solían decir las vecinas al ver el barullo que se formaba todos los domingos en casa de Víctor y Saturnina. Entre hijos, yernos, nueras y nietos, nunca bajaba de veinticinco el número de comensales para los que debía de cocinar la *etxekoandre*. A Rosarito le gustaba aquel barullo, todos comiendo y hablando a la vez. Unos reían, otros discutían y otros preferían dedicarse a comer mientras los demás estuvieran entretenidos antes de que el puchero quedara vacío. Tras la comida, pedía permiso a su madre para marcharse y se dirigía a Gibola, a pasar un buen rato con Miren, la niña más bonita del pueblo y la más lista gracias a todo lo que ella misma le estaba enseñando.

Uno de aquellos domingos por la tarde, Rosarito fue a Gibola acompañada de una prima suya. Se llamaba Agustina, Agustina de Mirandaola, y tenía un año más que ella nada más. Aunque las madres de ambas, cuñadas entre sí, no se podían ver ni en pintura y dejaban claro siempre que podían que no se soportaban, las dos niñas se entendían a las mil maravillas. Por mucho que sus madres echaran pestes la una de la otra, ellas dos se encargaron de dejar bien claro que ellas eran primas y amigas, y nada de lo que los demás pudieran decir cambiaría ese hecho.

—Mikaela, hoy he venido con mi prima, espero que no te importe.

—¡Claro que no! Y seguro que Miren también está encantada. Si queréis podéis subir, Anttoni acaba de ir porque la niña ya se ha despertado. Dentro de un rato os prepararé a las tres una buena merienda para que cojáis fuerzas. Miren cada vez es más traviesa y revoltosa y ¡las vais a necesitar!

Si las tardes con Miren ya eran divertidas, una vez se hubo unido su prima, todavía lo fueron

más. Entre las dos inventaban juegos y canciones que hacían las delicias de la niña, que no paraba reír y aplaudir cada vez que alguna de ellas hacía cualquier tontería. A menos que hubiera algún contratiempo, Mikaela y Anttoni contaban con la presencia de las dos niñas todos los domingos por la tarde.

—Ahí vienen las primas —dijo Anttoni cuando las vio atravesar el pequeño puente junto a Sabín.

—¿Te has dado cuenta de que últimamente Sabín siempre las acompaña? —A Mikaela le sorprendió la primera vez que su hijo las acompañó, y más aún cuando comenzó a hacerlo todos los domingos.

—Bueno, quizá se encuentren en el camino o simplemente Sabín no tenga nada mejor que hacer y le guste acompañarlas. La cosa es que me parece bien que lo haga, ¿a ti no? —preguntó Anttoni.

—Sí, sí, claro. Estoy de acuerdo contigo, es un detalle por su parte.

Cuando Miren cumplió dos años, aprovechando que caía en domingo, Mikaela decidió hacer una pequeña celebración para festejarlo. Para ello, invitó a merendar a sus padres Roque y Joxepa, a su hermana y su cuñado Nicolás, a don Miguel y por supuesto a las dos niñas, que aceptaron gustosamente la invitación. Entre los invitados y los de casa, se juntaron dieciséis personas a merendar. Anttoni había pasado toda la mañana cocinando dulces, unos dulces que llevaban fama de ser los mejores de la zona. Todos sabían que aparte de los ingredientes tradicionales, ella solía incluir en sus recetas algunos más que no revelaba nunca, por mucho que le instaran a hacerlo. Preparó una tarta de arándanos, otra de manzana y rosquillas de varias clases.

—¡Madre mía, Anttoni! Estas *rosquillicas* que preparas son las mejores que he probado en la vida. ¡De veras que lo son! —El navarro era de buen comer y no desaprovechaba nunca la oportunidad de alabar a la cocinera.

—¡Gracias, Navarro! Tan cumplido como siempre. —Anttoni le dio una palmada en la espalda. Habían pasado casi siete años desde que el joven llegara a Gibola y lo quería igual que a un hijo.

—¡Pues espera a probar las tartas! —comentó el cura.

Don Miguel era sin duda el que más estaba disfrutando con la merienda. Nunca decía que no a una invitación si sospechaba que podía salir con la tripa llena, y cuando el convite provenía de Gibola, no tenía ninguna duda de que así sería.

—¿Os queréis estar quietos? —gritó Xexili por enésima vez.

Sus hijos y los gemelos estaban jugando a pelearse entre ellos. Los cuatro estaban esparcidos por el suelo de la cocina y entre risas y gritos era imposible mantener una conversación. Las dos primas estaban venga darle tarta a la pequeña Miren, que abría la boca bien grande cada vez que le ofrecían sobre todo un trozo de tarta de arándanos. Y Sabín se encontraba frente a su abuelo Roque y su tío Nicolás haciéndoles un truco de magia, según él, el mejor truco de magia del mundo, para lo que necesitaba que cada uno le diera una moneda que él haría desaparecer. No sabían si el truco finalmente sería bueno o no, pero de lo que estaban totalmente seguros era de que no volverían a ver las monedas nunca más. El ambiente era estupendo y todos se lo estaban pasando muy bien. A la abuela Joxepa quizá le hubiera gustado que los niños no alborotaran tanto, pero con seis nietos que tenía, sabía que era prácticamente imposible. De pronto, Sabín cogió una cazuela y un cazo y se subió a la mesa.

—¿Pero qué haces? —le preguntó su madre.

—¡Shhhhh! Silencio absoluto en la sala, por favor. —Hizo una pequeña pausa mientras todos callaban—. Señoras y señores, he preparado una actuación para la pequeña de la casa que le va a encantar.

Don Miguel se llevó la mano a la cabeza y sonriendo pensó: «ya está Sabín Sesiente con una de sus actuaciones». Todos los demás niños se acercaron a la mesa y se pusieron a gritar y a aplaudir.

—¡Aúpa, Sabín! ¡Aúpa, Sabín! ¡Aúpa, Sabín!

El chico comenzó a cantar la canción *Cumpleaños Feliz* en euskera con todas sus fuerzas, mientras chocaba una y otra vez la cazuela con el cazo.

Zorionak zuri,

Zorionak zuri,

Zorionak Mirentxu,

Zorionak beti.

Los demás niños se sumaron a la fiesta gustosamente y terminaron todos encima de la mesa cantando. Al terminar la canción, mientras todos los presentes aplaudían, Sabín lanzó un *irrintzi* tan sonoro que más de uno de los presentes terminó tapándose los oídos. La ovación fue general y todos aplaudieron al muchacho, incluida Miren, que lo hacía gustosa.

—¡Ay, Dios mío, menuda la que estamos montando aquí! —dijo Joxepa varias veces.

—Tranquila mujer, aquí no nos oye nadie. Pueden gritar todo lo que quieran.

A Roque le encantaba la intimidad de la que se disfrutaba en el caserío. Si hubieran estado en su casa de la calle, hacía rato que habría aparecido algún vecino preguntando qué era lo que pasaba para tanto alboroto.

—Bueno, pues habrá que empezar a recogerlo todo. Siento interrumpir la diversión, pero pronto comenzará a oscurecer y será mejor que volváis con luz —dijo Mikaela.

—¡Espera, espera! —El navarro se levantó de la mesa—. Enseguida vengo. Tengo un *regalico* para la niña. No es gran cosa, pero...

Apareció en la cocina con un papel enrollado y atado con una cinta. Desató la cinta, desdobló el papel y se lo mostró a todos los presentes.

—¡Madre mía! —Mikaela se tapó la boca con la mano, asombrada—. Ay, Navarro, ¡pero si es mi niña!

—Un retrato fantástico, la has dibujado a la perfección. ¡Eres todo un artista! —dijo Nicolás.

Todos ensalzaron la destreza del navarro. Realmente había conseguido plasmar a Miren en el dibujo tal y como era. Debajo había escrito el nombre de la niña y el año en el que estaban, 1922. Los niños también querían ver el retrato.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Queremos verlo! —gritaban todos.

—¡Miren! ¡Miren! —gritaba la niña mientras se señalaba con el dedo a ella misma, que se había reconocido en el dibujo.

—No se me ocurre mejor regalo. ¡Muchísimas gracias! Con este dibujo nos acordaremos del día en el que Miren cumplió dos añitos para siempre. —Mikaela contemplaba feliz el retrato. De pronto dejó de sonreír y bajó la mirada—. Qué pena que no tengamos uno así de Andrés, ¿verdad? —El silencio se hizo en la habitación. Apenas habían pasado dos años y todavía seguía siendo difícil hablar de la muerte de Andrés.

—Bueno, vale ya de chácharas y venga, todos a casa, que ya es hora. —Xexili odiaba aquellas escenas llenas de sentimentalismo—. Las primas, con nosotros. Guriditegi nos pilla de camino así que os acompañaremos hasta la puerta. Padre, ¿viene usted también?

—Sí, sí. Yo también me marcho que tengo una última visita que hacer a un feligrés.

«Y de paso a cenar» pensaron todos, aunque nadie lo dijo en voz alta. Una vez se fueron los invitados, Mikaela y Antoni comenzaron a recoger la cocina y a fregar. El navarro se levantó de la mesa y antes de que se marchara, Mikaela le volvió a agradecer el regalo.

—No es nada, mujer. Lo he hecho con mucho gusto. Me encanta dibujar, aunque hace mucho que no lo hacía. Y con una preciosidad así, ¿es difícil que el dibujo no sea bonito! —El navarro se acercó a Miren—. ¿Verdad que sí, mi pequeña princesa? —La niña se abrazó al navarro cerrando los ojos y no dijo nada. Ya no sonreía como antes—. ¿Pero qué le pasa a mi niña? ¿Tiene sueño?

—Lo que tiene es que se ha pegado una panzada tremenda. Las primas no han parado de darle de comer y le dolerá la tripa. Le voy a preparar una infusión, seguro que le sienta bien —dijo Anttoni.

—Bien, todavía quedan algunos trabajos que terminar en el establo. Si me acompañan los chicos, acabaremos enseguida.

El navarro se giró hacia los tres hermanos y les hizo un gesto con la cabeza para que lo siguieran. Sabín y Bittor se levantaron para acompañarlo. Isidro estaba terminándose el último trozo de tarta de manzana. Era lo único que había quedado de la merienda.

—Tranquilo, Isidro, termínate eso y vienes.

El navarro, Sabín y Bittor salieron hacia el establo y Anttoni cogió en brazos a Miren. La niña estaba cada vez más blanca y tenía peor cara. Anttoni le acarició el pelo y la recostó en su hombro mientras le masajeaba la tripa.

—Has comido muchísima tarta de arándanos, *maittia*. Ya verás cómo la *amona* Anttoni te da algo para que se te pase enseguida. ¿Quieres?

Miren abrió la boca, pero en lugar de hacerlo para decir algo, lo hizo para vomitar. Anttoni notó como un líquido caliente y viscoso de color rojizo bajaba por su camisa. En unos segundos, tanto la ropa de la niña como la suya propia se impregnaron de vómito.

—Lo que tú has dicho —le dijo Mikaela a su suegra—. Ha comido demasiado y al final, ha terminado devolviendo. ¡Pobrecita! Ven, dame a la niña que le voy a quitar la ropa. Será mejor que tú también te quites la camisa y lo pongamos todo a remojo cuanto antes. Las manchas de arándano cuesta mucho quitarlas y si no lo hacemos ahora, no creo que podamos quitarlas después. Isidro, quédate un momento con Miren que vamos a acercarnos al río a limpiar toda esta ropa.

—¡Joe, *amá!* —Isidro puso cara de enfado—. No me quiero quedar con ella, conmigo siempre llora. —No le gustaba nada quedarse al cargo de su hermana. Siempre que podía se solía escabullir para no tener que hacerlo.

—Pues te vas a tener que quedar. —Vio que Isidro fruncía todavía más el ceño—. Y no se te ocurra protestar si no quieres que me enfade. Son solo cinco minutos y no creo que sea mucho lo que te estoy pidiendo.

Las dos mujeres cogieron un balde, la ropa sucia y recorrieron los escasos treinta metros que había hasta el río. En cuanto salieron por la puerta, tal y como había temido Isidro, Miren comenzó a llorar, como hacía siempre que se quedaba con él.

—¡*Amatxo!* ¡*Amatxo!* —llamaba a su madre y cada vez lloraba más.

Isidro no sabía cómo tranquilizarla, no estaba acostumbrado a hacerlo y pensó en lo que Rosarito y Agustina hubieran hecho en su lugar. Comenzó a hablarle suavemente y en el mismo tono que usaban ellas.

—Miren, *maittia*, tranquila. Enseguida viene la *amá*. No llores, cariño, que te pones muy fea y tú eres la niña más bonita del mundo. ¿Verdad que sí?

Pero no funcionó. Miren no paraba de llorar y él no sabía qué hacer para callarla. La intentó coger en brazos, pero la niña lo empujó, no quería que la cogiera. Tomó un trozo de pan y se lo acercó.

—¿Tienes hambre? —La niña dio un manotazo al pan y lo lanzó contra el suelo. Isidro cada vez se estaba poniendo más nervioso. No sabía qué más podía hacer.

—A lo mejor tienes frío.

El chico cogió una toquilla que había hecho la *amona* Anttoni para su hermana y se la puso por los hombros, atándosela a la cintura. La niña no la rechazó, pero tampoco se calló. Seguía llamando a su madre.

—Si quieres podemos jugar. —Isidro agarró un ovillo de lana que tenía su abuela para tejer calcetines y se lo enseñó a Miren, que hizo con el ovillo lo mismo que había hecho con el pan a la vez que decía que no.

Pero de pronto, hubo algo que llamó la atención de la niña y dejó de llorar. Se acercó a Isidro y señalando la navaja que llevaba siempre colgando de los pantalones dijo:

—Eso sí, mío.

—No, no, esto no es tuyo. Me lo dio a mí el *aitá*. Además, tú no puedes jugar con esto porque te puedes hacer daño.

—¡Mío, mío, mío! —Esta vez la niña no lloraba, pataleaba.

—Te he dicho que no, Miren. Si la coges y se abre, te puedes cortar un dedo. ¡Es muy peligroso para ti! Te puedes hacer mucha pupa, *maittia* —el tono de Isidro era conciliador, pero la niña no cesaba en su empeño y agarró la navaja.

Él quería recuperarla, pero temía hacer daño a su hermana al quitársela. Se sorprendió de lo difícil que se lo estaba poniendo ella. ¿Cómo una cría tan pequeña podía oponer tanta resistencia? Forcejearon. Isidro tiraba de la navaja hacia él y la niña lo hacía en dirección a ella.

—¡Miren, por favor! —esta vez Isidro gritaba—. ¡Suéltala!

La niña hizo lo contrario de lo que le ordenó su hermano. Tiró con tanta fuerza que al chico se le escurrió la navaja de los dedos y del impulso, Miren salió disparada hacia atrás. Dio unos cuantos pasos tambaleándose y la mala fortuna hizo que cayera sobre el fuego. Instantáneamente la toquilla de la *amona* Anttoni prendió fuego y Miren comenzó a arder.

Isidro entró en pánico y quedó absolutamente paralizado, en estado de *shock*. Tal fue el impacto que causó en él ver cómo la pequeña ardía, que su cuerpo perdió la capacidad de reacción. Era consciente de lo que estaba sucediendo y quería ayudarla, sacarla de allí, pero sus extremidades no respondían. Por más que lo intentara, no se podía mover.

Miren gritó como nunca antes lo había hecho. En cuestión de segundos Mikaela entró en la cocina alarmada por los desgarradores chillidos de la niña, seguida del navarro que también los había oído desde el establo. No daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Su niña del alma ardía en llamas mientras otro de sus hijos miraba la escena impasible. Apartó a Isidro de un empujón y se lanzó sobre la niña, intentando apagar las llamas con su cuerpo. Entre el navarro y ella consiguieron sacarla de las brasas. Él la sostuvo en brazos mientras ella ponía sobre el cuerpo de la niña un trapo húmedo. Tenía la mayor parte del cuerpo y de la cara quemados y apenas tenía fuerzas para llorar. Solo unos leves quejidos salían de su garganta. No había duda de que su estado era grave, muy grave.

Mikaela miró a su niña y cerrando los puños con fuerza soltó un fuerte alarido. Se puso delante de Isidro y zarandeándolo por los hombros le gritó con todas sus fuerzas.

—¡Qué le has hecho a mi niña! ¡Dímelo! —Lo sacudió con más fuerza—. ¡La has quemado! —El chico seguía sin decir nada—. ¿Por qué lo has hecho? —Mikaela seguía sacudiéndolo cada vez más fuerte hasta que Isidro comenzó a llorar.

—¡Déjalo! —Anttoni los separó—. No sabes lo que ha pasado.

—¡Sí lo sé! —Mikaela cayó al suelo de rodillas, gimiendo—. Tú no has visto lo mismo que yo. Él estaba aquí parado, quieto, mirando cómo mi pequeña ardía. Si no llegamos a venir nosotros, la niña estaría muerta, ¡por su culpa!

—¡No es momento de reproches ni lamentaciones! —dijo Anttoni severa, que nunca había hablado así a su nuera—. ¡Basta ya! Navarro, dame la niña y ve corriendo a por el médico. Sabín, lleva a tus hermanos arriba y no bajéis mientras yo no os lo diga.

El navarro salió corriendo lo más rápido que pudo. Justo antes de llegar a Guriditegi se encontraba el caserío Etxeaundi. Entró en el establo y sin pedir permiso a su dueño cogió uno de los caballos, se montó encima y se marchó a buscar al médico. Pasó por delante de Guriditegi sin detenerse, donde se encontraban las dos primas junto a unos cuantos familiares más. Al principio quedaron extrañados al verlo pasar, no era habitual que el navarro no se parase a saludar, y menos que cogiera un caballo que no era suyo. Cuando veinte minutos más tarde el joven volvió a pasar a toda velocidad mientras el médico del pueblo le seguía por detrás, el asombro pasó a ser preocupación. Algo grave estaba ocurriendo en Gibola.

Saturnino Tellería ostentaba el cargo de médico titular de Legazpi desde hacía casi dos décadas, cuando reemplazó a su padre, Isidro Tellería, en el puesto. Su madre provenía de una familia *legazpiarra* que había labrado una importante fortuna en América, por lo que gozaban de una muy buena situación económica. Valiéndose de dicha posición, el matrimonio se empeñó en que sus hijos estudiaran, algo no muy común por aquel entonces. Por ello, ambos hijos de la pareja, Saturnino y Tomás, estudiaron medicina en Valladolid y las dos hijas, Narcisa y Dorotea, se educaron en un colegio de religiosas de Zumaia.

Saturnino era un hombre dedicado en cuerpo y alma a la medicina. Nunca había abandonado el hábito del estudio, escribía artículos en revistas especializadas y sus conocimientos hacían que sus compañeros de profesión lo respetaran enormemente. Era habitual que médicos de poblaciones cercanas acudieran a él en busca de asesoramiento. La terrible pandemia de gripe de 1918, apenas cuatro años antes, supuso un gran reto en su carrera. Fue necesario reforzar los servicios médicos, para lo que se contrató a su hermano Tomás. Aunque el número de fallecidos llegó a treinta y ocho, cifra bastante alta, el papel que desempeñaron los dos hermanos fue fundamental para evitar que las secuelas de la gripe no fueran aún mayores. Aquella actuación hizo que Saturnino Tellería se ganara el respeto y el agradecimiento de la población.

Hombre de gran estatura, era una persona distinguida y con un buen porte. Solía ir vestido con elegantes trajes y lucía desde que era bien joven un pequeño bigote que le caracterizaba. Aparte de la medicina, entre sus intereses se encontraba el estudio de la historia de Legazpi, algo que le había atraído desde siempre. Le interesaba todo lo que tenía que ver con la villa: estudios arqueológicos, datos históricos, linajes, genealogías... y le agradaba escribir sobre ello. A sus cuarenta y dos años, aún seguía soltero. Nunca había estado comprometido con ninguna mujer, aunque los legazpiarras aún recordaban la época en la que el doctor había vivido un romance cuyo final no fue tan feliz como cabía esperar.

La Real Compañía Asturiana de Minas tenía una explotación minera en Katabera, cerca de Legazpi, de donde una veintena de obreros obtenía galena, calamina y blenda. La explotación era dirigida por un ingeniero alemán, Frederick Bähr, que vivía con su familia y sus cinco hijos en la llamada «casa de los alemanes» de Udana, a pie de obra. Don Saturnino, como todos lo llamaban, visitaba habitualmente la explotación. Los obreros trabajaban en condiciones muy duras y peligrosas y eran habituales los accidentes. El médico solía aprovechar estas visitas para conversar con la familia alemana, personas cultas e ilustradas, con un gran nivel intelectual. Estas

visitas complacían al doctor enormemente, y más aún con la llegada de una agradable señorita alemana que la familia contrató como institutriz de sus cinco hijos. A partir de entonces las visitas del médico a Udana se hicieron cada vez más habituales y según se comentó en el pueblo, la pareja comenzó un idílico romance. Pero la relación no duró todo lo que a Saturnino le hubiera gustado. Con el comienzo de la I Guerra Mundial, en 1914, la joven alemana volvió a su país y nunca nada más se supo de ella. A partir de entonces, el médico se centró más si cabe en su carrera y nunca se le volvió a relacionar con ninguna otra mujer.

Era domingo por la noche y Saturnino se disponía a cenar con sus hermanas en la cocina de su casa de la calle Santa María. Las dos hermanas apenas salían de casa por lo que nunca tenían nada demasiado interesante que contar, pero, aun así, las conversaciones que mantenían durante la cena solían ser bastante entretenidas, sobre todo para ellas. Adoraban que su hermano les contara las novedades del pueblo. Quién había enfermado, qué visitas había tenido que hacer ese día, con quién se había encontrado por el camino, qué se comentaba en la calle de esto y de lo otro... Saturnino no era amigo de chismorreos y habladurías, pero sin entrar en demasiados detalles, les solía hacer un resumen del día para que las dos mujeres tuvieran al menos algo con lo que entretenerse.

Nada más empezar a cenar, alguien comenzó a golpear la puerta de la entrada una y otra vez. Las hermanas se sobresaltaron. Era habitual que la gente del pueblo acudiera a su casa en busca de su hermano a cualquier hora del día, pero no que golpearan la puerta con tanta fuerza. Saturnino se levantó de la mesa inmediatamente.

—¿Qué ocurre? ¿Quién llama con tanta insistencia?

Nada más abrir la puerta se encontró con el joven que vivía desde hacía unos años con la familia de Gibola. El muchacho estaba muy nervioso.

—Buenas noches, doctor. Venga conmigo al caserío, por favor. Ha ocurrido algo grave.

El navarro no tuvo que decir nada más para que el médico cogiera inmediatamente su maletín y saliera corriendo hacia el establo para coger su caballo y seguirlo hasta Gibola. Cuando llegaron al caserío, el panorama que se encontraron fue desolador.

Saturnino conocía a la niña. La había visto en más de una ocasión paseando con su abuelo Roque y la esposa de este por la calle. Habían sido vecinos desde siempre y cada vez que se veían por la calle, solían cruzar un par de palabras. Una de estas veces, Saturnino había reparado en aquella preciosa niña de ojos azules que hacía las delicias de sus abuelos. Se sorprendió a sí mismo imaginando cómo hubiera sido su vida si él también hubiera formado una familia, pero prefirió borrar esa idea de su mente porque no le traía buenos recuerdos.

El brillo que había habido en los ojos de la pequeña había desaparecido por completo. Su cara estaba desfigurada por las quemaduras, prácticamente no se la reconocía. Nada quedaba ya de aquel cabello fino y rubio que las dos primas se empeñaban en peinar una y otra vez. La pobre ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Los leves gemidos que emitía recordaban a un pequeño gatito malherido. Saturnino la puso encima de la mesa para poder examinarla. Las quemaduras del cuerpo eran tan graves como las de la cara y tenía la ropa pegada a la piel. La consiguió despegar con la mayor suavidad posible, pero lo que había debajo no auguraba nada bueno. Una vez finalizada la exploración, corroboró que su primera impresión nada más ver a la niña había sido correcta. Solo quedaba transmitir su diagnóstico a la familia. Aquel era uno de los pocos momentos en los que odiaba su profesión.

—Lo siento, no sobrevivirá.

Las siguientes dos horas transcurrieron muy lentamente. Mikaela sostenía a la niña en brazos y la

mecía con mucha suavidad. Le cantó la misma canción de cuna una y otra vez, mientras sendas lágrimas caían por sus mejillas. De pronto, sucedió lo inevitable. Miren dejó de respirar. Su niña del alma había muerto.

Mikaela lloró, pataleó, gritó con todas sus fuerzas, se desesperó... y cuando por fin no le quedó una sola lágrima más que derramar, mirando el cuerpo inerte de su hija, dijo en voz alta y clara:

—Isidro Isasmendi, para mí, estás tan muerto como ella.

Capítulo 5

Donostia-San Sebastián. Julio 2010

Nerea se despertó nada más escuchar el sonido de la alarma. Abrió los ojos y miró a Jon, que seguía dormido junto a ella. Se quedó un rato mirándolo. Le gustaba observarlo dormido. Su novio había pasado una mala racha, y observar cómo su cuerpo se movía al compás de su respiración le transmitía tranquilidad. En lugar de despertarlo, prefirió dejarlo dormir un rato más.

Jon y ella se habían conocido en la universidad, mientras estudiaban la carrera de Administración y Dirección de Empresas. En cierto modo, los dos tenían algo en común: para cuando terminaran sus estudios, un puesto de trabajo les estaría esperando en la empresa que poseían sus respectivas familias. La familia de Jon era dueña de una empresa de transporte internacional y logística con sede en Donostia, y desde que la fundaran su padre y su tío hacía casi treinta años, había crecido considerablemente llegando a consolidarse como una de las empresas más importantes del sector. Jon pasó a formar parte de la plantilla nada más graduarse. Respaldo por su padre y por su tío, comenzó a trabajar codo con codo con ellos, formándose y aprendiendo todo lo necesario para que algún día fuera él el que tomara el control de la empresa. Todo fue bien durante un tiempo, pero desafortunadamente la cosa se torció cuando un par de años después nada más, a su padre le detectaron un cáncer de pulmón fulminante que acabó con su vida en poco más de cuatro meses. El golpe para Jon y su familia fue tremendo.

Fue duro seguir adelante. En casa las cosas no iban nada bien. Su madre no levantaba cabeza tras el fallecimiento de su marido y era muy duro para Jon verla así, pero la vida seguía y había que continuar. Tuvo que ocupar el lugar de su padre bastante antes de lo que le hubiera gustado, pero gracias a que su tío se volcó en él, todo fue mucho más fácil. Él fue su gran apoyo y Jon le estaba muy agradecido por ello. Poco a poco fue cogiendo la marcha de su nueva ocupación y pronto las cosas comenzaron a marchar bien. Hasta que el día menos esperado todo cambió: recibieron una notificación de Hacienda en la que se les acusaba de fraude fiscal.

Según la notificación, la empresa había sido acusada de defraudar fiscalmente a Hacienda durante dos años, en los que se habían detectado facturas falsas y operaciones ficticias. Durante ese período, habían dejado de declarar unas ganancias que superaban los cien mil euros y por ese motivo tendrían que responder ante el juez. El Diario Vasco se hizo con la noticia y la publicó, haciendo que corriera como la pólvora, y pronto se vieron en boca de todos. Los hechos de los que eran acusados habían ocurrido ocho años atrás, cuando Jon todavía estaba estudiando, por lo que fue su tío quien tuvo que dar las explicaciones pertinentes.

Su tío negó cualquier vinculación con el tema. Negó estar al tanto de aquel supuesto fraude y cargó toda la culpa contra su difunto hermano. Según él, era el padre de Jon quien se había encargado siempre de las cuentas y alegó no haber estado nunca al corriente de ninguna doble contabilidad. A ojos de Jon, su tío había hecho lo más fácil, limpiarse las manos, pero lo peor de todo no era eso, sino que había conseguido hacerle dudar de su padre.

—Eso es imposible. Tu padre nunca haría algo así. Nunca —le decía su madre indignada—. Tu tío ha tenido muy poca vergüenza echándole toda la culpa a alguien que no se puede defender. ¡Nunca le perdonaré que haya ensuciado su nombre!

Aquella notificación supuso un antes y un después en la relación de Jon con su tío. Después de muchas discusiones y reproches, la confianza entre ellos se rompió, y tuvo que pasar un tiempo para que Jon consiguiera de nuevo cierta estabilidad. Continuaron trabajando juntos, pero cada uno por su lado, sin dirigirse la palabra más de lo estrictamente necesario. Sin duda, aquel había sido un duro golpe para Jon. Después de todo, no solo había perdido a su padre; había perdido a su tío también.

Nerea había terminado su desayuno cuando Jon entró en la cocina. A pesar de haberse lavado la cara, se le notaban aún las marcas de las sábanas.

—¿Qué haces? —le preguntó a su chica, que miraba concentrada la pantalla del MacBook.

—Estoy mirando el plan para este fin de semana —contestó ella sin apartar la vista de la pantalla—. He pasado unas cuantas horas en Internet y la verdad es que me he quedado sorprendida. Legazpi pertenece al valle del Alto Urola y según he leído hay un montón de rutas y visitas que podemos hacer. La otra vez que estuvimos allí no vimos ni la cuarta parte y me quedé con las ganas de conocer la zona.

—¿Y qué es lo que tienes pensado?

—Vamos a hacer un poco de turismo. ¿Qué te parece si mañana por la mañana visitamos la ferrería y la ermita de Mirandaola? Y ya por la tarde podíamos ir a ver Urretxu y Zumárraga. ¿Sabías que lo único que separa los dos pueblos es el río? —le preguntó ella—. En las zonas en las que el río está tapado, se puede tener un pie en Urretxu y otro en Zumárraga. ¡Es curioso!

—Bueno... Sobre eso quería hablarte. —Jon puso cara de disculpa y Nerea supo por su expresión que se disponía a trastocarle todos los planes—. Tengo un amigo, Ander, que es precisamente de Urretxu. La verdad es que no le he preguntado nunca si ha estado alguna vez con un pie en Urretxu y otro en Zumárraga...

—Jon, al grano.

—Bueno pues eso, que a Ander le gusta el monte tanto como a mí, y cuando le he dicho que este fin de semana iba a su zona, me ha insistido en que tengo que hacer con él una ruta que finaliza en Aizkorri, pasando por todo el cresterío. Debe de ser una pasada. Y teniendo en cuenta que a mí las ermitas no me van demasiado...

—Joe, Jon, ¿otra vez al monte?

—Pero sería solo por la mañana. Ya por la tarde hacemos lo que tú quieras.

—No sé para qué me paso tanto tiempo organizando el fin de semana si luego vas tú y te montas tu propio plan.

Nerea protestó porque realmente le hubiera gustado que hubieran visitado la zona juntos, pero también sabía que a Jon lo de ir al monte no solo le gustaba, sino que lo necesitaba. Era algo que siempre le había atraído y con la muerte de su padre, aquellas salidas se habían convertido en verdadera necesidad. Allí, en la cima, conseguía evadirse y olvidarse de todo.

—Venga, Nere, no te enfades. Es solo una mañana. Cuando acabemos la ruta, me ha dicho que

nos llevará a comer a Aztiri, un restaurante cercano en el que se come de maravilla. Según él, es imposible salir de allí con hambre. ¿Qué me dices?

Nerea aceptó la propuesta de Jon. Era mejor pasar la mañana paseando sola que obligarlo a hacer algo que no le apetecía en absoluto.

Llegaron a Urretxu el sábado por la mañana temprano. Ander les estaba esperando vestido con ropa de monte y bastón de *trekking* en mano cerca de la plaza del pueblo, se subió con ellos a la furgoneta y en apenas diez minutos llegaron a Legazpi. Se dirigieron directamente al pantano de Barrendiola, el pantano más grande del pueblo y desde el que se suministraba agua para Urretxu, Zumárraga y Legazpi. Nerea había decidido comenzar su paseo también allí, pero en lugar de ir hacia el monte como harían los chicos, ella bajaría hacia el pueblo, disfrutando del paisaje. Era veinticuatro de julio, víspera de Santiago, y el cielo estaba completamente azul. No se veía ninguna nube por ningún lado y aunque el sol comenzaba a brillar, corría un aire suave que hacía que la temperatura fuera muy agradable.

Tras despedirse de los chicos encendió su mp3, se puso los auriculares y activó el orden aleatorio de canciones. Le gustaba no saber cuál sería la siguiente canción que sonaría en el reproductor. Podía ser de cualquier estilo musical, ya que el repertorio que tenía era de lo más variopinto, aunque había un estilo en concreto que no escuchaba nunca, el heavy. No soportaba el heavy, es más, se podía decir que lo odiaba. Programó el GPS de su móvil para que la guiara hasta la ermita de Mirandaola y sin ninguna prisa, comenzó su paseo.

Atravesó el barrio de Brinkola, pasando por delante de la iglesia y del caserío donde habían comprado pan y leche la última vez. Enfrente, vio el estanque de patos, gansos y otras aves que no sabría identificar. Desde allí pudo apreciar el grandioso puente de Brinkola, un puente cuyas dimensiones no dejaban de asombrarla. Pasó por debajo y siguió caminando, cruzándose por el camino con muchos paseantes, que estaban disfrutando del paseo tanto como ella. Llegó a Telleriarte, otro de los barrios que quedaba a las afueras del pueblo. Allí pudo ver otra pequeña iglesia y enfrente una casa llamada Elorregi, un edificio más grande y señorial que los demás. Pensó que, en su día, probablemente, aquella casa habría sido habitada por alguna familia adinerada y se entretuvo imaginando la historia de aquellas personas. Continuó su paseo y hacia el mediodía llegó a su destino. El parque de Mirandaola, nada más verlo, le encantó: un frontón en el que varios niños jugaban a pelota, un estanque de agua hecho con piedras, varios puentes, un parque infantil, un merendero... Era un sitio bonito, alegre y agradable. Pudo ver cómo a un lado del parque, se encontraban la ermita y la ferrería de Mirandaola, unidas por una pequeña galería con varios arcos, y se dirigió allí.

La ferrería estaba formada por dos edificios cuadrados de piedra, y de la parte izquierda del más grande, bajaba una cascada de agua que sin duda sería la fuerza motriz de la elaboración del hierro. Según se acercaba, Nerea se cruzó con una multitud de personas que al parecer habían asistido a una boda en la ermita, a juzgar por la manera en la que estaban vestidas. Se detuvo a observar los vestidos de cóctel, las faldas de tafetán, los tacones imposibles... y se sintió totalmente fuera de lugar vestida con sus mallas y sus zapatillas Salomon de *trekking*. «Vaya pintas que llevo» pensó sonriendo para sí y siguió hacia adelante intentando pasar desapercibida.

Se asomó a la ermita y al verla vacía entró sin dudarle. Lo primero que le llamó la atención fue lo pequeñísima que era, apenas tendría unos cincuenta metros cuadrados, y lo segundo, que aquella ermita no era para nada tétrica, al contrario, era un sitio muy agradable. Al encanto del propio lugar había que sumarle los adornos florales que con tanto gusto habían sido colocados para la boda que se acababa de celebrar. Nerea recorrió el pasillo en el que había varias filas con

dos reclinatorios a cada lado y se acercó al pequeño altar. La pintura situada detrás mostraba el interior de la ferrería junto a varios ferrones trabajando. Nerea sabía lo que representaba, lo había leído en Internet. Era una pintura de Soler Blasco y representaba el milagro de la cruz acaecida en 1580, aquel en el que los ferrones trabajaron en domingo sin respetar el día de fiesta y solamente obtuvieron una pequeña cruz de hierro de apenas cinco kilos. Miró hacia arriba buscando la inscripción que sabía que acompañaba a la pintura. Junto a otro dibujo de Blasco sobre la entrega de las tablas de Dios a Moisés, la encontró:

«Seis días trabajarás, mas el séptimo no harás obra alguna. Sei egunean lan dagikezu zaspigarrenean ez bekizu lanik egin».

—Bonito, ¿eh?

Nerea se sobresaltó, no sabía que estuviera acompañada. Una mujer menuda de unos sesenta años, se disponía a pasar la escoba por el pasillo de la ermita. Nerea supuso que sería la persona encargada del lugar, ya que al igual que ella, tampoco iba vestida como para asistir a una boda, y menos con una escoba en la mano.

—Es una ermita preciosa. No la había visitado nunca y me ha gustado mucho.

—Para los legazpiarras es un sitio muy especial al que tenemos mucho cariño. ¿De dónde vienes?

—Soy de Donostia, pero mi *aitona* nació muy cerquita de aquí, en Brinkola. Por eso he venido a conocer la zona. Supongo que siendo niño vendría aquí mil veces. Ahora ya está muy mayor, tiene noventa y cinco años.

—A la ferrería puede que viniera, pero a la ermita no. Fue construida en 1952, hace unos sesenta años, cuando se reconstruyó la ferrería.

—¿Y es habitual que se celebren bodas en esta ermita?

—Muy habitual. Es cierto que cada vez más jóvenes se casan por el juzgado, pero muchos de los que deciden hacerlo por la iglesia lo hacen aquí. Hoy mismo, se celebran dos. La primera acaba de finalizar y los novios de la segunda tienen que estar ya al caer.

—No me extraña que elijan este sitio para casarse —dijo Nerea convencida—. Me gusta. No sé cómo definirla, pero es... distinta a otras iglesias.

—Sí que lo es —dijo la mujer—. Conozco a un chico de un pueblo cercano, que le dijo a su novia: «Si encuentras una iglesia en la que no haya ni un solo santo ni ninguna virgen, me caso. Si no, no».

Nerea echó un vistazo rápido a la ermita y soltó una gran carcajada. Efectivamente no había ni santos, ni vírgenes ni ningún otro motivo religioso, más que una cruz.

—¡Ja, ja, ja! ¡Menuda ocurrencia! ¿Y, qué? Se casaron, ¿no?

—Efectivamente. El mes pasado.

El ruido de la gente que se encontraba fuera era cada vez más fuerte. Se escucharon unas voces junto con varios silbidos y la mujer dijo:

—Creo que ha llegado el novio de la segunda boda. Será mejor que vayamos saliendo.

Terminó de pasar la escoba por el pasillo y Nerea la acompañó fuera de la ermita. Se colocaron discretamente en un lateral del pórtico desde donde se podía ver a todos los invitados. Un novio extremadamente nervioso se situaba junto a la que parecía ser la madrina, que al contrario que él, estaba muy tranquila. Vestía una falda negra con un poquito de cola y una chaqueta beige con un estampado también en negro. El cuello chimenea de la chaqueta y la flor que llevaba en la solapa, le daban un aire muy elegante. Sorprendentemente puntual, hizo entrada el Volkswagen Tiguan que albergaba a la novia y al padrino. El barullo aumentó.

—¡Cómo me gustan las bodas! —dijo la mujer emocionada—. Me encanta ver a los novios, los invitados, las flores, los adornos... Mi casa es esa de ahí —dijo señalando el caserío que se encontraba a escasos metros—. ¡Y no me pierdo una!

El novio abrió la puerta del coche y la novia bajó del mismo. Llevaba un vestido blanco palabra de honor con una larga cola. No era nada recargado y al igual que la madrina a la que se le parecía físicamente, llevaba como único adorno una flor en la solapa. Sonreía y saludaba a los invitados mientras la que parecía su dama de honor le colocaba la cola del vestido antes de entrar a la ermita. Nerea no pudo evitar imaginarse a ella misma el día de su boda. No era algo a lo que Jon y ella le daban demasiada importancia, pero en aquel momento, en aquel lugar tan bonito, y rodeada de aquel ambiente, pensó: «¿Y por qué no?». Decidió que aquel mismo fin de semana le sacaría el tema a su novio y se rio al pensar que si él ponía como excusa su poca afición a las figuras religiosas, la batalla la tendría ganada.

—¿Mañana también estarás por aquí? —preguntó la mujer—. La ferrería estará en marcha, y merece la pena verla en funcionamiento. Es la única ferrería del pueblo que se conserva. Se puede ver cómo se ponen en marcha los fuelles y a los ferrones vestidos con trajes de la época forjando el hierro. Está muy bien.

—Pues nos iremos mañana por la tarde así que seguramente vendremos a verlo.

—Así conocerás algo más del pueblo de tu abuelo. ¿Cuántos años me has dicho que tiene?

—Ha cumplido noventa y cinco el mes pasado.

—Pues puede que hasta conozca a mi madre. Ella tiene noventa y seis, uno más. Y tiene la cabeza mejor que yo. Vive conmigo en el caserío. Bueno, mejor dicho, soy yo la que vive con ella. Lleva los noventa y seis años viviendo en el mismo sitio y por nada del mundo cambiaría de lugar. ¿Te apetece conocerla? Te invito a un café.

A lo largo de varios siglos, las ferrerías fueron el motor de la economía legazpiarra, igual que en muchos otros pueblos del valle. El río Urola contaba con tres buenas condiciones que hacían que sus orillas fueran idóneas para albergarlas: caudal suficiente, un desnivel adecuado y uniforme, y unos bordes no demasiado escarpados donde era posible la edificación. En el siglo XIV, la veintena de ferrerías que existían en el valle tuvieron un efecto multiplicador sobre la actividad económica, ya que además de ferrones, demandaban también mano de obra complementaria: carboneros, acarreadores, transportistas, mineros, leñadores... Pero en los siglos XVI y XVII, la situación de las ferrerías cambió, entrando en una gran crisis que propició la desaparición de al menos una docena de ferrerías por falta de rentabilidad. El número de caseros aumentó considerablemente, se vendieron y arrendaron terrenos de estas ferrerías para dedicarlas a la labranza y se construyeron numerosos caseríos. La agricultura y la ganadería se habían convertido en el medio de vida mayoritario de la población, mientras algunos continuaron todavía trabajando en las ferrerías.

Las disputas entre los dos colectivos, caseros y ferrones, fueron innumerables, ya que cada actividad buscaba su espacio. Los caseros necesitaban suelo verde para la explotación agropecuaria (pastos, cultivos...) y los ferrones necesitaban recursos forestales para obtener la leña con la que producirían el carbón vegetal que servía como combustible para sus hornos. Aun así, eran dos comunidades complementarias. Muchos campesinos trabajaban para las ferrerías y muchos ferrones provenían del mundo rural. Solían aprovechar el parón de las ferrerías para colaborar en las faenas agrícolas, bien en verano por falta de agua o bien cuando la maquinaria estaba en reparación o faltaba carbón. Por eso, tanto a unos como a otros no les quedó más remedio que aprender a compatibilizar ferrería y campo, hierro y agricultura.

Una de las pocas ferrerías que se mantuvo ante la gran crisis de las mismas fue la de Mirandaola. Inició su andadura sobre el año 1400 y mantuvo sus puertas abiertas durante cuatro siglos, hasta 1804. El caserío situado al lado con el que compartía nombre, la había acompañado a lo largo de casi todos esos años, hospedando en él a las familias que habían dedicado su vida por y para la ferrería, soportando jornadas interminables en las que el carbón y la fuerza del agua permitían el fenómeno de transformar el mineral en hierro.

Aquellos tiempos en los que los martillazos del yunque no cesaban las veinticuatro horas del día quedaban lejos ya. Aun así, la habitante más longeva del caserío Mirandaola los tenía muy presentes. A sus noventa y seis años, recordaba perfectamente la historia familiar que tantas veces había oído en boca de su abuela Martina cuando ella era pequeña. Ella le contaba cómo varios antepasados de la familia se habían dejado la piel para sacar adelante la ferrería. «Provenimos de los Plazaola y los Elorregi, familias distinguidas y poderosas y, además, estamos emparentados con los Vicuña. Antiguamente, los dueños de las ferrerías provenían de linajes muy importantes y el nuestro lo es, que no se te olvide nunca». La abuela Martina le contó una y otra vez la historia familiar, y cada una de las veces añadía algún dato que ella desconocía. Siempre tuvo la sensación de que lo adornaba todo un poco, que no todo lo que contaba era totalmente cierto, como que uno de sus antepasados fue el ferrón principal del milagro del día de Santa Cruz, o que otro antepasado fue el único de la familia que sobrevivió a la terrible peste de la época. De todas maneras, la parte de la historia que a ella le interesaba no era precisamente la grandeza de la estirpe familiar. A ella siempre le había atraído más el día a día de los ferrones: cómo vivían, cómo trabajaban, cómo disfrutaban, a qué aspiraban...

—Trabajaban en unas condiciones muy duras. La ferrería estaba en marcha las veinticuatro horas del día y allí dentro, el día y la noche apenas se diferenciaban. Mientras la antepara estuviera llena de agua y hubiera suficiente mineral y carbón, no era el sol quien organizaba los horarios, sino el ritmo de una producción que no admitía descanso alguno —le contaba la abuela Martina.

—Bueno, sí, pero tendrían que dormir, ¿no?

—Claro que sí, pero lo hacían allí mismo, en un jergón tirado en el suelo, con el ruido de los martillazos a escasos metros. Se turnaban para dormir y también para comer, la maquinaria no podía parar. Eran sus mujeres las que se encargaban de llevarles una buena comida: carne, sardinas, bacalao, sidra... Y también las que cosían sus ropas, unas amplias túnicas de lino que les protegía del fuego y del calor, y un sombrero de ala ancha.

—¿Y les gustaba trabajar ahí? A mí al menos no me gustaría.

—¡Ahora son otros tiempos! La juventud de hoy en día no está capacitada para trabajar como lo hacían ellos. Además, no todo era malo. Ganaban un buen sueldo, mejor que el de los campesinos, y ser ferrón tenía su prestigio, eran muy respetados en el pueblo. Además, tenían los domingos para disfrutar. La religión era la única que conseguía que la producción parase durante un día entero, aunque la antepara estuviese repleta de agua. El parón comenzaba a las doce de la noche del sábado y el domingo a la misma hora se daba por terminado el descanso. Ese día iban a misa, se reunían con amigos y familiares, aprovechaban para descansar...

A lo largo de sus casi cien años, se había sentado innumerables veces en el porche de su caserío y mirando hacia la ferrería había recordado las palabras de su abuela. Le gustaba imaginar a aquellos hombres trabajando sin parar, con la cara negra de hollín, con el cuerpo dolorido por los esfuerzos y malas posturas, pero satisfechos, aun así, orgullosos de formar parte de un mundo al que solamente unos pocos tenían el privilegio de pertenecer. Y, sobre todo, se imaginaba a sus

mujeres, fabricando y reparando las ropas de sus maridos, cocinando para ellos y acudiendo semanalmente para cobrar el sueldo que ellos habían ganado y que posteriormente ellas deberían administrar lo más cuidadosamente posible.

Aquella mañana de julio también se encontraba en el porche. La temperatura era buena y no le dolían demasiado las articulaciones, por lo que, tras un pequeño paseo por la huerta, se había sentado en su sillón a contemplar el follón de gente que se había formado alrededor de la ermita por las dos bodas que se iban a celebrar. Hubo un tiempo en el que fue ella la encargada de la puesta a punto de la ermita. La limpiaba, la adornaba y la cuidaba como si de su propia casa se tratara, pero hacía años que había delegado ese trabajo en su hija. Ella ya no estaba para esos trotes y sabía que su hija lo haría tan bien como ella. Aun así, nunca había dejado de supervisar su trabajo. Siempre le preguntaba si había barrido el porche, si había cepillado el altar, si había recogido las flores marchitas, si había apagado las luces... La respuesta siempre era la misma, que sí, que lo había hecho tal y como ella le había enseñado, pero, aun así, ella se quedaba más tranquila si lo oía de su boca.

Miró a la multitud y vio cómo dos personas se iban acercando hacia donde estaba ella. Su vista hacía mucho que había dejado de ser la que era y no conseguía distinguir las bien, pero según se fueron acercando, por los andares supo que una de ellas era su hija. A la otra persona no la conocía. Parecía una chica joven vestida con ropa de deporte. «Por la manera de vestir no es ninguna invitada de la boda. Más bien parece que venga de dar un paseo por Haizeleku. ¿Quién será?», se preguntó.

—Hola, *amá*. —La mujer se acercó a su madre y la besó en la mejilla. Cogió dos sillas y las colocó frente a ella—. Me he encontrado con esta joven que estaba viendo la zona y la he invitado a café.

—¿Café a esta hora? Mejor un poco de jamón, chorizo...

—¡Esta mujer siempre pensando en comer! Yo no sé cómo no estás más gorda con todo lo que comes —dijo la hija sin intención de ofender a su madre.

—¿Por qué te crees que he vivido tantos años? Porque me doy mis caprichos. Tú estás siempre cuidando la dieta por el colesterol, comiendo sin sal para la tensión, poniéndote medias especiales para las varices... Así no durarás mucho, ¡te lo digo yo!

Nerea seguía la conversación divertida. Le daba la impresión de que aquellas dos mujeres se habrían pasado toda la vida así, siempre discutiendo, pero siempre juntas. La anciana miró a Nerea y volvió a dirigirse a su hija, que entraba en el caserío.

—Ah, Mila, y si traes también unas aceitunas, mejor, que esta joven está en edad de alimentarse bien y está feo tener a los invitados de hambre. —Guiñó un ojo a su invitada y las dos rieron—. Y dime, ¿qué te trae por aquí?

—Pues esta es la segunda vez que vengo a Legazpi. Mi *aitona* nació aquí y quería ver la zona donde pasó su infancia. Mi novio ha ido con un amigo a hacer una ruta por estos montes y yo he preferido hacer un poco de turismo.

—¿Y qué te ha parecido lo que has visto?

—Pues muy bonito. El centro del pueblo no lo conozco mucho, he estado más por los barrios de Brinkola, Telleriarte, he visitado el pantano... Y hoy he podido ver el parque, la ferrería y la ermita de Mirandaola, y tengo que decir que me han encantado.

—Quizá yo no sea la persona más objetiva para decir esto porque llevo toda mi vida viviendo aquí, pero yo creo que esta es la zona más bonita del pueblo. Para mí es como el parque del Retiro

para los madrileños, un sitio bonito donde poder conectar con la naturaleza, disfrutar de la tranquilidad...

—¿Conoce usted Madrid? —preguntó la joven.

—Claro que sí. ¡No pensarás que siempre he sido así de vieja! —contestó ella riendo—. Que haya vivido toda la vida en este caserío no quiere decir que no haya salido de aquí. Hubo un tiempo en el que mi marido y yo viajábamos mucho. Después de criar a nuestros hijos, cuando se fueron marchando de casa y él se jubiló, decidimos que era hora de vivir la vida y anduvimos de la ceca a la meca. ¡Vaya años más buenos que pasamos! Y no me hables de usted que me hace sentir más vieja aún y teniendo en cuenta que casi llego a los cien...

—Está usted... perdón, estás increíble para tener esa edad. ¡Ya quisiera yo esa vejez para mí!

—Tú lo que tienes que hacer es disfrutar de la vida lo mejor que puedas, que los años no vuelven y hay que aprovechar el tiempo al máximo.

«Madre mía, ¡qué vitalidad!» pensó Nerea. La puerta del caserío se abrió y de ella salió la hija, Mila, con varios platos en los que llevaba jamón, chorizo, anchoíllas, aceitunas... Los ojos de la anciana se iluminaron. Estaba claro que disfrutaba con la comida y estaba preparada para darse un buen festín. Mila lo colocó todo en una mesita y la acercó hasta donde estaban ellas. Sacó de una bolsa una barra de pan casero y un cuchillo y antes de que se hubiera sentado, su madre ya se había preparado un *pintxo* de jamón con anchoíllas que más bien parecía un bocadillo.

—¿Ya te ha preguntado mi madre sobre tu familia? —le preguntó Mila a Nerea—. Tiene la mala costumbre de hacer el tercer grado a todo el que pasa por el caserío. La pregunta «¿Y tú de quién eres?» es su preferida. Se conoce todas las historias, parentescos y chismorreos habidos y por haber.

—¿Chismosa, yo? De eso nada. Yo pregunto y si me contestan bien y si no, también. Pero esta vez no nos has dado ni tiempo. Ni siquiera sé cómo se llama esta joven.

—Me llamo Nerea —dijo ella evitando que las dos mujeres se volvieran a enzarzar en otra discusión—. Soy de Donostia, y ya que mi *aitona* nació en este pueblo, me apetecía conocerlo.

—A lo mejor lo conoces, *amá*. Es más o menos de tu edad.

—Este año ha cumplido noventa y cinco años —explicó Nerea— y aunque hasta hace poco ha estado bien, en los últimos meses ha bajado mucho.

—¡Dichosos años! —dijo la anciana.

—Tiene problemas respiratorios y la verdad es que se me está haciendo muy duro ver cómo decae día a día.

—¿Y de qué familia es? —preguntó la anciana sin ganas de seguir escuchando los achaques de alguien casi tan mayor como ella.

—Isasmendi. Él vivió aquí hasta los catorce años y la verdad es que no sé mucho más del resto de su familia, solo que ahora ya no queda nadie.

—Isasmendi, Isasmendi... —La anciana intentaba hacer memoria, pero no lo conseguía—. La verdad es que no caigo.

—Quizá lo conociste, pero ya no te acuerdas. Es que son muchos años, *amá* —dijo Mila.

—¡No digas tonterías! Si lo hubiera conocido, me acordaría seguro. Yo me acuerdo de todas y de cada una de las personas con las que me he cruzado en mi vida, eso seguro, pero con ese apellido... No caigo. Además, cuando yo era pequeña nos conocíamos por el nombre del caserío, no por el apellido.

—Ah, pues eso sí lo sé —intervino Nerea—. Nació en el caserío Gibola.

—¿Gibola? —Una expresión de sorpresa asomó en el rostro de la anciana—. ¿Eres de los

Gibola?

—Así es —contestó Nerea sin saber cómo interpretar la expresión de asombro de la mujer.

—¿Pero de cuál de ellos?

—De Bittor. ¿Le conoces?

—Claro que sí. Bittor Gibola, ¡cuántos años sin saber de los Gibola!

—¿Conociste también al resto de la familia? —Quiso saber la joven.

—¿No los voy a conocer? Antes no era como ahora. Cuando yo era pequeña, vivíamos muchísima menos gente en el pueblo, ni la cuarta parte que ahora. Nos conocíamos todos. Lo conocí a él, a sus hermanos... ¡hasta me acuerdo de su abuela!

—¿De su abuela? ¡Madre mía! ¡Conociste a mi tatarabuela! —Nerea estaba emocionada.

—Lo que me recuerda que soy más vieja de lo que parezco. —La anciana acompañó la frase con un gesto de coquetería y las dos mujeres rieron—. Era muy conocida en el pueblo, sobre todo por sus dulces. No sé cómo los hacía, pero todos los postres que cocinaba, ¡estaban de muerte! Además, era una mujer muy sabia en cuanto al uso de las *senda belarrak*. Conocía el poder curativo de infinidad de plantas y tenía remedio para casi todos los males. La recuerdo como una mujer muy cariñosa con los gemelos y también con...

—¿Gemelos? —la interrumpió Nerea—. ¿Qué gemelos?

La anciana se le quedó mirando fijamente, en silencio.

—¿Qué pasa, *amá*? —preguntó Mila, pero su madre hizo como si no la escuchara.

—¿No me has dicho que eres nieta de Bittor Gibola? —dijo por fin.

—Así es.

—¿Y cómo es que no sabes que tu abuelo tiene un hermano gemelo?

Nerea se sintió avergonzada e inmediatamente sus mejillas se encendieron. La anciana tenía razón. ¿Cómo podía ser que hubiera pasado toda su vida junto a aquel hombre, al que consideraba prácticamente su padre, y no supiera algo tan básico como que tenía un hermano gemelo? Ella tampoco entendía que su *aitona* no le hubiera contado nada y sintió que le debía a la anciana una explicación.

—Pues la verdad es que no lo sabía. Mi abuelo es quien me ha criado, junto con mi madre. Llevo toda la vida junto a él y me sorprende tanto como a ti que no me haya contado nunca nada de su familia ni del caserío donde nació. La verdad es que no me lo explico. No es normal que nunca me hablara ni siquiera de su hermano gemelo, y si te digo la verdad, me da mucha rabia.

—Bueno, quizá no es tan extraño que no te lo contara —dijo la anciana para la sorpresa de sus dos oyentes—. Quizá simplemente no le apetecía recordar.

—Pero ¿por qué no? ¿Qué es lo que no quiere recordar? ¿Tú lo sabes?

—No fueron buenos tiempos para tu abuelo.

—¿Por qué?

—Eso, ¿por qué? —preguntó también Mila, metida de lleno en la conversación.

La anciana volvió a quedarse callada, pensativa. A Nerea le entró miedo de que se cerrara en banda y no fuera a contar nada más, por lo que añadió:

—Ya sé que lo lógico hubiera sido conocer su historia a través de él, pero han pasado muchos años y nunca me ha contado nada, y me temo que ahora ya no lo vaya a hacer. Es la historia de mi familia y sea buena o mala, me gustaría conocerla. —Nada más terminar la frase se dio cuenta de que inconscientemente llevaba un rato apretando los puños con fuerza, como si no quisiera dejar escapar aquella oportunidad.

—Vamos, *amá*, a estas alturas ya, ¿qué puede importar que le cuentes lo que pasó hace mil años?

La respuesta de la anciana no fue inmediata. Se terminó el *pintxo* de chorizo que tenía en la mano, apuró el segundo vaso de vino y tras unos instantes que a Nerea se le hicieron eternos, dijo:

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo —contestó Nerea—. Todo lo que recuerdes.

—Está bien, te lo contaré.

Nerea soltó de golpe todo el aire que tenía contenido en los pulmones, aliviada, y la anciana comenzó con el relato:

—Gibola era un caserío bastante fuerte. Tenían ganado, producían pan y queso, vendían frutas y verduras en el mercado... El padre de tu abuelo era el primogénito de la familia y por eso se quedó con el caserío, algo muy normal en aquella época. Se casó con Mikaela, una mujer muy guapa y apañada, la hija mayor del *txistulari* del pueblo. Me acuerdo de oír a mi madre y a sus amigas comentar en el lavadero, lugar al que aparte de limpiar se iba a cotorrear, que al principio nadie daba un duro por aquel matrimonio. No porque no se quisieran, sino porque les parecía que Mikaela era demasiado señorita para vivir y trabajar en un caserío. Hasta casarse había trabajado en la alpargatería de su familia, algo que poco tenía que ver con el duro trabajo del caserío, pero para la sorpresa de todos, la mujer dio el callo, ¡vaya si lo dio! Trabajó como la que más y durante algunos años al menos, supo llevar sin problemas el peso del caserío.

—¿Durante algunos años? ¿Después no? —preguntó Nerea.

—Paciencia, no te adelantes. Déjame seguir con la historia.

—Perdón, perdón —se disculpó—. Sigue, por favor.

—Del marido de Mikaela poco te puedo decir. No me acuerdo de él. Era, según mi madre, «un buen mozo», pero que no tuvo mucha suerte. Murió muy joven. Tuvo un accidente en el establo y murió allí mismo. Creo que cuando falleció, su mujer estaba embarazada, así que no llegó a conocer a su hija.

Nerea tuvo unas ganas horribles de contarle a la anciana que eso ya lo sabía. Quería contarle que había encontrado el retrato de la niña en el caserío, que había visitado el ayuntamiento y el Archivo Diocesano de Donostia y que en la partida de nacimiento de la niña ya aparecía que su padre estaba fallecido. Pero no lo hizo. Decidió contenerse, por miedo a que la anciana no retomara el hilo del relato y se dejara por el camino parte de la historia.

—Así que con ayuda del navarro y de la *amona* Anttoni, tu tatarabuela, la de los dulces tan ricos, Mikaela sacó adelante a cuatro hijos.

—¿Quién era el navarro?

—Un buen hombre, y muy buen mozo también. La pena que me llevaba unos cuantos años, si no, ¡no se me hubiera escapado!

—*Amá*, ¡por favor! —dijo Mila llevándose la mano a la frente.

—¡A ver si te crees que yo de joven no tuve mis ligues! ¡Pues bien bonita que era! Otro día te contaré los novios que tuve antes de tu padre.

—Ni pensar, ¡no quiero saberlo! Y céntrate a lo que estamos. ¿Quién era el navarro?

—Pues el navarro era uno más en la familia, aunque creo que no tenía ningún parentesco familiar con los Gibola. Vivía con ellos y llevaba el caserío. A falta del *etxejojauna*, se puede decir que él era el hombre de la casa. Los hijos de Mikaela lo querían mucho.

Hizo una pausa para servirse un poquito más de vino. Lo bebió despacio, suspiró y continuó con el relato.

—A tu abuelo Bittor lo recuerdo como un buen chico, agradable y simpático. Su hermano Isidro y él eran idénticos. No os podéis hacer a la idea de lo iguales que eran. Sus familiares los

diferenciaban sin problemas, pero todos los demás, conseguíamos saber quién era quién gracias a una navaja plateada que solía llevar Isidro atada a los pantalones. No se la quitaba nunca. Por lo visto era un regalo que le había hecho su padre poco antes de morir.

—Todavía me cuesta creer que mi *aitona* tuviera un hermano gemelo.

—Pues así es. Los gemelos tenían un hermano mayor y una hermana pequeña, ellos estaban en medio. El hermano mayor se llamaba Sabín. ¡Menudo artista! Sin ninguna duda, él era el alma de la fiesta. Siempre cantando, bailando, riendo... Le encantaban las apuestas y siempre o casi siempre terminaba ganando. Y si no, pues ya se encargaba él de sacar beneficio de donde pudiera. Yo misma le tuve que dar la mitad de mi paga semanal más de una vez.

—¿Tú, por qué? —preguntó Mila.

—Pues porque nos cobraba por ir a Gibola.

—¿Cómo dices? —dijeron las dos mujeres al unísono.

—Vamos a ver. Mila, ¿te acuerdas de mi prima Rosarito de Guriditegi? —Mila asintió—. Hace años que murió ya. La pobre no tuvo mucha suerte, murió joven.

—Hombre *amá*, joven... ¡Murió con ochenta y dos años!

—Pues eso, joven. —Mila y Nerea se miraron y sonrieron. Por lo visto para alguien de casi cien años, morir a los ochenta y dos significaba morir joven—. Bien, pues ella era vecina de los Gibola y sentía verdadera pasión por Miren, la pequeña de la casa. La verdad es que era una niña preciosa, muy bonita y alegre, de esas que solo con verlas te dan ganas de darles un achuchón. Mi prima pasaba con la niña todo el tiempo que podía, pero al empezar a ir al colegio, solo le quedaron los domingos para poder ir a verla. Yo iba con mis padres y mis hermanos a comer a Guriditegi y después de comer, empecé a acompañar a mi prima a Gibola. «Ya vienen las primas» solía decir Mikaela. Pasábamos la tarde con la niña, merendábamos, jugábamos un rato y vuelta. Cuando Sabín se dio cuenta de que íbamos todos los domingos, nos empezó a cobrar por ir. Si no le dábamos la mitad de nuestra paga, no pasábamos del puente, y no había manera de esquivarlo. Nos solía estar esperando.

—Madre mía, ¡menudo morro! —dijo Nerea.

—¿Por qué te crees que le llamábamos Sabín Sesiante? Siempre sacando tajada, de donde fuera. Tenía mucho morro, como tú dices, pero no era malo. Simplemente veía una oportunidad y la aprovechaba, así de claro. Así que ya ves, no solo los conocí, sino que pasé con ellos muchas tardes, en su caserío.

Nerea se giró hacia Mila y le dijo:

—Cómo me alegro de haberme encontrado contigo antes en la ermita. Yo no creo mucho en el destino, pero algo me dice que estaba destinada a conocer a tu madre y a mantener esta conversación —dijo sonriente.

—¡Casualidades de la vida! —dijo Mila—. De todas maneras, *amá*, no entiendo por qué Bittor no ha contado nunca nada de Gibola. Por lo que cuentas, parece que era una familia normal, ¿no?

—Sí que lo era. Faltaba el padre, pero el navarro ocupaba ese vacío, así que se puede decir que sí, era una familia normal, hasta que...

—Hasta que, ¿qué? —preguntó Mila impaciente.

—Hasta que el gemelo de tu abuelo, Isidro, mató a su hermana, a la pequeña Miren.

—¿Qué? —Mila se levantó de su silla sin poder creer lo que acababa de escuchar.

Nerea se había llevado las manos a la boca, impresionada también, y al cabo de unos segundos, las bajó y dijo:

—La quemó.

Aquella afirmación pilló a Agustina de Mirandaola por sorpresa. ¿Cómo sabía ella eso? Nerea vio la expresión de asombro de la anciana y se explicó.

—En mi anterior visita a Legazpi, me pasé por el registro del ayuntamiento y allí conseguí una partida de defunción de Mikaela, donde pude descubrir que mi *aitona* tenía otros tres hermanos más y que para cuando Mikaela murió, la pequeña ya estaba fallecida. Quise saber más, cómo y cuándo había muerto la niña, y para eso busqué su partida de defunción en el Archivo Diocesano de Donostia. Es ahí donde averigüé que murió quemada. Lo que nunca imaginé era... ¡que la hubiera matado su hermano! Esa información no viene en los archivos.

—Así que algo de la historia ya sabías —dijo Agustina.

—Nada más que eso. Bueno, y encontré algo que quiero enseñarte.

Nerea sacó del bolsillo su teléfono móvil. Lo desbloqueó, buscó entre las imágenes y seleccionó una de ellas. La amplió y se la enseñó a Agustina. Nada más ver la foto que había hecho Nerea al retrato a carboncillo encontrado en Gibola, la anciana se emocionó y sus ojos se volvieron vidriosos.

—¡Oh! ¡Es Miren! —La contempló durante unos segundos—. Pobrecita mía, era adorable. No se merecía lo que le pasó. ¿De dónde has sacado el dibujo?

—Bueno, mi novio y yo nos colamos en Gibola. Encontramos una ventana medio abierta y entramos a mirar. En el desván encontramos una cunita con las iniciales M.I., y una *kutxa* de madera. Dentro estaba el retrato.

—¿Sabes quién lo hizo? —preguntó la anciana.

—No tengo ni idea, pero sospecho que tú si lo sabes.

—Sí que lo sé. Fue el navarro. Yo estaba allí el día que se lo regaló a Mikaela.

—¿El navarro sabía dibujar así de bien?

—El navarro era un artista con las manos. La *kutxa* también es obra suya. Recuerdo que a mi prima y a mí nos invitaron a la fiesta de cumpleaños de la niña, junto con la familia y el cura don Miguel. Yo tendría unos ocho años, así que los gemelos tendrían siete. Lo pasamos estupendamente y la pequeña disfrutó de lo lindo, sobre todo cuando vio el retrato que le había hecho el navarro. ¡Cómo aplaudía! El mismo día que cumplió dos añitos, fue también el último día de su vida. Esa misma tarde, cuando todos nos habíamos marchado de la fiesta, su hermano la mató.

—¡Santo Dios! —exclamó Mila mientras se santiguaba—. Pero ¿cómo? Y ¿por qué?

—Estaban los dos en la cocina y la tiró al fuego. La niña ardió en cuestión de segundos. No murió al instante, pero no pasó de aquella noche. Cuando Mikaela y el navarro escucharon desde fuera los gritos de la niña, entraron a toda prisa y la encontraron entre las llamas, y a Isidro mirando, sin hacer nada. ¿Por qué lo hizo? Quién sabe. Isidro siempre había estado muy apegado a su madre y con el nacimiento de su hermana, se debió ver desplazado. Mikaela no tenía ojos más que para su niña y se pensó que podía haber sido ese el motivo.

—¿Y él qué dijo?

—Poca cosa. Al principio insistía en que había sido un accidente, pero si hubiera sido así la habría intentado ayudar, digo yo. La verdad es que no lo sé. Fue un hecho terrible para todos. A mi prima Rosarito le costó mucho recuperarse, imagínate a su familia.

—¡Pues yo no me lo creo! —dijo Mila con los brazos cruzados—. No me creo que un niño de siete años matara a su hermana y mucho menos por celos. No puede ser. Ahí tuvo que haber algo más, si no, no me lo explico. Eso si no fue un accidente, claro.

—Pues qué quieres que te diga —contestó la anciana—. Yo te cuento lo que sé.

Nerea pensó que era absurdo darle vueltas a lo que realmente sucedió aquella tarde. Con motivo o sin motivo, la verdad era que la niña había acabado muriendo aquella noche y que ya nunca sabrían lo que realmente sucedió.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—Pues que ese día fue el principio del fin de la familia Gibola. De ahí en adelante, todo fue a peor, a mucho peor. Isidro quedó marcado de por vida. Todos en el pueblo sabían lo que había hecho y pasó a ser poco menos que un apestado. Como os he dicho, al principio dijo que había sido un accidente, pero después ya, cuando alguien lo insultaba o se metía con él, ni siquiera intentaba defenderse. Siguió asistiendo a la escuela, pero el resto del tiempo solía desaparecer. Pasaban horas y a veces días sin que nadie supiera dónde estaba. Tu abuelo Bittor lo pasó fatal. Eran uña y carne y no podía asimilar que de la noche a la mañana su hermano gemelo y mejor amigo, se hubiera convertido en un asesino. Al principio lo defendió delante de quien fuera, se pegó con cualquiera que hablara mal de su hermano, pero llegó un momento en el que no pudo más y dejó de hacerlo.

—¿Y los demás?

—Al poco de aquello, la abuela Anttoni enfermó. Aunque tenía ya unos años, hasta entonces había sido una mujer muy activa y dinámica, pero toda aquella vitalidad desapareció y después de unos meses en cama, finalmente murió. Tuvo que ser tremendo para ella vivir todo aquello... Sabín siguió con sus historias y sus hazañas y viendo el panorama que tenía en casa, cada vez se empezó a ausentar más y más. Lo mismo oías que había hecho un negocio con tal persona en la costa como oías que lo habían visto por los montes de Álava. —Hizo una pequeña pausa y después continuó—. El navarro siguió llevando el peso del caserío. El pobre chico tuvo que cargar con mucho más de lo que podía, pero nunca se le oyó queja alguna. Era muy buen hombre. Fue la persona con la que más tiempo pasó Isidro después del incidente. Quizá el hombre le perdonó por lo que había hecho o simplemente no creyera que lo hubiera hecho aposta, pero por una cosa o por la otra, fue el mayor apoyo que tuvo Isidro. Lo quería mucho.

—¿Y Mikaela?

—Mikaela salió muy mal parada de todo aquello. Una parte de ella murió la misma noche que murió su niña, y ya nunca se recuperó. En ningún momento dudó de la culpabilidad de Isidro y desarrolló en su interior un odio hacia él que llegó a ser enfermizo. Hasta tal punto era el rencor que sentía, que en varias ocasiones lo intentó agredir. No sé si será verdad, pero se llegó a comentar en el pueblo que una noche cuando todos dormían, Mikaela se acercó a la cama de Isidro e intentó ahogarlo con una manta. Lo quería matar. Bittor, que dormía en la cama de al lado, se despertó por el ruido, y tuvo que apartar a su madre antes de que acabara con la vida de su hermano. A partir de aquella noche, no dejaron que Mikaela se volviera a acercarse a Isidro. El chico esperaba a que su madre se hubiera acostado para entrar en el caserío y se marchaba por la mañana antes de que ella se hubiera levantado.

Nerea y Mila estaban impresionadas por lo que acababan de escuchar.

—Así que ya ves —continuó Agustina—, con semejante panorama, tu abuelo hizo lo mejor que podía hacer, marcharse de allí.

Capítulo 6

Legazpi. Junio 1929

Xexili Tellería llevaba un par de días nerviosa. La noche anterior la había pasado dando vueltas en la cama, sin poder dormir, y en cuanto vio que los primeros rayos de luz entraban por la ventana, se levantó. Tenía mucho trabajo por delante y no había tiempo que perder.

Se sentó a la mesa de la cocina y solamente tomó un café para desayunar, no tenía ganas de más. En cuanto los chicos se levantaran y hubieran desayunado, los mandaría a casa de su suegra, aunque sabía que ella no perdería la oportunidad de echarle en cara que se los dejara una vez más. Decidió que aquel domingo sus hijos pasarían el día con la abuela en el mismo momento en el que supo que tendrían visita, y con más razón sabiendo la clase de invitados que tendrían ese día. Se terminó el café, se ató el delantal y se puso en marcha. Si quería que todo saliera perfecto, tendría que ponerse manos a la obra cuanto antes. Tenía mucho que hacer.

Últimamente estaba desanimada, o enfadada más bien. Tenía la certeza de que la vida no la estaba tratando como ella se merecía. Y en los últimos años, esa sensación no había hecho otra cosa que aumentar. Sus hijos no habían ayudado mucho en hacerla feliz, la verdad, pero a esas alturas, tenía muy asimilado que nunca serían los hijos perfectos, modélicos y afectuosos que ella había soñado. El hijo mayor, Martín, le parecía una persona increíblemente vulgar. Nunca había destacado en nada bueno, aunque tampoco lo había hecho en nada malo. A Xexili le hubiera gustado que su hijo habría sido el más inteligente de la clase, el más guapo, el más alto o el mejor deportista... Pero no, Martín era simplemente eso, un chico vulgar que pasaba desapercibido allá donde fuera. Su hijo pequeño, Justo, era muy distinto, pero a su parecer no era mejor. Sensible, asustadizo, miedoso, introvertido... Casi no salía de casa, apenas tenía amigos y podía pasarse horas simplemente mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos... Ella había intentado corregirlo por activa y por pasiva, pero el chico seguía siendo igual de raro. Sí, esa era la palabra, su hijo era raro. Y a ella las personas raras nunca le habían gustado. La gente débil y sin carácter le ponía enferma, le sacaba de sus casillas, y más todavía tratándose de su propio hijo.

Comenzó a limpiar las verduras que pondría como guarnición de los dos kilos de solomillo de ternera que le habían costado casi diez pesetas, mientras seguía sumida en sus pensamientos. No, definitivamente no había tenido mucha suerte en la vida, no con su familia al menos. Ni con sus hijos, ni tampoco con su marido. Con él, menos aún.

El matrimonio de Xexili y Nicolás fue bien en un principio. Los dos eran jóvenes, guapos y a ojos de todos formaban la pareja perfecta. Él tenía un buen puesto de trabajo y pasaba la mayor parte del día en la fábrica, pero a ella no le importaba. Siempre le decía que lo primero era el

trabajo y que no se preocupara por ella, que aprovecharía el tiempo que estaba sola para ayudar a sus padres en la alpargatería, hacer las labores del hogar o pasear con sus amigas. Al cabo del día, aguardaba a su marido con la cena caliente sobre la mesa esperando tener una agradable velada mientras charlaban sobre las novedades del día.

El primer embarazo tardó en llegar. Había pasado más de un año desde la boda, pero Xexili no conseguía quedarse embarazada. Su hermana Mikaela, que ya tenía un hijo, acababa de dar a luz nada menos que a dos bebés a la vez, y ella nada. Estaba segura de que el problema no era ella misma, su cuerpo estaba en perfectas condiciones, por lo que tenía que estar en él. En una de las visitas a Gibola, aprovechó que Anttoni se encontraba sola en la huerta para comentarle su problema. La mujer tenía fama de ser buena curandera y tener remedio para todo, así que quiso ponerla a prueba y ver si era cierto lo que se decía de ella.

—Te voy a dar unas hierbas —dijo Anttoni—. Tómalas a diario. Preparas una infusión bien caliente con ellas y todas las noches antes de acostarte, te la bebas. Ya verás como no tardas en quedarte encinta.

—No, no, si el problema no soy yo. Las tendrá que tomar Nicolás.

—¿Y cómo sabes que el problema no eres tú? —preguntó Anttoni sorprendida.

—Pues porque yo estoy estupendamente. ¿Acaso no me ves? —Y extendiendo los brazos se miró a sí misma de arriba abajo dando a entender con su expresión que era imposible que aquel cuerpo tuviera algún defecto.

—Hazme caso, que daño no te van a hacer —dijo Anttoni sin querer discutir con la chica. Le entregó las hierbas, le volvió a repetir cómo utilizarlas y una vez más, dio gracias a Dios de que su hijo se hubiera fijado en la hija mayor del *txistulari*, y no en la menor.

Xexili comenzó a darle la infusión a Nicolás todas las noches, sin que él supiera para qué eran en realidad. Ella le decía que con todo lo que trabajaba, le vendría bien una infusión relajante para poder descansar mejor. Al cabo de un par de meses, las infusiones seguían sin hacer efecto y ella empezaba a impacientarse. Al final decidió empezar a tomarlas ella también, aunque estaba convencida de que no las necesitaba. Fue entonces cuando por fin se quedó en estado.

—Gracias, Anttoni —le dijo a la mujer el día que fue a Gibola a dar la noticia de que estaba embarazada—. No sé qué es lo que tienen estas hierbas, pero con Nicolás han funcionado a la perfección. Las ha tomado religiosamente todas las noches y mira, ya estoy embarazada.

Nicolás trató a su mujer durante el embarazo como a una reina. Le consentía todos los caprichos, la mimaba todo lo que podía y dejaba que ella descansara mientras él se hacía cargo de todo lo que hiciera falta. Aquellos fueron sin duda los momentos más felices de su matrimonio, porque luego ya, cuando el niño nació... la situación empeoró, y mucho.

Nicolás recordaba los primeros meses tras el nacimiento de su hijo como los peores de su vida. Imaginaba que ser madre no debía ser tarea fácil, pero nunca supuso que a su mujer le cambiaría el carácter tan bruscamente. El niño requería mucha atención, tanto de día como de noche y nunca dormía más de tres horas seguidas. A Xexili, que siempre le había gustado dormir hasta tarde, la falta de sueño la empezó a superar. Se sentía agotada, exhausta y se pasaba el día de mal humor. No tenía paciencia para nada, se le agrió el carácter y lo pagó con quien más a mano tenía, Nicolás. Prácticamente todo lo que su marido decía o hacía le parecía mal. Si el niño se despertaba, la culpa era de Nicolás. Si el niño lloraba, también la culpa era de Nicolás. Si enfermaba, vomitaba, no comía o se quejaba... la culpa volvía a ser de Nicolás. Empezó a echarle en cara que pasase tantas horas trabajando, dejándola a ella sola en casa con el bebé. La dedicación por el trabajo que él siempre había mostrado y que ella tenía la costumbre de elogiar,

de pronto era el peor de los delitos que podía cometer. Nicolás, desesperado por la situación, acudió a su madre para que le echara una mano.

—Mira, hijo —le había contestado ella—, yo si te tengo que ayudar te ayudo. Pero no me digas tú a mí que tu mujer no se las podría arreglar sola. ¿Cómo te crees que lo hemos hecho las demás? Cuatro hijos tuve yo, seguiditos, y me las tuve que apañar para atenderos a todos y a cada uno de vosotros mientras tu padre se pasaba el día trabajando en la carpintería. Nunca me tuvo que oír una queja, ¿y me dices que la señorita no puede con uno solo? ¡Habrased visto cosa igual!

—Lo sé, lo sé, *amá*. Solo te pido que le echese una mano. Su madre está bastante delicada de salud y no me gustaría molestar a la mujer. Y yo no quiero descuidar mi trabajo en la fábrica. ¿Me harás ese favor?

—Claro, hijo. Si me lo pides tú, sabes que no puedo negarme. —«Y a esta la voy a espabilar yo a base de bien», pensó mientras se comprometía a ayudarlo.

Xexili comenzó a tener la visita de su suegra a diario. Todos los días se repetía la misma escena: la mujer entraba en casa y lo primero que hacía era criticar todo lo que veía. «Esto no está bien así, a este mantel le hace falta un buen fregado, no sé cómo podéis vivir con tanto trasto...». A Xexili le solían entrar unas ganas horribles de echarla inmediatamente de casa, pero era mejor no hacerlo, porque por mucho que le fastidiara tener que aguantarla, su visita le salía rentable. El tiempo que pasaba despotricando por todo y yendo de un lado para otro, lo aprovechaba para ordenar, recoger y limpiar. Su suegra se asemejaba a un tornado, pero en sentido inverso. En lugar de destrozarlo todo a su paso, ella lo dejaba reluciente. Y no solo eso, lo mejor era que después de dejarlo todo en orden, se llevaba al niño un par de horas a dar un paseo, y por fin Xexili podía estar un rato sola, algo que nunca pensó que echaría tanto de menos. Sabía que si aguantaba el primer impulso de echar a la mujer a patadas, luego podría disfrutar de su recompensa.

Ese rato de silencio y tranquilidad solía aprovecharlo para descansar, asearse o lavarse el pelo. Pero surgió un problema que nunca había tenido hasta entonces: lo que veía no le gustaba en absoluto. No reconocía su cuerpo. Su abdomen, que siempre había sido firme y plano, ahora estaba hinchado y flácido. Había perdido su cintura, y con ello, habían desaparecido sus curvas. Tenía los pechos hinchados y doloridos y cada día descubría alguna estría más de la que no se había percatado hasta ese momento. No estaba a gusto con ella misma y eso acarrearba que no estuviera a gusto con nada.

Una de las poquísimas veces que Xexili dejó que Nicolás se acercara a ella, hizo que quedara en estado por segunda vez. Con un niño de poco menos de un año, de nuevo estaba embarazada. Aunque no le había vuelto a dar las hierbas de Anttoni a su marido, ni las había vuelto a tomar tampoco ella, Xexili maldijo los remedios de la curandera, la maldijo a ella y maldijo a su marido también.

Tras unos años en los que la característica más notable de Xexili fue su mal humor, por fin sus hijos comenzaron a ir a diario a las escuelas situadas en los bajos de la casa consistorial, y ella empezó a tener prácticamente todo el día para ella sola. Al principio se sintió muy rara, sin saber en qué pasar el tiempo. Tras un periodo de adaptación, comenzó a salir más, a pararse por la calle a saludar a las vecinas o a charlar largos ratos con sus amigas en los lavaderos públicos, como solían hacer cuando eran jóvenes. Por fin su estado de ánimo comenzaba a mejorar.

Pero entonces sucedió algo. En 1923, se formó un gran revuelo en el pueblo. El motivo no fue otro que el rumor de que Patricio Echeverría, jefe de Nicolás y al que hacía tiempo todos llamaban don Patricio, iba a construirse un enorme chalet a la entrada de la localidad. Por lo que se comentaba, no iba a haber casa igual en todo el pueblo y lo que en principio fue un rumor,

terminó haciéndose realidad. A Xexili la noticia le sentó como un jarro de agua fría. Envidiosa por naturaleza y con más tiempo que nunca para preocuparse por cuestiones ajenas, puso el grito en el cielo en cuanto le llegó la noticia. Sin tiempo que perder, se lo hizo saber a su marido.

Aquella noche Nicolás llegó, como siempre, tarde a casa. Probablemente sería cierto, como él decía, que en la fábrica de herramientas estaban de trabajo hasta arriba y que tanta dedicación era totalmente necesaria, pero Xexili estaba convencida de que su marido alargaba la jornada laboral para evitar estar demasiado tiempo en casa. Nada más entrar por la puerta, se quitó los zapatos, se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla, aun sabiendo que ella no le correspondería. Hacía años que no lo hacía. Nada más sentarse a la mesa a cenar, solo por el modo en el que ella lo miró, supo que aquella noche no tendría una cena tranquila.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el trabajo?

—Bien —contestó Nicolás sorprendido. Su mujer no acostumbraba a preguntarle por su trabajo.

—¿Te has enterado de la última noticia sobre tu jefe?

—No sé de qué noticia hablas. ¿Ha pasado algo?

—Pues claro que ha pasado. Resulta que al señor don Patricio, no se le ha ocurrido una mejor idea que construirse un impresionante chalet. ¿Qué te parece? —contestó ella enfadada.

—Ya lo sabía —dijo Nicolás en un suave tono de voz—. ¿Y dónde está el problema?

—¡Que dónde está el problema! Pues está en que tiene a prácticamente todo el pueblo trabajando para hacerse rico, y lo paga restregándonos a todos su dinero con un enorme chalet a la vista de todos. ¿Acaso no puede vivir como los demás en una casa normal?

—Es su dinero. Puede hacer con él lo que quiera.

—¿Su dinero? Es el dinero que todos vosotros le estáis haciendo ganar. ¡Se va a construir el chalet a vuestra costa! ¿Es que no lo ves?

Nicolás no dijo nada.

—Tanto que dices que confía en ti y que eres uno de sus hombres de confianza, bien podría reflejarlo por ejemplo subiéndote el sueldo, ¿no?

—No creo que pueda quejarme de mi sueldo, la verdad. Cobro tres pesetas más que cualquier oficial, y además no todo es el dinero —dijo Nicolás paciente—. Hay otras maneras de ver tu trabajo recompensado, con el reconocimiento, por ejemplo. Y yo me siento reconocido. Siento que soy un trabajador importante en una empresa importante.

—¡No, perdona! Eres el perrito faldero de un hombre importante cuya empresa es importante. No te equivoques. Además, ¿de qué vale el reconocimiento? Aquí lo que valen son las pesetas, que del reconocimiento no se vive.

—En cualquier caso, no estamos en una mala situación económica, ¿no? Llegamos bien a fin de mes y no podemos decir que nos falte de nada, así que no veo que haya motivo para esta discusión. —Nicolás siguió cenando, con la esperanza de que la conversación hubiera acabado ahí.

—Sí que lo hay, sí. ¡Un motivo bien grande, además! Estoy harta de tu conformismo, de que no tengas mayores aspiraciones, de que seguir como estamos te parezca una opción aceptable...

—¿Acaso no lo es? —preguntó él desconcertado.

—Podríamos estar mejor, ¡bastante mejor! —dijo ella enfadada.

—¿De qué me estás hablando? Creo que no te estoy entendiendo.

—¡Qué me vas a entender! Tú nunca entiendes nada. Te lo diré bien clarito, a ver si así lo entiendes de una vez: deberías montar tu propia empresa de herramientas.

Nicolás se quedó de piedra. Cenar con los reproches de su mujer como música de fondo era

algo bastante habitual, pero hasta el momento ella nunca le había hecho una petición semejante.

—¿Cómo has dicho? ¿Quieres que deje la fábrica para trabajar por mi cuenta?

—Lo que has oído. Ya está bien de trabajar para el usurero ese.

—Los dos sabemos que no es ningún usurero.

—¡Me da lo mismo! Yo lo que sé es que tú y otros como tú le hacéis el trabajo sucio mientras él se construye su chalet. ¿Cuándo vamos a tener nosotros nuestro chalet? Si sigues trabajando allí, nunca. Así que ya es hora de que te marches, hagas tus propias herramientas y empieces a ganar tanto dinero como él.

—Xexili, yo no necesito un chalet. Y no es tan fácil como tú lo pintas. Él empezó desde muy abajo y si está donde está es porque ha ido enlazando buenas ideas con mucho trabajo y gran acierto. Ha tomado muchas decisiones difíciles y arriesgadas y le ha ido bien. Créeme si te digo que nadie le ha regalado nada. Todo lo que tiene es bien merecido.

—¿Y por qué no haces tú lo mismo? Sabes perfectamente cómo se lleva a cabo el trabajo. De hecho, lo llevas haciendo años. Solo tienes que hacer lo que has hecho hasta ahora, pero para ti.

—Es imposible lo que me estás pidiendo. No tengo ni el dinero, ni la infraestructura necesaria para hacerlo. —«Y ninguna intención tampoco», pensó Nicolás. Si algo tenía claro, era que no iba a traicionar a su propio jefe, hombre al que admiraba y respetaba, montando una empresa para hacerle la competencia. Se consideraba a sí mismo un trabajador leal y fiel, y no pensaba de ninguna de las maneras dejar de serlo.

El tiempo que duraron las obras del chalet, Xexili ardió de rabia. Todas las mañanas sacaba un rato para acercarse hasta el lugar y echar un vistazo. A veces se acercaba por la cara norte y otras veces por la cara sur. No quería perderse ni un solo detalle. Uno de esos días, pudo ver en la parte delantera a Guillermo Eizaguirre, el arquitecto de la obra. Se colocó lo bastante cerca de él como para escuchar las explicaciones que le estaba dando a uno de sus operarios, pero sin exponerse demasiado para que no la descubrieran acechándolos.

—El edificio será rectangular y constará de cuatro plantas —explicó el arquitecto—, rematada en cubierta asimétrica de doble vertiente. En la planta baja predominará la sala de estar, con un amplio mirador poligonal. El primer piso albergará las habitaciones, aunque está por decidir si la habitación principal estará en esta planta o en la anterior. Y las habitaciones para el servicio irán arriba.

Xexili se puso furiosa. «¿Habitaciones para el servicio? ¿Pero qué se han creído estos? ¡Ni que fueran marqueses!» pensó, mientras el arquitecto continuaba describiendo el edificio.

—Es probable que se incluya una capilla en un lateral, porque la señora es muy religiosa. También llevará una fuente en la parte delantera y unos hermosos jardines que rodearán la casa.

La evolución de las obras del chalet más comentado del pueblo se volvió una obsesión para Xexili. No había día en que no pasase por allí. Por la noche, se sentaba en la mesa junto a Nicolás y acompañaba los comentarios sobre la progresión de la construcción con todo tipo de reproches e insistiendo en la idea de que su marido crease su propia empresa. Nicolás, haciendo uso de una paciencia infinita que nunca había pensado que tendría, siempre le contestaba lo mismo:

—Ya veremos, Xexili, ya veremos.

Las obras concluyeron y el resultado fue un magnífico chalet llamado Aguirre-Echeverri cuyo coste había ascendido a 250000 ptas. Solamente su artística puerta había costado la friolera de 10000 ptas., casi tanto como una casa en la calle. Finalmente, Xexili no tuvo otra opción que asumir que ella nunca llegaría a tener un chalet como aquel, ni ningún otro parecido. Pero no

estaba a gusto. Quizás el pusilánime de su marido no quisiera progresar, pero ella estaba decidida a ello.

Unos pocos años después, se extendió otro rumor. Por lo visto, paralela a la calle Santa María iban a crear otra calle nueva, más amplia y mejor, así que Xexili cambió de objetivo.

—Parece ser que ya se ha confirmado: esta calle va a dejar de ser la principal porque van a hacer al otro lado una mejor —comentó diciéndole a su marido.

—Xexili, creo que te estás adelantando. No te puedo asegurar que no vayan a hacer la calle nueva, pero creo que de momento solo son rumores.

—¡Cómo se nota que te pasas el día aislado en esa fábrica! ¡No te enteras de nada! No son solo rumores. Hoy en la panadería de Fermín Garín lo estaban comentando. Van a hacer una calle paralela a esta por el lado de las huertas. El mismísimo médico del pueblo, Saturnino Tellería, ha entregado un informe en el ayuntamiento en el que dice que una calle como esta no puede ser una calle provincial. Es demasiado estrecha y hay demasiado tránsito. Si no se toman medidas, podría haber más atropellamientos. Que se lo digan si no a la pobre mujer que perdió a su marido y a su niño hace poco por culpa de una carreta.

—En ese caso, con don Saturnino de por medio, es probable que se termine llevando a cabo el proyecto.

—Ya te digo yo que sí. Además, con toda la gente que está viniendo a trabajar al pueblo, hacen falta más casas. Margari ha dicho que ella y su marido se comprarán una en cuanto las empiecen a hacer, y nosotros deberíamos hacer lo mismo. Quiero vivir en una casa nueva —sentenció.

—Hombre, Xexili... No olvides que en casa de tu amiga Margari entran dos sueldos al mes, el de su marido y el suyo. Para eso es una de las pocas mujeres que van a trabajar a diario a la peinería de Ubaldo Segura.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Acaso quieres que me ponga yo también a hacer peines con astas de toro? ¡Lo que me faltaba! Como si no fuera suficiente todo lo que hago ya.

—No, mujer, no quería decir eso —dijo Nicolás queriendo arreglarlo—. Digo simplemente que puede que se animen a comprar una casa nueva porque económicamente su situación sea buena. A ti siempre te ha parecido una bajeza que ella trabajase fuera de casa, pero parece ser que no ha sido tan mala idea. Gracias a eso ahora se pueden permitir el comprar una casa nueva. Nosotros no andamos mal de dinero, pero no veo la necesidad de gastar todos nuestros ahorros en comprar otra casa a unos pocos metros de aquí. Esta casa está bien y deberíamos guardar el dinero para cuando sea realmente necesario. Nunca se sabe lo que puede llegar.

—¡Pero qué simplón eres y qué pena me das! —contestó Xexili con arrogancia—. Nuestros conocidos comprando casas nuevas y a ti solo se te ocurre decir que esta casa está bien. Esta casa está anticuada, ¡es vieja!

—Es la que tú quisiste cuando nos casamos —dijo Nicolás manteniendo la calma, usando un tono de voz relajado que ponía a Xexili más furiosa aún—. Si no recuerdo mal, tus palabras fueron: «Nicolás, sería muy feliz viviendo en Santxoneatxiki». Y es exactamente en Santxoneatxiki donde vivimos.

—¡Pero qué engañada me tenías entonces! —Xexili lo empezó a mirar con desprecio—. Si me casé contigo fue porque pensaba que llegarías a ser alguien, que prosperarías, que me darías la vida que merezco, ¡pero no! En todos estos años lo único que me has demostrado es que eres un don nadie. Un cobarde que no se atreve a pedir un aumento de sueldo y mucho menos a emprender y montar una empresa sin estar a la sombra de su patrón. Si hubiera sabido de antemano todo esto...

Nicolás no contestó. Dejó el plato y los cubiertos en la fregadera, se fue a su habitación, se cambió de ropa y se metió en la cama. Al menos el rato que pasaba dormido, se podía permitir el lujo de ser feliz.

—Así que tú verás cómo lo haces —gritó ella desde la cocina—, ¡pero yo pienso terminar viviendo en la calle nueva! ¡Como hay Dios!

—Ya veremos, Xexili, ya veremos.

Carlos de Monasterioguren era un hombre alto y de buena presencia. Vestía elegantes trajes confeccionados por los mejores sastres de la capital gipuzkoana, y nunca se separaba de su sombrero, ya que, según su esposa, le daba un toque de distinción. Aunque el término «burgués» no le agradara demasiado, se podía decir que él y su mujer pertenecían a la burguesía donostiarra. Siempre habían gozado de un buen nivel económico, la empresa que tenía junto a sus socios marchaba bien y las expectativas de futuro eran buenas.

Llevaba bastantes años dedicándose a la importación y exportación de diversos productos y materias primas. Al principio lo hizo en solitario, realizando sobre todo pequeñas operaciones. Con el tiempo y después de haber conocido las claves del negocio, optó por asociarse a varias personas importantes en el sector, una decisión que sin ninguna duda había sido muy acertada y que pronto empezó a dar sus frutos.

Su principal centro de operaciones era el puerto de San Sebastián, un puerto relativamente pequeño que durante años se había disputado el primer puesto en entradas y salidas con el puerto de Pasajes. Ambos eran puertos importantes y estaban dentro de la línea ferroviaria del norte, inaugurada en 1864 y que unía Madrid con Irún, pero tras la I Guerra Mundial, fue el puerto de Pasajes el que se consolidó como primer puerto de Gipuzkoa a todos los efectos. Uno de los principales motivos fue el nacimiento de un importante número de astilleros que daban servicio a una flota de vapores arrastreros igualmente en expansión. Carlos y sus socios se habían ido adaptando a los cambios en el sector y operaban tanto en un puerto como en otro. En la década de los años veinte, San Sebastián mantenía las salidas de cementos y yesos y también la de productos elaborados como jabón de la fábrica Rezola de Ondarreta. En cuanto a las entradas, existía una importante entrada de hierro colado en barras y lingotes, destinada a los talleres metalúrgicos próximos a la ciudad; y también de productos químicos y sal, destinados al sector de conservas de pescado, un sector siempre activo. Pero para entonces, Pasajes le había arrebatado ya tráfico como el del tabaco, el cacao o las harinas de trigo, por lo que convenía operar en ambos puertos.

Conoció a su mujer Isabel en la inauguración de las nuevas instalaciones del Club de Tenis donostiarra en Ondarreta, coincidiendo con el III Concurso Internacional de Tenis, cuando ambos tenían veinticinco años. Dicho club había sido fundado dos años antes en Ategorrieta, al pie del monte Ulia, pero las instalaciones habían quedado muy pequeñas y el club tuvo que cambiar de ubicación. Los presentó un socio de Carlos, cuya mujer era muy amiga de Isabel. Las dos eran asiduas al Gran Casino de San Sebastián, acostumbraban a tomar baños terapéuticos en el balneario de la playa de La Concha que posteriormente llevaría el nombre de «La Perla» y solían merendar junto con otras amigas en las mejores cafeterías de la ciudad. Aunque a primera vista a él le pareció que aquella joven sería otra niña caprichosa como muchas otras de las que se encontraban en el recinto, resultó no ser así. Enseguida congeniaron. Los dos se movían por los mismos ambientes, sus aficiones eran parecidas y pronto se hicieron inseparables. Ella rompía la seriedad que tenía él con una vitalidad y una alegría constantes. Era una mujer muy divertida, algo alocada a veces, pero con un saber estar y una facilidad para desenvolverse en cualquier evento de la alta sociedad que dejaban a Carlos maravillado. Era fiel seguidora de la reina María

Cristina de Habsburgo. La presencia en la ciudad de su majestad los meses de verano había contribuido en la conversión arquitectónica de la ciudad, tomando un aire majestuoso con un marcado estilo francés, y ella había disfrutado tomando parte en una asociación de mujeres que colaboraban en los actos de inauguración de los diversos edificios construidos por la indiscutible influencia de la reina, como el teatro Victoria Eugenia, el hotel María Cristina o la catedral del Buen Pastor.

Carlos e Isabel se casaron al año de conocerse en una boda digna de la Belle Epoque donostiarra, y los dos tenían la sensación de que su unión había sido una de las mejores decisiones que habían tomado en la vida. Pero existía un motivo por el que su felicidad no era plena: la falta de descendencia. Isabel nunca logró quedarse embarazada. Lo habían intentado por activa y por pasiva. Habían visitado a los mejores especialistas, tanto de la zona como de otras ciudades como Zaragoza o Madrid, y el diagnóstico de los médicos había sido siempre el mismo: no existía problema alguno para la concepción. Los dos estaban en perfectas condiciones, pero el embarazo nunca llegó. Fue duro, sobre todo para Isabel, ver cómo sus amistades más cercanas iban formando una familia con la llegada de sus hijos. Tenía la sensación de que, en cierta forma, ellos se iban quedando atrás, pero poco podía hacer ella por remediarlo, por lo que aprendió a vivir con ello. Ya con cuarenta y ocho años los dos, la idea del embarazo había quedado en un remoto sueño que nunca se hizo realidad.

El primer domingo de junio de 1929, el matrimonio se montó en su Renault Torpedo de 15CV y tres velocidades con destino al interior de la provincia, a Legazpi, haciendo así un viaje de doble propósito. El primero sería realizar una visita de carácter empresarial y el segundo, asistir a una comida familiar. Unos días antes, Nicolás Larrea, primo carnal de Carlos, le había escrito una carta en la que le proponía ambas cosas. Carlos estaba al tanto de que su primo trabajaba a las órdenes de un hombre llamado Patricio Echeverría y que el funcionamiento de la empresa dedicada a la fabricación de herramientas marchaba muy bien. En dicha carta, Nicolás le había resumido a grandes rasgos el tipo de empresa, las líneas de fabricación, los productos finales... y le proponía reunirse con el mismo Patricio Echeverría con vistas a una posible asociación entre los dos empresarios con el fin de exportar en un futuro la producción de la empresa legazpiarra. A Carlos, la reunión le pareció una idea interesante. Quizá llegasen a un acuerdo o quizá no, pero no dudó en aceptar la propuesta de su primo, ya que su trabajo se basaba en gran parte en captar nuevos productos y materias primas para importar y exportar. Tras la reunión, se quedarían a comer en casa de su primo Nicolás y su mujer Xexili, y tal y como este le había escrito en la carta, esta parte era innegociable.

Según estaba programado, la pareja llegó a Legazpi diez minutos antes de las doce del mediodía. Nicolás Larrea los estaba esperando a la entrada del pueblo. Los saludó, subió él también al coche y se dirigieron a la cita que tenían concertada a las doce en punto. El empresario legazpiarra los había citado en su residencia, un impresionante chalet de estilo neo-vasco tan de moda en los años veinte. Llamaban la atención los amplios jardines delanteros, las escalinatas de acceso a la propiedad en la fachada principal y la fuente central. Todo muy nuevo y muy bien cuidado. Carlos e Isabel quedaron impresionados ante semejante edificio; no se lo esperaban. Patricio Echeverría los vio llegar desde el balcón central de la planta superior y bajó a la entrada a recibirlos junto a su mujer, Teresa Aguirre. Una vez hechas las presentaciones, los hombres subieron por la impresionante escalinata de madera central con dirección al despacho. Era allí donde Patricio acostumbraba a tratar los temas importantes.

Una vez que los hombres se hubieron marchado, Teresa invitó a Isabel a pasar al salón principal.

Una de las sirvientas las estaba esperando con el café preparado y unas rosquillas caseras hechas por la cocinera. El salón era muy amplio y estaba elegantemente decorado. Desde cuadros, lámparas, amplias cortinas... todo muy bien cuidado. Las dos mujeres se sentaron a charlar e Isabel pensó que aparte de tener la misma edad, no había ninguna similitud más entre ellas. Mientras que la esposa de Patricio Echeverría era bajita, algo regordeta, y llevaba un vestido oscuro a juego con sus redondas gafas, ella era alta y más bien delgada, y lucía un vestido de colores alegres diseñado por un modisto vasco cada vez más conocido en el mundo de la moda, Cristóbal Balenciaga. Además, Teresa Aguirre era una mujer extremadamente religiosa, cosa que ella no podía decir. Era verdad que acudía a misa todos los domingos y guardaba las apariencias, pero tal y como bromeaba a veces con Carlos, ella creía que lo de la divina concepción no había quién se lo tragara.

A pesar de las diferencias entre las dos, en la hora y media que duró la reunión de negocios de sus maridos lo pasaron bien. Teresa Aguirre le habló de sus ocho hijos, cuatro chicos y cuatro chicas y de cómo era su día a día: desde que se levantaba y rezaba sus oraciones en la capilla privada con sacristía situada en un lateral de la casa, hasta que acostaba por la noche hasta el último de sus hijos. Isabel le habló de su vida en la capital y de sus obras sociales. Le contó también que no habían tenido hijos y aunque por la tristeza de su voz se pudiera deducir que no había sido por decisión propia, Teresa Aguirre no quiso indagar en el tema y no preguntó más, un gesto que Isabel agradeció.

La puerta sonó y a Xexili le dio un vuelco el corazón. Se quitó el delantal, se miró en el espejo, se alisó la falda y abrió la puerta con la mejor de sus sonrisas, pero enseguida cambió su expresión.

—Ah, es usted, don Miguel. ¡Qué susto me ha dado! Pensaba que eran ellos.

—Pues no, siento decirte que soy yo. ¿Todavía no han llegado?

—No, pero tienen que estar al caer. ¡Ya son casi las dos! —dijo ella volviendo a mirarse en el espejo.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? —quiso saber el cura.

—Pues porque no todos los días vienen a casa de una los parientes ricos a comer, padre.

La noche anterior le había dejado bien claro a su marido que no le había sentado nada bien que hubiera invitado a sus primos sin habérselo consultado a ella primero.

—Lo mínimo que podías haber hecho es preguntármelo. Y te voy a decir más: si lo hubieras hecho, te habría contestado que no. ¿A santo de qué me tengo que pegar yo la paliza de prepararles la comida a ellos? Con todo el dinero que tienen, bien podrían haber ido a comer a cualquier otro sitio. En esta casa, cuantos menos invitados mejor, que sin que venga nadie, ya hay suficiente trabajo que hacer.

Don Miguel entró en la cocina y lo primero que hizo fue mirar el puchero que había sobre el fuego.

—¡Qué bien huele! Y seguro que sabrá mejor, ¡a gloria bendita!

—Llevo toda la mañana cocinando —dijo ella—. Vaya usted a saber a qué tipo de sitios y comidas están estos acostumbrados y no quiero quedar como una pueblerina. ¿Por qué cree usted que le he invitado a comer, padre?

—Sorpréndeme.

—Pues porque así verán que tenemos una relación estrecha con el clero, padre, y eso da mucho prestigio.

—¡Cómo eres, Xexili! ¡Cómo eres! —contestó él moviendo la cabeza de un lado a otro.

Volvió a sonar la puerta y supo que esta vez sí eran ellos. Se volvió a alisar la falda por enésima vez, se atusó un poco el pelo y abrió la puerta. En cuanto tuvo delante a Isabel de Monasterioguren, tan refinada y distinguida, y con aquel vestido tan elegante, se sintió extremadamente pueblerina, y de pronto su vestido, el mejor de todo su armario, le pareció un anticuado trapo, digno de la mayor de las pueblerinas.

—¡Pero qué ganas tenía de veros! —dijo sonriente mientras le daba dos besos a cada uno—. No sé las veces que le habré dicho a Nicolás que os invitara a venir. Las buenas relaciones no se deben perder, ¿verdad? Bueno, pues por fin parece que mi marido me ha hecho caso y aquí estáis. Pasad, pasad, hay alguien a quien quiero presentaros.

Los acompañó a la cocina, donde esperaba el cura.

—Este es don Miguel, el cura de Brinkola. Es íntimo amigo de la familia y he pensado que sería apropiado invitarlo a comer, así os podía conocer.

—Claro que sí, Xexili —dijo Carlos a la vez que extendía su mano al cura—. Es un placer, don Miguel. Yo soy Carlos de Monasterioguren y ella es mi esposa Isabel.

El cura saludó a la pareja y se sentaron a la mesa. Mientras Xexili servía unos entremeses, Nicolás les habló de Carlos, de cuando eran pequeños y su primo venía a casa a pasar unos días en verano.

—Lo pasábamos estupendamente —dijo Carlos—. ¡Me encantaban mis veranos aquí! Hace años que no venía y la verdad es que estoy contento de haberlo hecho. ¡Qué recuerdos! Eso sí, he encontrado el pueblo muy cambiado.

—Bueno, sí —continuó Nicolás dirigiéndose al cura—. Le ha sorprendido ver en la plaza el frontón nuevo y las Escuelas Nacionales.

—¡Es que apenas tienen dos años! —dijo el cura—. La verdad es que ya era hora de tener unas escuelas con fundamento. En la casa consistorial ya casi no había sitio para los alumnos. Además, hace unos años la Caja de Ahorros Provincial abrió una sucursal también en el ayuntamiento y no había sitio para todos.

—La he visto, sí —dijo Carlos.

—Los últimos cambios han mejorado mucho el pueblo, pero en mi opinión nada será suficiente mientras no se construya el apeadero del tren. La estación oficial de Legazpi es la de Brinkola y muchos brinkolatarras no aprovechamos el tren por eso mismo, porque no para en el centro de Legazpi. No han sido pocos los intentos para conseguir el dichoso apeadero, pero por una cosa o por otra, todavía no ha podido ser. Así que en esas estamos: en pleno 1929 y sin un apeadero aún. Supongo que ustedes habrán venido en el elegante coche que he visto aparcado ahí fuera, ¿no es así?

—Así es, padre —intervino Nicolás—. Tenía que haber visto cómo nos seguían los chavales del pueblo. Todos querían ver y tocar el coche. ¡Alguno incluso se ha querido montar cuando hemos aparcado delante del frontón!

Todos los presentes rieron y el cura continuó la conversación:

—¿Le gusta a usted la pelota, don Carlos?

—Mucho. Soy bastante asiduo al frontón.

—Tenía que haber venido en fiestas de mayo entonces. Se jugó un partido muy bueno, Irureta III y Artazo contra Ulacia y Altuna. Desde el ayuntamiento se le mandó invitación a Atano III para que viniera a jugar, pero no anda bien de las manos y no puede jugar todo lo que quisiera. Según dicen, con un partido al mes tiene suficiente, y para mayo por lo visto ya estaba comprometido.

—Eso había oído yo también, que sus manos son bastante frágiles. Aun así, viéndolo jugar, le

puedo decir que a ese joven le espera un futuro brillante en la pelota. Puede estar seguro de que, si el año que viene consiguen que venga, yo también lo haré.

—Le tomo la palabra, iremos juntos. Además, tengo entendido que, a partir de ahora, puede que nos visite más a menudo, ¿no? ¿Qué tal ha ido la reunión con don Patricio?

—Pues la verdad es que bien. Me he llevado una muy buena impresión de él y me han sorprendido sobre todo su iniciativa y su visión de futuro.

—Estoy de acuerdo —dijo Nicolás—. Es una persona que no se conforma con planificar el día a día. Él siempre está pensando en lo que vendrá después. Es inteligente, intuitivo, emprendedor...

—¡Siempre alabando al jefe! —dijo Xexili con ese habitual tono acusador que Nicolás tanto conocía—. Cuando empezó de cero, no tenía un céntimo, y ahora que lo tiene, poco se acuerda de repartir. ¡A la buena vida parece ser que se acostumbra uno rápido!

—¿Empezó de cero? —preguntó Isabel antes de que la discusión entre el matrimonio fuera a más.

—Sí, sí —explicó Nicolás—. Unos veinte años atrás, fundó una pequeña empresa de doce trabajadores con otros dos socios. Hace diez años se disolvió y continuó él en solitario, lo que le supuso tener que afrontar una deuda bastante elevada contraída por la compra de la empresa. Las cosas marcharon bien y hoy en día somos ya más de trescientos empleados.

—¡Pues sí que ha progresado! —dijo Isabel sorprendida.

—Y ese progreso se ha notado en el pueblo también —continuó don Miguel—. Solo en la última década, la población se ha visto incrementada en más de quinientas personas, y todo debido a la demanda de trabajadores. Hace falta mano de obra y está llegando de fuera.

—Y probablemente continuará llegando más —apuntó Nicolás—. Hace unos años, viendo la necesidad de viviendas existente por este crecimiento, Patricio creó la primera promoción de vivienda obrera, Etxe-Alai, y está previsto que harán falta más. Según Patricio, necesitaremos barrios enteros. La verdad es que yo no sé si la demanda llegará a tanto, pero si efectivamente hacen falta, no tengo ninguna duda de que él los hará edificar.

—Claro que lo hará —dijo el cura convencido—. Ese hombre está haciendo historia en Legazpi y en mi opinión, ¡debería tener hasta un mausoleo en el cementerio, para él y para su familia!

—¿Cómo? ¿Un mausoleo? Padre, ¡por favor! —Xexili no daba crédito a las palabras del cura—. Menuda tontería, ¡ni que fuera el rey Alfonso XIII!

—La verdad es que me ha hecho partícipe de su próximo proyecto y es muy ambicioso —comentó Carlos—. Quiere abaratar el coste de sus productos, y para eso está pensando en incorporar a la empresa los procesos siderúrgicos necesarios para fabricar él mismo la materia prima necesaria. Ahora mismo, el precio de sus productos se mueve a merced de los precios establecidos por los fabricantes de acero. Estos fabricantes, a través de un Trust llamado Central Siderúrgica, manejan los precios y los cupos de producción, y Patricio quiere ser independiente a ellos.

—Para eso, tendríamos que establecer en la empresa una acería, así controlaremos la calidad del acero y el precio final. Si las cosas marchan como pensamos, para el año que viene la acería estará en marcha. Patricio tiene comprados ya los terrenos donde se ubicará —explicó Nicolás.

—Y en el caso de que así sea, conseguiréis unos productos muy competitivos y yo estaré encantado de colaborar en que vuestras herramientas sean vendidas en todo el mundo.

Brindaron porque aquella nueva unión entre empresarios llegara a celebrarse en un futuro no muy lejano. Después del café y tras comerse más de media docena de pastas, a don Miguel le pareció que había llegado el momento de volver a Brinkola.

—Muchísimas gracias, Xexili, por esta comida tan exquisita. Ha sido un placer conocer a vuestros familiares y haber disfrutado de una conversación tan amena. Espero volver a verlos pronto por Legazpi. Y ahora me van a perdonar, pero creo que va siendo hora de que me retire.

—¿Va a pasar hoy por Gibola, padre? —preguntó Nicolás—. Podría llevar la comida que nos ha sobrado. Les vendrá bien.

—¡Sí, claro! —protestó Xexili—. Tú dáselo todo hecho. Así mi hermana no se va a recuperar nunca, ¡no le saldría rentable!

—Tranquilo Nicolás, yo se lo llevaré —contestó el cura ignorando el comentario de Xexili—. Me temo que Mikaela ya no está ni para cocinar. No sé lo que vamos a hacer...

—¿Está enferma? —preguntó Isabel.

—Así es.

—No, padre, no tiene por qué decir lo que no es —respondió Xexili—. No está enferma, está loca.

—Perdón —se disculpó Isabel—. No quería entrometerme. No tienes por qué darme explicaciones.

«Una mujer con clase», pensó Nicolás, «una clase que mi mujer nunca tendrá».

—No pasa nada, si lo sabe todo el pueblo. Además, estoy acostumbrada a que las vecinas hablen a mis espaldas de ella, así que... —dijo Xexili con aire de prepotencia. Isabel no tuvo ni tiempo de decir que aquello era un asunto familiar y que no era cosa suya—. Resulta que mi hermana está medio loca desde que su hija pequeña murió. Poco a poco empezó a perder la noción del tiempo y a no saber si está aquí o allá. Cada vez peor. Ya no es capaz de ocuparse ni de ella misma, y tampoco es que haga demasiado por recuperarse. ¿Y sabéis qué es lo peor de todo? Que la culpa la tiene uno de sus hijos, así como os lo cuento. Engendró al mismísimo diablo y le ha salido caro.

—Vamos, Xexili —dijo Nicolás—. No empieces otra vez, por favor.

—¿Qué me vas a decir? ¿Lo mismo de siempre? Que no sabemos lo que pasó, que pudo ser un accidente... ¡Y un cuerno! —Se giró hacia sus invitados y continuó—: El desalmado le tenía tanta envidia a su hermana por ser el ojito derecho de su madre que cuando la pequeña tenía dos añitos, la tiró al fuego y la mató.

Isabel se llevó la mano a la boca, impresionada. Ella y también su marido quedaron impactados por lo que acababan de escuchar.

—¡Santo cielo! —Isabel se santiguó, algo que no solía hacer con frecuencia—. ¡Es horrible! ¿Cómo pudo ser capaz?

—La verdad es que, aunque mi esposa se empeñe en asegurar que el muchacho, Isidro, lo hizo queriendo, no lo sabemos a ciencia cierta. Isidro solamente tenía siete años cuando pasó. Después de celebrar el segundo cumpleaños de la niña, él y la pequeña se quedaron un momento solos en la cocina. Los gritos de la niña alertaron a mi cuñada y al navarro, un mozo que vive con ellos en el caserío, y al entrar la vieron arder. Pero nadie, absolutamente nadie, vio exactamente qué sucedió.

—Mi hermana bien que lo vio a él parado, sin hacer nada, sin ayudar a su hermana mientras la pobre ardía. ¿Qué más pruebas necesitas para darte cuenta de que ese diablo lo hizo a traición? —Habían mantenido aquella discusión un millón de veces, pero Nicolás se resistía a creerlo.

—La cuestión es que la niña murió —continuó el cura— y Mikaela sintió tal dolor que poco a poco fue enloqueciendo. Viuda, su niña del alma muerta y sintiendo un odio atroz hacia uno de sus otros tres hijos, la situación terminó por superarla. Ha perdido la cordura hasta tal punto que tenemos que volver a atacar a Isidro. Lo ha intentado en más de una ocasión.

—¿Tememos? Eso lo hará usted, padre. Si por mí fuera, ese inhumano debería estar bien muerto. Algún día acabará con esa navaja que lleva siempre colgada de los pantalones clavada en el pecho, y merecido lo tendrá.

—Xexili, por dios, ya está bien. —Nicolás ya casi no tenía fuerzas de mantener aquella conversación una vez más.

Isabel se acercó a Xexili y acariciándole el brazo en un gesto cariñoso le dijo:

—Siento mucho que hayáis tenido que pasar por algo tan horrible. Ella lo habrá pasado mal, pero no dudo que para las personas que estáis alrededor haya sido tremendo también.

—Sí que lo ha sido —dijo don Miguel. Él había sufrido tanto como cualquier otro miembro de la familia—. Todos lo hemos pasado mal y aunque Mikaela se ha llevado la peor parte, el pobre Bittor también ha sufrido lo indecible.

—¿Quién es Bittor?

—Es el hermano gemelo de Isidro. Es un chico muy noble, inteligente y bueno. Siempre ha estado muy unido a su hermano y cuando Mikaela lo acusó de asesinar a la niña, él se vio en medio de una guerra sin final. Al principio intentó mediar entre ellos y convencer a cualquiera que quisiera escucharlo de que su hermano no era un asesino, no obstante, sus intentos fueron en vano. Isidro ha quedado marcado de por vida y en menor medida, Bittor también. Aún es joven, pero espero que algún día encuentre la manera de salir de aquí y empezar de cero en alguna otra parte. Me temo que es la única manera en la que podrá llegar a ser feliz y la verdad es que se lo merece.

—¿Cuántos años dice que tiene? —Quiso saber Isabel.

—Catorce. Yo he sido su profesor hasta hace un par de años. Es un chico inteligente y estudioso. A decir verdad, los tres hermanos han demostrado tener facilidad para los estudios, aunque Sabín, el mayor, acostumbra a utilizar su inteligencia para otros menesteres, pero... en fin, ese ya es otro tema. Sabín no me preocupa. Hace tiempo que demostró estar capacitado para sacarse las castañas del fuego él solito, lejos de aquí. Pero Bittor, es tan joven...

Isabel miró a su marido. No tuvo que decir en voz alta lo que estaba pasando por su mente. Solo con ver su expresión, él ya lo supo. La conocía lo suficiente como para saber que deseaba ayudar al chico, como fuera. Tras unos segundos, ella le preguntó:

—¿Te parece una buena idea?

—Bueno... —Él agarró la mano de su mujer—. Si es lo que quieres, podríamos intentarlo.

—¿Intentar el qué? —Xexili no entendía de qué iba la cosa y la sensación de estar perdiéndose algo no le agradaba en absoluto. Él continuó:

—Nosotros podríamos acoger a Bittor en nuestra casa, en principio temporalmente, hasta ver cómo transcurren los acontecimientos.

—¿Estarían ustedes dispuestos a hacerlo? —preguntó el cura sorprendido.

—Así es. No tenemos hijos y ya no los vamos a tener. Hace algún tiempo barajamos la idea de la adopción, pero por una cosa o por otra, al final nunca llegamos a hacerlo. Y con la edad que tenemos ya, la verdad es que no nos veríamos cuidando de un bebé. Por eso, y viendo la situación en la que se encuentra el chico, gustosamente le daríamos esa oportunidad de la que usted habla, y así poder empezar de cero. Eso sí, con la condición de que su familia y él mismo estén de acuerdo y de que él sepa que si en algún momento decide volver, podrá hacerlo cuando quiera.

—¡Es una idea excelente! —dijo don Miguel sin poder ocultar su alegría—. No se arrepentirán, créanme. Será un buen aprendiz y no les dará ningún problema, es más, les estará agradecido de por vida, y nosotros también. Yo lo organizaré todo, váyanse tranquilos. Hablaré con Mikaela y el

navarro, y con Bittor también. En unos días, Nicolás les llamará para que puedan conocer al chico y llevarlo con ustedes.

—¡Eso sí que no! —dijo Xexili poniéndose en pie—. ¡Estaría bueno! Bittor se tiene que quedar donde está, con su familia, que buena falta hace. Aparte de ser el más normal de los tres hermanos, ¿qué es lo que ha hecho para merecer marcharse de aquí y vivir como un señorito en San Sebastián? La familia no se elige, es la que toca. Y si a él le ha tocado una madre medio loca, un hermano que sabe Dios dónde se mete y otro hermano que es un asesino, tendrá que apechugar con ello.

Nadie de los presentes daba crédito a lo que acababan de escuchar.

—Xexili, ¿de verdad estás dispuesta a dejar a Bittor sin esta oportunidad? Es lo mejor que le podría pasar en la vida. ¿Lo has pensado bien? —dijo el cura sin salir de su asombro.

—No hay nada que pensar. Bittor se queda y punto.

Carlos e Isabel estaban desconcertados. Era más que evidente que la oportunidad que le brindaban al chaval era magnífica. ¿Hasta qué punto tendría aquella mujer poder en la familia para oponerse de una manera tan tajante? Finalmente, y al contrario de lo que todos los presentes hubieran pensado, fue Nicolás el que tuvo la última palabra.

—Don Miguel, prepárelo todo para la marcha de Bittor. Hable con quien tenga que hablar y cuando todo esté listo, llamaremos a mi primo para que puedan venir a buscarlo.

Xexili lo fulminó con la mirada. ¿A santo de qué se atrevía a llevarle la contraria delante de todos? ¿A quién, y a ella? «Esto no quedará así, claro que no», pensó mientras acompañaba a sus invitados a la puerta. Nada más cerrarla, montó en cólera.

—¿Tú qué te has creído? ¿Cómo te atreves? ¡Claro! Te has envalentonado delante de tus ilustres primos y has intentado quedar por encima de mí. ¡Me has dejado en evidencia!

Nicolás no contestó inmediatamente. Se acercó a la mesa, donde estaba su mujer, se puso frente a ella y con una expresión autoritaria que Xexili no había visto jamás en los ojos de su marido, dijo:

—Cecilia Tellería, tú llevas dejándome a mí en evidencia todos y cada uno de los días desde el mismísimo momento en el que tomé la mala decisión de casarme contigo. Estoy harto de tanto reproche, de tanta queja y de tanta acusación. Pero debes saber que no pienso tolerar ni una falta de respeto más. ¡Hasta aquí!

Nicolás dio un golpe seco en la mesa que dejó a Xexili atónita. Por primera vez en mucho tiempo, la arrogancia de la mujer quedó reducida prácticamente a la nada ante la nueva actitud de su marido. Él continuó:

—Bittor nunca va a tener una oportunidad como esta, y no seremos nosotros quienes se opongan a que el chico tenga un futuro mucho mejor que el que tendrá si se queda aquí. ¡No señor!

A Xexili le ardía todo el cuerpo de la rabia. Inconscientemente apretó su mandíbula y cerró sus puños con fuerza. Le hubiera gustado gritar, maldecir, patalear... pero esa nueva actitud de su marido la tenía confundida. No lo reconocía. Él nunca antes se había atrevido a llevarle la contraria y mucho menos en público, pero esta vez era diferente. Algo había cambiado en él y estaba desconcertada. Pensó que tenía la batalla perdida, que su marido no daría su brazo a torcer, pero, aun así, quiso jugar su última baza.

—No te enteras de nada, ¿no? —dijo con cierto aire de desprecio en su voz.

—¿De qué no me entero? —preguntó él, enfadado.

—Pues de que Bittor es el único que cuida de su madre, y si él se va... ¿quién te crees que va a tener que hacerlo? Sabín e Isidro pasan los días vagando por vete tú a saber dónde, y el navarro

bastante trabajo tiene en el caserío. Así que dime, si tan listo eres, ¿quién te crees que tendrá que cargar con ella? ¿Eh? ¡Nosotros! Tendremos que acoger en casa a una loca que no sabe distinguir si es hoy o si es mañana. ¡Por el resto de su vida! Pero claro, ¡todo sea por el futuro del pobre Bittor!

—¡Pues claro que sí! ¿Estás dispuesta a retenerlo aquí para cuidar de su madre porque no la quieres cuidar tú? Si mal no recuerdo, tú misma has dicho hace unos minutos delante de todos que la familia no se elige, es la que toca. ¡Pues eso mismo! Tu hermana está enferma y a nosotros es lo que nos ha tocado. Así que escúchame bien porque no pienso repetírtelo ni una sola vez más. Los dos haremos todo lo posible para que Bittor pueda formar parte de la familia de mi primo y cuando la situación en Gibola sea insostenible, nos encargaremos de Mikaela como se merece. La acogeremos y la cuidaremos. Llegado el momento, solo espero que me demuestres que no eres ni tan egoísta ni tan mezquina como lo llevas siendo todos estos años.

Tal y como había programado el cura don Miguel, para el día de San Juan todo estaba listo para que Bittor pudiera dejar atrás Gibola e iniciar una nueva vida junto al matrimonio donostiarrá. Él mismo se había encargado de hablar con la familia. En primer lugar, visitó a los padres de Mikaela en Etxaluze y les explicó en qué consistía la propuesta de los primos de Nicolás. Joxepa y Roque estuvieron de acuerdo en que para Bittor, su nieto, era una oportunidad que no podía desaprovechar. Los últimos años les habían pasado factura también a ellos. Tanto física como psicológicamente se sentían agotados, abatidos. Sin poder remediar el constante deterioro mental de su hija mayor, dieron gracias a Dios de que al menos a uno de sus nietos le esperase un futuro prometedor, o al menos, un futuro distinto.

Después de la visita a Etxaluze, don Miguel y Xexili fueron a Gibola. Al cura le extrañó que ella lo acompañara. En la comida que celebraron en su casa había dejado claro que ella se oponía a que Bittor dejase el caserío, pero algo debía de haber pasado porque la mujer había cambiado su actitud, aunque algo le decía que aquel cambio no había sido por voluntad propia.

Encontraron al navarro dando de comer a los animales en el establo. Se alegró de verlos allí.

—¿Y esta visita? No esperaba verlos aquí hoy. ¡No habrá pasado nada malo!

—No, hijo no —lo tranquilizó don Miguel—. Hay algunas novedades y queríamos hablar con Mikaela y contigo. Saber cuál es vuestra opinión. En cuanto nos reunamos los cuatro, os lo cuento.

—Tendrán que subir entonces. Mikaela está en la cama. Ayer no se levantó y hoy no sé si lo hará. Creo que no sabe ni si es por la mañana o es por la tarde. La *pobrecica*... no hay un día que no la oiga llorar.

Xexili no esperó. Subió por las escaleras al piso de arriba y abrió la puerta de la habitación de su hermana con decisión. Allí estaba ella, con un camisón que algún día había sido blanco, con el pelo enmarañado cayéndole por los hombros y una expresión que dejaba claro que, aunque ella estaba allí, su mente se hallaba a mucha distancia.

—¡Mikaela, por Dios! Haz el favor de levantarte. Te voy a asear, te vas a cambiar de ropa y te recogeré el pelo.

—¿Para qué? —preguntó ella sin un ápice de ironía.

—Pues para que salgas de esta habitación y bajes como las personas. Estás sucia, descuidada... ¡Das asco! Ha venido el padre Miguel y quiere hablar contigo. ¡Así que en marcha!

Mikaela no opuso resistencia. Xexili la lavó, la peinó y la vistió como si fuera una muñeca de trapo que ni siente ni padece. Al cabo de poco más de media hora las dos hermanas se encontraban sentadas en la cocina. Aunque la apariencia de Mikaela era similar a la de años atrás, con sus ropas y su peinado de siempre, la expresión de su cara y su mirada perdida dejaban al

descubierto que había años luz entre la Mikaela de antes y la de ahora. Los dos hombres entraron y se sentaron en la cocina junto a ellas.

Don Miguel les contó la visita del matrimonio donostiarra a Legazpi, la comida en casa de Xexili y la propuesta final de don Carlos y su mujer Isabel. El navarro lo escuchó con atención, pero Mikaela no hizo ningún gesto que indicase que le estaba escuchando. Ni siquiera lo miraba.

—¡Ya era hora de que algo saliera bien en esta familia! —El navarro se levantó y le dio un fuerte apretón de manos al cura—. Muchísimas gracias por lo que ha hecho por Bittor, padre. Se lo agradezco de todo corazón. Es muy buen chico y estoy seguro de que allá donde vaya va a saber dar la talla, sin ninguna duda. —El cura asintió—. Lo echaré de menos. Ayuda mucho en casa, hay demasiado trabajo, pero ya nos las apañaremos. Isidro y yo tendremos que hacerlo todo, aunque... la verdad es que desaparece cada vez más a menudo.

En cuanto Mikaela oyó el nombre de Isidro, giró la cabeza y miró fijamente al navarro. Su mente volvió de donde quiera que hubiera estado durante toda la conversación y cerrando los puños con fuerza y una expresión de odio dibujada en su cara, se puso a gritar y a dar fuertes golpes en la mesa.

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya el demonio de una vez y no vuelva nunca más a aparecer por mi casa! ¡Fuera de aquí!

Entre los tres la agarraron con fuerza. Ella se resistió, peleó, chilló, se defendió, pero por fin, tras unos segundos de forcejeo, no pudo hacer otra cosa que rendirse. La subieron, la metieron en la cama y en pocos segundos, su mente volvía a estar muy lejos de aquella habitación.

Ya solo quedaba Bittor. Don Miguel lo encontró en la ladera del monte Larrosain, con las ovejas, exactamente donde le había dicho el navarro que estaría. Se sentaron en la hierba, al sol, disfrutando del aire que corría suavemente y que hacía que fuera un día primaveral verdaderamente agradable. Don Miguel le contó lo mismo que al navarro y a Mikaela. Según avanzaba en su relato, podía ver cómo el joven estaba cada vez más desconcertado, aun así, Bittor no lo interrumpió ni una sola vez.

—¿Qué te parece? —preguntó finalmente el cura.

—Pero padre, ¿yo qué tengo que hacer? ¡No sé nada de negocios! No voy a poder ser de gran ayuda, ya lo verá. Llevo toda la vida aquí, en Gibola, cortando hierba, ordeñando vacas, llevando al rebaño a pastar... Cuando me conozcan y vean lo poco que sé, cambiarán de opinión —la voz del chico denotaba tristeza.

—¡No te preocupes! ¿Te crees que no saben cómo se vive en los caseríos? Solamente quieren poder ayudar a un buen chico que ha tenido mala suerte en esta vida, nada más. Te acogerán en su casa, conocerás San Sebastián, don Carlos te llevará con él para que veas cómo trabaja y te enseñará todo lo que quieras saber... Es una oportunidad única. Podrás venir de visita cuando quieras y si no estás a gusto allí, no te pondrán ningún impedimento para que vuelvas definitivamente.

—¿Y mi familia? Mi madre, Isidro, el navarro... Yo me voy, pero ¿qué pasará con ellos?

—Pues pasará lo inevitable. Tu madre ha perdido la cordura y ya casi no se vale por sí misma. Aunque te quedaras por ella, es probable que ni lo notara. El navarro supongo que terminará marchándose también. Hace tiempo que tenía que haberlo hecho, pero es demasiado bueno y se siente excesivamente responsable de esta familia, algo que no debería ser así. Aún es joven y debería formar la suya propia, tener hijos y ser feliz. E Isidro... —El cura suspiró—. No sé qué pasará con Isidro, pero probablemente terminará marchándose lejos. Aquí no le espera un buen futuro.

—Si me marchó y lo dejó aquí, Isidro no me lo perdonará nunca. —Las lágrimas acudieron a los ojos de Bittor.

—Pues tendrá que hacerlo, tal y como lo perdonaste tú por lo que él hizo. Así que, por una vez en la vida, olvídate de los demás y piensa en ti, solamente en ti. Tienes delante la mejor oportunidad que vas a tener en toda tu vida. Hazme un favor y no la desaproveches, hijo.

—Solo una cosa más, padre. —Bittor lo miró fijamente—. Cuide de ellos, por favor.

—Tienes mi palabra.

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana iluminando suavemente la habitación. Isabel giró su cuerpo entre las sábanas quedando boca arriba, abrió sus ojos y miró a su alrededor, pero no supo dónde estaba. Una sobria lámpara colgaba del techo, con una sola tulipa de color marrón. No creía haberla visto nunca antes, o al menos no había reparado en ella. Miró a su derecha y vio que su marido descansaba junto a ella. Escuchó durante unos segundos el leve sonido de su respiración y de pronto lo recordó: habían pasado la noche en un hotel, el hotel Gaspar, en Legazpi. Era un hotel sencillo, con una decoración discreta y nada ostentosa. Podían haber aceptado la invitación de Nicolás y haberse quedado a pasar la noche en su casa, pero sabía a ciencia cierta que su mujer Xexili prefería que no lo hicieran, y, a decir verdad, también ella. Pensó en el motivo que los había llevado a Legazpi por segunda vez: el día en el que conocerían al chico que iban a acoger en su casa había llegado.

La idea había surgido solamente un par de semanas atrás y los últimos días habían resultado bastante ajetreados. Isabel quería tenerlo todo preparado para cuando Bittor llegara y lo primero que había hecho había sido acondicionar una de las habitaciones para él. Era una habitación bastante grande y con mucha luz. El mobiliario estaba formado por una cama, una mesilla a cada lado y un pequeño armario. Ella quiso añadirle un escritorio. No sabía cuánto tiempo se quedaría ni qué era lo que le gustaba hacer, pero pensó que no estaría de más. Buscó en la biblioteca del salón libros de distintos tipos, por si le gustaba leer: históricos, de aventuras, bélicos... y los colocó sobre el escritorio ordenados por género. Después pensó que ordenarlos alfabéticamente sería lo más correcto, aunque finalmente volvió a dejarlos tal y como lo había hecho al principio. Quiso decorar las paredes de la habitación con dos cuadros de la Bahía de la Concha, con la isla Santa Clara y el monte Igueldo de fondo, pensando que probablemente el joven no habría visto nunca el mar y aquellas imágenes le gustarían.

Sin embargo, la mayor preocupación de Isabel no era la decoración de la habitación. Sin duda lo que más le inquietaba era si sabría conectar con un chico de catorce años. Ya no era un niño pequeño, pero tampoco se podía decir que fuera un adulto, y ella no sabía ni cómo ni de qué debía hablarle. Había compartido su preocupación con personas de su entorno que tenían hijos de esa misma edad, pero su ayuda no había servido de mucho. Aquellos jóvenes se dedicaban a estudiar en los mejores colegios de Donostia y tenían hobbies como jugar al tenis o bañarse en la playa. Isabel tenía la certeza de que aquellos hábitos poco tenían que ver con los que había tenido Bittor hasta el momento, y le daba miedo que el chico no llegase a adaptarse a la nueva situación.

Habían quedado a las diez de la mañana con don Miguel fuera de la iglesia de Brinkola. Él los acompañaría a Gibola. Durante el trayecto, su marido la tranquilizó por enésima vez aquella semana. Él no estaba nada nervioso, no creía que hubiera motivo para estarlo, pero no conseguía que su mujer lo viera de esa manera. Ella deseaba que todo saliera bien y no lograba mantener la calma. Vieron a don Miguel esperando en la puerta de la iglesia San Agustín de Brinkola. Nada más ver el coche, el cura levantó el brazo y los saludó efusivamente.

—¡Buenos días, don Carlos! Buenos días tenga usted también, doña Isabel, ¿qué tal ha ido el

viaje?

—Buenos días, don Miguel. Llegamos ayer por la tarde a Legazpi y nos alojamos en el hotel. Mi esposa tenía miedo de que se nos reventara una rueda en el camino, o cortaran la carretera por alguna catástrofe natural, o cayera una enorme nevada en pleno junio y no pudiéramos acudir a la cita —dijo Carlos con un leve tono sarcástico y el cura soltó una sonora carcajada. Ella también sonrió, quizá se había excedido un poco en su preocupación por llegar a la cita a tiempo—. Ya sabe lo que dicen, padre, ¡mujer prevenida vale por dos!

—Entonces tendrían la ocasión de disfrutar de la hoguera de San Juan. ¿En cuál estuvieron?

—Mi primo Nicolás y su familia nos vinieron a recoger al hotel y después de cenar fuimos a ver cómo ardía la hoguera de la plaza. Lo pasamos muy bien.

—Seguro que no tiene nada que ver con las hogueras que tienen ustedes en la capital, ¿no es así?

—Bueno, es cierto que era más pequeña, pero el ambiente era muy bueno y nos gustó mucho.

—Yo estuve en el barrio Telleriarte. Celebra sus fiestas ahora, por San Juan y antes de la hoguera hay costumbre de celebrar la bendición de las flores. Muy bonito. Quizá el año que viene puedan ustedes venir a verlo.

—Quizá vengamos —dijo ella.

El coche avanzó mientras el cura les relataba las vivencias de la noche anterior. Pasaron por delante de los caseríos Zubiaurre, Turbina, Guriditegi... y cuando llegaron a la par de las vías del tren, a pocos metros de Gibola, oyeron unos gritos detrás de ellos. Se giraron y vieron a un niño corriendo detrás del coche y haciendo gestos para que el coche parara.

—¡Don Miguel, don Miguel! —Un chiquillo de unos cinco años y vestido con unos pantalones totalmente gastados por las rodillas, corría tras ellos, sin poderlos alcanzar.

—Es Benantxi. Pare el coche, don Carlos, veamos qué quiere.

Carlos paró el coche junto a las vías del tren. El niño venía sofocado, por lo visto llevaba un rato corriendo detrás de ellos, pero no lo habían oído. Cuando por fin llegó hasta donde estaban, tomó aire y dijo:

—Don Miguel, me envía mi padre a por usted. Tiene que venir, ¡es urgente!

—¿Ahora? Pues no me pillas en muy buen momento, Benantxi. Estoy con estos señores de la capital. ¿Tan urgente es?

—Sí, padre —dijo el chico sin dar más explicación.

—¿Pero quieres hacer el favor de decirme qué es lo que ha sucedido? —preguntó el cura impaciente.

—Pues que a José Eguzkitza su hijo Pantaleón le ha sacado un ojo.

—¡Santa María, madre de Dios! Estaba visto, ¡estaba visto! —contestó él llevándose los brazos a la cabeza—. Antes o después tenía que pasar.

—Pero... ¿Cómo iba a tener que pasar algo así, padre? Por Dios, ¡es una barbaridad! —dijo Isabel escandalizada—. ¿O acaso es normal aquí que sucedan estas cosas?

—Pues no, señora, no es lo habitual, pero hay que reconocer que esto se veía venir. Pantaleón es tuerto de nacimiento y su padre lleva toda la vida burlándose de él, «*ttorto, ttorto*» le dice. Hasta la madre le ha dicho unas cuantas veces al hijo que le saque un ojo a él a ver si así se le quitan las ganas de reírse. Y dicho y hecho. Al final, se lo ha sacado. Pero Benantxi... —el cura se giró hacia el niño—, ¿por qué has venido a buscarme a mí? ¡Tendrás que llamar al médico!

—Eso he pensado yo, don Miguel, pero mi padre ha dicho que tal y como están las cosas, a José Eguzkitza, ¡más falta le va a hacer un cura que un médico!

—Vaya tranquilo, padre —intervino Carlos—. Nosotros nos las podemos arreglar solos.

—Me van a perdonar, pero voy a tener que ir. Es mi obligación. Gibola es el caserío situado al final de esta recta. ¿Ven aquel puente pequeñito? —dijo señalando con el dedo—. Pues esa es la entrada al caserío. Allí les estará esperando Bittor. Les pido disculpas de nuevo. Estaré en contacto con Nicolás para tener noticias tuyas. Un placer haberlos visto de nuevo.

Y dicho esto, el cura se bajó del coche, se agarró los bajos de la sotana con las dos manos y echó a correr seguido por el niño que había venido a buscarlo. Ellos continuaron en dirección recta, cruzaron el pequeño puente y pararon el coche delante del caserío del que tanto habían oído hablar.

En un principio no vieron a nadie allí. Esperaron unos minutos y cuando iban a tocar la puerta para entrar dentro, esta se abrió y un hombre joven salió de ella, seguido de un muchacho más joven aún.

—Perdonen, estábamos en el piso de arriba y no les hemos oído llegar —dijo el hombre a modo de disculpa—. Ustedes deben ser los primos de Nicolás, ¿verdad?

—Así es. Yo soy Carlos de Monasterioguren y ella es mi mujer Isabel. Mucho gusto —contestó él estrechándole la mano.

—Igualmente. Yo soy el navarro, o al menos así es como todo el mundo me llama desde el día en que llegué. Y este que está a mi lado es Bittor.

—Hola, Bittor. —Carlos le tendió la mano al chico a modo de saludo.

Isabel dudó si ella también debía tenderle la mano o si debía darle dos besos. Lo miró a los ojos y vio que el chico estaba tan nervioso como ella, por lo que decidió que darle la mano sería lo más apropiado.

—Don Miguel no ha podido venir con nosotros —explicó Carlos—. Ha tenido que atender una urgencia justo cuando estábamos ya llegando.

—No pasa nada —contestó el navarro—. Él ya nos ha contado las últimas novedades y sabemos por qué están ustedes aquí.

A Carlos le gustó aquel hombre. Parecía sencillo, correcto y a la vista estaba que no se andaba con rodeos, cualidad que él valoraba mucho.

—Pero siéntense, por favor —dijo el navarro señalando el banco situado contra la fachada del caserío—. ¿Quieren un poco de sidra o algo para comer?

—No, no, gracias. No hace mucho que hemos desayunado, pero se lo agradecemos igualmente —contestó Carlos mientras observaba con atención el lugar—. ¿Sabe? Con todas las veces que vine en mi infancia a este pueblo, nunca llegué a conocer esta parte. Mis primos viven en el centro y nunca me trajeron hasta aquí. Me parece un paraje extraordinario. En la capital no estamos acostumbrados a estar rodeados de montes tan altos y tanta vegetación.

—Así es, yo me llevé la misma impresión la primera vez que vine por aquí. Las llanuras de donde yo provengo no son tan verdes como estas. Una vez que te acostumbras a esto... ¡Es muy difícil dejarlo atrás!

—¿Y tú qué dices, Bittor? —Carlos se dirigió al muchacho—. Supongo que no va a ser fácil para ti alejarte de aquí. ¿Sigues queriendo venirte a Donostia con nosotros?

—Sí, señor —contestó él.

—Me alegro de que así sea, pero no me llames «señor», con Carlos es suficiente. —El hombre le sonrió y le dio una palmada en el hombro al chico, con la intención de tranquilizarlo y de normalizar la situación—. Supongo que don Miguel te lo habrá dicho, pero queremos que tengas claro que eres libre de volver cuando tú quieras, tanto si quieres venir de visita como si decides hacerlo definitivamente.

Isabel asintió con la cabeza para que el chico viera que ella también estaba de acuerdo con esa afirmación. El navarro intervino:

—Quiero que sepan que, aunque realmente esta no sea mi verdadera familia, después de tantos años yo la siento como tal. Quiero a Bittor como si fuera mi hermano pequeño, aunque por edad, incluso podría ser mi hijo, y les estoy tremendamente agradecido por la oportunidad que le van a dar. Supongo que al principio no será fácil. Todo será nuevo para él, pero estoy seguro de que, con el tiempo, no se arrepentirán.

—Lo hacemos con mucho gusto —intervino Isabel por primera vez desde que habían llegado—. Haremos todo lo posible para que él se sienta bien con nosotros.

—Claro que sí. —Carlos se dirigió al muchacho—. Nos llevaremos muy bien. Ya lo verás. Entendemos que va a ser un cambio muy grande para ti, y necesitarás un tiempo para adaptarte. No te preocupes, nos iremos todos acostumbrando poco a poco. Si te parece bien, te puedes quedar este verano con nosotros. Algunos días vendrás conmigo y te enseñaré en qué consiste mi trabajo, y otros días te puedes quedar con Isabel. Ella te presentará a nuestros amigos y te enseñará la ciudad. Conociéndola, no quedará ni un solo rincón de Donostia sin que lo conozcas, así que aburrirte, no te aburrirás. —Isabel sonrió a su marido. La verdad era que ya tenía planificadas muchas de las salidas que harían juntos—. Y después del verano —continuó Carlos—, si decides quedarte, valoraremos otras opciones, como continuar tus estudios, por ejemplo. Pero todo eso ya llegará, no te preocupes. Lo más importante es que todos nos sintamos a gusto y aunque puede que nos lleve algún tiempo, seguro que lo conseguiremos.

Bittor asintió esperanzado. Quería tanto como ellos que aquello saliera bien.

—Antes de marcharnos, sí que me gustaría poder hablar con tu madre. Si no hay inconveniente, quisiera conocerla y poder decirle que te deja en buenas manos.

—Supongo que Nicolás les habrá puesto al corriente de que la situación de Mikaela no es buena. Pueden pasar a verla si quieren, está en la cocina, pero no les puedo asegurar que les vaya a atender. Todo depende de si hoy tiene un buen día o no —aclaró el navarro mientras abría la puerta del caserío y se colocaba a un lado para que el matrimonio pudiera entrar—. Bittor, mientras tanto, tú puedes ir bajando tus cosas —le dijo al muchacho, que obedeció inmediatamente.

Isabel observó al chico mientras se marchaba hacia las escaleras y pudo ver que continuaba con los puños apretados. «Sigue tan nervioso como yo», pensó. Entraron en el caserío. La puerta de la cocina estaba entreabierta y antes de entrar, Carlos dio un par de golpes con los nudillos.

—Buenos días, ¿podemos pasar?

—¡Adelante! —Se oyó una voz de mujer que provenía de dentro de la cocina—. Pero no hablen muy alto, que la pueden despertar.

Carlos miró al navarro desconcertado, empujó la puerta y entraron. Una mujer con aspecto descuidado se encontraba frente al fuego. Llevaba un vestido raído y unas zapatillas de casa que necesitaban ser renovadas. Peinada con un moño bajo del que caían unos mechones sueltos, la mujer sujetaba entre los brazos lo que parecía ser una toalla.

—Se ha quedado dormidita —dijo ella.

La mujer les sonrió, se levantó y les mostró lo que tenía en brazos, pero allí no había nada más que una toalla envuelta. A Isabel le impresionó mucho la escena. Aquella mujer había perdido la cabeza por completo. Era bastante más joven que ella y aunque tenía un aspecto desaliñado, era evidente que un tiempo atrás había sido muy guapa. Observó la manera en la que miraba la toalla, una mirada llena de dulzura y de amor y sintió una pena terrible por ella.

—Mikaela, estos son Carlos e Isabel de Monasterioguren, primos de Nicolás, tu cuñado. Ya nos comentó don Miguel que Bittor va a pasar una temporada con ellos en Donostia. ¿Te acuerdas?

Mikaela lo miró fijamente pero no dijo nada, y Carlos e Isabel no supieron hasta qué punto ella había entendido lo que le acababan de decir.

—¿Saben? —contestó al fin—. No ha pasado muy buena noche y por eso se ha quedado dormidita, pero si vienen otro día, la podrán ver corretear por el caserío. Es tan bonita...

—Lo siento —se disculpó el navarro—. Hay veces que es inútil hablar con ella. Ojalá la hubieran conocido hace unos años. ¡Era tan distinta!

No había duda de que la mujer no estaba en sus cabales y Carlos sintió mucha pena por ella. ¡Hasta qué punto habría sufrido aquella pobre mujer para terminar en aquel estado! Aunque ella no le fuera a entender, él se sintió en la obligación de hacerle saber que cuidaría al chico como si se tratara de su propio hijo.

—Quiero que sepa que Bittor va a estar bien. Lo vamos a atender y a cuidar como si fuera nuestro hijo. No le faltará de nada y si él quiere, podrá tener un buen porvenir. Créame que lo deja en buenas manos.

Pero Mikaela no parecía prestar atención. Siguió meciendo a su inexistente bebé y se volvió a sentar frente al fuego. Carlos e Isabel salieron por la puerta de la cocina acompañados del navarro, pero antes de cruzar la puerta principal del caserío, Isabel se volvió.

—Dadme un minuto, enseguida estoy con vosotros —dijo y entró rápidamente en la cocina de nuevo. Se acercó a Mikaela lentamente, la miró unos segundos a los ojos y le dio un afectuoso abrazo—. Es una niña preciosa —le susurró al oído.

—Lo sé —contestó ella feliz y orgullosa—. Todo el mundo me lo dice. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Ninguna de las dos dijo nada más, no hizo falta. Isabel acarició un segundo la mejilla de Mikaela a modo de despedida y salió del caserío, pensando en lo dura e injusta que podía ser la vida a veces. Se acercó a su marido y vio que el chico los esperaba sentado en el banco situado en la parte delantera. Cuando él los vio, se levantó rápidamente.

—¿Estás listo? —le preguntó Carlos.

—Sí señor, perdón, Carlos. —Y sonrió por primera vez desde que lo habían conocido.

—Pues en marcha entonces.

Antes de subirse al coche, Bittor se acercó al navarro y le dio un largo abrazo mientras los ojos de ambos se humedecían. Carlos e Isabel pudieron comprobar que el navarro no mentía al decir que se querían como si fueran familia.

—*Agur*, Bittor. Espero de todo corazón que te vaya muy bien.

—*Eskerrik asko* —le contestó él sin dejar de abrazarlo.

El matrimonio también se despidió del navarro y finalmente los tres se montaron en el coche. «Una nueva vida empieza para todos», pensó Isabel contenta y esperanzada. Mientras se alejaban, miró varias veces al joven sentado a su lado en la parte trasera del coche, y curiosamente, él no se giró ni una sola vez para mirar hacia el lugar donde había vivido toda su vida.

Capítulo 7

Legazpi. Julio 2010

—¿Cómo se tomó Isidro que su hermano se marchase a Donostia sin él? —Quiso saber Nerea.

—Supongo que no muy bien —contestó Agustina de Mirandaola—, aunque no te sabría decir, porque no lo volví a ver más. El día de San Juan de aquel año, Bittor se marchó a Donostia e Isidro se fue de Legazpi también. Al principio pensamos que se habría ido para dos o tres días, como había hecho otras veces, pero ya nunca regresó. El navarro lo buscó durante algún tiempo por los alrededores, removió cielo y tierra, pero al final terminó por desistir. La verdad es que después de la marcha de Bittor, a nadie le extrañó que Isidro también hubiera hecho lo mismo. Su hermano era lo que le ataba a Gibola y al faltar este, debió de pensar que ya su sitio no estaba aquí. Sinceramente, creo que hizo bien.

—¿Y a dónde fue?

—¡Quién sabe! Se extendió el rumor de que se había ido rumbo a las Américas. Alguien comentó que lo habían visto en la costa, a bordo de un barco. Por aquel entonces era muy habitual emigrar al otro lado del charco para buscar un futuro mejor. Muchos vascos se marchaban a Venezuela, Argentina...

—Madre mía, con solo catorce años... ¡todavía era un niño!

—Así es, aunque entonces no me lo pareciera, era muy joven aún.

—¿Qué fue de los demás, *amá*? —preguntó Mila.

—El navarro aguantó unos años más y al final terminó por volver a su tierra. A él sí lo volví a ver. Ya te he dicho que mi marido y yo tuvimos unos años en los que solíamos viajar mucho. A veces hacíamos viajes de varios días, pero otras veces salíamos por la mañana, pasábamos el día por aquí cerca y para cenar estábamos de vuelta. En una de esas salidas, el jueves de Semana Santa, estuvimos en Estella. Un paseo por el mercado que se celebra en la plaza, comer en Abarzuza y a casa. Ese día lo vi. Mientras comprábamos en uno de los puestos unos espárragos trigueros, alguien se me acercó por detrás y me dijo: «pero... ¿qué hace por estas tierras la chiquita más salerosa de Mirandaola?» Y allí estaba él, el navarro. Me alegré mucho de verlo. Me contó que se había casado con una mujer de buena familia y que vivían allí mismo, en Estella. Se le veía feliz y me alegré enormemente por él.

—¿Y Mikaela?

—Ella volvió a la calle Santa María, donde había vivido de niña.

—¿A la calle vieja? —preguntó Mila a su madre.

—Así es. —La anciana se dirigió a Nerea—. Hubo un tiempo en el que la calle Santa María, donde nació y murió tu bisabuela, fue la calle principal del pueblo. Ahora lleva el nombre de calle Navarra, pero la verdad es que desde que en 1933 crearon al lado la calle nueva, para nosotros esa calle es y será siempre la calle vieja.

—¿Existe todavía su casa?

—Sí, sí. Existen las dos, donde nació y donde murió.

—¿Y cuáles son? Me gustaría ir a verlas.

—Ella nació en *Etxaluze*, pero ya nadie la conoce con ese nombre, solo los que son tan viejos como yo, ¡y ya no quedamos muchos! —Se rio de su propio comentario—. Ahora todo el mundo la conoce como Andrés-Enea, por el bar que hay en los bajos. Al lado de ese bar, estuvo hace tiempo la alpargatería de tus familiares.

—¿Y no murió en la misma casa?

—No, murió un poco más abajo, en Santxoneatxiki.

—¿Cuál es esa? —quiso saber Mila.

—Ay, hija, ¡no pareces de este pueblo! Es la casa donde estaba Basabe, la tienda de ultramarinos. Ahí es donde vivía su hermana Xexili. Cuando el navarro decidió marcharse, Xexili llevó a Mikaela a su casa. Eran solo dos hermanas y los padres estaban mayores ya, así que la acogió y cuidó de ella. Poco después empezó la guerra civil y bueno... las cosas se pusieron feas, aquí y en todas partes. Fueron tiempos muy duros para todos. Las tropas franquistas ocuparon el pueblo y terminaron por dominar todo el territorio. Muchas familias quedaron desestructuradas por la marcha de los hombres, que tuvieron que marcharse a combatir, entre ellos, mis hermanos. Todavía recuerdo el sufrimiento de mi madre, días y días sin saber si sus hijos volverían alguna vez o no los vería ya nunca más con vida. Yo trabajé como voluntaria en el hospital militar Santa Cruz, aquí en Legazpi. Ahora es una residencia de ancianos, pero antes de que estallara la guerra era un asilo para los pobres de la localidad. Por orden del alto mando militar, se convirtió en un lugar de convalecencia para heridos de guerra. Recuerdo que teníamos setenta camas, y durante los tres años que duró la guerra, hubo saturación de enfermos en muchas ocasiones. Prestábamos atención preferente a los hospitalizados por causa de fracturas, pero también tuvimos enfermos más graves. Vi morir a una veintena de personas y nunca olvidaré a las únicas dos mujeres que fallecieron allí: Conchi Oyarzabal y Julia Igarza. La primera tenía veintidós años, igual que yo por aquel entonces, vivía en Zumárraga y cuando salía del portal de su casa en la calle Secundino Esnaola, le explotó una bomba. Juli era más joven aún, solamente tenía diecisiete años. Era de Bergara y tuvo la mala suerte de recibir una bala perdida en la ventana de su caserío, que le causó heridas de muerte. Daños colaterales, dijeron. En fin... esas cosas no se olvidan, como tampoco olvidaré los fusilamientos que se ejecutaron aquí en Legazpi, seis, si no recuerdo mal. Fue una época llena de atrocidades, odio y miedo, mucho miedo.

—Qué horror, siento que tuvieras que vivir algo así.

—Sí, fue muy duro para todos. Bueno no, miento, no para todos. En eso tu bisabuela Mikaela tuvo suerte. No se enteró de nada. Para cuando empezó la Guerra Civil tenía ya la cabeza completamente perdida. Apenas salía de casa de su hermana y en algún momento durante la guerra, falleció, sin ser consciente del horror que se extendía por todos lados.

—Creo recordar que en su certificado de defunción ponía que murió en abril de 1938.

—Puede ser.

—¿Y de qué murió, *amá*? —preguntó Mila.

—Pues de pena, digo yo. Ya no quería vivir más. Dejé de hablar, dejé de comer y un buen día

dejó de respirar, sin más. Se fue apagando como un pajarito.

—Qué historia más triste.

—Así es.

—Pero todavía quedaba Sabín —recordó Nerea—. ¿Qué pasó con él?

—¡Ay, Sabín, Sabín...! Sabín Sesiente dio mucho que hablar aún. Si hubiera vivido unos años más, habríamos tenido anécdotas tuyas para aburrir a cualquiera.

Nerea sonrió. Aunque hacía solo unas semanas que conocía su existencia, era la primera vez que alguien le hablaba de cómo era aquel tío abuelo suyo, y por lo que la anciana contaba, estaba segura que de haberlo conocido, le habría caído bien. Era bastante caradura, no había duda, pero seguro que se habría divertido mucho con él.

—Antes de que empezara la guerra, allá por el año treinta y uno, sucedió lo de Ezkioga, ya sabéis, lo de la Virgen.

—¿Qué es lo de la Virgen? —preguntó Nerea sin tener ni idea de a qué se estaba refiriendo Agustina.

—¿No sabes lo que sucedió en Ezkioga? —contestó ella extrañada—. ¿Pero qué es lo que os enseñan a los jóvenes en la escuela?

—Pues cosas más útiles que esa, *amá* —dijo Mila—. ¿De qué les va a servir hoy en día saber que hace ochenta años se apareció la Virgen? Absolutamente de nada.

—Bueno, pero algo de nuestra propia historia tendrán que saber, ¿no? No pasa nada, si no lo sabes te lo cuento yo. —Cogió el vaso con sus manos temblorosas y bebió un poco de agua. Hacía rato que su hija le había cambiado el vino por agua—. Resulta que a dos niños de Ezkioga, un pueblo de aquí cerquita, se les apareció la Virgen cuando bajaban de coger leche de un caserío que estaba en el monte. Los niños lo contaron en el pueblo y la noticia corrió como la pólvora. Pronto empezó una peregrinación a la zona. Se acercó gente de todas partes, primero de los alrededores y después de todo el país. Y las apariciones se multiplicaron. Ya no solo la veían los dos niños, sino que hubo más gente que juraba que también la podía ver. Para el cuarto día, más de quinientas personas se juntaron en el sitio de las apariciones, a la hora del rezo, y quince días después, fueron ya más de cincuenta mil. Imaginaos hasta donde llegó el revuelo por las dichas apariciones. Y Sabín, que de tonto no tenía un pelo, vio una muy buena oportunidad para sacar tajada de todo aquello.

—¿Y cómo lo hizo?

—Pues de varias maneras. Hubo una niña de Legazpi, Benita Aguirre, de nueve años, que veía a la Virgen e incluso aseguraba que hablaba con ella. Por lo visto varios de los visionarios coincidieron en que la Virgen les advirtió que una guerra estaba por llegar, la que después fue la Guerra Civil. Sabín habló con los padres de la niña y digamos que se hizo su «representante». Todos los medios querían hablar con ella, los médicos querían examinarla y los más devotos querían incluso tocarla. Y para eso, primero debían estar con Sabín. Podéis estar seguras de que sacó beneficio de cada una de las personas que se acercaron a la niña. Pero el mayor protagonismo le llegó después, cuando él mismo se declaró visionario y portador de mensajes a la Virgen. Se ponía allí junto a las demás personas que aseguraban verla y hacía como que entraba en éxtasis él también. Primero ponía los brazos en cruz y después levantaba los ojos bien arriba y así se quedaba un rato. Lo teníais que haber visto, ¡ni pestañeaba! Los que le conocíamos bien sabíamos que estaba haciendo la papelada, pero la verdad es que, ¡se le daba realmente bien! A todo el que quisiera, le prometía hacer llegar el mensaje que fuera a la Virgen, a cambio de dinero, claro está. Y después les cobraba por contarles lo que la Virgen había contestado.

—¡Qué ingenioso! —dijo Nerea sonriendo.

—Sí, sí, ingenio fue algo que nunca le faltó, eso seguro —contestó ella sonriendo—. Desde un principio hubo gente a favor y gente en contra de lo sucedido en Ezkioga. Incluso dentro de la Iglesia hubo contrarios, que rechazaron la construcción de un conjunto religioso en aquel lugar para conmemorar las apariciones. También se comentó que las autoridades republicanas estaban interesadas en cortar aquel fenómeno cuanto antes y bueno, la cuestión es que a muchos de los que aseguraban ver a la virgen, los terminaron encerrando. Los mayores de edad fueron a la cárcel y los menores al hospital psiquiátrico de Santa Águeda, en Mondragón. Pero para entonces, Sabín Sesiente andaba lejos de Ezkioga ya. Durante una temporada, ¿no se le volvió a ver el pelo!

—¡Qué artista! —dijo Nerea sonriendo—. ¿Nunca se casó?

—No, que yo sepa. No paraba el suficiente tiempo en ningún sitio como para formar una familia. Siempre estaba yendo y viniendo, hasta que en una ocasión llegó a Brinkola malherido. Un montañero lo había encontrado tirado en el monte con una herida muy fea en un pie y la infección se le había extendido a la pierna. Cuando le preguntaron qué le había sucedido, él simplemente contestó que había sido un animal, «un mal bicho», dijo. Quizá fuera cierto, no lo sé, o quizá estuviera metido en algún otro lío de los suyos. La cuestión es que los vecinos hicieron todo lo posible por ayudarlo. El médico lo visitaba a menudo, y una hija de Maimiel, que había aprendido de su madre cómo cuidar a los enfermos, le hacía la cura todos los días. Pero la infección se extendió por varios órganos internos y finalmente murió. Una muerte curiosa para un personaje curioso.

—Y Gibola se quedó vacío —sentenció Nerea.

—Así es. En unos pocos años, Gibola se quedó vacío.

Capítulo 8

Donostia-San Sebastián. Septiembre 2010

—Voy a tener que darme por vencida.

—Y mira que eso es difícil en ti, ¿eh? —contestó Jon.

—Sabía que sería como buscar una aguja en un pajar, pero pensaba que podría encontrar algo, un mínimo indicio al menos. —Nerea tenía toda la mesa de la cocina ocupada. El ordenador portátil, un estuche, decenas de hojas con información obtenida de Internet, fotocopias de libros que había sacado de la biblioteca... Un sándwich de pavo a medio comer y un café que se había quedado frío completaban el caos.

—¿Cuánto llevas con eso?

—Pues varios días ya. Me hubiera gustado haber encontrado algún dato sobre Isidro antes de hablar con mi *aitona* y decirle que estuvimos en el caserío, que conocí a Agustina de Mirandaola...

—Puede que me equivoque, pero me da la sensación de que tienes miedo a contárselo. ¿No es así? ¿Por qué no lo has hecho ya?

—Porque creo que le va a parecer que me he metido donde nadie me llama. Es como si parte de su vida privada que tenía bien enterrada, hubiera quedado al descubierto sin su permiso.

—Ya, y quieres compensar el haber metido las narices en el asunto proporcionándole información del paradero de su hermano desaparecido.

—¡Yo no lo hubiera resumido mejor! Pero me ha salido el tiro por la culata, porque en estos registros no hay ni rastro de Isidro.

—Déjame ver. —Jon se sentó en otra de las sillas de la cocina y se puso a examinar los papeles —. ¿Qué es lo que tienes hasta ahora?

—He mirado en un montón de páginas de Internet donde existen registros de movimientos migratorios a Sudamérica. He consultado los registros históricos de los países a los que mayoritariamente emigraban los vascos en aquella época. Existen licencias de embarque a Cuba y Puerto Rico, datos del Registro Nacional de extranjeros en México, permisos de Residencia en República Dominicana, Venezuela, Argentina, Colombia... Un sinfín de páginas en las que no he encontrado ni un solo dato sobre Isidro Isasmendi Tellería. Envié también un email al consulado de cada país, uno a uno, por si no tenían la información digitalizada y había que buscar en los libros de registros, pero no ha habido suerte.

—¿Has pensado en que quizá no se fue del país?

—Sí lo he pensado, pero estoy convencida de que se fue.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo primero que hice fue descartar que hubiera estado aquí. Se me ocurrió que la mejor manera de saber si se quedó en Euskadi sería mirar en los registros de Osakidetza. Tengo una amiga del instituto que trabaja en el ambulatorio de Hernani. Le pedí que me hiciera el favor de mirar en las bases de datos si existía alguien con ese nombre, pero me dijo que no. Se supone que, de haber estado por aquí, alguna vez en su vida habría acudido al médico, ¿no?, así que descarté esa posibilidad. En cuanto al resto de España, he mirado en buscadores de personas, guías telefónicas, páginas de genealogía, en el registro civil nacional... ¡incluso he buscado en Facebook! Si tuvo hijos o nietos, es probable que alguno tuviera una cuenta en alguna red social, pero nada. No hay absolutamente nada.

—Oye, a ti lo de hacer de Paco Lobatón se te da muy bien, ¿no? —dijo Jon dándole un pequeño codazo.

—¿De quién?

—De Paco Lobatón, el de «*Quién sabe dónde*». ¡No me digas que no te acuerdas de ese programa!

—Pues no. ¿Cuál es ese? ¿Dónde lo echan?

—Déjalo, churri. A veces me parece que venimos de planetas distintos.

Era la tercera vez que le pasaba aquella semana y estaba enfadado consigo mismo. ¿Dónde estarían las malditas gafas? Las había perdido otra vez. Había buscado en la mesita de noche, debajo de la almohada, en los cajones de la cómoda, en los laterales del sofá... pero nada. Sus gafas no aparecían. Miró en varios sitios donde creía que podrían estar, pero no las encontraba y se sentía demasiado agotado para seguir buscando. Bittor sabía que llegaba tarde al taller de memoria y concentración que tenía por las mañanas. El médico le había recomendado aumentar el tiempo que pasaba inhalando oxígeno, «sus pulmones lo necesitan cada vez más» había dicho, y se pasaba un buen rato enganchado a la máquina. Por eso, ya por la mañana solo le quedaba tiempo para acudir a ese taller. Y ya llegaba tarde. Cuando ingresó en la residencia, decidió apuntarse a varios talleres distintos con el fin de decidir cuáles eran los que más le gustaban. El de memoria y concentración le encantó: puzzles, sopas de letras, ejercicios numéricos... Aunque su rapidez mental hubiera empeorado con los años, seguía disfrutando con aquellas actividades, pero para poder hacer los ejercicios necesitaba las malditas gafas. Se sentó en el sofá, agotado.

—Bittor, ¡que vas a llegar tarde! —Una enfermera se asomó por la puerta. La conocía, pero no recordaba su nombre. Era muy alta y corpulenta y era la que todas las mañanas en el desayuno le ponía doble ración de mermelada, eso sí lo recordaba.

—No voy a ir.

—¿Cómo que no vas a ir? El médico te ha dicho que no dejes las clases por nada del mundo y que yo sepa hoy no ha ocurrido ninguna catástrofe mundial, así que venga, ¡al tajo!

—Me faltan las gafas. Me las han debido de robar. Uno ya no está seguro en ninguna parte.

La enfermera no lo dudó. Entró en la habitación, fue directamente hacia la pequeña nevera que había en cada una de las habitaciones y la abrió. Las gafas estaban dentro.

—¿Qué hacen las gafas ahí? ¿Y cómo sabías dónde estaban? —Bittor estaba molesto. Estando ahí, nunca las habría encontrado.

—Pues porque no es la primera vez que las guardas en la nevera. Pero tú no te preocupes, un despiste lo tiene cualquiera. ¡Yo los tengo a montones! —Le metió las gafas en el bolsillo de la camisa, le dio una palmadita en la espalda y lo ayudó a levantarse—. Así que ahora, venga, a

clase. Y a aprovechar el tiempo que enseguida llega la hora de comer y de la siesta. Además, hoy tienes visita, ¡vienen tus chicas a verte!

Bittor sonrió. Le hacía gracia el término «tus chicas» y sobre todas las cosas, le gustaba que ellas lo vinieran a visitar.

Lourdes y Nerea llegaron a la residencia de ancianos poco después de las cinco y media de la tarde. Los horarios de las comidas se cumplían a rajatabla y de haber llegado antes, habrían encontrado a Bittor y a los demás residentes en plena merienda. Las dos mujeres entraron a la residencia y se dirigieron directamente al jardín, donde sabían que estaría Bittor esperándolas. Lo encontraron viendo cómo otros compañeros echaban la partida diaria de cartas. Él estaba sentado a un lado, observando.

—Hola *aitá*, ¿qué tal estas? —Lourdes le dio un beso en la mejilla a su padre.

—¡*Aitona!* —Nerea solía ser siempre más efusiva.

—¡*Kaixo maittia!* —Bittor abrazó a su nieta y después se giró hacia Lourdes, su hija—. Bien, bien, estoy bien. Ya sabes, tirando. Cada vez tengo que estar más tiempo con la máquina de oxígeno, pero luego me siento mejor. Vamos mejor a otra mesa, estaremos más tranquilos.

Los tres se dirigieron a una de las mesas situadas al otro lado del jardín. En lugar de sillas, esas mesas tenían alrededor unos sofás de color verde muy cómodos.

—Bueno y vosotras, ¿qué tal? ¿Cómo va el negocio?

—Hombre, pues bien, hemos tenido mucho ajeteo últimamente, pero ahora estamos más tranquilos —dijo Lourdes.

—Sí, además tenemos chico nuevo en la oficina, un estudiante. Nos llamaron del colegio donde estudia preguntando si estábamos interesados en coger a un alumno en prácticas y dijimos que sí. La verdad es que nos está ayudando mucho.

—¿Y qué hace? —Quiso saber Bittor.

—Pues sobre todo nos ayuda con los anuncios de Internet. Publica ofertas en distintas páginas, ha abierto cuentas en varias redes sociales como Facebook o Twitter, sube fotos, pone alertas... Vamos, para que me entiendas, nos hace publicidad por el ordenador —explicó Nerea.

—No te he entendido nada.

—Tranquilo *aitá*, ¡yo tampoco me aclaro mucho! —dijo Lourdes sonriendo.

—¿Y qué tal vais con la casa? ¿Habéis mirado algo ya?

—Sí, hemos decidido dejarlo todo en manos de una decoradora que aparte de asesorarnos, se encarga ella misma de contratar a los albañiles, fontaneros, electricistas... Jon anda bastante liado y como es bastante conformista, pues nos estamos encargando nosotras dos de mirar azulejos, cocinas, muebles...

—Ya verás, *aitá*, cuando la veas, no te va a parecer la misma casa donde has vivido tantos años.

—Eso es lo que quiero, que parezca otra. Para eso es ahora tuya, Nere, la tienes que poner como a ti te guste. Y no se te ocurra escatimar en nada, ¿me has oído? Ahora es el momento de ponerla bien. Coge el dinero que te haga falta y ponlo todo a tu gusto.

—Gracias, *aitona*. Estaré encantada de enseñártela cuando esté acabada. ¡Menudo chollo que tengo contigo!

Bittor le guiñó un ojo a su nieta. Le hubiera dado todo lo que ella le hubiera pedido, para eso era su niña bonita. Además, solo por todo el cariño que le había dado a lo largo de su vida, se lo merecía.

—*Aitona*, hay algo que deberías saber. —Nerea se irguió en el asiento, hizo una pequeña pausa y continuó sin andarse por las ramas—. He estado en Legazpi y he conocido Gibola.

—¿Cómo dices? —Bittor parecía contrariado. Creyó no haber escuchado bien.

—A ver, empezaré por el principio. Cuando estuve con tu gestor hablando de la escrituración del piso, supe que había un caserío en Legazpi con ese nombre que te pertenecía a ti. Nunca te había oído hablar de él y como el gestor tampoco tenía mucha información, se me ocurrió ir a buscarlo. Y lo encontré. ¿Cómo no me dijiste nunca que habías nacido allí?

—Ay, *maittia*, aquellos fueron otros tiempos. ¡Hace tantos años que vine aquí...!

—Sí, pero me hubiera gustado saberlo por ti. ¿No crees que me lo tenías que haber contado?

—No hay mucho que contar.

Y no dijo nada más. Nerea pensó que Bittor continuaría hablando, que le contaría la historia que ella había descubierto, que le hablaría de su familia, de Gibola, de Brinkola... Pero él no lo hizo. No parecía molesto por lo que le acababa de decir, pero simplemente no añadió nada más. Ella decidió insistir.

—Hombre, *aitona*, eran tus padres, tus hermanos... tu familia... ¡y la mía también!

—¿Sabes cuánto tiempo hace que vine a Donostia? —se justificó él en tono conciliador—. Más de ochenta años. Ya ni me acuerdo de muchas cosas, pero sí, quizá tengas razón. Puede que la manera en la que lo has sabido no sea la más adecuada.

—Pues la verdad es que no. De la noche a la mañana me entero de que naciste en un caserío, de que erais cuatro hermanos y de que los que yo creía que eran mis abuelos, en realidad no lo eran.

Bittor se encogió de hombros.

—Pasé tantos años con ellos y me trataron tan bien, que para mí han sido los mejores padres del mundo. Me acogieron en su casa y me dieron una vida en Donostia mejor que la que nunca hubiera podido desear.

—¿Y nunca echaste de menos Gibola?

—Si quieres que te diga la verdad, no. —Bittor lo tenía muy claro.

—¿Y no quieres ir algún día? Jon y yo te podemos llevar. Él está enamorado de ese lugar y seguro que tú nos podrías enseñar un montón de sitios que no hemos visto.

—No, no. Gracias, pero yo de aquí no me muevo. Tú puedes ir cuando quieras. El caserío quedará para vosotras también. Habla con el gestor, él tiene las llaves.

Lourdes contemplaba la escena con curiosidad. Prefería ser una mera espectadora y no entrar en la conversación. Sabía que, llegados a ese punto, su hija no se detendría. Sabía que insistiría en que su abuelo le contara la verdad de lo sucedido y el motivo por el cual él se marchó, y esperaba atenta la reacción de su padre.

—*Aitona*, conocí por casualidad en Legazpi a una antigua conocida tuya. Agustina de Mirandaola. ¿Te acuerdas de ella?

—Claro que sí. —El anciano asintió—. Agustina era prima de Rosarito de Guriditegi, una amiga que vivía en un caserío cercano al nuestro. ¿Viven todavía?

—Ella sí, pero su prima murió hace unos años.

—Cuántos años sin escuchar esos nombres... —dijo Bittor pensativo.

—Algo parecido dijo ella de ti. «Cuántos años sin saber de los Gibola» fue exactamente lo que dijo.

—¿Te habló de mí? —Quiso saber el anciano.

—Sí, y también de tu familia. Me habló de tu madre, Mikaela, de los dulces de la *amona* Anttoni, del navarro... y de tus hermanos también.

Al hablarle de su familia, Nerea notó que algo se había removido en el interior de su abuelo. Continuó:

—Me contó unas cuantas anécdotas de tu hermano Sabín. ¿Sabías que estuvo metido en lo de las apariciones de la Virgen de Ezkioga?

—Sí, algo leí en la prensa.

—Agustina dice que era un fenómeno.

—Sin duda lo era. Era único. —Una media sonrisa se dibujó en su cara.

—Sabín Sesiente lo llamaba ella.

—Ella y todos los demás. Te habría gustado conocerlo, estoy seguro.

—¿Y qué me dices de Isidro?

Bittor la miró fijamente durante unos segundos. Ella hubiera pagado dinero por saber lo que se le estaba pasando por la mente en aquellos momentos.

—Se me hace tan raro pensar que tenías un hermano gemelo... ¿Tú sabes qué fue de él? Según me contaron se marchó de Legazpi cuando tú lo hiciste.

—No, no lo sé.

—¿Nunca tuviste ninguna noticia de él?

—Nunca, jamás.

—Yo lo he intentado buscar. Me hubiera gustado poder contarte a dónde fue, qué hizo, si vive o no vive... He mirado en Internet, he hecho llamadas de teléfono, he mandado emails... pero siento decirte que no lo he conseguido. No te puedo decir a dónde se marchó ni qué fue de su vida.

Bittor cogió la mano de su nieta entre las suyas y la acarició.

—No pasa nada, *maittia*. No creo que nunca sepamos lo que fue de él. Han pasado muchos años ya. Lo has intentado y a mí con eso me vale.

—*Aitona*... Agustina también me habló de la pequeña Miren.

La mirada del anciano se entristeció. A pesar de los años transcurridos, parecía que el recuerdo de su hermana pequeña lo seguía apenando. Nerea sacó su teléfono móvil e hizo lo mismo que había hecho cuando estaba con Agustina en el caserío de Mirandaola. Lo desbloqueó, buscó la fotografía de la pequeña y se la enseñó.

—Mira lo que encontré en el caserío.

Bittor miró la imagen. No necesitó sus gafas para poder ver las facciones de la niña, la recordaba perfectamente. Se emocionó. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero consiguió contenerlas. Lourdes empezó a arrepentirse de haber dejado que Nerea insistiera en el tema. Le estaba haciendo pasar un mal rato hablándole de cosas que él había querido olvidar.

—También sé lo que Isidro le hizo a la pequeña.

Y fue entonces cuando Bittor se derrumbó. Era la segunda vez que Lourdes veía a su padre llorar. La primera había sido en el funeral de su madre y la segunda la tenía delante. La imagen de su padre sollozando como si fuera un niño pequeño le impactó.

—Nerea, ya vale —le reprendió a su hija.

La joven se arrepintió en el momento. Abrazó a su abuelo y lo besó en la mejilla. No tenía que haber insistido. Su madre tenía razón.

—Lo siento, *aitona*. No pensaba que te fuera a afectar así. Simplemente quería contarte que sé lo que pasó, nada más. Lo siento mucho —se lamentó.

El anciano tardó unos segundos en reponerse. Se secó las lágrimas, bebió un poco de agua y cuando terminó de tranquilizarse, dijo:

—Tienes que saber una cosa. —Levantó el dedo índice de la mano derecha antes de continuar—. No sé qué es lo que te habrán contado ni lo quiero saber, pero Isidro quería mucho a la niña. Todos la queríamos. Él nunca le hubiese hecho daño aposta, nunca. Y si no te he contado nunca

nada de todo aquello es porque son cosas que pertenecen al pasado. De poco sirve andar removiéndolas. Comprendo que te mueva la curiosidad y que quieras saber, pero comprende tú también que eso por lo que preguntas, es lo mismo que yo he querido olvidar. —Bajó la mano y dio por terminada la conversación—. Ahora si no os importa, me gustaría descansar en mi habitación. Estoy algo cansado y me vendrá bien echarme un rato antes de la cena.

Ninguna de las dos mujeres añadió nada más. A las dos les había quedado claro que no había sido una buena idea sacar el tema. Lo acompañaron a su habitación, lo ayudaron a recostarse y se despidieron de él. Antes de que Lourdes y Nerea abandonaran la habitación, el anciano añadió una sola cosa más:

—Isidro era una buena persona y lo que tuvo que vivir fue muy injusto.

Capítulo 9

Donostia-San Sebastián. Febrero 2011

Las obras del piso situado en el Boulevard donostiarra finalizaron a los seis meses de haber empezado. La decoradora que habían contratado para que se encargase de todo había hecho un gran trabajo. Además de supervisar cada una de las tareas realizadas, se había encargado de coordinar a los distintos gremios a la perfección. Albañiles, electricistas, fontaneros, carpinteros... habían pasado uno detrás de otro sin perder un solo día de trabajo. Mientras la obra seguía su curso, Nerea y Jon habían ido eligiendo el tipo de cocina, los muebles del salón y de las habitaciones, el color de las paredes, el tipo de puertas... aunque la verdad era que Jon no había sido de gran ayuda. Lámparas, alfombras, cortinas... a él todas le parecían bien, todas le gustaban. En más de una ocasión, Nerea prefirió llevarse con ella a su madre, que al menos tenía criterio.

El resultado de esos meses de trabajo fue un piso grande totalmente reformado, con distintos ambientes en espacios diáfanos y una decoración minimalista en la que predominaban los colores tierra. Todos quedaron encantados con el aire moderno y sofisticado que se le había dado a la casa.

Nerea no había escatimado en nada, tal y como le había ordenado su abuelo Bittor. Él había costado el importe íntegro de la obra y había disfrutado con ello. Para él era una satisfacción que su nieta utilizase el dinero que a él ya no le iba a hacer falta, remodelando la casa en la que tan feliz habían sido él y su esposa durante tantos años. Cuando muriese, el dinero lo heredarían ella y su madre igualmente, así que... ¿Para qué esperar? Solo por los ratos que había pasado escuchando a la joven cómo iban los avances de la reforma, el gasto había merecido la pena. Ella le había dado todo tipo de detalles: los adornos que había colocado en la entrada, las luces LED que llevaba el techo del pasillo, los radiadores toalleros de los baños o incluso la alfombra de color arena que había colocado en el salón.

Estas conversaciones, además de para entretener al anciano, habían servido para normalizar la relación entre ellos dos. Desde aquella vez en la que Nerea le confesó haberse entrometido en la historia de su vida, no habían vuelto a sacar el tema. La reacción que tuvo Bittor no dejaba lugar a dudas de que las sombras del pasado seguían siendo dolorosas para él. Además, Lourdes había sido tajante con su hija y le había prohibido volver a hablar del tema delante de Bittor. Nerea le prometió a su madre que no volvería a preguntar a su abuelo por la historia de su familia, ni le volvería a mencionar nada de Gibola. Había quedado claro que el anciano prefería vivir en el presente.

Después de descubrir Gibola, Jon y Nerea habían vuelto al caserío en más de una ocasión, pero esta vez con las llaves en la mano, y no trepando por la ventana como hicieron la primera vez. Lo habían limpiado y adecentado para poder pasar la noche siempre que acudían a la zona. Jon seguía entusiasmado con el lugar. Descubrir Gibola y su entorno había sido un regalo para él. Desde allí había hecho varias rutas que le habían llevado al monte Aizkorri, la cumbre más popular de Gipuzkoa, aunque no la más alta, o al monte Txindoki, situado en la sierra de Aralar. Nerea lo acompañaba a veces, y cuando no lo hacía, se pasaba por el caserío Mirandaola a charlar un rato con Agustina, con la que había entablado una bonita amistad. La joven siempre le llevaba unos dulces o algún otro capricho, y mientras las dos disfrutaban del pequeño banquete, Agustina le contaba historias de cuando era pequeña. Le gustaba escuchar por boca de la anciana cómo era la vida allí casi cien años atrás y sobre todo le gustaba que le hablase de Gibola. Aquel caserío había sido un hogar lleno de gente y de vida que por circunstancias de la vida había terminado abandonado, pero pronto aquel abandono tendría su fin.

La propuesta llegó de la mano de Jon. Una noche de finales de marzo, ya instalados en su piso recién renovado, Jon sentó a Nerea en el sofá y con semblante serio le dijo:

—Tenemos que hablar.

—Joe, Jon. No me asustes.

—No hombre, no, que no es nada malo.

—¡Pues ha sonado fatal!

—Es que es importante lo que te quiero decir. Llevo tiempo pensando en esto y no quiero que te lo tomes a la ligera.

—Ahora sí que me estás asustando. A ver, ¿qué pasa?

—Empezaré por el principio —comenzó a decir Jon—. Hace tiempo que estoy pensando en dejar la empresa.

—¡Y yo pensando en que me ibas a pedir matrimonio! —dijo ella riendo.

—¿Me quieres dejar que te lo cuente? ¿O me vas a interrumpir a cada frase?

—Perdón.

—Pues eso, que no puedo más. Después de todo lo que ha pasado con mi tío, creo que lo mejor va a ser que me marche. Cada día me cuesta más ir a trabajar y aunque la empresa siga funcionando bien, no sé... No quiero estar allí.

—No me extraña. Si quieres que te diga la verdad, no creía que fueras a aguantar tanto tiempo.

—La verdad es que apenas veo a mi tío. Yo hago mi trabajo y él el suyo, pero ya nunca va a ser lo de antes. Lo he estado pensando mucho y ha llegado el momento de cambiar de trabajo. No quiero estar allí cuando salga el juicio.

—Si eso es lo que quieres, me parece bien —contestó Nerea—. ¿Y qué es en lo que estás pensando? ¿Por dónde quieres tirar? Yo te puedo ayudar a preparar el currículum, si quieres.

—No, no, los tiros no van por ahí. No voy a necesitar ningún currículum.

—Ah, ¿no? —dijo ella sorprendida.

—No —confirmó él—, y aquí viene lo gordo del asunto. Tengo clarísimo lo que quiero hacer.

Jon tomó aire, lo contuvo unos segundos en sus pulmones y espiró lentamente, como si aquel gesto le ayudara a pensar.

—Quiero poner en marcha un agroturismo en Gibola.

—¿Cómo? —Nerea se había quedado con la boca abierta.

—Así es. Tengo ganas de hacer cosas nuevas y encontrar algo que realmente me llene, lejos de todo lo que he hecho hasta ahora. Quiero algo que me guste, algo en lo que pueda desconectar, y

creo que un agroturismo podría ser perfecto. Descubrir Gibola ha sido de las mejores cosas que me han pasado últimamente y sería estupendo poder exprimirlo más. Deja que te enseñe algo.

Jon se levantó ante la atenta mirada de Nerea, que seguía sin salir de su asombro. Abrió un cajón del aparador del salón y extrajo una carpeta azul. La carpeta contenía un montón de documentos que él puso encima de la mesa del salón. Le mostró dos de ellos.

—Aquí están todos los requerimientos exigidos por la Comunidad Autónoma Vasca para montar un agroturismo. Los he mirado uno por uno y no creo que tuviéramos problema para cumplirlos todos. Y en este otro —Jon señaló el segundo documento—, están las condiciones que hay que cumplir para pedir las subvenciones. Es bastante papeleo, pero podemos recuperar buena parte de la inversión.

—¿Inversión? ¿Pero tú sabes de lo que estás hablando? A Gibola no le hace falta una mano de pintura, le hace falta una reforma integral. ¡Sería muchísimo dinero y muchísimo trabajo!

Jon cogió otro de los documentos de encima de la mesa.

—Mira, este es un caserío de Astigarraga recién reformado. —Le mostró una foto a Nerea—. Es algo mayor que Gibola, pero bueno, nos puede valer para hacernos una idea. Su reforma ha costado aproximadamente unos 300000 euros. A nosotros nos costaría algo menos, y además hay que tener en cuenta las subvenciones, que dependen de muchos factores, pero yo creo que podríamos obtener entre un 30 % y un 40 % de lo invertido.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Me ha echado una mano mi amigo Iñaki. El estudio de arquitectura donde trabaja hizo el proyecto de Astigarraga, y bueno, tenía muchísima información.

—Alucino.

—Pareces enfadada.

—No estoy enfadada, pero alucino. ¿Cómo no me has contado antes nada de todo esto? Me molesta un poco que hayas andado a escondidas.

—Si no te lo he contado antes ha sido porque te quería presentar una idea bien estudiada. No quería decirte «Nere, quiero montar una casa rural» y no tener ni idea de cuánto puede costar, de qué requisitos debería cumplir, de qué papeleo hace falta... ¡Me hubieras echado la idea abajo en cuestión de segundos!

—Pues con tanta información, me has descolocado.

—Lo siento. Ya sé que así de golpe puede sonar a locura. —Jon le dio un beso a su chica en la mejilla—. En una de las rutas de montaña que hice con Ander por la zona, nos paramos a charlar un rato con unos turistas. Nos dijeron que se alojaban en la única casa rural de Legazpi. Me extrañó que solamente hubiera una. Se lo pregunté después a Ander y me dijo que sí, que es la única que hay y que en Urretxu y Zumárraga no existe ninguna más. Entonces me puse a buscar en Internet si la zona tendría suficiente atractivo turístico como para que otro alojamiento rural fuera a funcionar. En cuanto a senderismo está claro que sí. La zona es una pasada: Aizkorri, Txindoki, Andraitz... se pueden hacer unas rutas increíbles, pero yo lo que quería saber era si se podría hacer otro tipo de turismo rural por la zona, ya sabes, planes para gente más mayor, familias con niños... Algo más tranquilo que subir a la cima de un monte. Y me quedé extrañado. Aparte de la ferrería de Mirandaola, que tiene mucho tirón, existe el museo vasco del hierro, el rincón del pan, el museo de las abejas, el Ecomuseo del Pastoreo y hasta una ruta obrera, que permite introducirse en el día a día de una familia obrera de los años 50. Entonces fue cuando hablé con Iñaki. Pensé que a lo mejor me podría ayudar a hacer una valoración de lo que costaría la reforma del caserío.

Y bueno, me contó que acababan de hacer un proyecto parecido y fue cuando empezamos a reunir toda esta documentación.

—Me parece una locura.

—Piénsalo bien —insistió él—. El caserío lo tenemos. Solo tendríamos que encargarnos de la reforma. Con el dinero que tenemos ahorrado y teniendo en cuenta las subvenciones... ¿Por qué no? La verdad es que yo allí sería feliz.

—Vale, bien, pero... ¿Qué pasa conmigo? A mí también me gusta aquello, pero yo tengo mi trabajo aquí.

—Eso también lo he pensado. Alguna vez me has comentado que tu madre y tú os estabais planteando ampliar vuestro negocio abriendo una inmobiliaria en otra localidad. Así tu madre dirigiría la de aquí y tú podrías dirigir la otra.

—Ya sé por dónde vas, pero nosotras hablábamos de abrir otra inmobiliaria en Hendaya, Zarauz, Deba...

—¿Y por qué no en Legazpi?

—Hombre, Jon, pues no sé, porque no conocemos aquella zona como esta, ¡y porque vivimos aquí, en Donostia!

—Podrías vivir conmigo en Gibola y tener tu propia inmobiliaria en Legazpi, Zumárraga o Urretxu. Entre las dos inmobiliarias abarcaríais mucho más y podrías gestionarla a tu manera.

—Hizo una pausa—. O podrías ayudarme a llevar el agroturismo. Sería genial hacerlo entre los dos.

—Madre mía, ¡menudo quebradero de cabeza que me has puesto! —Nerea se masajeó las sienes varias veces—. Vienes a casa pensando en que vas a tener una velada tranquila... y te encuentras con todo esto.

—¡Ánimo, churri!

—¿Churri? ¡Encima cachondeo!

Los siguientes meses fueron cualquier cosa menos tranquilos. El día que Jon le presentó a Nerea la idea del agroturismo, ella le pidió una semana para leer todos los documentos que él había recopilado. Los analizó uno por uno y cuando terminó, navegó por montones de páginas de Internet que contenían información relevante. Al finalizar la semana, la idea de su novio no le parecía tan descabellada como al principio. Además, hacía mucho que no lo veía tan entusiasmado. Estaba contento, feliz, animado. Solo por esa razón, ya merecía la pena intentarlo.

Lo primero que hicieron fue buscar el apoyo de Lourdes. Se reunieron los dos con ella, le mostraron los documentos de la carpeta de Jon más los que había reunido Nerea, y le contaron la idea con sus pros y sus contras. Lourdes los escuchó atenta y lo primero que hizo cuando finalizaron la exposición, fue pedirles que la llevaran a ver el caserío. La idea no era mala, y estaba claro que la estaban estudiando a fondo, pero sin ver el estado en el que estaba el caserío ni el entorno que lo rodeaba, no podía dar su opinión. Cuando Lourdes visitó Gibola y sus alrededores, se terminó de convencer que podría funcionar estupendamente como un agroturismo. Eso sí, había mucho trabajo por delante.

A partir de ahí, cada uno asumió unas funciones específicas. Lourdes se ocupó del tema de los permisos y subvenciones. Nerea estudió el funcionamiento de los agroturismos, su inclusión en asociaciones del gremio y contactó con páginas Web turísticas en las que poder publicitarse. Jon, por su parte, se dedicó a formarse en temas agrarios, algo con lo que estaba disfrutando mucho. Si querían que el agroturismo ofreciera algo más que un lugar donde poder dormir, él tenía que aprender lo necesario para ofrecer esos servicios. Aprendió a hacer pan, a elaborar queso, a

cultivar productos ecológicos, a alimentar y a cuidar de los animales de granja... Y, por último, Iñaki, el amigo de Jon, se puso en marcha con el proyecto de rehabilitación del caserío para una vez visado, presentarlo en el ayuntamiento y así pedir el permiso de obra mayor. El proyecto incluía la memoria, los planos y, por supuesto, el presupuesto estimado de ejecución.

El ayuntamiento de Legazpi tardó un mes en conceder el permiso de obra, tiempo en el que Lourdes y Nerea volvieron a su trabajo habitual en la inmobiliaria, mientras Jon seguía realizando cursos de formación. Finalmente, en junio del año 2011, comenzaron las obras que llenarían nuevamente de vida el caserío Gibola.

La parte más complicada del proyecto fue sin duda la localización del aparcamiento. Jon sabía que no lo tendrían nada fácil.

—Si la casa va a disponer de cinco habitaciones para huéspedes, como mínimo vais a necesitar seis plazas de aparcamiento —le había dicho Iñaki a Jon—. Si las ponemos en la explanada delantera, te quedas sin ella, y yo creo que la entrada quedaría muy ahogada.

—No, no. La explanada tiene que quedar libre. La idea es realizar actividades con algunos huéspedes y sobre todo si son niños, el sitio ideal es la explanada.

—Pues entonces, como tampoco querrás quedarte sin el huerto, el mejor lugar será el establo. Lo podemos convertir en un parking.

—El establo lo necesito para los animales —contestó Jon.

—No me lo estás poniendo nada fácil —protestó Iñaki.

—Lo sé, pero habrá que buscar otra solución.

—¡Pues a ver cuál!

—¿No se puede hacer un parking subterráneo debajo del establo?

—Hombre, por poder sí que se puede, pero eso hará que el proyecto se complique bastante y encima encarecerá la obra.

—Pues si es la única solución que existe para dejar la explanada y el establo como están, así tendrá que ser.

Iñaki intentó que su amigo cambiara de opinión, pero no lo consiguió. Él era el cliente y por consiguiente el que tenía la última palabra, así que terminó modificando el proyecto una y otra vez hasta quedar a su gusto.

La primera fase de la obra fue precisamente la creación del parking. Debían excavar la superficie del establo para crear un piso subterráneo donde ubicar el aparcamiento. Una pequeña excavadora se encargaría de las labores de excavación.

Jon estaba en un curso de cultivo de huertos ecológicos cuando sonó su móvil.

—Dime Iñaki, me pillas con las manos llenas de tierra.

—Hay problemas, tío. Tenemos que ir al caserío ya. No me han querido decir qué pasa exactamente, pero la obra está parada.

—¿Parada? No me jodas, ¡si acaba de empezar!

—No sé qué habrá pasado, así que nos tendremos que acercar.

—Vale, recojo a Nerea y te vamos a buscar. En media hora estamos en el estudio.

Hora y cuarto después de la llamada, Iñaki, Nerea y Jon llegaban a Gibola cruzando el pequeño puente de la entrada. En la explanada encontraron una pequeña excavadora parada y a dos operarios sentados contra la fachada del caserío a la sombra, fumándose un cigarro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué habéis parado? —les preguntó Iñaki—. ¿Cuál es el problema?

—Puedes pasar y comprobarlo tú mismo —le contestó el más gordo de los dos operarios mientras seguía dándole una calada al cigarro.

—¿Es grave? —Quiso saber Nerea.

Los dos hombres se miraron y el mismo que había hablado antes fue el que contestó:

—Hombre, grave... ¡según se mire! Eso sí, muy urgente no es. —Y los dos operarios se echaron a reír.

Entraron al establo. La tierra estaba removida por todos lados. Nerea miró una y otra vez a su alrededor, pero no veía nada que le llamara la atención. De pronto, Iñaki desde el fondo del establo, dijo:

—¡Es aquí! —Les hizo un gesto para que se acercaran—. ¡Madre mía la que se acaba de liar! —Y se llevó las manos a la cabeza.

Nerea y Jon se acercaron hasta donde estaba Iñaki. Este señaló con el dedo índice hacia el fondo del establo y fue entonces cuando ellos también lo vieron.

—¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo? —les preguntó Iñaki con tono de desesperación—. Por favor, decidme... ¡que eso de ahí no son restos humanos!

Nerea salió corriendo del establo y se acercó hasta los dos operarios. Cogió prestados los guantes de uno de ellos y volvió a entrar corriendo al establo. Se situó de rodillas delante del hallazgo, se colocó los guantes y empezó a escarbar.

—¡Pero qué haces! —le gritó Iñaki—. Déjalo como estaba, ¡tendremos que llamar a la Ertzaintza!

Nerea no le hizo caso. Siguió separando la tierra de los huesos: el cráneo, la pelvis, un fémur, varias costillas... y un objeto metálico que había perdido el brillo por el contacto con la tierra.

—Es él, Jon. ¡Es Isidro! —dijo ella conmovida—. Aquí está su navaja, la que siempre llevaba con él. Madre mía... Siempre estuvo aquí.

—¿Cómo? —gritó Iñaki enfadado—. El caserío venía con cadáver incluido. ¿Y no se os ha ocurrido que ese pequeño detalle me podía interesar?

Las siguientes horas fueron un caos. El caserío se llenó de policías municipales, ertzainas, curiosos... A todos les hicieron las mismas preguntas una y otra vez. Cuando por fin les dieron permiso para marcharse, Nerea tuvo claro adónde debía ir.

Llegó a la residencia de ancianos del barrio donostiarra de Aiete pasadas las once de la noche. Se extrañaron de verla allí tan tarde.

—¿Cómo vienes a estas horas? —le dijo la enfermera que estaba en recepción—. ¿Ha pasado algo? Tu abuelo está en la cama hace rato.

—Me gustaría hablar con él un momento. Es importante —y dicho esto, sin esperar a que la enfermera contestara, Nerea se dirigió a la habitación de Bittor.

Tocó la puerta y entró. Su abuelo se encontraba tumbado en la cama con la mascarilla de oxígeno puesta. Tenía los ojos cerrados, pero no estaba dormido. Nada más oír que alguien había entrado en la habitación, los abrió.

—*Aitona*, soy yo —le susurró Nerea. Se acercó a la cama y se sentó junto a él. Él intentó quitarse la mascarilla—. No, no, no te la quites. Solo voy a estar un momento. Enseguida me marchó y te dejo descansar.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, vengo a decirte que hemos encontrado a Isidro. —La expresión del anciano cambió, parecía asombrado—. Su cuerpo ha aparecido enterrado en el establo del caserío. Siempre estuvo ahí. No se fue ni a Venezuela, ni a Argentina ni a ningún otro sitio. Todos estos años ha estado en Gibola.

Bittor cerró los ojos unos segundos y cuando por fin los abrió, una lágrima rodó por una de sus

mejillas. Agarró la mano de su nieta con fuerza y ella lo abrazó.

—No hubiera querido por nada del mundo traerte malas noticias, pero después de tantos años sin saber de él, he creído que querrías saberlo. ¿He hecho bien en venir a contártelo?

—Claro que sí, pequeña, claro que sí. —Nerea se recostó contra él y se quedaron así unos minutos.

—¿Estás triste? —le preguntó ella.

—La verdad es que sí. Era mi hermano gemelo y hubo un tiempo en el que estuvimos muy unidos. Él era mi otra mitad. —La fatiga junto con la tristeza que sentía, hacía que le costara mucho trabajo hablar y respirar con normalidad—. Pero que tú estés conmigo me ayuda mucho. Te quiero, *maittia*.

—Yo también a ti, *aitona*.

Nerea se quedó un rato más junto a su abuelo. Cuando estuvo segura de que él se había dormido, le dio un silencioso beso en la mejilla, lo arropó una vez más y se marchó.

Al día siguiente hacia las siete de la mañana, Lourdes recibió la llamada que nunca hubiera querido recibir. La voz de una de las enfermeras que cuidaban de su padre le dio la noticia: Bittor Isasmendi había fallecido la pasada madrugada.

Los días siguientes fueron muy duros tanto para Nerea como para Lourdes. Se pasaron dos días enteros sin salir del tanatorio, recibiendo pésames y más pésames. La conversación con todos los que acudían a presentar sus condolencias era casi la misma. Algunos repetían una y otra vez que la muerte era ley de vida. Otros insistían en que ya firmarían ellos para llegar a esa edad tal y como Bittor lo había hecho. Aquellas palabras de consuelo no les valían de mucho, pero las agradecieron todas igualmente.

El funeral se celebró en la catedral del Buen Pastor, el edificio religioso más notorio de la ciudad. Lourdes contrató para la misa a varios miembros del orfeón donostiarra y todos los presentes coincidieron en que fue una ceremonia sencilla a la par que bonita, en la que Nerea no dejó de llorar ni un momento.

Varios días más tarde, cuando todo volvió a la normalidad, Nerea aprovechó una mañana de sábado para hacer una visita que tenía pendiente. Aparcó el coche en el aparcamiento del parque de Mirandaola y lo atravesó dando un paseo hasta llegar al caserío cercano a la ferrería. Agustina y su hija Mila estaban sentadas en el porche del caserío, a la sombra. En cuanto vieron llegar a Nerea, Mila se levantó.

—Hola, Nerea, te acompaño en el sentimiento. Lo siento mucho, cariño. —Le dio dos besos, uno en cada mejilla—. ¿Qué tal estás?

—Bueno, tirando. Todavía es muy reciente.

—Ven aquí y dame un abrazo —le dijo Agustina—. Y no te pongas triste que la vida son dos días, y tu abuelo y yo podemos dar gracias a Dios, ¡por habernos dejado quedarnos tres!

Aquel comentario consiguió sacar a Nerea una sonrisa. La mujer tenía razón. Con noventa y seis años cumplidos, poco más se le podía pedir a la vida.

—¿Y de las novedades de Gibola qué me decís? Supongo que os habréis enterado de lo que hemos encontrado en el establo.

—Ya sabes cómo somos en los pueblos pequeños. Las malas noticias corren como la pólvora —dijo Mila—. ¿Sabéis algo más?

—Sí. Nos ha llamado la Ertzaintza. Los huesos pertenecen a un varón de entre trece y quince años y lleva muerto y enterrado aproximadamente ochenta años. Eso confirma lo que ya sabíamos. El pobre chico no consiguió escapar del odio que le tenía su madre.

—Solo era cuestión de tiempo —dijo Agustina negando con la cabeza—. Mikaela lo había intentado antes y si no lo logró fue porque consiguieron detenerla.

—¡Me hace gracia! —saltó Mila—. Muy loca, muy loca, pero bien que esperó a que Bittor se marchara para tener el camino libre y matar a Isidro. Y encima va, y lo esconde en el establo. ¡Esa mujer estaba loca para lo que le daba la gana!

—Si al menos encontró algo de consuelo con lo que hizo... —intervino Agustina—. ¡Ojo! Que con esto no la estoy defendiendo, ¡eh! Nunca podría defender que una mujer mate a su propio hijo. Lo que digo es que estaba tan cegada por el dolor que le había producido la muerte de su niña, que desde el principio tuvo muy claro que buscaría venganza. Y se vengó, ¡vaya si lo hizo!

—Hay una cosa por la que me siento fatal, que ni siquiera se la he contado a mi madre. —Nerea se sentó con ellas en el banco y continuó—: El mismo día que encontramos a Isidro, me fui a la residencia de mi *aitona* y se lo conté. Creía que después de tantos años sin saber qué había sido de su hermano gemelo, tenía derecho a saberlo. Se entristeció cuando se lo dije, incluso lloró, cosa que él prácticamente nunca hacía. Aun así, me agradeció que hubiera ido a decírselo. Esa misma noche falleció. El médico nos dijo que podía haber muerto un mes antes o un mes después por la insuficiencia respiratoria que sufría, pero no me quito de la cabeza que yo tuve la culpa. No debí darle ese disgusto.

—¡Estás muy equivocada! —Agustina levantó su mano y señalándola con el dedo índice la reprendió—. Tú no has tenido ninguna culpa. Cada uno se muere cuando le llega la hora, y nada de lo que tú le dijeras podría haber adelantado o atrasado ese momento. Así que no pierdas el tiempo pensando en tonterías.

—Espero que tengas razón.

—¡Pues claro que la tengo! He vivido tres veces más que tú. Algo habré aprendido en ese tiempo, ¿no?

Nerea sonrió por segunda vez aquella mañana.

—Hemos incinerado los restos de mi *aitona*, y vamos a hacer lo mismo con los de Isidro. Tenemos intención de enterrar las dos urnas a los pies de un árbol en Gibola. Va a ser una ceremonia privada. Tú eres la única de todos nosotros que conoció a Isidro, y me gustaría que estuvierais las dos allí. ¿Vendréis?

—Claro que iremos —contestó Mila—. ¿Verdad, *amá*?

—Claro que sí.

La ceremonia de despedida se celebró una semana después de aquel encuentro. Nerea y Lourdes quisieron que solamente acudieran unas pocas personas: ellas dos, Jon, Agustina de Mirandaola, su hija Mila y Lucca Fabbi, el padre de Nerea. En cuanto supo que Bittor había fallecido, cogió el primer vuelo al aeropuerto de Bilbao y en pocas horas se reunió con su exmujer y su hija. Aunque laboralmente Lucca y Bittor no hubieran congeniado, el italiano siempre había sentido un sincero aprecio por su exsuegro. Además, sabía a ciencia cierta que serían unos momentos muy duros para su hija, por lo que no dudó en dejarlo todo para estar junto a ella.

Jon había cavado un agujero justo delante del castaño más grande de la parte delantera de Gibola. Nerea portaba la urna con las cenizas de Bittor, y Agustina llevaba la urna de Isidro sobre sus rodillas, que iba sentada en una silla de ruedas empujada por su hija. Se colocaron dibujando un medio círculo delante del árbol y Lourdes tomó la palabra.

—Hemos querido que esta ceremonia fuera una ceremonia sencilla y quiero agradecerlos a todos que hayáis venido. Estoy segura de que a mi padre le hubiera gustado que todos y cada uno de los presentes estuvierais hoy aquí. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Como sabéis, hemos

descubierto la existencia de su hermano gemelo, Isidro, recientemente, y además, de una manera un tanto accidentada. Nerea y yo pensamos que a él le hubiera gustado que los enterrásemos juntos. Agustina, usted es la única persona que conoció a Isidro en vida y me gustaría que pudiera hablarnos de él y darle así una digna despedida. Cuando quiera.

Agustina de Mirandaola se aclaró la garganta, y sosteniendo la urna entre sus manos, comenzó a hablar:

—A Isidro lo recuerdo como un chico delgado, de ojos oscuros, pelo castaño y muy activo, siempre corriendo de un lado para otro... —La anciana calló unos segundos—. ¡Lo gracioso es que a Bittor lo recuerdo exactamente igual! —La ocurrencia de Agustina hizo que todos rieran—. Siempre me habían parecido iguales, pero cuando empecé a venir a Gibola y los conocí un poco más, pude ver que no lo eran tanto. Isidro era más introvertido que Bittor, más tímido. Al amparo de sus hermanos apenas se notaba la diferencia, pero al conocerlos más a fondo, sí. La verdad es que siempre me pareció un buen chico. Cuando pasó lo que pasó, desgraciadamente Isidro se convirtió en un desconocido para mí, igual que para todos los demás. Apenas volví a hablar con él después del incidente. Nunca sabremos lo que pasó realmente ese día, pero con los años la mentalidad de las personas va cambiando, y ahora creo sinceramente que se merecía al menos el beneficio de la duda. Por eso, aunque las disculpas lleguen tarde, demasiado tarde, aquí delante de todos quiero pedirte perdón, Isidro. Lo siento de todo corazón. Siento no haberte escuchado, siento haberte juzgado y siento que terminases de esa manera tan triste. Espero que descanses en paz junto a Bittor.

Agustina le dio la urna a Jon y este la colocó dentro del agujero. La última en hablar fue Nerea:

—Todos los que estáis aquí sabéis lo que ha supuesto mi *aitona* en mi vida. Él ha sido mi abuelo, mi padre, mi maestro, mi compañero y mi amigo. Me enseñó todo lo que sé, me dio todo lo que tengo y lo más importante, me ayudó a crecer como persona. —Nerea miró emocionada la urna que tenía en las manos. Varias lágrimas resbalaron por sus mejillas, cerró los ojos y tras unos segundos en los que pasaron por su mente muchas imágenes de su vida como si fueran un fotograma, continuó—: *Aitona*, te voy a echar muchísimo de menos. De hecho, lo estoy haciendo ya. Aunque te lo he dicho muchas veces, quiero que sepas que te quiero y que estoy muy orgullosa de ti. Has sido un hombre honesto, honrado y bondadoso. Ha sido todo un privilegio haber sido tu nieta. *Maite zaitut*.

Nerea besó la urna y se la dio a Jon. Este la colocó en el agujero junto a la otra urna mientras todos los presentes seguían emocionados por las palabras de Nerea.

—Isidro y Bittor Isasmendi —continuó ella—, vinisteis al mundo juntos aquí en Gibola, el lugar que os vio crecer, pero el destino quiso que os tuvierais que separar demasiado pronto. Por fin, y después de ochenta años separados, os habéis vuelto a reencontrar. Espero que donde quiera que estéis, descanséis en paz el uno junto al otro.

Capítulo 10

Legazpi. Noche de San Juan de 1929

ABittor le quedaba por hacer lo más difícil antes de marcharse a vivir a Donostia: hablar con Isidro. Era su última noche en Legazpi y aunque hasta entonces había tenido varias ocasiones para contárselo a su hermano, había preferido posponerlo hasta el último momento. El motivo para ello no era otro que el temor que le daba su reacción.

La noche de San Juan siempre había sido muy especial. El barrio vecino de Telleriarte celebraba sus fiestas y muchos de los habitantes de Brinkola solían acudir a la bendición de las flores y la posterior hoguera, aunque algunos brinkolatarras preferían quemar la suya propia sin tener que salir del barrio.

A Bittor le gustaban las fiestas de Telleriarte, siempre le habían gustado. Buena parte de sus amigos vivían allí. Disfrutó de la hoguera con un sentimiento de nostalgia que no había sentido nunca. Todavía no se había marchado, pero constantemente se preguntaba cómo se sentiría estando lejos de allí, de su pueblo, de sus amigos, de su familia... Tenía claro que quería marcharse, que era una buena oportunidad, pero a la vez empezaba a echar de menos la única vida que había conocido, antes siquiera de comenzar la siguiente.

Al finalizar la hoguera, Bittor se despidió con un abrazo de sus amigos más cercanos: Pascual Urbitarte, los hermanos Galdós del caserío Egizear, Miguel Pastain...

—Que te vaya muy bien, Bittor. ¿Te volveremos a ver? —le dijo Benedikto de Egizear dándole unas palmadas en la espalda.

—Se va a Donostia, ¡no al fin del mundo! —contestó riendo su hermana Pilar.

—¡Eso espero! Os prometo que siempre que venga me pasaré a veros.

De camino a Gibola, entró a Guriditegi. Los Gibola y los Guriditegi habían tenido una estrecha relación desde siempre. Benito el cojo y su difunto padre habían sido amigos íntimos toda la vida y la relación entre las dos familias había sobrevivido a los años y a los contratiempos. Se despidió de Víctor y Saturnina, de Benito, de su amiga Rosarito...

Cuando llegó a Gibola, se sentó en el banco situado en la parte delantera del caserío a esperar a su hermano. No sabía dónde estaba ni cuándo volvería. Con Isidro siempre era así. De su madre se había despedido antes de ir a Telleriarte. No sabía hasta qué punto le había entendido cuando él le dijo que se iba a marchar y que en un tiempo no se volverían a ver. Ella asintió con la cabeza a modo de contestación y después de abrazarlo, se encerró en su habitación. Quiso decirle que la quería y que sentía mucho marcharse dejándola en aquel estado, pero que por una vez debía pensar en él y que siempre que pudiera vendría a verla. Pero finalmente no lo hizo.

Poco después de las doce de la noche, Isidro apareció.

—¿Qué haces aún levantado? —le preguntó a Bittor cuando lo vio sentado en el banco.

—Te estaba esperando.

—¿Se ha acostado ya la *amá*?

—Sí, ya puedes subir, pero antes hay algo que tengo que contarte. —Bittor había ensayado mentalmente aquella conversación un millón de veces, pero, aun así, no sabía cómo afrontarla.

—Sea lo que sea, ¿no me lo puedes contar mañana? Estoy muy cansado.

—No, lo siento. Tiene que ser hoy.

Isidro lo miró extrañado y Bittor no le hizo esperar. Se armó de valor y le habló de la conversación que había tenido con don Miguel. Le contó lo que sabía del matrimonio de Donostia y finalmente le explicó en qué consistía la propuesta que le habían hecho. Según Bittor avanzaba en sus explicaciones, Isidro se fue sintiendo cada vez peor. Comenzó a sentir un dolor en el pecho que pronto se apoderó también de su estómago.

—¿Te vas a ir? ¿De verdad te vas a ir? —No podía creerlo.

—Lo siento Isidro, tengo que hacerlo, es una buena oportunidad.

—¿Buena oportunidad? —dijo él indignado—. Buena oportunidad, ¿para qué? ¿Para marcharte y dejarme aquí tirado como a un perro? ¿Para olvidarte de mí? ¿Para qué es una buena oportunidad?

—Tú habrías hecho lo mismo si pudieras —contestó Bittor cabizbajo.

—¿Y por qué no puedo? ¿Por qué no nos vamos los dos? Puedes hablar con ellos y decirles que iremos juntos. ¿Lo harás? Dime que sí, por favor. —La indignación de Isidro había dado paso a la desesperación.

—Lo siento. Solo me quieren a mí.

—Claro, es eso. Solo te quieren a ti, cómo no. A mí no me quiere nadie.

—No digas eso...

—¿Y qué quieres que diga? ¿Que me alegro por ti? ¿Y qué pasa conmigo? —Su enfado era cada vez más evidente—. Sabes lo que pasará, ¿verdad? Yo te lo diré. Si tú te vas, nuestra madre me encontrará. Me encontrará y me matará. ¡Los dos sabemos que lo hará! ¿Y sabes qué? Después no habrá vuelta atrás. —Bajó la cabeza—. Espero que puedas vivir con ello.

—Isidro, ¡basta ya! —Bittor se levantó del banco enfadado y se encaró a su hermano—. No se te ocurra decir que la culpa será mía si te pasa algo. Estoy harto de estar en medio de esta guerra. Estoy harto de defenderte. Estoy harto de...

—¿De mí? —lo interrumpió él—. ¿También estás harto de mí? Puedes decirlo en voz alta. Ya no me extraña nada. La *amá* me odia, la gente me insulta y los que no lo hacen, me ignoran. Y ahora tú, mi hermano, mi gemelo, ahora tú me abandonas. ¡Sois todos iguales! —gritó furioso.

Bittor no pudo más. Sabía de antemano que aquella conversación no sería fácil. Contaba con que Isidro se enfureciera y arremetiera contra él, pero no soportó que lo acusara de abandonarlo. Él siempre había estado ahí, siempre lo había escuchado, lo había defendido y lo había protegido, al menos en lo que había estado en su mano. En los últimos años se había mordido la lengua una y mil veces, pero esta vez no iba a ser una de ellas. Su hermano se había pasado de la raya.

—Tú te lo buscaste —dijo sin levantar la voz, pero desafiante.

—¿Cómo? —Isidro creyó no haber oído bien a su hermano.

—Que tú te lo buscaste —volvió a decir.

—Repíte eso —contestó Isidro sin salir de su asombro.

—¡Tú te lo buscaste cuando mataste a Miren!

Isidro se puso furioso. Notó cómo su frecuencia cardíaca y su temperatura corporal aumentaban

por momentos. Cerró los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y por fin estalló. Se abalanzó sobre Bittor y los dos cayeron al suelo. Forcejearon. Rodaron varias veces uno contra el otro hasta que finalmente Isidro quedó encima de su hermano. Bittor lo agarró del cuello y este le propinó un par de puñetazos en el estómago para que lo soltara. Cuando Bittor aflojó un poco, Isidro le dijo:

—¡Yo no le hice nada! ¡Fue un accidente! ¿Me oyes? —gritó—. ¡No fue culpa mía!

—¿Y entonces por qué no la ayudaste? —contestó Bittor—. ¿Por qué te quedaste mirando sin hacer nada?

Isidro no contestó, lo que enfureció a Bittor más aún.

—¿Por qué? —insistió Bittor mientras zarandeaba a su hermano—. Siempre te quedas callado. ¡Dímelo de una vez!

—No lo sé —dijo Isidro mientras empezaba a llorar de rabia—. ¡No sé por qué no la ayudé! ¡Tampoco yo lo entiendo! Quería ayudarla, quería sacarla del fuego, pero no me podía mover. ¡Te juro que no me podía mover! Intenté acercarme, pero mis piernas no se movían ni mis brazos tampoco... ¿Qué querías que dijera? ¿Que quise hacerlo, pero que no pude? ¡Nadie me hubiera creído!

Bittor aprovechó aquel momento de debilidad de su hermano para propinarle una patada en el estómago y conseguir ponerse encima de él. Ahora era Isidro el que se encontraba en desventaja. Tenía a Bittor sentado a horcajadas encima de él, inmovilizándole las piernas, y se sentía atrapado. Le estaba apretando el pecho y sus fuerzas empezaban a flojear. Intentó pegarle un puñetazo en la cara, pero Bittor lo esquivó.

—¡Eres un mentiroso!

A Isidro aquellas palabras le dolieron más que cualquier patada o puñetazo que pudieran asestarle. No soportó que ni su propio hermano lo creyera y la rabia volvió a apoderarse de él. Bittor no dejaba de apretarle el pecho y le estaba haciendo daño. Un ruido de hojas secas se escuchó proveniente del pequeño puente de entrada al caserío. Isidro, aprovechando que su hermano se había girado para mirar en aquella dirección, movió el brazo derecho, tanteó el suelo con la mano y encontró una piedra. La cogió y con todas las fuerzas que le quedaban, golpeó a su hermano con ella para intentar liberarse de él.

Se oyó un golpe seco. Isidro vio cómo Bittor caía al suelo, inmóvil, y durante unos segundos, todo quedó en silencio.

—¡Bittor! ¡Bittor! Contéstame, Bittor, ¡por favor! —Isidro comenzó a darle palmadas en la cara, pero Bittor no se movía—. No, por favor, Bittor, contéstame, háblame, ¡dime algo! —Los ojos de Isidro se volvieron a llenar de lágrimas, pero esta vez no eran de rabia, sino de desesperación.

Lo zarandeó, lo sacudió, intentó que su hermano reaccionara, que recobrar el conocimiento, pero fue entonces cuando vio la sangre que salía del interior de su oído, y se asustó todavía más. Intentó encontrarle el pulso, pero no lo consiguió. No había duda. Había matado a su hermano.

Lloró desconsoladamente junto al cuerpo inerte de Bittor mientras se lamentaba por lo que había hecho. «Otra vez no, por favor, otra vez no» repetía sollozando. Lo abrazó con fuerza, y con los ojos cerrados lo meció una y otra vez, como si con aquel gesto pudiera deshacer lo ocurrido. Ni siquiera se dio cuenta de que no estaban solos.

—Isidro, ¡qué has hecho, por Dios!

Isidro abrió los ojos y vio frente a él al navarro, la única persona que lo había protegido y apoyado incondicionalmente los peores años de su vida. Lo miró a los ojos y en ellos pudo ver una enorme decepción. El hombre siempre lo había defendido y él lo acababa de defraudar.

El navarro se acercó rápidamente a ellos e intentó reanimar a Bittor, pero sus esfuerzos fueron inútiles. No podía hacer nada por él. Aunque se resistiera a creerlo, Bittor yacía muerto en el suelo y él no podía remediarlo. No sabía lo que era sufrir la pérdida de un hijo propio, y quizá ya nunca lo sabría, pero cuando unos años atrás Miren murió, pensó que no debía ser más doloroso que lo que él había sentido. Y ahora volvía a ocurrir. Esta vez se trataba de Bittor y de nuevo revivió ese tremendo dolor en el corazón, esa desesperación, esa impotencia, esa tortura...

—Navarro, me tienes que creer. ¡Yo no quería matarlo! Me estaba apretando el cuello y no me quería soltar. Solo quería que se quitara de encima. —Las lágrimas de Isidro rodaban por sus mejillas—. Oh, Dios mío, ¡he matado a mi hermano!

La imagen de Isidro llorando como un niño pequeño, indefenso, agarrado al cadáver de su hermano, era devastadora. El navarro pensó que ni en sus peores sueños hubiera imaginado nunca encontrarse en una situación tan difícil y angustiada como la que tenía delante. Allí, en Gibola, el hogar donde llevaba casi media vida, había reído, había disfrutado y había sido feliz, pero también había sufrido, había llorado y se había lamentado de lo injusta que puede llegar a ser la vida a veces.

Cuando el dolor que sentía en el pecho se hubo apaciguado un poco, intentó pensar con claridad y supo lo que tenía que hacer. Sin decir nada, agarró el cuerpo de Bittor y comenzó a arrastrarlo hacia el interior del establo. Isidro, desconcertado, lo siguió. Pasaron por delante del ganado, indiferente a lo que acababa de suceder fuera. Cuando llegaron al final del establo, cogió una pala y comenzó a cavar. Isidro, sin dejar de llorar un solo momento, se limitó a sujetar en sus brazos el cuerpo sin vida de su hermano. Tardó bastante tiempo en hacer un agujero lo suficientemente hondo como para meter a Bittor. Cuando finalmente terminó de cavar, puso sus dos manos en los hombros de Isidro y mirándole fijamente le dijo:

—Isidro, deja de llorar. Ahora no es el momento de lamentarse. Vamos a enterrar el cuerpo de Bittor.

Al chico le costó separarse del cadáver de su hermano. No quería. No quería meterlo en aquel agujero y cubrirlo con tierra. Eso significaba que lo perdería para siempre y no estaba preparado para ello, todavía no.

—Vamos Isidro, ayúdame, antes de que sea tarde.

Por fin el chico accedió a soltarlo y lo metieron dentro. El navarro se puso de rodillas y comenzó a rezar un padrenuestro. Isidro lo imitó. Juntó sus manos y entrelazó los dedos. Con los ojos cerrados dejó que el navarro terminara el rezo que él era incapaz de pronunciar.

Antes de cubrirlo de nuevo de tierra, el navarro se detuvo un momento. Dejó la pala en el suelo, se acercó a Isidro y le soltó de los pantalones la cuerda que sujetaba la navaja que un día le regaló su padre, y con la que todo el mundo lo diferenciaba de su hermano gemelo. Se agachó y la ató a los pantalones de Bittor. En ese mismo instante, Isidro fue consciente por primera vez de lo que el navarro se proponía.

—Navarro, no puedo hacerlo. Yo no soy él. ¡No puedo! —Estaba desesperado y sentía mucho miedo.

—Claro que puedes, y lo vas a hacer —contestó el navarro mirándole fijamente a los ojos—. Lo que ha sucedido hoy ya no tiene remedio y esta es la única salida.

—Pero se darán cuenta de que no soy Bittor y cuando lo hagan, ¿qué voy a hacer?

—Nunca lo sabrán. Ellos no os conocen a ninguno de los dos y yo estaré aquí contigo mañana cuando vengan a buscarte. Compórtate como lo haría Bittor. Intenta adaptarte a tu nueva vida y no des problemas. Yo me encargaré de lo que pueda suceder aquí.

Isidro seguía negando con la cabeza. No podía borrar de un plumazo todo lo que había pasado los últimos años y, sobre todo, lo que acababa de suceder aquella noche. No sabía si sería capaz de llevar una vida normal en una familia normal, como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué crees que te espera si te quedas aquí? —le preguntó el navarro—. ¿Acaso te perdonaron por lo que pasó con Miren? Has quedado marcado de por vida por algo que sucedió accidentalmente. Piensa en lo que sucedería si se supiera esto también.

Isidro comenzó a llorar por enésima vez aquella noche. El navarro tenía razón. No podía quedarse allí. Si lo hacía, sería su fin. Él, que durante años había pensado que las cosas no le podían ir peor, acababa de comprobar que estaba equivocado.

—Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí —le dijo al hombre que había sido su mayor apoyo en la vida, siendo consciente de que probablemente no se volverían a ver.

—Escúchame bien —contestó él—. Nunca nadie deberá saber quién eres en realidad, nadie. Máchate, vete lejos y vive la vida que hubiera vivido Bittor. Y pase lo que pase, no vuelvas jamás.

Subió las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Todavía le temblaban las rodillas. Entró en la habitación, se quitó la ropa manchada de tierra y sangre, y se metió en una cama que no era la suya. Temió que le estallara el corazón en cualquier momento. Sabía que sería totalmente imposible conciliar el sueño, por lo que ni siquiera lo intentó. Se acurrucó hacia un lado y se dispuso a esperar. Esperar a que amaneciera, a que comenzara ese día con el que había soñado tantas veces, el día que le permitiría marcharse de aquel lugar que había sido un infierno. Tenía frente a él la oportunidad de dejarlo todo atrás, y lo haría para siempre.

Comentarios

Quiero dedicar este apartado a hacer algunos comentarios sobre esta historia. Muchos legazpiarras conocerán la gran mayoría de ellos, pero los que no lo son y han leído el libro, han querido saber más sobre los escenarios por los que transcurre, los personajes e incluso sobre algunos de los hechos que en él describo. Como suele decir Xegun Altolagirre en su blog: «*Atsegin baduzue, aurrera*», es decir, «si os apetece, adelante».

El caserío Gibola existe y está ubicado en el barrio de Brinkola, en Legazpi (Gipuzkoa). A diferencia de lo que cuento yo en esta historia, Gibola nunca ha sido propiedad de la familia que lo ha habitado. Ha pertenecido desde siempre a los duques de Alba, igual que muchas otras propiedades de los alrededores. Varias familias han sido las que han habitado allí a cambio de abonar una renta a los duques, hasta que hace unos años, después de llevar bastante tiempo deshabitado, un vecino de Telleriarte lo compró con intención de guardar leña, criar algunos animales y trabajar la huerta.

La razón por la que elegí este caserío es que una de esas familias que habitaron en él es la mía. Mi bisabuela Joaquina Zanguitu, madre de mi *amona* Pilar, nació en Gibola y vivió allí hasta que con veintisiete años se casó y se marchó a vivir al caserío Egizear de Telleriarte. Cada vez que paso por delante, me gusta imaginármela jugando con sus hermanos delante del caserío, paseando por el puente de entrada o bajando al río a lavar la ropa. Aunque la historia que cuento en este libro poco tiene que ver con la suya propia, me pareció que Gibola sería el escenario perfecto para ubicar esta novela surgida fruto de mi imaginación.

Todos los demás escenarios que aparecen en el libro también existen: el parque y la ferrería de Mirandaola (uno de mis lugares favoritos), la calle Santa María (ahora calle Navarra, pero a la que todos llamamos «calle vieja»), las casas Etxaluze y Santxoneatxiki, la casa del médico Saturnino Tellería, convertida hace años en el *euskaltegi* municipal... En cuanto al chalet de Patricio Echeverría que tantos quebraderos de cabeza dio a Xexili, en el año 2012 fue donado al ayuntamiento de Legazpi por la familia del empresario. Después de unos años decidiendo el uso que se le debía dar al edificio, por fin en enero de 2018 se ha convertido en la nueva *musika eskola*. Ha sido acondicionada para ello, y ahora, además de contar en Legazpi con unos músicos de lujo con un gran nivel, contamos también con una *musika eskola* de lujo.

En cuanto a los personajes de la historia, he querido combinar personajes inventados por mí, la gran mayoría, con personajes que realmente existieron. Entre los que han surgido de mi imaginación están la familia de Andrés Gibola y la de su mujer Mikaela Tellería, así como su bisnieta Nerea y su novio Jon. El cura don Miguel nunca existió, como tampoco lo hicieron Agustina de Mirandaola ni su prima Rosarito. Xexili Tellería ha sido uno de los personajes

inventados con los que más he disfrutado. Por si a alguien se le ha pasado por la cabeza, tengo que decir que este personaje no está inspirado en nadie en concreto, aunque Xexilis por la vida hay muchas, y estoy segura de que todos habréis conocido a más de una alguna vez.

Los que sí existieron y a quienes todos los legazpiarras conocen son el empresario Patricio Echeverría y su mujer Teresa Aguirre, así como el médico del pueblo Saturnino Tellería y sus hermanas Narcisa y Dorotea. Otros personajes reales a los que yo no conocía antes de escribir este libro son entre otros, Víctor y Saturnina del caserío Guriditegi, Pedro el tabernero del bar del concejo o Maimiel, la partera del caserío de Zubiaurre de Brinkola. A esta última, mujer fuerte y trabajadora que lo mismo ayudaba en un parto, cuidaba enfermos o vestía difuntos, sin duda me hubiera encantado conocer.

En cuanto a los hechos que incluye la historia, al igual que con los personajes, he combinado algunos que nunca ocurrieron con otros que tuvieron lugar como y cuando se cuenta en el libro. Entre los hechos reales están los siguientes:

—Las fiestas de Santa Cruz de 1912 efectivamente fueron distintas aquel año. Gracias a la petición de Pedro el del bar del concejo, fueron añadidas al programa de fiestas actividades que nunca antes habían tenido lugar en Legazpi, algo que causó cierto revuelo en el pueblo.

—El día de San Antón de 1915, el día en el que he querido que nacieran los gemelos, realmente cayó la gran tormenta que cuento en la historia. Puentes, caseríos, establos... se vieron afectados por semejante diluvio y la papelería de Patricio Elorza fue la que se llevó la peor parte.

—El «*oilarraren joko*a» o juego del gallo, tradición que a día de hoy se sigue manteniendo en Legazpi y en el Baztan solamente, era por aquel entonces tal y como se describe en la novela. Aunque la versión que ahora conocemos es mucho más *light* y ha ido cambiando con el tiempo, hace un siglo era necesario cortarle la cabeza al gallo para hacerse con él, algo que ahora sería impensable. Me ha llamado la atención también otro detalle: antiguamente, la noche de San Juan se le bailaba el *aurre*sku al ganador del juego y era quien después encendía la hoguera. 1936 fue el último año de esta tradición, ya que, con la llegada de la Guerra Civil, los franquistas la prohibieron y ya nunca se recuperó. Personalmente creo que sería bonito retomarla.

—La historia de la familia de Patricio Echeverría también es real. El accidente de su padre, la muerte por tuberculosis de sus familiares, su progreso como empresario dedicado al mundo de la herramienta... Muchos de sus logros no han sido plasmados en el libro puesto que la historia que cuento llega hasta el año 1929. A partir de ahí habría mucho que contar, tanto en lo que se refiere a sus logros como en el cambio que sufrió Legazpi a consecuencia de ellos, pero esa ya es otra historia. ¡Ah!, y el mausoleo que don Miguel creía que esta familia se merecía tener en el cementerio y que a Xexili le parecía una verdadera tontería, también existe.

—El tema de las apariciones de Ezkioga es verídico. En su época fue un hecho que creó un enorme revuelo en la población, y aunque nunca hubo ningún visionario llamado Sabín Sesiente porque este personaje me lo he inventado yo, la legazpiarra Benita Aguirre sí existió y su participación en las apariciones fue real. La película estrenada en el año 2001 «Visionarios», dirigida por Manuel Gutiérrez Aragón y con actores como Eduardo Noriega, Emma Suarez o Fernando Fernán Gómez, cuenta cómo fueron los hechos, la gran repercusión que llegaron a tener aquellas visiones y el papel que jugó la iglesia en todo aquello.

Como última anécdota quiero comentar que el día en el que Nerea visita la ferrería de

Mirandaola, el 24 de julio del 2010, no es una fecha elegida al azar. Ese día, de las dos bodas que se celebraban en la ermita de Mirandaola una era la mía, y la otra la de mis amigos Nerea y Aitor. De haber sido cierta la historia que cuento en el libro, a pocos metros de donde yo me estaba casando, Nerea Fabbi Isasmendi estaría descubriendo la historia de su familia y en especial la de su *aitona* Bittor de manos de Agustina de Mirandaola, personaje ficticio que sin duda ha sido muy divertido crear.

Me ha parecido curioso que muchos de los que han leído el libro me hayan hecho las mismas preguntas al terminar: ¿Y después qué? ¿Nadie descubrió nunca el secreto de Bittor? ¿Volvió a Legazpi alguna vez? Pero las respuestas a esas preguntas dan para otro libro, y de momento, espero que hayáis disfrutado leyendo este, tanto como he disfrutado yo escribiéndolo.

Agradecimientos

Ya solo me queda dar las gracias a todos los que han hecho posible que la historia que hace un tiempo simplemente era una idea que me rondaba por la cabeza, se haya convertido en la novela que ahora mismo tienes entre manos.

En primer lugar, quiero agradecer a mi prima Lara su interés y sus correcciones. Es una suerte tenerte además de como prima, como correctora también. A mi prima Amaia quiero agradecerle sus ánimos y su colaboración, y a mi prima Bea su insuperable entusiasmo. Si a todos los que leen esta novela les gusta la cuarta parte que a ti, me doy por satisfecha.

A las personas de mi entorno que fueron los primeros lectores del libro, gracias por vuestro apoyo y vuestros comentarios. A mi amiga Oskia, a la que veo todos los veranos sin faltar uno solo, agradecerle los ratos que hemos pasado comentando la trama y sus aportaciones. Y a mis compañer@s del BAZ (oficina de atención al ciudadano del Ayuntamiento de Arrasate), muchísimas gracias por vuestra total involucración, por los *brainstormings* de los que siempre salen buenas ideas y por haber sido una compañía constante en esta aventura de publicar un libro. Gracias a vosotr@s, ha sido mucho más divertido.

Quiero agradecer al escritor, director y guionista John Andueza que fuera la primera persona en hacer una crítica detallada de la primera versión del libro, algo que en esos momentos era lo que más necesitaba. Gracias a él y a su punto de vista, he podido crear una historia más coherente, una historia mejor.

A Iñaki Satrustegi, agradecerle el tiempo que dedicó en ilustrarme en un tema del que no tenía ni idea. A pesar de no haber podido utilizar en este libro todo lo que me enseñaste, espero poder hacerlo en algún otro. Decirte también que me ha encantado conocerte y que ha sido un placer charlar contigo. ¡Aúpa Jon!

Cuando hace tiempo quedé una tarde con Josema Azpeitia, periodista legazpiarra y crítico gastronómico entre otras cosas, y le hablé de mi novela, sus palabras fueron: «yo estoy dispuesto a ayudarte en todo lo que esté en mi mano». A día de hoy tengo que decir que así es exactamente como ha sido. Publicar un libro no es nada nuevo para él, por lo que ha sido una suerte poder contar con su ayuda. Además, saber que está ahí para lo que necesite, da mucha tranquilidad. Por todo ello, ¡Mila esker, Josema!

Un agradecimiento especial para alguien que ya no está entre nosotros: el escritor y cronista de Legazpi durante muchos años José Mari Urcelay. El día que fui a la biblioteca de Legazpi a buscar información sobre la historia de nuestro pueblo y encontré sus libros, se me abrió el cielo. Es increíble el gran trabajo que hizo y el enorme valor que tiene su obra para cualquiera que esté interesado en la historia de Legazpi. Miles y miles de datos históricos recogidos, ordenados y explicados con todo detalle que gracias a él ya no se perderán nunca. *Eskerrik asko* José Mari, gracias a tus libros he podido reunir la información que necesitaba para escribir el mío.

Agradecer a Marcos Madinabeitia, actual dueño de Gibola y buen amigo de mi *aitona* Manuel, que me haya permitido utilizar el nombre del caserío a mi antojo. No ha tenido ningún problema en que me haya inventado situaciones que nunca se dieron en él, personajes que nunca vivieron allí, ni en que haya enterrado algún que otro cadáver en su propiedad.

En lo que a la portada se refiere, tengo que dar las gracias a varias personas. En primer lugar, a la autora de la misma: Bakartxo Aniz, fotógrafa profesional, parte de mi familia y amiga también. Gracias por el esfuerzo, por venir hasta aquí, aunque te viniera bastante a desmano, y por conseguir plasmar exactamente la imagen que tenía en mente para la portada. Haces magia con tu cámara, y como sabía que sucedería, me encanta el resultado. En www.bakartxoaniz.com podéis comprobar cómo es esta magia de la que hablo. A Nerea Madina y a su familia, agradecer que nos cedieran el desván de su caserío de Araotz para montar nuestro propio «desván de Gibola» y ayudarnos a preparar la escena, y a Jesús Mari Elejalde Mondragón alias «Julian», compañero del Ayuntamiento de Arrasate y un fenómeno de la talla de madera, que recuperara la cuna que talló hace tantos años y la adecuara a lo que justamente necesitaba, con iniciales incluidas. ¡Artista Jesús Mari!

A Iñaki Larraza, amigo y creativo cuyas ideas y conocimientos quisiera para mí, gracias por esas charlas tan instructivas que tanto me gustan, por darle el toque final a la portada y por ayudarme a madurar la idea del booktrailer. Agradecerte, sobre todo, que no te importe que te dé la palmada cada vez que tengo una de esas brillantes ideas que me terminas echando por tierra en cuestión segundos, pero que finalmente terminamos por dar forma entre los dos. Definitivamente, ¡eres un crack!

A los fotógrafos Josu Alzelai y Gorka Gómez quiero agradecerles el haber aceptado mi propuesta de crear el booktrailer de la novela. Conociéndolos a ellos y viendo el extraordinario trabajo que vienen realizando desde hace tiempo, no se me ocurre nadie mejor para hacerlo. Estoy segura de que lo vais a clavar.

También quiero agradecer a mi marido que se haya tomado el trabajo de leer y comentar la novela conmigo, sabiendo que no comparte mi pasión por la lectura. Y a mis hijos, porque, aunque todavía son pequeños para leerla, han insistido en que les contara la historia como si de un cuento se tratara.

Por último, y aunque no tenga relación directa con este libro, quiero agradecer a mis padres que siempre estén ahí. Para todo.

